

víacuarenta



Revista de Investigación, Arte y Cultura

ISSN 0123-4854- Depósito Legal No. 410 Número 28 - 29 Primer semestre de 2019

ESPECIAL CUENTO CARIBE III

Biblioteca Piloto del Caribe
Barranquilla, Colombia



BPC Biblioteca
Piloto Del Caribe

UNA **PÚBLICA** PARA
BIBLIOTECA **LOS PÚBLICOS** TODOS

CULTURA PARA LA PAZ CIUDADANA



BPC Biblioteca
Piloto Del Caribe



CLENA
CORPORACION LAS GUARDAS NUEVO ARICA



GOBIERNO
DE COLOMBIA



MINCULTURA

viacuarenta

Revista de Investigación, Arte y Cultura

Una publicación
de la Corporación
Luis Eduardo Nieto Arteta
ISSN 0123-4854 - Depósito Legal No. 410

Sede

Biblioteca Piloto del Caribe
Vía 40 No. 36-135 - Tel.: 379 2949
Barranquilla, Colombia, Sur América.
E-mail: revistaviacuarenta@clena.org
viacuarenta online:
<http://bibliotecapilotodelcaribe.com/revista-viacuarenta/>



Director - Editor

Miguel Iriarte

Editor Asistente

Sigifredo Eusse

Gerente

Cielo Támara Hoyos

Comité Editorial

Tallulah Flores
Samuel Whelpley
Carlos Barraza
Sigifredo Eusse
Clinton Ramírez

Portada / Ilustraciones interiores

Obras de Antagónica Furry

Diseño y Diagramación

Yolima Andrades / Miguel Iriarte

Impresión

Tonos Editorial del Caribe
Barranquilla, agosto de 2019
Impreso en Colombia

Cada autor es responsable
de sus opiniones

CONTENIDO

Editorial.....5

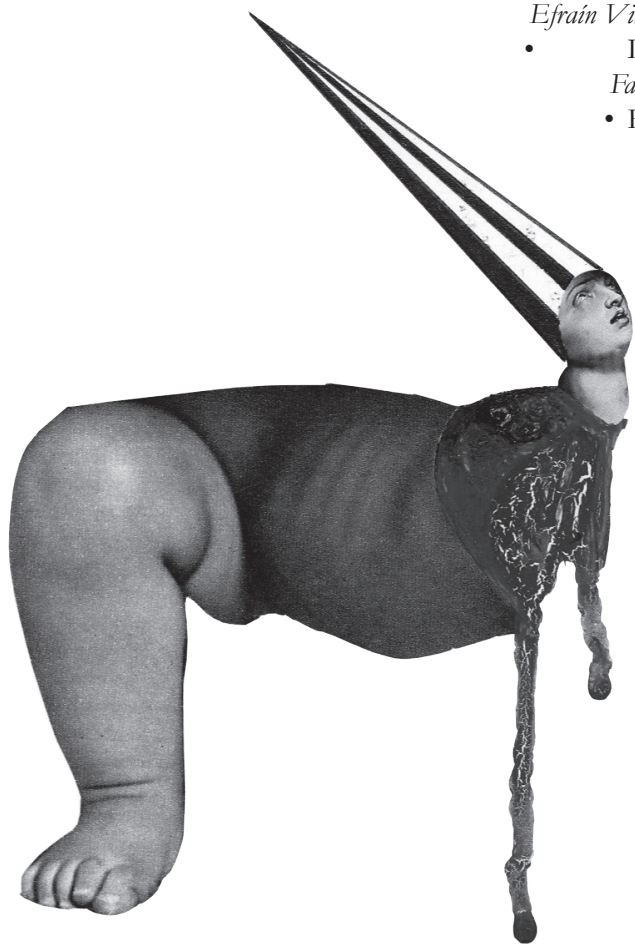
- El enterrito
José Ramón Mercado.....8
- La canción de Alex Sumbakhan
Guillermo Henríquez.....15
- ¿Encuentro?
Álvaro Medina.....17
- La seducción de Verónica
Eduardo Márceles Daconte.....21
- A la espera de la clave
Walter Fernández Emiliani.....26
- Examen final
Roberto Montes Mathieu.....30
- Un asunto de honor
Antonio del Valle Ramón.....32
- El día del hambre
Carmen Victoria Muñoz.....38
- Un incidente en Lisboa
Nora Carbonell.....40
- Juliana, la niña ciega
Tony Palmera.....45
- Ciudad tomada
Martiniano Acosta.....52
- Tres cuentos cortos
Bertha Cecilia Ramos.....56

Partitura.....58

SOLAR BANG: ATONALIDAD JAZZEADA

- Tres relatos breves
Boris Oyola.....74
- El día del salto
Juan Miranda Marañón.....77
- Colmillos
Henry Stein.....82
- Apenas un instante
Clarita Spitz.....84

• Dulce tormento que mata tu canto	
<i>Alcy Zambrano</i>	86
• El tigre demócrata	
<i>Antonio Silvera</i>	90
• Marianita	
<i>Adriana Rosas</i>	94
• Dos cuentos cortos	
<i>Carmen Amelia Pinto</i>	96
• Sueños averiados	
<i>Robinson Quintero</i>	99
• El tigre y la mariposa	
<i>Joaquín Robles</i>	105
• Pasteles para llevar	
<i>María Angélica Pumarejo</i>	117
• La cárcel rusa	
<i>Beatriz Mendoza Cortissoz</i>	121
• Estigmas de la promiscuidad	
<i>Rodolfo Lara</i>	123
• I'm gonna fly now	
<i>Carolina Durán</i>	125
• Ojo por ojo	
<i>Alfredo Baldovino</i>	130
• La risa de la calavera	
<i>Viviana Vanegas</i>	137
• Puerto Chimo	
<i>Efraín Villanueva</i>	141
• La enfermedad	
<i>Fadir Delgado Acosta</i>	149
• El hombre en su jaula	
<i>Annabell Manjarrés</i>	154
• El color del amanecer	
<i>Oriana Russo</i>	158
• A la espera de Martina	
<i>Yesid Torres R.</i>	160
• El agobio terrenal	
<i>Luis Felipe Núñez</i>	162





LOS CUENTOS DE VÍACUARENTA II

Dos números especiales de nuestra revista y no fueron suficientes para incluir a todos los que hubiéramos querido que hicieran parte de esta selección, que quiso ser en principio un solo número, pero que en la medida en que fuimos descubriendo, recordando, recibiendo y leyendo textos y nombres, poco a poco fueron llenándose de cuentos las páginas previstas y fue surgiendo la necesidad de ampliar el volumen planeado, sin cumplir del todo, estamos seguros, con el objetivo ambicioso de que ambos números pudieran contenerlo todo. Vano propósito. Porque ya es sabido que toda antología, toda escogencia, es la historia de una exclusión. Un pobre gesto inacabado.

Al comienzo no teníamos claro si la selección incluiría importantes cuentistas ya fallecidos. Era un dilema. Más aún, debo confesar que dentro de los primeros autores contactados para esta muestra estuvo nuestro amigo Roberto Burgos Cantor, quien no alcanzó a enviarnos el texto prometido antes de que llegara la sorpresiva muerte. Y entonces se nos ocurrió que haríamos esta antología como un homenaje póstumo a quien fuera uno de los más exquisitos narradores del Caribe colombiano. Pero nos inhibió el temor a resultar oportunistas.

¿Qué haríamos entonces con los nombres de Jairo Mercado Romero, Leopoldo Berdella de la Espriella, Rafael Salcedo Castañeda, Germán Espinosa, Manuel Zapata Olivella, Eligio García Márquez o Marvel Moreno, para nombrar sólo algunos? Todos ellos estuvieron haciéndonos señas todo el tiempo desde la memoria para hacer parte de ambas selecciones. Pero empezó a animarnos la idea decidida de que esta sería entonces una antología de cuentistas vivos; y así se concretó. Aunque nos asiste la convicción de que algunos de los que ya no están con nosotros en viva presencia, están ahora más vivos que nunca.

Desde luego que esta selección de *víacuarenta* dialoga en varios sentidos con los criterios de un trabajo de extraordinario valor historiográfico, consagrado y lúcido, como el realizado por Jairo Mercado Romero y Roberto Montes Mathieu, titulado *Antología del cuento caribeño*, sin duda un libro que es cifra referencial por excelencia cuando se habla del cuento en el Caribe colombiano, por el número de textos y autores antologados y por el amplio arco histórico y social en el que los compiladores contextualizan su trabajo. Con esa selección compartimos nombres - no textos - tanto en el primero como en el segundo número de esta revista. Me refiero a nombres inevitables como los de José Ramón Mercado, Ramón Illán Bacca, Guillermo Henríquez, Álvaro Medina, Antonio Mora Vélez, Eduardo Márceles Daconte, Guillermo Tedio, Roberto Montes Mathieu, Miguel Fálquez-Certáin, Antonio Del Valle Ramón, José Luis Garcés González, Julio Olaciregui,

Martiniano Acosta, Carmen Victoria Muñoz, Jaime Cabrera, Pedro Badrán Padauí, Joaquín Mattos Omar, Gustavo Tatis Guerra, Clinton Ramírez, Joaquín Robles, Efraín Medina Reyes y John J. Junieles.

Pero lamentamos también no poder contar, por razones básicamente de comunicación (silencios indecifrables, indecisiones, contactos desactualizados, entregas tardías) y olvido nuestro, con nombres como los de Fanny Buitrago, Jaime Manrique Ardila, Andrés Elías Flórez Brum, Lenito Robinson-Bent, entre otros.

Dialoga igualmente nuestra revista con la *Antología del Cuento Corto del Caribe Colombiano*, que organizó el investigador y escritor Rubén Darío Otálvaro, que trabaja con cien textos de esta especialidad narrativa que desde los inicios de los años 80 ha devenido un género en franco ascenso en nuestro quehacer literario nacional y regional. Con este volumen compartimos nombres como los de Adolfo Ariza Navarro, Paul Brito, Jaime Cabrera G., Nora Carbonell, Walter Fernández, José Luis Garcés, Naudín Gracián, Guillermo Henríquez, John Junieles, Joaquín Mattos Omar, Roberto Montes Mathieu, Julio Olaciregui, Carmen Victoria Muñoz y Carmen Amelia Pinto, entre otros, y agregamos a esa larga lista de “bateadores en corto” nombres como los de Boris Oyola (invisible por voluntad propia) y Bertha Cecilia Ramos.

Sin embargo, nos asiste también la certeza de haber podido proponer nuevos nombres de la narrativa de esta región incluidos en un amplio arco generacional que va en la primera entrega de Ramón Illán Bacca, un autor canónico de nuestra narrativa, al joven poeta y cuentista Kirvin Larios, pasando por nuestra figura insular de la ciencia ficción Antonio Mora Vélez; o rescatando de la simple anécdota una pieza antológica como “El desagüe”, de José Luis Hereyra; para llegar a voces descollantes como las de Beatriz Vanegas Athías, Paul Brito, Carlos Polo, Claudia Lama Andonie, Fabían Buelvas o Ricardo Llinás.

Así también, en este segundo volumen el arco de representación se extiende desde el maestro José Ramón

Mercado, de larga trayectoria en la poesía y el cuento, hasta nuevas figuras como Oriana Russo y Luis Felipe Núñez, pasando por maestros como Guillermo Henríquez, Álvaro Medina y Roberto Montes Mathieu; rescatando nombres como los de Antonio del Valle Ramón, Boris Oyola y Henry Stein; celebrando sorpresas como las de Juan Miranda Marañón y Viviana Vanegas; y ratificando importancias como las de Nora Carbonell, Carmen Victoria Muñoz, Martiniano Acosta, Robinson Quintero, Antonio Silvera, Alfredo Baldovino, Rodolfo Lara y Efraín Villanueva, para mencionar sólo algunos.

Debemos destacar y agradecer las interesantes colaboraciones de la artista boliviana Antagónica Furry por habernos cedido amablemente sus extraordinarias piezas artísticas en la técnica del collage, para ilustrar la portada y las páginas interiores de esta publicación, así como también al amigo Edgardo Solano Bárcenas por permitirnos insertar, en el centro de estos cuentos, su particular relato musical de atonalidad jazzada, cuya partitura se suma a la memoria documental que *viacuarenta* ha ido haciendo a lo largo de los años para destacar la literatura musical de los compositores del Caribe colombiano.



Antagónica Furry

Seudónimo de Yannet Delgadillo Sánchez, La Paz (Bolivia), 1984. Hija del poeta colombiano Leo Castillo. Su obra se expresa a través de la poesía, el collage, la pintura, la ilustración, la fotografía y el modelaje de talla grande, y ha sido calificada como erótica, oscura, escatológica, surreal y preciosista, aunque ella la define como Vintage Dadá. Su trabajo ha sido expuesto en países como Francia, Holanda, Polonia, España, China, Estados Unidos, México, Perú, Chile, Colombia, Argentina, Ecuador, Bélgica, e Italia, entre otros. Es considerada una de las cien collagistas contemporáneas más importantes. Hizo parte del Festival de Historieta Boliviana, Viñetas con altura, donde expuso reiteradas veces. Su carrera como artista comenzó a consolidarse tras exponer en el Encuentro Mundial del Collage, en Francia. Es fundadora y parte de Mujeres Tijera, colectivo de artistas del collage que incluye a Silvia Cuello, Erika Ewel y Alejandra Dorado. Es muy activa en redes sociales publicando textos breves, reflexiones, autoretratos de contenido erótico y parte de sus trabajos. En 2016 expuso en la Galería de la Aduana, Barranquilla, Colombia. Entre sus libros publicados se encuentran: *Pus de fresa*, *Consciencia de bidet*, *Poesía caníbal*, *Requiebro*, *Cofradía de seres acquarelados*, *Bypass en pasadizo* y *Boca Verde*, fotonovela erótica en coautoría, con China Martínez y Las manos de dolores. La portada y las ilustraciones interiores de este número de viácuarenta pertenecen a una selección de diferentes momentos y series de la obra de esta artista.

El entierrito

José Ramón Mercado

UNO

No es que se hubieran traído los dos perros y el gato. Se habían venido huyendo de noche de ese paraje distante del pueblo. Se trajeron lo que pudieron en un costal de fique, que no era más que unos trapos de ella, y lo de Ezequiel. Lo demás eran las ropitas que traían puestas los muchachos. Venían escondiéndose a trechos. Ellos, y los cuatro hijos pequeños que caminaban a tumbos en la oscuridad. La niña de pechos, que andaba enfermita de alguna calamidad del cuerpo, según el decir de ellos mismos, seguía pegada a los senos de su madre, a pesar de la lluvia y el fango del camino.

Sabían que estaba prohibido salir de esas tierras por parte de los rebeldes que dominaban la región. Pero la propuesta de enrolar a Simón y a Gregorio en las filas, fue lo que les rompió el alma en astillas de infinitas angustias. La desobediencia era asumida como causa de muerte por ellos. Asimismo administraban el orden y la justicia. Estaba prohibido huir. Incluso vender una hoja de tabaco, una vaca, las gallinas, los pavos y los cerditos, que por costumbre engordaban en el patio y en el chiquero, a la orilla del rancho, con las conchas de plátano y la yuquita horra, las conchas de ñame y las sobras ocasionales, y el espiche de suero que preparaban a diario. Se vinieron sin avisar a nadie. Ezequiel y la Lorenza, su mujer, se habían arrui-

nado sirviéndole a los alzados en armas, hasta en lo más mínimo, allí en el monte. Huir no era fácil. Pero era la única manera de salvarles la vida a los muchachos y a Abigail que había nacido con algún mal en el estómago, pues según parecía no alcanzaba a controlar nada en los intestinos, cada vez que comía los alimentos de la casa. Incluso la leche dulce de la madre.

Habían acumulado todos los miedos posibles, igual que la otra gente de esas laderas. Pero eso de incorporar a sus hijos en la lucha armada, los había matado del susto. Bajo algún pretexto, a cualquiera de los suyos le hacían consejo de guerra, y ahí mismo lo fusilaban, «por faltón o contra revolucionario». Así como lo que le hicieron a Serbio Tulio, el hijo de Sandra que tenía 12 años, y se había volado para celebrar su cumpleaños. Cuando volvió, ahí mismo lo fusilaron en el monte. Eso era asunto de todos los días. La gente por miedo accedía a esas razones, aunque cada día, también, crecieran más las sospechas sobre esa clase de justicia torcida y acomodaticia de los insurgentes.

Ambos sabían que los miedos se riegan por los vericuetos de la memoria y el cuerpo, cunden por los nervios, se instalan en los intestinos y salen por los instintos, como explosiones que enferman, como vientos cargados de aguas fétidas, derretidas. Esa misma noche tomaron la

decisión sin avisarles a los muchachos, que dormían con ellos en el mismo cuarto del caney, en el momento en que empezó la lluvia. Antes de la media noche, aventaron el camino. Salieron con la misma ropa que tenían puesta al acostarse. Los muchachos terminaron de despertarse cuando cayeron al camino real. No alcanzaban a entender los argumentos de esa salida en la oscuridad a los tropezones. Ya sobre el arroyo húmedo, sintieron sus pies mojados, chapoteando el agua fría, y la arena movediza. Tomaron la orilla del carretable con las debidas precauciones. Cada vez que sentían algún ruido volaban sobre la orilla del monte. Cuando la niña empezó a quejarse por el frío, y la posición incómoda que llevaba entre los brazos de su madre, creyeron que todo estaría derrumbándose hasta el fracaso. Hasta ahora, la lluvia los había salvado del escarnio de los sublevados, que siempre guardaban los puentes y los empalmes de los caminos, haciendo actos de presencia, así como ellos decían. Sin embargo, nada garantizaba el final feliz de la evasión, por la vigilancia excesiva, por los espineros del monte, el cruce tormentoso del arroyo, los vados fangosos de Esfarrancados, La loma del Bujío y las matambas de los pajonales, antes de llegar al Retiro de los indios, las tierras bajas de La Ceiba, hasta la embocadura de Almagra, desde donde se divisan las torres de la iglesia del pueblo.

Todos los caminos estaban plagados de informantes espurios que pretenden ganarse el favor de los revoltosos, lo cual hace imposible la salida de la gente inconforme con los rebeldes. Al filo de la madrugada tropezaron con los montados, a la altura de Tinajones. Oyeron sus voces, y se lanzaron sobre los motungos de la orilla. Entonces, habían cargado los perros para evitar que ladrasen. Los montados, miraron los reflejos encendidos de los ojos del gato, que confundieron con alguna liebre montaraz, y siguieron al paso de las

cabalgaduras. Oyeron la tos lánguida de la niña, pero consideraron ese chasquido como el resoplido de las bestias. Cuando la cuadrilla estuvo lejos, salieron de los rastros de la ladera. Abortaron con dificultad los arbustos y tomaron de nuevo el camino. Todos estaban llenos de miedo. El viento y la lluvia arreciaron más en el momento. El frío se hizo entonces más evidente en los muchachos que iban a pie, casi a ciegas por el camino tortuoso, lleno de altibajos y de sombras espesas que dificultaban más aún el ritmo de sus pasos.

DOS

—La niña, está respirando asustada, Ezequiel.

—Calla, Lorenza, caminemos rápido, más bien.

—No, no puedo. Regresemos, mejor.

—Ahora, es más difícil regresarnos.

—Mira, los niños no dan más. No quieren seguir.

—Lorenza, hay que llegar, Lorenza.

—¿Cuánto hace falta, Ezequiel?

—Tú sabes, no es mucho lo que falta ya.

—Entonces, que nos encuentren. Estoy muy cansada.

—No, nos matarían a todos.

—Ezequiel, siento que la niña no respira y su cuerpecito está más caliente.

—Alcanzaremos a llegar, Lorenza, ya vamos a llegar.

—Ya perdí el ánimo, Ezequiel. No quiero seguir...

—Que no te oigan los hijos, Lorenza. Que no te oigan, por Dios.

—¿Adónde vamos a llegar? Dime, ¿adónde vamos a llegar?

—A alguna parte, Lorenza, a alguna parte llegamos.

—Quiero descansar y reparar la cara de la niña.

—Calla, más bien, calla. Nos pueden oír.

—No le siento el respiro a la niña, Ezequiel.

—Entonces, pégatela al seno, mujer.

—Tú sabes bien que no tengo mucha leche.

—Algo come, hija. Algo de leche encontrará.

—Los niños vienen quejándose del frío, Ezequiel.

—Ellos ya son hombres, y aguantan el camino, Lorenza.

—Sí, ya son seis horas de viaje, Ezequiel.

—Sí, pero es peor que nos encuentren y nos maten.

—La niña está mamando, aprieta al pasito, ¡mira!

—La veo. Los pájaros están despertando, también.

—¿Adónde llegaremos?

—No tenemos a nadie en el pueblo.

—Llegaremos a alguna parte, mujer.

—Isidro y Nicolás vienen quedándose. Qué hacemos

—No podemos descansar. La loma de Almagra y llegamos.

—Gregorio y Simón traen los pies sangrando.

—Lo sé, Lorenza, lo sé. No podemos dejar que nos coja el día. Esa gente son unos matones. No tienen asco, nos matarán.

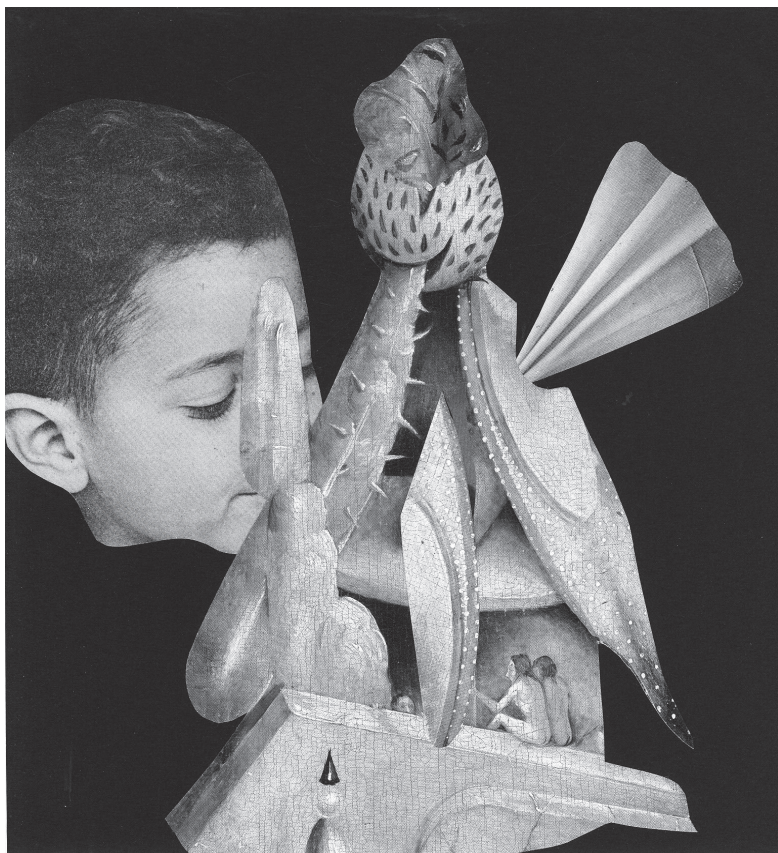
—Siento que la niña no está chupando nada, Ezequiel. Siento su fiebrequita. Tengo miedo...

TRES

El camino es ya parte del pasado. Eso de que los perros no ladraran la sombra movediza de los árboles, ni los caballos de los montados que andaban haciendo presencia por los caminos de la Cansona, es casi un milagro. Un milagro, estaba pensando Ezequiel, porque la costumbre de los perros es ladrar a lo que se mueve.

«El costumbre de los perros es ladrar las sombras extrañas que tienen relación con el mundo de las sospechas. Eso es lo que yo pienso, Lorenza. Ahora que hemos llegado al pueblo».

Cuando llegaron a la plaza vieron las puertas abiertas de la iglesia. Se refugiaron algún momento en su interior. Lo primero fue encontrar al cura. Le dijeron que no estaba. Que andaba por los corregimientos. Pero como habían encontrado las puertas abiertas, sintieron necesidad de darle gracias a Dios, por haberlos traído vivos, a



él a su mujer y a sus hijos. Aunque esa no había sido la razón, allí pareció tomar fuerza su espíritu. Después llegaron al puesto de salud. Dijo que su hija Abigail andaba enferma. Que se estaba muriendo, que ya no quería comer. Que lo que comía, lo vomitaba. Le solicitaron el carné de salud, que deben tener los que se enferman.

«Lo que quiero es que la vean». Dijo.

«Tiene que tener un carné. Todos los enfermos tienen su carné». Le informó la mujer de uniforme blanco.

«Lo que pasa es que la niña se está muriendo».

Rogó, Ezequiel.

«Aquí, todos vienen porque se están muriendo». Le dijeron desde adentro.

Cuando fue a hablar con el alcalde, le informaron que no estaba, que tenía una cita en la fecha con el gobernador. En la calle le dijeron lo mismo. Pero que eso no era asunto del alcalde. Que tenía que sacarle carné a la niña. Y que acá es así. Ahora es así. Volvió a decirle una señora que limpiaba los enseres de la oficina.

«Lo que pasa es que hay mucha gente que llega a pedir medicina, sin estar enfermo». Agregó una oficinista sin mirar a la señora.

«Si no tiene carné, no se atiende».

«Es que Abigail no está bautizada».

«Entonces tiene que bautizarla primero». Dijo alguien del despacho.

«Después tiene que sacarle el registro civil, la fotografía para el carné. Pero antes, debe tener el registro». Dijo alguien.

«Debe registrarla». Ratificó la oficinista sin levantar la mirada de la máquina de escribir.

Cuando Lorenza trató de expresarle los síntomas de la niña, la misma empleada le dijo que no insistiera.

«Es que tuvimos que venirnos anoche, no trajimos plata. No pudimos vender los animalitos que tenemos». Dijo ella con deseo de explicar otras cosas.

«La niña se me está muriendo». Le aclaró, con evidentes signos de llanto contenido.

«Dígale eso al doctor, de pronto le hace la caridad». Apuntó al final la enfermera.

Ezequiel había tratado de referir esos argumentos con la fortaleza de su carácter. Sintió sus ojos húmedos y el semblante grave, propio de los hombres que maduran su templanza sin humillarse.

«Señora, dijo, lo que pasa es que el frente que opera en la zona nos hizo salir anoche».

«Aquí, todos dicen lo mismo». Expresó la enfermera en forma mecánica.

«No puedo esperar que se muera en mis brazos». Rogó Lorenza. Como si predijera un fracaso fatal, que no alcanzaba a conmover los escombros humanos ante aquel drama de gentes insensibles.

Los muchachos que habían quedado durmiendo sin ninguna previsión ni comodidad en las bancas de la iglesia, sintieron la mortificación de las ropas húmedas en el cuerpo. Sintieron además el acoso del hambre. Una sombra de desamparo cubrió su alrededor, al sentirse íngrimos y solos en aquella casona sombría y extraña para ellos. Cuando descubrieron a los perros que permanecían echados a sus pies, sintieron la vigilancia de Leoncico y de Gaviota, como una costumbre de ellos en el aire tranquilo del caney. Entonces fue cuando cayeron en cuenta de sus pies destrozados. Habían dormido a lo largo del día, alcanzaron a sentir una leve indiferencia que hace siempre que los hechos dolorosos de la gente se vuelvan una costumbre sin ninguna solución. Así que, la desesperanza, la vida destemplada, sin otra explicación posible es la rutina de los días. Hasta pareciera que no es que la gente tenga por costumbre ser perversa, sino que es el abandono que ha ido creando un cascarón de maldad que degenera en algo perverso

so y que termina carcomiendo la sociedad bajo el pretexto inexorable de una ley que no se cumple.

CUATRO

«Estamos rodeados de muertos, Lorenza. Abigail era una niña serena, la única mujer que teníamos, quisiera incendiar el mundo. Quizás esa no sea la razón. No tengo fuerzas para mirar tus ojos. Los ojos inocentes de nuestros hijos. Tú y yo no hemos asistido a la multiplicación de los panes, ni de los peces como dicen los curas. Cuando veníamos por el camino yo venía sintiendo la respiración recortada de Abigail, había soñado con ella, mirándose a los espejos, así como haces tú cuando te arreglas el pelo, después que te bañas, Lorenza. Ahora que he visto sus ojos agrietados he recordado a mi madre, el día de su muerte. Pero no tengo lágrimas, mi cara es una tabla, una máscara, soy ahora el sepulturero de Abigail, Lorenza. Mira su cara serena, Lorenza. Se volvió tranquila como es tu costumbre, mujer. Estoy llorando por dentro. Lloro todo lo que puedas antes que se den cuenta los niños que están en la iglesia. Tú me dijiste que partiéramos. Y partimos con el alma ya partida. Allá dejamos todo. Vivíamos de la vaca. Pero nos servíamos del burro y los barriles, de las sombras de los árboles, del agua del pozo, de todo, de casi todo. De las lluvias, de las berenjenas, de las candias que recogíamos, del maizal, de las matas de plátano, de todo. No estés tan triste, mujer. Hemos llegado más lejos que los otros parientes que han ido matando los revoltosos. Nos andarán buscando por entre los matorrales, habrán regado la ropa, la habrán tirado por el suelo de tu cuarto. Ya los hijos irán a la escuela de aquí. Servirán de algo. No serán zánganos como los que dejaron morir a Abigail. No tengo lágrimas, mujer. Ya no tenemos que ocultar su cadáver. Sácale la boca de la teta. Mira, ya no respira. No voy a pedir una

limosna para su entierrito. Me van a decir que yo no estoy enfermo. Que no sea sinvergüenza. Eso es verdad. No conseguiré nada. El carpintero me va a regalar una tabla. Él es un alma buena. Dijo que me regalará una tabla y unos clavos. Se llama Ignacio Paredes. Él me ayudará a hacer el cajoncito. Que lleváramos la niña muerta a su casa. Que sus hijos se han ido para la ciudad. Que a la muerte de Alicia, su mujer, él vive solo. Que en el pueblo ya él no hace cajones. Me dijo que los muertos ahora, como han sido tantos, los tiran en fosas comunes. Así como los traen en bolsas negras, así los tiran en una zanja del cementerio».

CINCO

No estaba seguro de nada. Quería cerrar las puertas de su imaginación. El sol había subido suficiente. Pero los hijos comenzaban a revolotear, tratando de despertarse. Después de una noche larga de lluvia y de camino farragoso, les había rendido el sueño. Lorenza los había encontrado despiertos. Les limpió el rostro un poco, con el borde de la falda de su traje, y se dispusieron a llegar a la casa del viejo Ignacio Paredes. Lorenza, como quien desenvuelve un pequeño bulto, metió el cadáver de Abigail en el pequeño cajoncito rústico. Terminó de arreglarle los cabellos, así como cuando ella iba al espejo. Le limpió las mejillas. Le pasó los dedos por sus cejas. Le aplanchó el trajecito con las manos, y besó sus piecitos desnudos. Isidro y Nicolás que eran los menores que apenas llegaban a los siete y ocho años le sostenían las manitos, por encima del ataúd. Simón y Gregorio alcanzaban a verle su rostro diáfano y rígido. Un tanto jipato, por los estragos del mal del cuerpo y la fiebre que la sobrellevó poco a poco a su muerte, sin asombro, en la intimidad de su propia inocencia. Sin aún caer en cuenta de la partida fatal. Así como pudieron, fueron saliendo

de la casa del carpintero, ya en la pura tardecita, cuando el sol ya había ido a morir detrás de la colina. Ezequiel tomó el pequeño cajón en su hombro izquierdo, se quitó el sombrero y salió por el flanco abierto de la carpintería. Lorenza trató de lanzar un grito lastimoso que contuvo, un sentimiento secreto, quizás por no alarmar a sus hijos. Así como pudieron, salieron al callejón de las vacas, por el costado ciego del pueblo. Adelante iba Ezequiel. Lorenza iba detrás. Con los cuatro hijos en silencio. Más atrás, venían los perros, husmeando la calle. El gato aparecía en los entreveros. Recorría a trazos el trayecto, por los corredores y las paredes. Algunas veces, desaparecía saltando las paredillas, atravesando los patios contiguos. Por un largo trecho, pareció haberse perdido entre los callejones, y la bruma de la noche que se aproximaba.

Cuando Ezequiel llegó al cementerio sintió el llanto compungido de Lorenza suspendido en la atmósfera pesada de aquel lugar. Lorenza, sintió un tirón de sus senos, como si Abigail aún estuviera mamando de ellos. Se aseguró de aquella placidez confusa mirándose los senos que habían empantanado los ajustadores y el corpiño. Quiso decirlo a Ezequiel, pero calló. Gregorio y Simón, con sus pies lacerados se mantenían cerca de ella. Isidro y Nicolás, se habían distraído un poco, observando las tumbas blanqueadas y envejecidas. Y una que otra, que se mantenían abiertas. Los perros con sus hocicos húmedos frisan las piernas desnudas de ambos. Alcanzaron a pensar que el gato se habría perdido.

«Vengo a enterrar a mi hija». Dijo, Ezequiel.

«Deme la orden de defunción». Le solicitó el celador del cementerio.

«Traigo el cadáver de mi hija». Expresó Ezequiel,

con un dolor disgregado en el rostro y su voz.

«Tiene que traer la orden». Infirió de nuevo aquel hombre, sin quitarle los ojos al pequeño cajón.

«Si ella está muerta, no necesito una orden».

«Es una ley». Clamó aquel hombre.

«¿Usted cree que yo quisiera enterrarla?». Sostuvo Ezequiel.

«Todos los muertos traen una orden». Remató el celador de semblante pálido y reseco, de cabellos escasos, y de cerotes de barro arriba de las cejas y en las uñas. Su aspecto era cansado, empezaba a molestarse.

«Ya los sepultureros se han ido». Dijo con tono aplastante. Un viento tibio y seco que venía de los pajonales próximos, de este lado de la colina, se estancó en el ámbito de las tumbas. Ezequiel buscó con sus ojos algún sitio en dónde posar el pequeño ataúd. Cuando ya no se veía ninguna esperanza, ni el hilo de la luz, ni la silueta de ellos, y cuando sólo las sombras emitían un reflejo, se reagruparon alrededor de las cuatro tablitas que guardaban el cuerpo de Abigail. Sintieron la fiebre de sus voces, un tanto profusas, al principio, que después se fueron apagando en el ambiente triste de la oscuridad.

A la mañana siguiente los perros de ojos pordioseros, y el gato de Abigail, que habían vigilado el entierro bajo la fragilidad del cielo, durante la noche, estaban ahí, como el viento que traía la semilla nueva y el polen sosegado, como si fuera el pan de cada día...



José Ramón Mercado

Ovejas, Sucre (1936). Poeta, narrador, dramaturgo y educador. Primer Premio Concurso Nacional de Teatro El Tiempo RTI, 1965. Algunas de sus obras dramáticas son: *Los Seres Anónimos*, *El Baile de los Bastardos*, *Pasos de un Drama en el Parque*, *Declaración de Amor en público a Marilyn*, *Las adolescentes*, *Monólogo de Tita*, *Encontrado en un Baúl*, *El Crimen fue en Granada*. Ha publicado los libros *No Solo Poemas*, 1970. *Las Mismas Historias*, cuentos, 1974. *Último Round y otros cuentos*, 1974. *Perros de Presa*, cuentos, 1975. *El cielo que me tienes Prometido*, poemas, 1983. *Agua de Alondra*, poemas, 1991. *Retrato del Guerrero*, poemas, 1993. *Agua del Tiempo Muerto*, poemas, 1996. *Árbol de Levas*, poemas, 1996. *La Noche del Nocaut*, poemas, 1996. *Los días de la Ciudad*, poemas, 2004. *La casa entre los árboles*, poemas, 2006. *Poemas y Canciones recurrentes*, 2013. *A mí me gustaba que la señora me llamara Vuelamasquelviento*, novela 2016. *Vestigios del naufrago*, poemas, 2016. Ha recibido numerosos premios y reconocimientos, entre ellos una mención de honor en cuento y una nominación en poesía en el Premio Casa de las Américas de Cuba, 1976 y 1993, respectivamente.

La canción de Alex Sumbakhan

(A la manera de Álvaro)

Guillermo Henríquez Torres

Una mano sobre otra mano. Un pie sobre otro pie. Un cuerpo sobre otro cuerpo. Una cabeza sobre otra cabeza. Una habitación vacía. Periódicos viejos arrugados sobre el piso de baldosas verdes y amarillas. Una grabadora encendida. La voz de Nino Bravo cantando “Un beso y una flor”.

—¿No sientes pasos afuera?

—Nadie viene, ni vendrá.

—¿Y si llaman por teléfono?

—No hay teléfono.

—Donde la vecina sí.

—Sé que no llamará.

—Pero tu camioneta está afuera y la conocen.

—Ya es tarde para pensarlo.

— Alcánzame el trago.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no me dejas ver. Hazlo tú.

—Tampoco veo.

— ¿Por qué?

— No quiero ver.

—Lo bueno ya llegó.

—Fue mucho el tiempo de espera.

— Es lo que cuenta.

—Que no sea una sola vez.

—El tiempo hablará.

Una silueta esbelta corre por una playa selvática, vuelan algunos pájaros tijeretas sobre el mar encrespado. Un viento tibio de marzo sobrevuela el paisaje espléndido con las montañas de fondo. Los pies van dejando una huella tenue que el mar borra a menudo. Un bote se acerca y dos fornidos pescadores saludan con mano en alto. Un golpe seco estremece la frondosa vegetación y como un silbido un tiro de revólver hiende la tarde áspere

de aquella vez. Un hombre vestido con franela a rayas y pantalones cortos aparece y apunta hacia un blanco impreciso.

Nino Bravo termina la canción y el hombre de franela a rayas apaga la grabadora. Corte a una mano que empuña el revólver. Una mano sobre otra mano. Un pie sobre otro pie. Una cabeza de pelo rizado sobre otra cabeza que no vemos.

—Te iba a matar esa tarde.

—¿Por qué?

—Me delataste.

—No es cierto.

—Simplemente no pude.

—¿Por qué?

—Faltaba esto, lo de esta noche: un beso y una flor.

—Como dice Nino Bravo...

—De todos modos puedo hacerlo aún.

—No, ya no podrás.

—¿Por qué?

—Por esto, lo de esta noche, lo que aún no había pasado y pasó.

—Todavía puedo matarte.

—No podrás.

El hombre se levantó y un peso enorme se desprendió de la silueta translúcida sobre el piso de baldosas verdes y amarillas. Algunos periódicos viejos se dispersaron en aquel lecho improvisado. La mano soltó el revólver sobre el piso. El hombre se dirigió a la grabadora portátil y cambió el casete que emitió otra canción: “Kiling me softly with his song...” decía esta vez la voz.

El hombre apuró un trago de la botella que apareció a sus ojos cansados y volvió a la carga sobre la silueta blanca y translúcida sin rostro, inmóvil sobre el piso de baldosas amarillas y verdes, que recibía la descarga sensorial.

—De todas manera te mataré —sentenció Alex Sumbakhan.



Guillermo Henríquez Torres

Ciénaga (Magdalena), 1940. Narrador, dramaturgo e investigador. *El cuadrado de Astromelias*, *Marta Cibelina*, *Academia de baile* y *Escarpín de señora* son algunas de sus más reconocidas piezas teatrales. Su narrativa breve la componen títulos como *Historia de un piano de cola* (1989), *Sin brujas ni espantos* (1996) y *Ayer solo ayer* (2003). Es autor de *El misterio de los Buendía*, una investigación histórico-literaria sobre las fuentes de *Cien años de Soledad*. “La canción de Alex Sumbakhan”, escrito a la manera de Cepeda Samudio, data de 1998 y está recogido en *Ayer solo ayer* (2003). En 2014, ganó el premio Ana María Agüero Melnyczuk, en Buenos Aires (Argentina), por la investigación *Ciénaga en las claves de Cien años de soledad*. Su novela corta *Té para Elisa* ganó, en 2015, el primer premio de la Convocatoria de Estímulos de la Secretaría de Cultura y Patrimonio y Turismo de Barranquilla. En 2016 publicó en edición digital la novela *Fruta sabrosa*, cuyo título inicial era *Agotadas las localidades* (1991). Sus novelas *La perla barroca* y *Tierralta* (1993) siguen a la espera de editores. En estos momentos revisa sus memorias.

¿Encuentro?

Álvaro Medina

Los dedos eran largos, la mano grande y la fuerza enorme. El hombre agarraba por la nuca a la mujer, forzándola a caminar deprisa. Estrecho y pedregoso, el sendero bordeaba matorrales de hojas empolvadas por el viento tibio. La resequedad del aire hacía arder los ojos y la luz de la mañana hería. El sol se hallaba directamente al frente, en medio de un cielo blanquiazul. Encandilados, el hombre y la mujer entrecerraron los párpados, se abrieron paso entre las gruesas ramas de un árbol descuajado de raíz y se detuvieron delante del claro que apareció en medio del monte que crecía feraz.

Al fondo se veía el otro extremo de la ciudad, cuyos primeros techos comenzaban a menos de doscientos metros, donde se empinaba la loma que llevaban recorriendo algo más de media hora. Aquí y allá, dividiendo los solares que cubría la maleza, se levantaban los andamios de nuevas construcciones. Sin embargo, el hombre no vio la ciudad, ni vio el mercante holandés que navegaba río arriba con pasmosa lentitud. “¡Qué calor!”, exclamó fastidiado y utilizó el pulgar para retirar el sudor de la frente. Agachándose aquí, dando un salto allá, logró sortear las ramas del árbol caído y, sin soltar a la mujer, avanzó bordeando el claro. A los treinta metros, ni uno menos, apareció otro camino y se detuvo.

La mujer tenía huellas de lágrimas en los pómulos y apretaba un pañuelo en una mano. Un

rasguño era visible en el tobillo del pie derecho. Ajustada en el empeine, la presilla de la sandalia exhibía una costra de sangre y barro negro. La mujer ya no lloraba. Tampoco se quejaba. No dijo ay cuando tropezó con una piedra y no se fue de bruces porque el hombre la contuvo y evitó que cayera.

No, la mujer no dijo ay. Ofuscada, volteó a todos lados buscando ayuda. Al alzar la vista distinguió el mercante y distinguió el verde intenso que se extendía plano y sin alteraciones al otro lado del distante y ancho río, cuya superficie resplandecía como el azogue. La mujer reconoció el caño que penetraba la llanura baja hasta el horizonte y alcanzó a ver a su hijo de seis años, blanqueado el rostro por la cal del suelo. Sorprendida, pero sobre todo avergonzada, llevó la mano al pecho y cerró la blusa. No la abotonó, temerosa de contrariar al hombre y desatar su ira. Mientras avanzaba, arrastrando el pie marcado por los rasguños, mantuvo juntas las solapas de la blusa. Cuando movió las manos para apartar los pelos que el viento hacía ondular en las pestañas y las cejas, las solapas se abrieron dejando al descubierto un sostén de trabillas húmedas.

Las trabillas se abrieron cuando el hombre y la mujer pasaron entre dos árboles quemados, tras lo cual bajaron por una pendiente abrupta y accedieron a un sendero transitable. Abierto a machete con esmero, el pasadizo parecía conducir a buen lugar, pero se bifurcaba a cincuenta metros de

distancia y el hombre tuvo dudas de la dirección que convenía tomar. La vegetación, alta y tupida en ese punto, cerraba por completo el panorama, impidiéndole cualquier orientación. Resuelto, tras avanzar por la derecha saltando osamentas de animales (dos de perro, una de ternera y la de un ave que podía ser pavo, o más bien golero), el hombre apresuró el paso empujando sin piedad a la mujer.

—Por aquí no, por aquí no —protestó ella con voz aguda y sin la menor firmeza, dejándose llevar.

—Sierra la jeta —replicó el hombre y la jaló de un brazo.

Ante ellos estaba la parte alta de la loma. Allí crecían higuieretas, trupillos y otros arbustos espinosos. Al otro lado se levantaba una casa enorme, amarilla y algo misteriosa.

—Que por aquí no —insistió nerviosa la mujer.

—¡Pendeja! —le dijo el hombre.

Zafó amenazante la hebilla del cinturón de cuero y la dejó colgando sobre la pretina.

Estremecida por la soledad del lugar que fatigaban, de aspecto menos ominoso que el paisaje que llevaba adentro, la mujer saltó de pronto y su mirada se llenó de espanto. El suelo bullía de escarabajos, escolopendras y hormigas, batallando por la mortecina de una golondrina. El hombre identificó el origen del pavor que parecía a punto de envararla y se divirtió aplastando escolopendras. Le regocijaba hacerlas estallar bajo las suelas de sus botas, consciente del terror que a ella le infundía su proceder. Por un momento, concentrado en los bichos que corrían por el suelo, el hombre se olvidó de la ruta que debía tomar. Aunque el caparazón de la escolopendra es relativamente duro, más dura resultaba la pisada que descargaba a cada paso. Cuando alzó la cara, el hombre intentó concentrarse en la ruta que se abría adelante y no pudo hacerlo, ya que la mujer volvió a saltar

y esquivó el ciempiés que parecía a punto de trepar por la sandalia rota. La mujer dejó escapar un chillido insoportable y el hombre, apretando los dientes, la abofeteó.

—Te pedí silencio y sumisión, grandísima cabrona.

La mujer rompió a llorar. No lloró como mujer hecha y derecha, sino como una infanta que transita a solas por un lugar desconocido, perdida en medio de las tinieblas de la medianoche. El hombre la contempló irritado, pero se calmó ante el temblor de unos senos que desbordaban ligeramente el sostén de encajes medio rotos, los senos que él había besado en largas y numerosas noches de pasión. Por costumbre, no porque se le antojara en el momento, resolvió ser implacable.

—Carajo, ¿vas a dejar de llorar o qué es la vaina? ¿Quieres que te ponga uno de esos animales en la lengua?

La mujer calculó en veinte los pares de patas que recorrerían su boca y no ocultó la mueca que, desde el fondo de un resentimiento renovado, deformó su boca. El hombre, en cambio, se sintió triunfante y reanudó con brío la ya larga caminata. Seis o siete metros adelante, contra lo esperado, sus músculos se tensaron y se vio obligado a detenerse. Por otro camino, subiendo a paso rápido, venía el hijo de ella. No estaba solo. Conducía de la mano al padre. Se hallaban a cien metros de distancia, cerca de la ceiba donde la loma comenzaba.

—Apura —musitó el hombre con la suavidad del que no quiere ser oído a más de un palmo de distancia—, ¿qué haces ahí paralizada?

—Yo no paré, paraste tú —replicó ella con un rencor profundo.

No la empujó esta vez. Por precaución, miró al frente buscando al hijo de ella y no lo halló. Seguro de que había tenido una visión, anduvo largo rato evitando los cadillos y las pringamozas que crecían en abundancia. Se sorprendió cuando el camino dobló de modo inesperado y desembocaron en el mismo claro del principio.

—Maldita sea —murmuró contrariado.

—¿A dónde quieres ir? —exclamó la mujer y pasó las escamas de la lengua seca por los bordes de los labios también secos.

—A cualquier parte, da lo mismo.

—Quedémonos aquí entonces, esto es cualquier parte en este mundo.

—¿Te vas a burlar de mí?

—No, yo apenas digo.

—Cállate entonces, que ya es suficiente que no sirvas para nada, ni siquiera para...

A la cabeza le vino el oscuro y ruidoso cuartucho de un hotel de paso, en el que un espejo roto reflejaba las luces rojas y amarillas del bar situado en la otra acera. Aunque bella y cargada de ansiadas sugerencias, el hombre no se interesó en aquella imagen. El instante no era propicio para acariciar recuerdos. Moviendo la cabeza para poder desechar sus pensamientos, comenzó a trotar empujando a la mujer. El polvo blanco de la capa de caliche que cubría la superficie de la loma se levantaba con cada tranco, la mujer gemía, él transpiraba a chorros y la luz solar achicharraba la maleza. Muy cerca del árbol de uva playa que se levantaba solitario junto al matorral cubierto por una enredadera, aminoró el trote y se detuvo al amparo de su escasa sombra.

Por un momento el hombre deseó hallarse al otro lado del río y poder tenderse bajo uno de los árboles del bosque húmedo. Empezó entonces a acariciar el anhelo de estar entre las yerbas altas

de la ribera y oír correr el agua rumorosa, pero vio o creyó ver la camisa a rayas que vestía el hijo de ella y la rabia contenida que, desde la distancia, adivinó en el padre. Irritado, resolvió correr al encuentro de los dos y enfrentarlos, como el soldado que, al salir de la trinchera, salta y planta las botas en el pecho del rival, elevándose como mota de algodón lastrada por la arena que la brisa avienta. El sorprendido contrincante empezó a rodar sobre la cal del suelo, los insectos vivos y la yerba mustia. Atrapado entre los infiernos del deseo y las urgencias de la realidad, el hombre abandonó el capricho de imaginar aventuras imposibles, contempló a la mujer y sonrió con altanería.

—Estás más linda que hace diez años, cuando me fui al cuartel —comentó y la llevó hasta el uvero—. ¿Me quieres tanto como me mandaste a decir en una de tus cartas?

La mujer no oyó la pregunta porque creía contemplar al hijo. Jugaba con piedras blancas, desnudo el hijo, de piel morena igual a la del hombre el hijo.

—¿Todavía quieres a este negro que te adora?

La mujer le replicó:

—¿Trajiste plata para el niño?

—Que le dé su padre —protestó con rabia el hombre.

Deslizó la mano en la blusa y le agarró un pezón sin la menor ternura.

—No es hijo de él y tú lo sabes —corrigió ella con voz firme, escudriñándole los ojos—. Yo estaba preñada cuando te llevaron a prestar el servicio militar para que combatieras a los bandoleros de los Llanos Orientales, antes de que te enviaran a pelear en el Tolima.

El hombre se indignó y la abrazó con violencia, no porque ella se opusiera, sino porque sospechó

que iba a evadirlo, pero no, se dejó abrazar. En la exaltación, renunciando a la fuerza que empleó al principio, le besó el cuello, le besó una oreja y buscó el borde de los senos.

—Es tu misma estampa —aseguró la mujer.

—En el ejército aprendí que uno no tiene que ser marica en este mundo —reviró él.

—Yo no he dicho que lo seas.

—Y me enseñaron que el que no está conmigo es mi enemigo. Tú estás con él ahora. Hace diez años estás con él y...

Su piel se había cargado de ternuras. La temperatura iba en aumento y lo invadió la nostalgia de no poder gozar la intimidad de un cuarto iluminado y limpio como el de cualquiera de las casas que se alzaban loma abajo, que solo ahora observó con detenimiento. Un cuarto, sí, o en su defecto un camarote como los del mercante parcialmente oculto por los edificios construidos al oriente, entre los que se destacaba el de la torre coronada por un círculo de llamas de neón, en el centro del cual se alzaban una O y una K, anunciando un analgésico.

—...bueno, sí, si te satisface, yo podría admitir que es hijo mío —continuó el hombre con tono amable, sin vejarla ni precipitarse en las palabras—, pero si te quitaras todos estos trapos.

El hombre no esperó. Con mano ágil le abrió la blusa. Al agacharse, deslizó los labios sobre el vientre plano y, abriendo las manos, le masajó las nalgas. Cuando la mujer deslizó los dedos en la cabellera de él, el hombre reconoció y gozó su olor. Ella hizo un giro para facilitarle la tarea de alzar la falda y él la premió con un beso en el ombligo. Pero se oyeron pasos y resonó el chasquido de la rama seca que alguien acababa de pisar.

Alerta, el hombre se irguió con los ojos agudados. Había alcanzado a emocionarse al contacto con la piel bronceada por el sol y con el volumen de los pechos que al erguirse alcanzó a rozar. Mientras giraba para escudriñar los alrededores, vio los techos de las casas, las ventanas de los edificios más cercanos, el río de aguas plateadas y algo cenicientas, las chimeneas de algunas fábricas y, por último, los manglares de la llanura punteada de humedales. El barco había desaparecido, porque acababa de atracar en el extremo sur del puerto. Desde el otro lado del claro, un niño con una culebra en torno a cada brazo lo miraba. Lucía enrolladas en los dedos, como anillos, diez escolopendras. ¿Como una escolopendra oscura, el hijo? ¿Hundiendo el hijo un hierro puntiagudo en las costillas del desconocido que forcejea con su madre?

SI NO

[] [] La madre (se sienta a descansar en el hiriente tronco de aquel árbol caído).

[] [] El hijo (se solaza con el olor del mar, aunque está distante).

[] [] El hombre (recuerda el nombre de un hotel y las palabras fundadoras de un amor).

[] [] El padre (posiblemente un padre).



Álvaro Medina

(Barranquilla, 1941). Narrador, historiador y crítico de arte. Ha publicado numerosos libros sobre el arte colombiano, entre los que cabe destacar *Procesos del arte en Colombia, 1810-1930*, *El arte colombiano de los años veinte y treinta*, *El arte del Caribe colombiano* y *Poéticas visuales del Caribe colombiano*. Es autor de la novela *Desierto en sol mayor* y del libro digital *Trece cuentos abiertos*. Fue profesor de historia del arte en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y curador del Museo de Arte Moderno de Bogotá. Vinculado al movimiento nadaísta de los años sesenta, ha vivido largos años en Nueva York y París.

La seducción de Verónica

Eduardo Márceles Daconte

Recuerdo que aquella biblioteca era cavernosa. La Sra. Marks, bibliotecaria principal, era una mujer menudita, de grandes ojos que se humedecían con facilidad cuando explicaba algún incidente triste o un percance inesperado. Tenía un hijo que a veces la visitaba en la biblioteca para pedirle dinero. Un día, después de algún tiempo sin venir, apareció con el pelo largo, la barba crecida, y una indumentaria de jipi que a todos causó sorpresa primero, y risa después.

El horario menos apetecido era el de los domingos de 6 a 10 de la noche. La biblioteca permanecía silenciosa, con el zumbido del neón en la inmensidad desierta taladrando los oídos. No había mucho trabajo. Yo me perdía recorriendo los laberintos infinitos de millones de libros, revistas, folletos, microfichas y microfilmes con la fría luz alumbrando los rincones más remotos. En ocasiones me sentaba a leer en una de las mesas cercanas a la oficina en caso de que llegara algún cliente, mientras mis colegas se entretenían conversando entre sí, por teléfono, o discutiendo sobre algún tema de actualidad. Aún en medio del invierno, la atmósfera de la biblioteca era cálida y acogedora.

Fue uno de esos domingos de fastidiosa inactividad cuando entró de repente aquella muchacha menuda, de baja estatura, cabello castaño y ojos

almendrados, que solicitó una información con la que yo estaba familiarizado. Se trataba de un trabajo académico sobre sicología infantil. Así que la ayudé a resolver sus inquietudes y empezamos a conversar sobre temas de América Latina y los niños desamparados.

Lo primero que le había llamado la atención — me dijo después — fue el manejo del idioma español cuando preguntó por mi nacionalidad. Ella era nativa de Puerto Rico aunque su padre había sido un inmigrante húngaro. Tenía una risa fácil y contagiosa, miraba con picardía por encima de unas gafitas de intelectual trotskista y coqueteaba con sus gestos de gata entre tímida y mimosa. De alguna manera, la química entre nosotros empezó a funcionar desde ese momento.

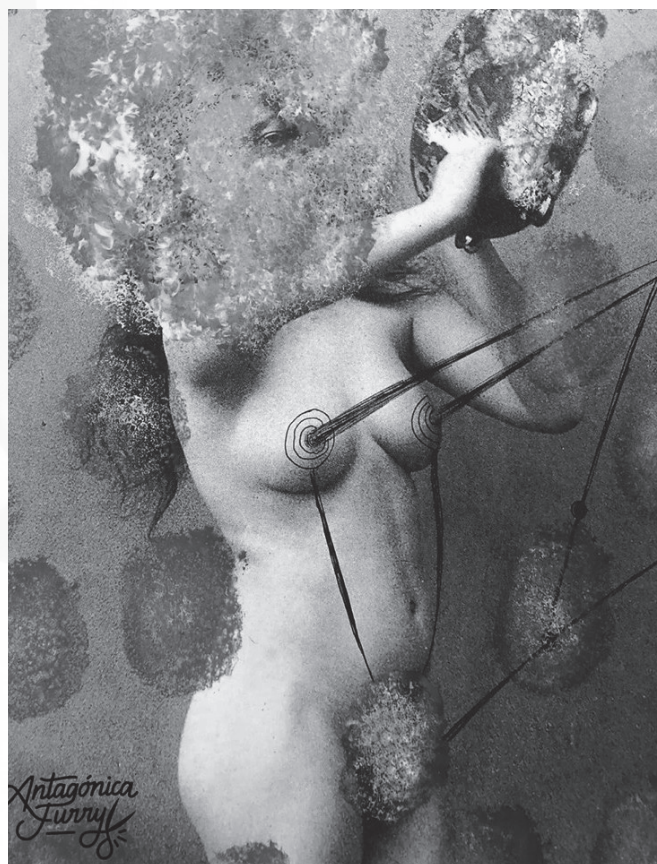
Nos sentamos en una mesa a conversar sobre sus estudios, su tierra lejana y la mía, sus sueños y mis ilusiones. Nos despedimos con un estrechón de manos y se fue agitando su mano con un *bye-bye*. Antes de salir me había dicho que se llamaba Verónica Magiar, y yo le dije que mi nombre era León Trabuco. Estuve seguro que aquel encuentro no terminaría allí. Pensé en ella toda la semana, pendiente de los clientes que entraban a solicitar nuestros servicios con la esperanza de verla entrar con su sonrisa felina, pero era inútil. Hacia finales de semana, era quizás un sábado, volvió a entrar

en la biblioteca. Yo estaba de manera casual atendiendo a otro estudiante que solicitaba una revista especializada que no estaba en su lugar. Ya había verificado en el cárdex que la habíamos recibido a tiempo, así que intentaba comprobar si había sido archivada por error en un lugar diferente.

Cuando Verónica entró, parecía que la biblioteca se había iluminado, dejé por un momento al estudiante que estaba ayudando y me dirigí a ella con una amplia sonrisa y la mano extendida para saludarla. Susurró que terminara de atender a aquel cliente, que ella esperaba. Volvió a comentar que necesitaba algunos datos que se encontraban en la Enciclopedia de Educación y la llevé a una sección retirada de la biblioteca donde se encontraban los volúmenes de consulta. Allí encontré la información que ella necesitaba y mientras le entregaba el libro acaricié con disimulo su mano. Ya había observado sus manos bien cuidadas y sedosas de uñas esmaltadas. Sentí un corrientazo al contacto con su piel que me calentó la sangre.

La dejé embebida en su lectura y me fui a esperar a los clientes o conversar con mis compañeros. Algunos se entretenían archivando libros en los estantes. Josh, un negro fortacho, enumeraba en el cárdex los periódicos y revistas que se habían recibido ese día. La Sra. Marks hablaba por teléfono con algún mandamás de la biblioteca principal y parecía de mal humor. Cuando Verónica regresó a agradecer mis atenciones, aproveché para pedir su número telefónico. Era el 314-8765 con la extensión 412 de la Residencia Rubin para mujeres estudiantes sobre la Quinta Avenida y la Calle 10.

La llamé esa misma noche desde mi apartamento y tuvimos una larga charla sobre la universidad, mis estudios de América Latina, la situación política de Puerto Rico, sus venturas y desventuras



amorosas, y la invité a almorzar en la cafetería del *Loeb Student Center* al día siguiente. Cuando colgué el teléfono mi mano estaba mojada de sudor, en mi cerebro resonaba su acento caribeño, dulce y melodioso, y miré por la ventana un horizonte de luces que se extendía por la Calle 48 y Octava Avenida hasta el Río Hudson donde las luces de algunos barcos parpadeaban, y más allá relumbaban los bombillos sobre la orilla de New Jersey.

La esperé sentado sobre una banca de *Washington Square Park*, mirando hacia la puerta del *Loeb Student Center*, hasta que divisé su figura menuda enfundada en un traje oscuro, su pelo castaño y su cara redonda observándome con su sonrisa gatuna y el índice derecho extendido para señalarme en la distancia. Estaba radiante, yo en cambio me sentía un tanto nervioso, pero también contento de estar con ella. Le di un beso en la mejilla que

a Verónica le sorprendió. Quizás no esperaba esa demostración de afecto tan temprano en nuestra relación pero no dijo nada. Solo detecté su sorpresa por el gesto de su cara, y por la intuición que uno desarrolla en estos casos. Empezamos a conversar sobre diferentes temas y después de almorzar la acompañé hasta el *Main Building* donde ella tenía una clase de sicología infantil.

Aquella noche, estaba preparando una monografía para mi clase de ciencias políticas en el pequeño apartamento donde vivía en el East Village. Era, recuerdo, sobre la militarización del orden político argentino y en ella argumentaba que a través de toda su historia, desde la colonia, pasando por su primera etapa republicana hasta el presente, la fuerza militar había siempre intervenido y la historia de Argentina estaba destinada a sufrir en el futuro una sangrienta represión a medida que aumentaran las acciones revolucionarias de izquierda. Los sucesos subsiguientes vendrían a confirmar mi tesis pero en aquel momento yo estaba más interesado en escuchar a Verónica que ninguna otra cosa. El teléfono timbró y escuché la voz risueña de ella que llamaba para agradecerme la invitación a almorzar e invitarme a cenar al día siguiente en un pequeño restaurante húngaro que ella conocía.

Hasta allí llegó mi entusiasmo por la militarización de Argentina. Después me puse a soñar despierto sobre mi futuro encuentro con Verónica. Me entretenía pensando que sería maravilloso hacer el amor con ella. Tuve una erección involuntaria, se me pararon los vellos de los brazos y un ligero temblor recorrió mis extremidades. Dormí feliz, y durante mis clases temí que fuera solo una ilusión pero allí estuve esperándola en la puerta del Restaurante Danube a las 7 en punto como ella había indicado. La vi aparecer doblando la esquina con una alegre falda de girasoles

que iluminaba la noche. Mientras esperábamos la comida, me contó que su padre, de origen húngaro, había conocido a su mamá puertorriqueña en Nueva York antes de irse juntos a vivir a San Juan por sufrir él de asma, y también porque su mamá nunca se acostumbró al frío invierno del norte.

—A los hijos de una pareja así les llaman hungarican, me explicó con su risa caribeña.

La invité a mi apartamento a tomar un coñac después de la comida, y no salí de mi sorpresa cuando aceptó sin condiciones ni melindres. Entramos a mi casa desordenada, con libros abiertos sobre la mesa, papeles arrugados sobre el suelo, calzoncillos guindados en la cuerda del baño y ollas sucias en el fregadero de la cocina. Pero ella no se inmutó, más bien empezó a ayudarme cuando intuyó que me sentía avergonzado. Puse la música que más escuchaba por aquella época: el jazz brasileiro de Sergio Mendes, serví coñac en dos copas barrigonas, nos acomodamos en unos cojines que servían de silla y empezamos a conversar sobre la monografía que ella acababa de terminar y la que yo estaba escribiendo sobre Argentina.

A ella le gustó mi apartamento. *Es acogedor y cálido*, me dijo con una mirada aprobadora alrededor del lugar. Yo sonreí y le tomé una mano. Le expresé mi admiración por su hermosa mano de uñas relucientes y piel suave. La acerqué a mis labios y la besé con cuidado, pendiente de su reacción. Ella entornó los ojos y respiró de manera audible. Pasé su mano por mi mejilla y besé el antebrazo. Verónica observaba como interrogándome sobre mis intenciones, no decía nada, solo miraba y respiraba cada vez con mayor intensidad. Le miré la palma de la mano y le dije, *vas a vivir largo tiempo.*

Entonces me aproximé a su cara y besé su boca

entreabierta. Fue un beso tierno, delicado, que apenas rozó sus labios, y observé que tenía los ojos cerrados y una actitud expectante. La besé sin miedo, introduciendo mi lengua entre sus dientes, tocando su lengua que chupé hasta que ella también introdujo su lengua en mi boca. Nos abrazamos a la luz de las velas que había encendido y el olor a incienso de pachulí que brotaba de los bastoncillos metidos en la matera del helecho que me regaló la vecina cuando se fue a China.

Desabotoné su blusa de seda con cuidado, sin dejar de mirarla; ella, avergonzada, se sonrojaba a medida que iba poniendo a descubierto su pecho, sus ojos entrecerrados, un pecho dorado cubierto de un vello fino que se erizó al contacto con mi mano. Allí estaban sus pezones garbosos como dos uvas maduras de aureolas rosadas que se ofrecían a un sediento de amor.

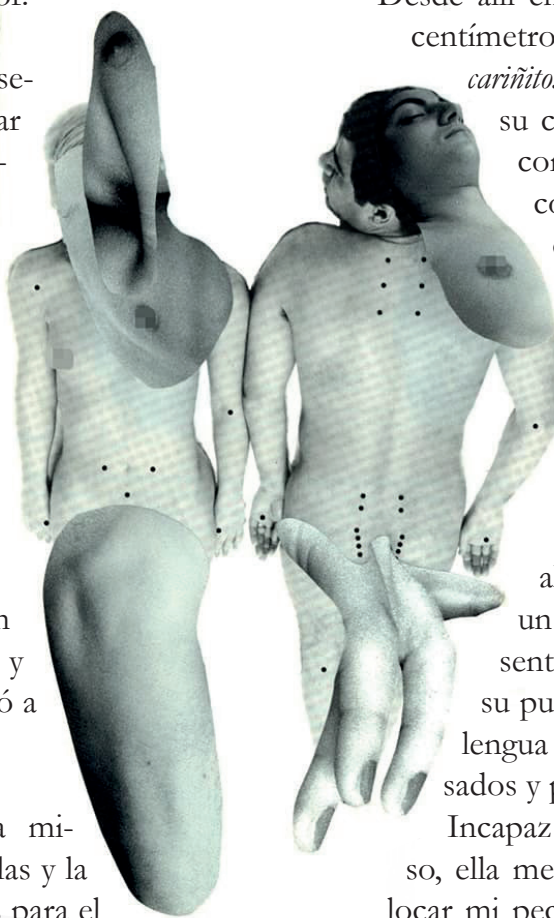
Metí mi cabeza entre sus senos y goloso comencé a chupar sus pezones que sentí granulados y apetitosos. Los mordisqueaba mientras fui quitando su blusa hasta desnudar su torso. Ella lanzó la cabeza hacia atrás y con sus ojos cerrados acarició mis cabellos. Entonces procedí a desabrochar su falda. El broche estaba atrás pero no cedía a mis insistentes gestiones hasta que ella vino en mi ayuda. Bajé la cremallera y deslicé su falda hasta que cayó a sus pies.

Estábamos parados en la mitad de la sala, la luz de las velas y la música de jazz eran propicias para el

amor. Yo seguí acariciando su cuerpo, cubriendo con mis manos la geografía de su piel hasta que llegué a un delta veloso, y más abajo a sus muslos recios de mujer joven y deportiva. Pasé la palma de mi mano por su pubis sin quitar aun sus bragas y sentí el calor de su pasión surtir a borbotones. Sin contenerme más, desabroché mi cinturón y ella se encargó de bajar mis pantalones mientras yo desabotonaba mi camisa. La ropa se regó por el piso de cualquier manera, en el desorden de nuestra excitación rodamos por el suelo. Verónica se tendió sobre la alfombra con los brazos sobre su cabeza en actitud de abandono y entonces me tendí sobre ella quitándome los calzoncillos a la carrera, sin pensar, solo sintiendo el infinito de penetrarla. Le quité las bragas y bajé hasta sus pies.

Desde allí empecé a besarla centímetro a centímetro, y ella exclamaba *ay, ay, así, así, cariñito*. Yo estaba mudo. Solo sentía su cuerpo tibio debajo del mío y con un dedo primero, después con dos o tres le acariciaba el clítoris, los muslos, el vientre. Le besaba los senos, subía hasta la boca, le introducía mi lengua y ella me correspondía de igual manera. Con la mano puse mi falo a la entrada de su vagina y sin penetrar del todo giré mi miembro alrededor y la sentí mojada con un fluido espeso y pegajoso que sentí agri dulce cuando bajé hasta su pubis para besar e introducir mi lengua entre sus labios vaginales rosados y palpitantes.

Incapaz de resistir aquel beso lujurioso, ella me tiró por las orejas hasta colocar mi pecho sobre sus senos erizados,



bajó la mano y acarició mi falo. A tientas, colocó el glánde sobre su flor escarlata, me abrazó con sus manos sobre mi espalda y empujó hacia abajo. Entonces la penetré de manera gradual, experimentando una sensación de vértigo del que sólo recuerdo una lejana melodía de campanitas de cristal. Cuando recuperé mis sentidos, escuché un suspiro profundo que nunca supe si era de dolor o de placer. Verónica abrió sus ojos para mirarme asombrada, como si de repente hubiese descubierto que estábamos haciendo el amor.

Debajo de mí ella hacia un movimiento giratorio con sus caderas mientras yo subía y bajaba de manera rítmica. Con una mano le acariciaba un seno y con la otra su clítoris, ella jadeaba y yo respiraba en forma profusa, ella lanzó algunos gemidos de satisfacción, y yo le susurraba al oído *amor, mujer encantadora, que rico estar contigo*. De repente, exclamó un sí, sí y sentí más rápido sus movimientos. Yo tampoco pude contenerme, la penetré buscando sus vísceras hasta que todo se oscureció y al unísono gritamos, nos arañamos y nos besamos hasta quedar exhaustos allí tirados sobre el piso.

El día siguiente nos encontró caminando hacia su dormitorio bajo el alegre sol del mediodía. Antes de ingresar al edificio, la levanté en vilo, ella gritó con una risa nerviosa: *¿qué haces?*, pero era tarde y ya estaba sobre mis brazos cuando atravesamos el umbral y la deposité alborozado en medio del vestíbulo, foco de las miradas curiosas de todos los presentes.



Eduardo Márceles Daconte

Aracataca, 1942. Narrador, ensayista, crítico de arte e investigador cultural. Fue profesor visitante de la Universidad de Estudios Internacionales de Shanghai (China) y editor del diccionario chino-español. Fue Distinguished Visiting Professor en la Universidad de Miami (Florida) y trabajó como curador multicultural en el Queens Museum of Art de Nueva York. Ha publicado *Los perros de Benares y otros retablos peregrinos*, cuentos; *La crítica de arte y las tendencias de la pintura en Colombia* (ensayo). Es autor de una serie de tres libros de crítica de arte titulados *Los recursos de la imaginación: Artes visuales de la región andina de Colombia; del Caribe colombiano; y de Oriente y Occidente* (Estados Unidos, China y Europa), este último aún inédito.

Ha publicado, además, *¡Azúcar! La biografía de Celia Cruz*; *El umbral de fuego* (novela); *20 narradores colombianos en USA* (antología); *23 narradores colombianos en Europa* (antología). Tiene inéditos una investigación sobre Nereo López y un libro sobre 16 Danzas emblemáticas del Carnaval de Barranquilla.

A la espera de la clave

Walter Fernández Emiliani

Hay una fotografía hermosa en la que apenas me reconozco, a la usanza de esas tarjetas postales de época, de estampa idealizada, en la que nada hace presagiar la pesadilla de horror que sobrevendrá más adelante. Un registro fotográfico que llevo décadas observando, una ampliación del original en blanco y negro, que ahora, con el transcurrir del tiempo, ha devenido castaño. Esteban luce un vestido entero marrón, tiene veintitantos, yo diecisiete. La falda, de anchos pliegues, hace más ostensible la estrechez de mi cintura, que él sujeta entre las manos. Es el Parque Washington. Cerca no al sitio abundan los solares, y a esa hora de las cuatro de la tarde la sombra de los pinos imprime al sector un aspecto de verano esplendido de enclave nórdico.

Es nuestra primera cita a solas. El Buick negro, último modelo, se encuentra estacionado a un costado y la brisa que viene del río - que se divisa a lo lejos - llega sin obstáculos y profundiza un silencio de cumbre. Es muy raro el tráfico vehicular y es un momento de plena felicidad, de la cual - por supuesto - nunca se tiene plena conciencia, mientras transcurre. Quizá un atisbo, como una dádiva, nos diga de la inevitable fugacidad del instante, la parálisis del tiempo, el “detente instante”. Sirve de fondo un montículo de tres metros de alto, una colina artificial, de un verdor que contradice el estío. Las gradas ascienden a un mirador de mármol donde se divisa la ciudad entera.

Nuevas mansiones han proliferado alineándose frente a los campos de golf y la nueva urbanización ostenta el sello de exclusividad, lejos del tráfago febril del centro. La misma geometría en boga, de líneas simples que caracteriza la nueva arquitectura ha dejado rezagado al viejo Prado y se prolonga ahora más allá del Country Club y trepa al sitio más elevado de la urbe como un extenso minarete, ahora con un nombre de más altiva prestancia: “altos del prado”.

Ignoro porque me seduce la fotografía. Parece trasladarme al entorno de ensueño de un tiempo que ya no existe, pero sigo asomada a esa singular ventana desde el día en que Esteban me trajo a vivir a esta casa con su madre y sus hermanas. Recuerdo haberla entronizado en la pared del estudio junto a viejos retratos de familia.

Rebobinar la cinta de todas las emociones desde el día en que llegué a esta casa: los hijos más tarde, Esteban previsible - a pesar de las certezas respecto de él, que no eran otras que el rompecabezas que había ido armando desde los días iniciales de nuestro noviazgo -, los compromisos sociales, los primeros indicios a los que iría sumando detalles ínfimos de la vida doméstica y distorsionando al hombre fascinante que era Esteban recién llegado de New York con su título de químico. El hombre al que conocí en un torneo interdepartamental de tenis, raqueta en mano y camiseta blanca y

cuerpo fibroso, la soguilla de oro muy fina, de la cual se apreciaba apenas el trayecto que descendía del cuello y se perdía bajo la tela del suéter, con una suerte de reflejos de agua, una armonía y un esplendor de plenitud juvenil, una virilidad y una belleza casi ofensiva a la que él parecía ajeno.

Y era esa misma personalidad avasalladora de hombre cosmopolita la que me había seducido. Imaginaba una vida intensa en sus años de estudio, en esa metrópoli que se me antojaba el corazón del mundo, la disipación juvenil, el mundo de tentaciones, la bohemia, el gran Greenwich Village, del cual me había hablado, o tal vez, ahora que lo pienso mejor, lo había imaginado, pero todo había comenzado a erosionarse lentamente; ahora Esteban estaba muy lejos de aquella imagen, yo lo había desarmado y vuelto armar con todos los atisbos en que se me había mostrado en el sigilo con el cual había comenzado a mirarle.

Habían sido tanto los indicios y los rumores... Eso de que “los hombres duros no bailan” no era con él, sólo que siempre lo hacía con la hermana. Para quien no los conocía daban la impresión de una pareja de enamorados y Marcela parecía encontrarse en el quinto cielo junto a él. Yo pensaba que se habían acoplado como pareja de baile y que ella se divertía haciendo rabiar a todas, incluso a mí, que no le daba importancia, hasta que empezaron a circular las murmuraciones: “Que si eran la encarnación de José Asunción Silva y Elvira”; que si “bailaba con la hermana porque era afeminado”; “que no la dejaba bailar con nadie”; “que si eran celos enfermizos”... Lo cierto es que a partir de entonces una sombra equívoca se cernió sobre él. Yo lo atribuía al atractivo viril de Esteban, a su refinamiento y buen gusto, que suscitaba la inquina gratuita de conocidos y amigos comunes, que no le perdonaban la serenidad y ese aplomo de clase que se transmite de padres

a hijos en las familias bien establecidas.

Por otro lado, Marcela mantenía conmigo una atildada cortesía, una comunicación que no se reservaba, pero tampoco iba más allá del trato formal y un tris dubitativo que delimitaba una línea invisible entre las dos. Si pudo existir algo entre ellos y si podía dar crédito a semejante faramalla incestuosa, pensaba que todo había concluido a partir de mi matrimonio con Esteban y que lo que perduraba en ella, de esa improbable relación, era una actitud estanco, de abandono o renuncia, de quien ha dado por clausurada una aventura, que había de concluir y que a nada conducía. Por lo demás, Esteban era en la intimidad de una fogosidad y una audacia que no había mermado con los años, sólo que luego se distendía, se desconectaba. A mí terminaba por darme igual, no aventuraba ningún reclamo, ni me inquietaba, después de diez años de matrimonio, indagar en su personalidad; me bastaba con observarlo en silencio, con dejar quieta a la imaginación, esa “la loca de la casa”.

Pero todo era conjetura. Hasta el día en que mi estilista, Jesualdo, el “Peinador de las damas elegantes”, me dijo en tono casual, que había visto, varias veces, a Esteban en compañía de un amigo en ‘Solymar’ sentados en una de las mesas más discretas del lugar. Eso fue todo, no dijo más, ni un matiz en la voz que insinuara otra cosa, pero a mí me había bastado para recibir el mensaje. Yo había observado muchas veces a Esteban en el club muy divertido conversando con muchachos muy jóvenes. Una noche en las fiestas de gala de “San Silvestre” y desde el salón de baile, vi a Esteban en compañía de un joven cerca de la piscina, muy juntos el uno del otro, conversando. Marcela, muy cerca al lugar donde me había apostado, seguía en silencio la misma línea de observación y un instante después vino hacia mí y me preguntó:

¿Que miras? Y me escuché diciéndole: “espera... aguarda, quiero ver cómo Esteban enamora a ese muchacho”. Me arqueó una ceja mefistofélica, me volvió la espalda y se fue taconeando displicente con la copa de champan en la mano, como quien ha escuchado el exabrupto impertinente de un borracho.

Tanto tiempo de convivencia para darnos cuenta finalmente que vivimos al lado de un extraño del que casi o nada sabemos. Poco sabemos de las emociones de ese otro que lo habita y del que nos está vedado indagar nada, sin que se rompa el equilibrio, sin que salté la tranquilidad hecha trizas. Él debía intuir, adivinar mi confusión. ¿Qué conocía yo de ese otro mundo, del que solo tenía vagas referencias? ¿de los intrilinguis de una sexualidad equívoca? No atinaba a sentirme igual a otras mujeres cuando se ven enfrentadas a las amantes de sus maridos, cuando ven amenazada la estabilidad del hogar por otra mujer igual a ellas y no era mi caso. Más que ofendida, estaba intrigada, aquello despertaba en mí una curiosidad insana, pero no tenía forma de indagar su doble vida; lo más cercano a un confidente había sido Jesualdo en mis visitas al salón de belleza; pero ya se sabe, es la deformación profesional de un estilista a quien todos los hombres se le antojan vulnerables.

A partir del incidente con Marcela esa noche en el club, estuve pendiente de la reacción de Esteban en los días posteriores, pero no dijo nada, su actitud fue de reserva, era evidente que Marcela lo había puesto al corriente de todo, porque en ambos se percibía una hostilidad

interior que no se manifestaba en gestos ni palabras. En esos días soñé con la casa y en el sueño recorría los cuartos que se multiplicaban, abría las puertas buscando a mis hijos sin encontrarlos, la angustia crecía y me escuché gritar en la oscuridad.

La desgracia no irrumpe de improviso. Sin darnos cuenta se va insinuando. Al principio son detalles nimios, contratiempos que pasan inadvertidos, y luego, un día, se nos viene encima con toda la contundencia y nos asesta un golpe rotundo, cuando menos lo esperábamos. Y así fue, poco después, un medio día, vi llegar a Esteban; entró como una exhalación, llevado por la prisa y buscó algo en el escaparate; lo miré a los ojos intrigada y me soltó al salir, en tono seco: “después hablamos” y lo vi alejarse en el carro como un enajenado. Seguidamente, Marcela salió del cuarto y me gritó furiosa: “¡estúpida! haz hecho de Esteban el hazme reír de todos”, y me azotó la puerta del cuarto en las narices.

No supe de qué me hablaba, ni quién había ofendido a Esteban, ni qué responsabilidad me cabía a mí en todo esto, pero me había ofendido tanto con lo de “estúpida” que la habría cogido a bofetadas de haberla tenido otra vez en frente. Toda la tarde me mantuve en ascuas, con una sensación absurda de culpa, me sentía constreñida, no atinaba por más que rumiaba y hacía recapitulación de alguna charla con familiares o amigos que me diera pistas de alguna infidencia que hubiera podido evolucionar hasta tomar forma de injuria, de alusión infamante o ¡qué se yo! Pero no encontraba nada en mi natural discreción que me inculpara, como parecía confirmarlo la agresión



verbal de Marcela.

Esteban llegó tarde, ya casi pasada las once de la noche. Entonces supe que se había liado a golpes con un conocido por murmuraciones que comprometían su hombría. Estaba colérico, cosa que era infrecuente en él; y pocas las ocasiones en que perdía el control; pero cuando sobrevenían esos estados de iracundia lo desconocía; se tornaba incontrolable. El que lo había injuriado le había gritado delante de algunos socios del club: “si tu mujer ya está enterada y además es de conocimiento público”. Cuando le dije que nada tenía que ver en tan vulgar enredo, me asestó una bofetada y fui a dar contra el suelo. Me ardía la cara, me cegué de ira y le grite que me importaba ‘tres tiras’ lo que él hiciera con su vida; que no quería vivir más con un degenerado y que bien podían irse a vivir juntos, él y su hermana; que lo que sí era de conocimiento público, era su relación incestuosa con Marcela. Se quedó paralizado un par de segundos. La puerta a mis espaldas fue violentada por un fuerte estampido y sentí penetrar el filo del cuchillo por debajo del omoplato; cuando giré vi el cuchillo en las manos de Marcela y esta vez sentí la trayectoria de la hoja menos intensa porque Esteban alcanzó a sujetarle el brazo y detenerla.

Como pude, logré salir del cuarto. La madre de Esteban y la servidumbre estaban como petrificados, impávidos, asustados; caminé hasta la sala con dificultad e intenté pedir auxilio, pero no alcancé la puerta de la calle; me sentí desfallecer y me derrumbé en un charco de sangre. Perdí el conocimiento y luego vi a Esteban que iba sentado en el asiento trasero del carro, sosteniendo mi cabeza exangüe sobre las piernas. Yo miraba mi cabello revuelto, mis labios ligeramente abiertos, mis ojos cristalizados. Entonces tuve conciencia de que en esa muñeca inerte yo ya no estaba, y

que viajaba justo al lado de Esteban, espantada de mirarme, horrorizada de saber que ya no era, y el pánico de seguir ahí, viéndolo todo.

Ahora ya no sé si habito en la casa de puertas interminables del sueño que antecedió a la pesadilla del siguiente día, pero aún sigo en la casa; sólo yo la habito, nada ha cambiado desde entonces; el mismo mobiliario *art deco*, las mismas palmeras del patio que se arrebatan con las brisas de la tarde. Recorro los cuartos, me siento en las mecedoras de la terraza, sin conciencia de nada; aquí no fluye el tiempo. A veces, sólo aparezco o estoy de nuevo en la mecedora y llega en sordina la música de un piano que va lento y espero inútil la clave, la melodía que descifre el mensaje que espero rompa la monotonía de esta espera insufrible, este espacio intemporal en el cual aún existo, en esta realidad ilusoria que es la casa, en esta eternidad fuera del tiempo, el hastío y la angustia de la nada.

Tal vez algún día deje de existir también en esta otra realidad, en esta eternidad fuera del tiempo.



Walter Fernández Emiliani

Nacido en Barranquilla en 1945. Administrador de empresas. Ha obtenido diversos galardones en concursos de cuentos de las universidades de Cartagena, Sur de Colombia (Neiva) y Metropolitana (Barranquilla). También ganó un primer lugar en el Concurso de Poesía Cervecería Águila en 1986. Sus cuentos han sido publicados desde los años 70 en diversos diarios y revistas como el Suplemento del Diario del Caribe y Lecturas Dominicales de El Heraldo, de Barranquilla, entre otros. Aparece antologado en el volumen titulado *25 cuentos barranquilleros* que preparó Ramón Illán Bacca para la editorial de la Universidad del Norte. Tiene en prensa su libro de cuentos *Secreto rostro*, y actualmente está trabajando en su novela *El secreto de Peggi*.

Examen final

Roberto Montes Mathieu

No era fácil que me aceptaran como pistolero pero yo insistía. Les decía que yo tenía la vocación, el deseo y el interés; que era la única forma de hacerme a una profesión que me diera para vivir bien y ayudar a mi familia. No quería ser un hombre como mi padre que trabajó toda la vida en colegios y no consiguió nada. Nunca pudimos vivir ni siquiera regular, siempre estuvimos a medias, cambiando de casas porque no podíamos pagar la renta y nos echaban. Mis hermanas estaban condenadas a ser prostitutas, ni ellas ni yo habíamos podido terminar los estudios, ¿qué podía hacer?

Yo veía a los gatilleros profesionales cómo vivían de bien, con buenos carros, buenas hembras, tirando buenas pintas, comiendo en lugares exclusivos y teniendo bien a los viejos. ¿Cómo iba yo a poder levantarme a Marta Reina si carecía de todo? Me contentaba con imaginarla besando sus labios y sintiendo sus manos en mi bragueta, sólo sueños. Pero los jefes pensaban que no podía ser como ellos. Pareces un carrao, me decían, no tienes ánimo ni presencia. Te falta todo. El Mocho llegó a decirme que yo era demasiado estudiado y así no servía. Le dije que sólo había hecho hasta tercero de bachillerato, que no había podido seguir por problemas económicos y hasta había perdido el año porque no pude terminarlo. Pero lees de corrido, me decía riéndose. No sirves así.

Le hablé entonces al Ñato para que convenciera al jefe, y dudó, siempre por mi imagen de poeta,

me decía, y creyó que tampoco yo podía ser como él. ¿Serías capaz de someterte a la prueba?, me preguntó. Me sorprendió porque no sabía de qué se trataba, pero le dije que sí, entonces me dijo cómo fue con él. Lo llevaron por las calles de la ciudad en un Chevrolet grande, azul, y después de dar varias vueltas detuvieron el carro frente a un paradero de buses. Ahí había una señora con una niña de cinco años. El jefe le dijo, ahí está el objetivo, muéstranos que tienes huevos para cumplir un contrato, pártelo una pierna. El Ñato no dudó un instante, sacó el .357 y demostrando frialdad y falta de escrúpulos apuntó desde la ventanilla del carro, como a cincuenta metros del blanco y disparó. La bala pegó en el pecho de la niña que cayó hacia atrás desprendiéndose de la mano de la madre, envuelta en un salpicón de sangre. El Ñato dijo, ay me equivoqué, y le pidió perdón al jefe, lamentándose del error e insistiéndole que buscaran otro blanco para cumplir el encargo; casi le rogó. El jefe reía y movía la cabeza; al cabo de un rato, mientras el carro avanzaba alejándose del paradero de buses, dijo que no, que suficiente lo que había hecho. Estaba bien y lo felicitó porque había aprobado el examen.

Yo puedo hacerlo, dije. Yo puedo hacerlo. Y habló con el jefe, lo convenció y me amenazó que me mataba si lo hacía quedar mal, que estaría junto a mí para asegurarse de que cumpliría. Me metió el revólver debajo de la quijada, aquí te disparo y te vuelo la cabeza. Yo sabía que hablaba en serio, pero estaba dispuesto a cumplir la prueba,

cualquiera que me pusieran. Al fin iba a mejorar mi vida, a tener buenas hembras, a Marta Reina, y a las que quisiera, iba a encerrarme donde las putas una semana, comprar buenas cosas para los viejos y mis hermanas. Me iban a respetar en la cuadra cuando me vieran manejar buen billete.

El día de la prueba me llamaron temprano, me dieron un 38 largo para que lo limpiara y me familiarizara bien con él. Al medio día el revólver y yo éramos la misma persona, casi sentía que no podía abandonarlo. No había sentido eso ni cuando presté el servicio militar que aprendí a disparar y a matar a nombre de la patria. Ahora sentía que empezaba mi esperanza. Como a las cinco de la tarde salimos en el carro a dar vueltas por la ciudad buscando el objetivo. A mi lado, en la parte de atrás, el Ñato. No sé quién manejaba, nunca lo había visto, pero a su lado estaba el jefe que miraba a todos lados. Paramos en un parque infantil, pensé que sería igual que lo del Ñato, pero no, el carro arrancó nuevamente. En una esquina mientras el semáforo estaba en rojo, pasaron tres monjas. Al jefe se le iluminaron los ojos y dijo, ja, sería bueno bajar a una de ellas. O a las tres. Eso no se ha hecho. No me gustó la idea pero no dije nada, esperé la orden a pesar de que es mala suerte matar a una monja. Es mala suerte matar a una monja, dijo, nos puede afectar a todos. Y se hizo la señal de la cruz.

Seguimos y pensó que un embolador o un vendedor ambulante, pero descartó la idea porque a nadie le podía importar. No sería noticia destacada, había que buscar una víctima que por su condición fuera vulnerable y notoria para que tuviera mayor repercusión, sintiera terror la sociedad, que supieran que los gatilleros eran capaces de cualquier cosa y de total falta de escrúpulos. Eso daba respeto. Por eso la prueba para enviar ese mensaje.

Al llegar al parque que frecuentaban jubilados y desempleados, paró el carro y me dijo: Bájate aquí con el Ñato y dispárale a la cabeza al viejo que veas con bastón o muletas o más achacado, ojalá un parapléjico. Mientras más lástima dé mejor.

Caminamos alrededor del parque, vimos que en el centro, junto al kiosco de comidas, en una de las mesas, jugaban dominó. Varios viejos seguían de pie las jugadas, entre ellos uno con bastón. Sería fácil. Me acercaría, le dispararía a la cabeza y podría regresar caminando hasta el carro, nadie sería capaz ni podría seguirme. Detrás de mí el Ñato acariciaba la cacha de su revólver en la pretina, debajo de la camisa. Había poca gente, posiblemente por el frío y la humedad, había llovido. Cerca del objetivo saqué el arma, eché atrás el martillo y fue cuando el viejo del bastón presintió mi presencia y se volvió hacia a mí, entonces vi su cara que por la gorra que llevaba no lo había reconocido. Era el profesor, mi padre, que me sonrió y solo pude volverme para encontrarme con los ojos del Ñato que también sacaba su revólver.



Roberto Montes Mathieu

Sincelejo, 1947. Narrador, ensayista e investigador cultural del caribe colombiano. Dirige en Bogotá desde hace 11 años el *Magazín del Caribe*, un suplemento que lleva 51 ediciones. Sus relatos y ensayos han aparecido en las revistas *Letras Nacionales*, *El Café Literario*, *Punto Rojo*, *Gato Encerrado*, *Puesto de Combate* y *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica de la Universidad del Atlántico*, entre otras. Ha publicado los libros *El cuarto bate* (1985), *Tap tap* (1991), *Para qué recordar* (2008), *Maestros del acordeón* (2011) y la *Antología del cuento caribeño* (2003) de la que es coautor con Jairo Mercado. Sus cuentos han sido recogidos en diversas publicaciones como *Narrativa colombiana contemporánea* (1984), *Palabra viva* (1992), *Breve teoría y antología sobre el minicuento latinoamericano* (1993), *Antología del Gran Burundín Burundá* (2002), *Antología del cuento corto colombiano* (2004), *Segunda antología del cuento corto colombiano* (2007), *Cuentistas sucreños* (2008) y en *The flight of de condor* (2007), esta última publicada en Estados Unidos por Jennifer Gabrielle Edwards.

Un asunto de honor

Antonio del Valle Ramón

El había terminado de leer Papillón. Con mucha pereza, se levantó de la mecedora y por la ventana le echó un vistazo a la ciudad, que le pareció un rimero de cemento y varilla, dispuesto en formas altas y bajas pegado al río. Más allá, el mar. Una línea suave, blanca y azul. Vivía en el sexto piso de un edificio de once. Aún seguía en pijama. El reloj de péndulo del comedor, una reliquia, regalo de su suegra, dio cuatro campanadas. El apartamento flotaba en el silencio de la tarde del sábado y esto lo extrañó, fue a ver qué hacían sus hijos. Tenía tres: dos hembras y un varón. Empujó la puerta del cuarto de las niñas y los encontró jugando a siglo, apostando plata. El garito lo tenían montando en la cama de Angélica.

- Juego - les dijo.

Ellos no le prestaron atención, estaban en el comienzo de una «mano». Miguelito - que repartía las fichas poniéndolas sobre la sábana -, le daba a Angélica. Ella se quedó con tres, después de sumar noventa y cinco.

- Me planto - dijo
Él los miró, esperando la respuesta.

-Bueno. ¿sí o qué? - insistió.

- Sí - le contestó Diana.

Lo desplumaron rápidamente.

Se levantó de la cama y les dijo que se iba a bañar. A ellos les dio lo mismo. Él se metió en el cuarto de baño; allí se preguntó por dónde andaba Maruja, no la había visto en todo el día. Abrió la puerta del baño y se asomó.

- Bueno, si su mamá no trabaja hoy, ¿para dónde cojones salió?

Ninguno le contestó.

- ¡He hecho una pregunta, partida de tahúres!
Ellos siguieron en su juego.

- Bueno, ¿quieren que me desgañite?!

Se acordó de la palabra bola, como la emplean los mexicanos.

- Bueno, bola de desocupados, ¿me quieren decir o no?

No le dijeron. Él se cansó de esperar. Cerró la puerta del baño y comenzó a enjabonarse. Pensaba en la vecina del quinto piso, en la muchacha dependienta de la video tienda de la esquina. En algunas de sus alumnas. La cartagenera. Se untaba jabón en sus partes nobles y se le vino una erección. «Yo, en éstas», se dijo. De pronto, le tocaron la puerta y la erección cesó.

- ¿Quién carajo?

- Yo - le dijo amorosamente Maruja.
Él se metió bajo el chorro de agua.

- ¿Qué haces? - le preguntó ella como quien le pregunta a un niño. Tenía la oreja pegada a la puerta.

- Me masturbo.

- No seas grosero - le respondió ella. Él le gritó desde el otro lado:

- ¿En dónde carajo estabas?

- Rebuscándome.

Y se marchó rabiosa para la cocina.

Él terminó de bañarse, salió y fue a vestirse. Estando en el cuarto, ella le dijo desde el vano de la puerta que viniera a comer.

Él sufría de celos imaginarios, por eso le dijo:

- Yo como lo que me gano con el sudor de mis güevas.

No comió, y bajó a la calle dando un portazo. Salió a reunirse con sus amigos en el bar «La langosta azul». Pero en el ascensor se encontró con su vecina del quinto piso; ella venía de más arriba. Lo saludó.

- Vecino.

- Vecina, ¿de excursión?

Ella sonrió preocupada.

- Estaba en el octavo. Teresita está mal y el esposo no ha llegado. ¿Usted sabe dónde queda la

farmacia más próxima?

Él bajó la cabeza para recordar, buscando una por ahí cerca.

- Ajá - le dijo, hallándola.

Llegaron al primer piso.

- Espéreme aquí - le dijo a ella.

Fue por su Ronault 4. Estaba en el parqueadero del edificio.

La invitó a subir y velozmente se enrumboó derecho, más al norte de la ciudad. Ésta, a las cuatro de la tarde, adquiere el aspecto de casa nueva que le infundió el gringo urbanista en su diseño; las calles eran largos paseos, los parques enormes viveros. Después de rodar diez minutos su vecina le dijo:

- ¿No está muy lejos esa farmacia?

Él no le contestó. Detuvo el automóvil en un lugar deshabitado de la ciudad. Había dejado atrás condominios habitacionales de ladrillos rojos y mansiones de esplendorosos jardines. El sol de las cuatro de la tarde no demoraría en sangrar en el de las cinco. En sus deseos estaba el impulso del vehículo. Se le acercó; ella se puso en guardia, pero le fue inútil. Él la agarró por las muñecas, la besó y después le metió las manos entre las piernas y le arrancó el panty. Aunque ella forcejeó, moviéndose como un gusano, se dejó, con leve resignación.

- Así no - repitió

Él no le prestó atención; con calma volvió a encontrar el ritmo de su respiración. Miró el descampado sin signo humano alguno. La soledad se le antojó infinita y sobrecogedora; puso en mar-

cha el auto, y raudó hizo otro camino en donde la ciudad se erige en altas y modernas torres de apartamentos y conjuntos residenciales cerrados. Próximos al edificio de sus residencias, la llevó a una farmacia.

- ¡Qué canalla es usted! - le dijo ella al bajarse para ir a comprar la medicina.

En el edificio la acompañó al piso octavo. Pero encontraron que otros vecinos habían llevado a Teresita a la clínica.

- Está grave - le dijo uno del mismo piso.

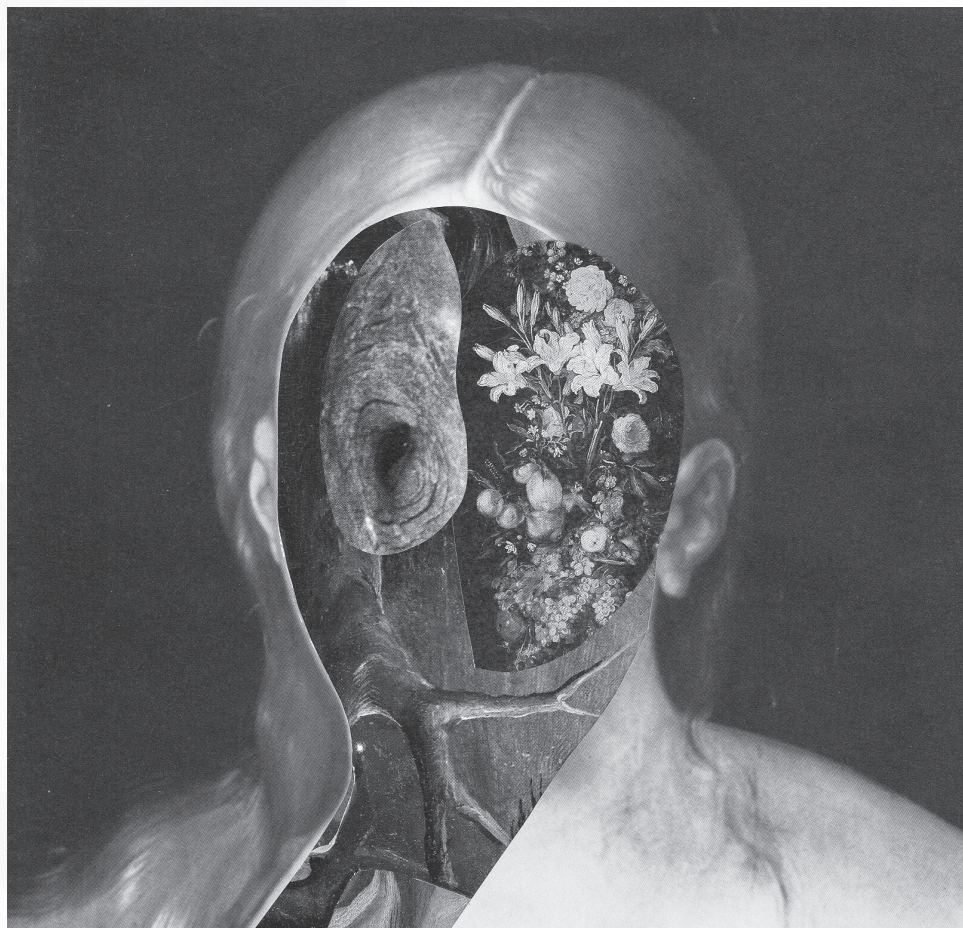
Bajaron envueltos en el mismo silencio grave; en ella, de reproches, de insultos; en él, de disculpas torpes.

En el primer piso se separaron; ella se fue, ignorándolo. Él se dirigió al Renault, y la alcanzó en la otra acera de la avenida. Esperaba un taxi.

- Suba - le dijo él abriéndole la puerta del vehículo.

Ella se negó, con la cabeza.

Detrás de él se había formado una fila de automóviles organizados en una discordia de bocinazos.



- No sea pendeja, ¡suba! - Ella lo hizo cerrando con un portazo.

- Bueno, ¿dónde queda ese moridero? - le preguntó.

Ella lo siguió. «Coja derecho, ahora cruce por aquí, siga derecho. Dé vuelta en la próxima esquina. Deténgase allí.» Una vieja y maltrecha verja definía los predios de la enorme y antigua quinta improvisada como clínica.

- ¿En esa casa de aspecto de sala de velación? - dijo él frenando en la entrada.

La alcanzó en información, luego de salvar un gramado descuidado con un sendero de bal-

dosas rotas; y la siguió por pasillos pintados de verde y olorosos a formol y a merthiolate.

- Huele a muerte - dijo él.

- No diga eso, por favor - le reconvino ella.

Precedido por la vecina, atravesaron un amplio recibidor y un patio interior. A Teresita le habían dado una pieza que daba a un segundo patio, sembrado de plátanos y con plantas enmacetadas. Ella reposaba, con un semblante mejorado en una cama de hierro pintada de verde; había una mesita de luz al pie de la cama, una silla para la visita y un crucifijo que adornaba las paredes. Fue necesario traer más sillas, pues medio edificio desbordaba la pieza; también el esposo y toda la parentela de la enferma.

- ¿Vive? - le preguntó a ella. Él no había podido llegar hasta la cama de Teresita.

Ella no le contestó. Teresita vivía. Había sido un mal viento en el costillar izquierdo.

- Falsa alarma - se le acercó él.

Ella recogía unas cosas de la enferma. Y con una toalla y dos batas en sus brazos fue a recibir a su esposo que acababa de llegar. Terminó de recoger otras prendas y se lo presentó.

- Estoy de acuerdo con usted - le dijo a él - tenemos el mismo gusto.

Ella se llevó al esposo para la puerta, pues, la ira se cuajó en el rostro de éste.

- No le prestes atención - le pidió.

La pieza empezaba a ser abandonada. Él reco-

noció sobre la mesita de luz el frasco de la medicina que su vecina del quinto piso había comprado en la farmacia para Teresita. Fue y lo recogió.

Afuera se encontró con Maruja. Lo esperaba del lado derecho del Renault, con aire de bestia enjaulada. El sol se hundía por encima de los tejados de las casas señoriales, y su luminosidad última exaltaba la dinámica y bulliciosa ciudad.

- ¿Y ese hocico? - le dijo él mientras abría la puerta que daba al volante del automóvil. Ya sentado, se estiró y abrió la otra para que ella subiera.

- Sube - le dijo, inclinándose y ladeando su cabeza hacia la derecha. Regresó su vista al frente con aire de preocupación.

Maruja corrió hacia la acera, paró un taxi y se fue.

Más tarde, con una noche desprendida desde lo alto, él se presentó al edificio; venía borracho y con una botella de trago para seguir bebiendo. Cuando abría la puerta de su apartamento, la vecina del 607, que lo sintió llegar, le dijo asomada a la puerta del suyo que Marujita se había ido con los niños para donde su mamá.

- ¿La mía o la de ella?

- La de ella.

- Gracias vieja chismosa. La señora le tiró la puerta.

Él cerró la de su apartamento y bajó al quinto piso. El pasillo que lo llevaba hasta ella le pareció más asfixiante y menos íntimo que las veces anteriores. Sin embargo, tocó en la puerta de su vecina. Él oyó que la indiscreción hizo girar las

cerraduras de las puertas de los otros apartamentos de ese piso para abrirse.

Ella le abrió.

- Por favor, váyase.

Él la miró y se bamboleó un poco. Tuvo que sostenerse en la pared. La botella de trago casi se le cae.

- Vengo a hablar con tu esposo.

Éste se asomó, abriendo más la puerta. Estaba sin camisa.



- Vengo a pedirte para mí, la mano de tu esposa - le dijo.

El tipo tenía la figura de un boxeador; tórax ancho y brazos largos y gruesos. Lo golpeó dos veces en la cara tirándolo al piso; allí lo pateó al estómago y en los riñones. Él, como pudo, se defendió de algunos puntapiés, pero recibió muchos. Su vecina dando gritos, le pedía al marido que no lo golpeará más.

-¡Ya déjalo, por amor a Dios!

Y sacando fuerzas de donde no tenía arrastró al marido al apartamento, lo metió y cerró la puerta.

Él quedó tendido en el piso con la nariz y el arco superciliar izquierdo rotos. La soledad del pasillo agravaba la situación, la hacía más hostil. Los vecinos de ese piso lo ayudaron a levantarse. Le pedían que se fuera a dormir, que estaba muy borracho. Él se limpió la sangre de la nariz y la que le corría por el ojo. Pidió la botella de aguardiente, se la alcanzaron, bebió un trago, y dejó vagar la mirada por los rostros de los domiciliados.

- Me voy a casar con ella - les dijo, señalando para la puerta del apartamento de la mujer - y quedan invitados - volvió a tocar.

Se mecía delante de la puerta, con la botella abrazada a su pecho. Adentro se oían los gritos de ella.

Los vecinos huyeron, encerrándose. Solamente uno se había quedado con él. El señor tenía cara de soñoliento, estaba en pijama y llevaba gafas. Tratava de hacerlo entrar en razón. «Lo veo como un hijo mayor», le decía. Él miró con su cara tumefacta, de borracho feliz.

Usted lo coge por los brazos y yo le pego

un botellazo –le propuso al señor - y me ayuda a raptármela. ¿Estamos?

Él persistió en los toques. Con el casco de la botella golpeó en la puerta.

El señor insistía con él, se le notaba dulzura y miedo en sus palabras.

Una señora canosa, de vientre abultado, desde el vano de la puerta de su apartamento llamaba al señor con voz temerosa.

- Ven Marcelino, eso no es contigo.

El señor le hizo una seña con la mano derecha de que iba.

- Evite una desgracia, mijo - le decía a él
Sin embargo lo cortó para decirle:

- Usted va a ser mi padrino de matrimonio. ¿De acuerdo?

La puerta se abrió con violencia, tras el grito desesperado de la mujer de “no vayas a hacerlo”. Tanto él como el viejo fueron a dar al piso. El marido los tumbó a ambos. Tenía un bate en las manos, y a él lo golpeó en la cabeza varias veces, dejándolo inmóvil en un charco de sangre. La señora canosa, horrorizada levantó a su esposo del piso y echándole llave a la puerta murmuraba:

- No Dios mío, no.

La policía llegó y empezó a hacerles preguntas a todos en el edificio. El vecino que la llamó fue interrogado:

- Un asunto de honor - dijo.

- Cachos - dijo el oficial al mando de la patrulla.



Antonio del Valle Ramón

Barranquilla 1949. Narrador, ensayista, historiador y profesor universitario vinculado a la Universidad del Atlántico. Perteneció a la célebre Tertulia del Gallo Capón que animaba el profesor Carlos J. María en Barranquilla. Finalista en el Concurso Nacional de Cuento de la Universidad del Atlántico, 1981, con el relato “La compatriota Sara”; segundo puesto en el Concurso departamental de cuento Jorge Artel con “La prueba de tu amor”, Barranquilla, 1987; y con este mismo texto, el tercer lugar en el Concurso Regional y del Caribe de la Universidad de Cartagena, 1991. Finalista en el Concurso Nacional de Cuento Ministerio de Cultura, 1998, con el libro (inédito) *Un asunto de honor*. Ha publicado los libros *Un domingo en Nueva York* (cuentos) y *Retratos de familia* (Novela). Tiene inédita la novela *La casa de Tócame Roque*. El cuento aquí recogido fue publicado por Ramón Illán Bacca en su antología *25 cuentos barranquilleros*.

El día del hambre

Carmen Victoria Muñoz

A las siete de la mañana de un veinte de abril, llegué al Mercado de Bazurto. Un grupo creciente de personas se apostaba en la acera de enfrente, pero no le di importancia, en esta ciudad costera y turística son comunes las aglomeraciones por cualquier cosa, el sensacionalismo o la curiosidad nos lleva a convertir en acontecimiento una pequeña alteración de la normalidad. Esperaba hacer mis compras temprano antes de que el calor y otros visitantes me causaran dificultades.

En el interior de la plaza, vendedores bulliciosos ofrecían sus productos en graneros o pasillos, mientras en los alrededores había un silencio inusual en un lugar así. A eso de las ocho, continuaba el silencio; extrañada, me asomé a la calle. Había aumentado el número de personas, me inquieté al notar tantos ojos desorbitados, rostros contraídos, cuerpos tensos; los percibí anhelantes con una exaltación que aumentaba por segundos, como a la espera de una señal específica. Censuré a mi imaginación: “¡Ya! Estarán esperando alguna manifestación”, aunque ahora poco interesen las manifestaciones. Suspiré y empecé con mis compras semanales. Llegaron otros clientes pidiendo víveres frescos y baratos, entre bromas, risas, insultos y ruegos.

De pronto, la tranquilidad fue rota por algo así como rugidos. Los de afuera empezaron a entrar

en la plaza por diferentes sitios, por decenas, por centenares, multiplicándose incontables cabezas, brazos, manos, piernas, pies. Compradores y vendedores, sorprendidos, nos regamos por todas partes, nos mezclamos con la horda, tropezamos nuestros cuerpos, varios fueron pisoteados, golpeados y heridos en medio de los gritos; otros, se refugiaron en rincones o debajo de mostradores. Me aplasté contra una pared, quieta, sobrecogida.

Repentina claridad de lo que estaba sucediendo: recordé las noticias de los últimos días, cuya trascendencia debió pasar inadvertida para todos; asaltantes de las compras a desprevenidos usuarios en las puertas de supermercados; saqueadores de graneros y carnicerías; oportunistas nocturnos robando comida en las casas de familia; no les interesaban joyas, vestidos o electrodomésticos, sólo comestibles, muchas veces los engullían en el mismo sitio, dejando cáscaras y empaques vacíos. Denotaban un ansia incontrolable. Algo estaba rebasando los límites de la cordura.

Logré subirme al techo de un depósito y me cubrí con sacos vacíos. Algunos invasores tomaron posiciones estratégicas tratando de imponer calma a un ejército desquiciado, listo para iniciar una guerra. Sonó un grito y como si fuera una señal, empezaron a devorar frutas, panes, frituras, cada vez llegaban más arrebatándose los alimen-

tos unos a otros. Se descontrolaron totalmente, daban patadas, codazos y puños a quienes se interponían en el camino, lanzaban alaridos, mordían sus lenguas, mesaban sus cabellos, sangraban, corrían y se tambaleaban. Se apoderaron de cuanto pudiera comerse, cocido o crudo, tanto de estantes y mostradores como de refrigeradores y carretas.

Varias personas alcanzaron la salida. Después de la catástrofe, supe que algunas corrían enloquecidas por las calles y otras golpeaban las puertas de las casas buscando auxilio, pero los habitantes de las mismas se atrincheraron, también víctimas del pánico.

Algunos hambrientos caían abaleados antes de cruzar la entrada de la plaza. Adentro, el caos ejercía su ley.

Se comieron todo. Ni huesos ni granos escaparon a su ansia. Por las bocas se escurría una mezcla de baba con sangre. En el piso, personas maltratadas y rotas. Alguien levantó la cabeza y dirigió sus ojos hacia donde me hallaba oculta entre los sacos; sentí un dolor agudo atenazar mi estómago, pero no fui descubierta.

Parecieron tranquilizados, lanzaron carcajadas, se sentaron sobre la gente tirada en el suelo; cuando sintieron latir vida, se levantaron como sorprendidos. Los cuerpos en el piso se arrastraron con desesperación. Varios hambrientos se alejaron unos metros, se miraron interrogantes, susurraron. Observaron a los maltrechos, midiéndolos, relamiéndose. Después aullaron como lobos, mostraron los dientes y avanzaron.

Incredulidad y pavor en los ojos de los caídos. Insania en aquellos insaciables. Como un Apocalipsis. Metí la cabeza entre los sacos, mordí mis

dedos para no gemir. Apenas tuve conciencia de los gritos y gruñidos, del crujir de huesos al romperse.

(Del libro inédito *Y el cadáver se bajó en la esquina*).



Carmen Victoria Muñoz

Montería (Córdoba). Narradora y poeta. Actualmente vive en Leticia, corregimiento de Montería. Ha publicado los libros de cuentos *¿Quién no ha besado a Teresa?*, Fundación Héctor Rojas Herazo, Cartagena; las novelas *Un gato en el acuario*, Editorial Magisterio, Bogotá; *Vida íntima de Laura Martín*, Ediciones Pluma de Mompox, Cartagena, y el texto poético *Exorcismos (y algunas instrucciones)*, Independiente, Montería. Su obra narrativa y poética ha sido incluida en diversas antologías de cuento y poesía, y en periódicos y revistas del país e internacionales, y fue colaboradora como columnista en El Espectador-Costa (Cartagena) durante veinte años. ...*Y el cadáver se bajó en la esquina*, es su última serie inédita de cuentos. Es autora también de *Retratos*, narraciones poéticas y de un compendio de poemas titulado *Autorretratos*; así como de una selección de textos periodísticos.

Un incidente en Lisboa

Nora Carbonell

Como una judía errante vago por Lisboa. Cuando llegué a esta ciudad, su belleza dormida en el tiempo me atrapó de manera extraña: no eran sus monumentos ni rincones, ni sus habitantes amables y cosmopolitas, había en ella algo indefinido que me distanciaba de la realidad. Ahora es distinto, el país del cual vine es un doloroso punto en fuga y me siento anclada eternamente en la desgracia.

Todo comenzó cuando caminábamos por los alrededores de la estación de autobuses, después de haber viajado siete horas en el último vehículo que salió de Madrid, respirando los olores de la noche y de la madrugada, ebrias con el tufo de alcohol proveniente del pasajero sentado en el asiento de atrás. “La banca de los músicos” le dicen en mi ciudad, punto casi invisible en el mapamundi, junto al Mar Caribe, en el Norte de Colombia. Éramos cinco latinas para quienes cada minuto contaba, ya que visitábamos a Europa por primera vez y queríamos vivir en tres meses todo lo que pudiéramos. Ese fin de semana conoceríamos a Lisboa, y el lunes regresaríamos a España para continuar nuestra investigación sobre las leyendas de los castillos de la península, trabajo final del Curso Internacional de Periodismo al cual asistíamos becadas por nuestros respectivos países.

En todas las esquinas veíamos hombres oscuros que nos miraban de reojo; yo recordé una reco-

mendación de José Yáñez, el dueño de la pensión en Madrid: “Si en alguna calle ven a un moreno que las mira demasiado, tengan cuidado, puede ser un marroquí o un colombiano... generalmente son ladrones”. “Soy colombiana” – le recordé en aquella ocasión, entre ofendida y dolorida-. “Oh, perdone usted, – dijo Yáñez, visiblemente avergonzado - quise decir: marroquí o ecuatoriano”.

Ignorando a los presuntos asaltantes, agobiadas por el cansancio de la noche en vela pero llenas de expectativas, nos sentamos en una banca de la plaza en claroscuro. Con mi voz grave, empecé a cantar una canción de los años 60 - una de Sandro de América, para ser más precisa - mientras admiraba la belleza de un joven fotografiado en un aviso publicitario: usaba jeans ajustados, camisa sin abrochar sobre el fornido pecho y tenía una copa de vino en la mano. “Oporto, el placer de vivir” se leía en el mensaje escrito en portugués, inglés y español. Mi dedo índice siguió la línea que dibujaba la boca perfecta del modelo y mis compañeras bromearon. “Está como me lo recetó el médico” dijo Diana, la otra colombiana del grupo. Fue en ese momento cuando un imperceptible ruido desvió mi atención: entre las sombras, detrás de un árbol cercano, había un hombre barbudo con un pañuelo negro anudado sobre el cabello que se asomaba en rizos colorados. Su mirada indescriptible, demasiado azul, refulgía como la de los ojos de los felinos en la noche. ¿Cómo explicarlo? Parecía que estuviera mirán-



dome sin verme. Tuve la sensación de estar frente a un muerto. Volteé la cabeza un poco aturdida y al volver a buscarlo, ya no estaba. Mis compañeras, que no lo habían visto, me tildaron de miedosa cuando les dije, pálida y con voz estremecida: “Acabo de ver el ánima de un pirata”. “Son tus nervios, puede ser cualquier vagabundo. En todo caso, ya no está”—dijo Gilma, con su dulce acento hondureño. Para tranquilizarme siguieron cantando baladas y yo me les uní desafinadamente, hasta que por fin el sol diluyó las sombras.

La suave luz de la madrugada nos mostró la Praça do Rossio con el encanto de una vieja fotografía en sepia. Entramos a una pastelería que acababa de abrir sus puertas a la ciudad somnolienta. “Cinco cafés”—pedimos—. “Com pastéis de nata”—nos completó el dependiente—. Alabando el excelente sabor del bocadillo, salimos por las calles adoquinadas hasta el Hotel Pessoa donde habíamos hecho reservaciones y caímos exhaustas en las recámaras hasta el mediodía, cuando Diana nos despertó con sus ronquidos.

Ya dije que Lisboa me enamoró a primera vista. La impresión que me había causado en la madrugada, la enigmática visión del hombre con as-

pecto de pirata, parecía olvidada. Nos lanzamos alegres como pájaros por las callejuelas con balcones de un blanco marchito en los que la ropa se mecía con la brisa invernal y vimos tranvías que subían las cuestas como orugas. En la zona Baixa, los olorosos braseros de las vendedoras de castañas, me recordaron los fogones de leña de mi infancia en Barranquilla. El río Tajo, manso y gris, estaba sembrado de mástiles y un ferry lo atravesaba como un monstruo apaciguado en su lecho intemporal.

Yo había conocido a mis acompañantes en Madrid, en la ceremonia de inauguración del Encuentro internacional de Periodismo, éramos las únicas latinas del evento, quizá por eso andábamos juntas todo el tiempo y salvo por algún brote de incomprensión entre Diana y yo, nuestra relación había sido de perfecta solidaridad. Ahora, caminando por las calles de Lisboa, nos sentíamos más unidas que nunca, tanto, que al anocheecer, Diana, Gilma y Estela no querían que Magola y yo nos quedáramos dando vueltas en busca del Barrio Alto, sino que subiéramos a comer con ellas al hotel. “Vayan ustedes, después las alcanzamos”—dijo Magola.

Magola era chilena; buena compañera de viaje y excelente periodista, dominaba el tema político aderezándolo con ironía y buen humor. A mí me encantaba su manera tolerante y serena de ver la vida. Desde que llegamos a Lisboa, estaba obsesionada con encontrar el Barrio Alto -“Allí hay casas de fado a tutiplén”- repetía, mientras buscaba en un mapa de la ciudad el lugar de ascenso hasta el barrio bohemio del cual le habían hablado tanto.

Magola no tenía mis prevenciones, así que no tuvo inconveniente en preguntarle a un desconocido apostado en una esquina, como aquellos de los que nos había hablado José Yáñez en Madrid. “Sígueme, las llevaré al Barrio Alto”, nos dijo en portugués el fornido negro. Magola, que sabía aquel idioma, empezó a conversar con el hombre, mientras avanzábamos por una cuesta empedrada. Mis pies, apretujados en unas botas de cuero duro que me habían prestado para el agudo invierno europeo, me dolían terriblemente; sin embargo, seguía cuesta arriba, callada y ansiosa por la aventura.

Por fin, llegamos a la zona bohemia que andábamos buscando y después de fisgonear por varios bares, optamos por entrar a una taberna donde cantaban fados, “Coimbra” se llamaba y en la puerta tenía un póster de la mítica Amalia Rodrigues, en el esplendor de los años 50. Nuestro guía nos invitó a una cerveza y pronto nos encontramos envueltos por la voz sensual de un fadista de riguroso negro que ceremoniaba la música tradicional de Portugal. Y... lo volví a ver. Estaba sentado en la mesa vecina, solo, el hombre que parecía un corsario, el del pañuelo negro sobre el rizado cabello rojo, el barbudo de la mirada vacía. “No es un espanto -pensé- tan sólo lo parece. Y hablando bajito le dije a Magola: “Allí está, el tipo que me asustó esta madrugada” y se lo señalé con

un gesto de la boca.

- Parece de otro mundo, con razón te asustaste-me concedió ella.

-Dios mío, está mirando para acá, ¿por qué nos mira? – exclamé poseída nuevamente por un temor irracional.

-Cálmate, seguro que le llamamos la atención, nosotras también debemos tener caras de locas, con el trajín que hemos tenido hoy.

Sentí un calor en la cabeza y gotitas de sudor rodaron por mi rostro cuando aquel hombre se levantó de su mesa y se dirigió a la nuestra.

-Señora, ¿me puedo sentar con ustedes?- dijo, dirigiéndose a mí en un español difícil.

- Claro que no, no lo conocemos – le respondí entre dientes.

El africano que nos acompañaba, no se inmutó cuando el gigante pelirrojo se sentó junto a nosotros, como si no hubiera oído mi respuesta.

-Vayámonos – le susurré a Magola, que lo contemplaba fascinada.

-Espérate un momento, no seas boba – me respondió ella también en voz baja.

Con los músculos tensos, me contuve y lo miré de frente. Sentí que sus ojos azules, irreales, estaban fijos en mi rostro, como si no existiera nadie más. Nos quedamos calladas, esperando.

-Me llamo Fink y soy irlandés. Me gusta mucho su voz, señora... ¿Cómo debo llamarla?



- Esta mañana la escuché en la Praça do Rossio cuando cantaba baladas de Sandro. Tiene una voz inverosímil – insistió el individuo.

- Claro, tengo la voz más destemplada del mundo - le repli qué con tono sarcástico.

- Será destemplada, pero para mi oído tiene un inevitable encantamiento, ¿no lo ha notado ? Soy ciego.

No podía creerlo. Nada en él evidenciaba su ceguera, ni el modo de caminar, ni la posición del cuerpo o de la cabeza. Sólo los ojos, me acababa de dar cuenta. Sin embargo, la revelación no me tranquilizó. Me pareció absurdo que no nos hubiéramos percatado de su invidencia y me acordé de una frase del escritor Ernesto Sábato:

“...dada la índole secreta y atroz del universo de ciegos, es natural que nadie pueda acceder a él sin una serie de sutiles transformaciones”

Pero yo no pensaba acceder al universo de ese desconocido que me incomodaba tanto, así que me refugié en un profundo silencio que él intentaba romper con preguntas sobre nuestras experiencias en Europa y que Magola se apresuraba a responder, al notar mi pesado mutismo. En Portugal, la gente calla para escuchar con reverencia al cantante de fados, pero aquel individuo inició un largo monólogo sobre la impudicia de los cabarets en Ámsterdam.

A punta de pisotones por debajo de la mesa, logré que mi amiga se despidiera de los dos hombres, el africano se fue después de escribirnos su mail en una servilleta y pagar la cuenta, el ciego se quedó sentado con una sonrisa torcida, parecía satisfecho de habernos interrumpido la noche de fados con su diatriba contra los holandeses y sus preguntas curiosas. No fui capaz de despedir-

-Nayara - le dije, cambiándome el nombre y un tanto sorprendida por su tono cortés.- Ella es mi amiga...

-Magola – completó la chilena, sin preocupaciones.

-Yo me llamo Abdal - entendí que dijo el negro a quien ya no prestábamos la mínima atención.

me, la sola visión de sus manos rudas con largas uñas sucias me lo impidió. Mi silencio continuaba cuando salí del lugar con una sensación inenarrable, de derrota y culpa al mismo tiempo.

El regreso hacia el centro de la ciudad estuvo lleno de incidentes: vimos una enorme rata corriendo hacia nosotros y al bajar despavoridas, se me cayó la pulsera y sus pepitas de plata rodaron por la cuesta escasamente iluminada por una luna blanquecina. Magola no entendía mi actitud. “No puedo creer que un pobre ciego te atemorice y que además, te ponga de mal humor” – me dijo con extrañeza.

-Lo sé, es algo que ni yo misma puedo entender, Lisboa acaba de perder su encanto para mí - le respondí, mientras me agachaba para recoger lo que quedaba de mi pulsera: una rota cadenilla delgada y tres pepitas atrancadas en ella.

Era más de la medianoche. No soportaba mis pies maltrechos cuando volvimos a atravesar la Praça do Rossio y pasamos junto a la banca donde habíamos cantado baladas en el amanecer, a nuestra llegada a la ciudad. Algo, un alerta de mi inconsciente me hizo mirar hacia el árbol que se erguía frente a la pastelería, y fue justamente en ese momento cuando sentí un doloroso estallido en mi cabeza porque, entre las sombras del árbol, vi de nuevo al bucanero ciego que reía sordamente, pero en lugar de sus ojos lucíferos tenía unas horribles y oscuras cuencas que deformaban su rostro. También vi el rostro angustiado de Magola y su mirada de interrogación, vi al joven del afiche de Oporto con la camisa abierta y la copa en la mano, vi los vetustos edificios de la plaza que giraban a mi alrededor en un vértigo húmedo y rojo que me los borró para siempre.



Nora Carbonell

Poeta y narradora de Barranquilla. Filóloga con postgrado en Pedagogía de la lengua escrita. Autora de los poemarios *Voz de Ausencia*, *Horas de Asedio*, *Trece Poemas y Medio*, *Del Color de la Errancia*, *El Tiempo es redondo y atormenta* y de 16 libros de literatura infantil entre los que se destacan *El mutante de la cuatrimoto*, *Nani Chocolate* y *Chica sobre una nube*. Primer premio en el I Concurso de cuentos infantiles de Comfamiliar del Atlántico y mención de honor en la VIII convocatoria en el mismo concurso. Mención de honor en el III Concurso de Poesía Internacional Xicoalt (Salzburgo, Austria). Primer premio en el I Concurso de cuento Caribe de El Túnel de Montería. Premio del Portafolio de Estímulos Distritales de Barranquilla en la categoría beca para antologías de Talleres Literarios, en el 2010 y 2017. Dos veces ganadora del Concurso Nacional Casa de Poesía Silva en el 2012 y 2017. Publicaciones en la revista *Viacuarenta*, *Huellas*, *Mal de ojos*, de Chile y *Literactiva*, de México, entre otras. Poemas traducidos al inglés por la escritora Claire Joycesmith.

Juliana, la niña ciega

Tony Palmera

Juliana, la niña ciega, siguió sentada ahí en el sofá por varias horas, algo que no era habitual en ella, pues una vez terminadas las muñecas de encargo caminoteaba de un lado para otro en la pequeña casa de piso de tierra, en constantes musitaciones y girando sus largos y delgados brazos como aspas de piel. Lo hacía para orientarse, pero también para detectar la cercanía física de la abuela asmática que siempre la estaba fisgoneando. A Juliana, la niña ciega, le gustaba, y en eso era deliberada, alegrar las mañanas del barrio con su estruendosa risa de zumbido de cometas, pero hoy su risa no se escuchó, estaba visiblemente preocupada por haber terminado las dos muñecas de encargo antes del mediodía y, por ese evento inusual, comenzaba a inquietarse.

¿Qué extraño?! Pensó.

Se encogió de hombros e intentó restarle importancia al tiempo que había invertido en la elaboración del encargo. Se sobresaltó cuando escuchó el pum acolchado de las muñecas golpeando contra la superficie compacta de tierra apisonada; cayeron así porque sí, sin que ella las hubiera tocado siquiera. Sonrió pensativa, pero muy nerviosa y repitiendo mentalmente como si cantara una cancioncilla:

-Las terminé antes del mediodía, ¿qué extra-

ño!? antes del mediodía, ¡qué extraño!, antes del mediodía, antes del mediodía, antes del mediodía, antes del mediodía, ¡qué extraño!

Entonces extendió sus blancas y largas piernas, aún ahí, sentada en el sofá, tanteando con las plantas de los pies debajo del mueble, buscando sobre el piso frío de tierra las dos muñecas de trapo, intentando encontrarlas, un poco desesperada ya. Cuando logró hacerlo, tomó una con los dedos del pie izquierdo en pinzas y lentamente la llevó a sus manos, exploró con detenimiento el cuerpo de una de las muñecas y fue así como descubrió que tenían los pies palmípedos; al notarlo, su corazón latió aceleradamente, pero se recompuso de inmediato como solía hacerlo cuando estaba angustiada y rio a carcajadas. Aunque como una ráfaga fugaz y violenta reeditó el pasado doloroso y ese recuerdo turbó su mente por milésimas de segundos.

-¡Dios, qué hice!, qué loca soy, bueno, no le pondré zapatos, sino cajas de cartón, bromeó.

Juliana, la niña ciega, siguió ahí sentada en el sofá, luchando con sus pensamientos catastróficos que le invadían la mente como una proliferación de larvas rumiantes del pasado; cerró los ojos y, acomodándose de espalda en el sofá, extendió su mano izquierda hacia el lado derecho y

encontró el costurero entreabierto, repleto de hilos húmedos, apretó fuertemente sus párpados y sus ojos pequeños, pícaros y rasgados, se hicieron aún más diminutos, casi que desaparecieron de su rostro, como una caricatura hecha a la medida de sus mejillas regordetas y su naricita de ratón.

La niña ciega intentó, trémula, rememorar las descripciones que minuciosamente le hacía la abuela de los objetos, lugares y personas para que ella se los aprendiera de memoria desde que era muy pequeña, intentando que la gente del barrio - pensaba la vieja asmática -, no notara que era invidente. Así que Juliana, desde muy corta edad, parecía conocer realmente las cosas; era tanta la precisión con la que aprendió a describirlas y dio tanto resultado el método de enseñanza de la longeva mujer, que realmente fueron muchas las personas que llegaron a dudar de su ceguera y algunas simplemente nunca lo creyeron. Fue la abuela quien, hasta los siete años de edad, la enseñó a tejer los rombos de los ojos de Dios, para orientar por buen camino su vida como niña ciega.

Juliana, perdida en el laberinto de imágenes y tristes recuerdos, acarició suspirando nostálgica los hilos, que esta vez estaban totalmente húmedos, los olfateó y tomando en la mano una de las muñecas, palpó suavemente con la yema de sus dedos la falda corta que les había confeccionado, exploraba la gruesa tela, introducía sus dedos largos y delgados en la boca entreabierta, humedeciéndolos con saliva, como si fuese a ensartar una aguja y, acariciando extasiada la gruesa textura, súbitamente exclamó en voz alta:

-Azul, azul, azul, azul.

-¡Niñaaaaa!, gritó de inmediato la abuela al escuchar a su nieta repetir enfáticamente el color, dando la sensación de que sus voces estuviesen

conectadas.

-Si sigues así nunca te van creer que eres ciega; ummm, recuerda los antiguos rumores Juliana, recuérdalos.

-Y qué culpa tengo yo, si puedo palpar los colores, refunfuñó Juliana, la ciega, acariciando con ambas manos las entrepiernas de las muñecas.

-Más bien recuerda tú. El tejido de los rombos de los “ojos de Dios”, que hacíamos juntas, tú me lo enseñaste para marcar mi futuro como te lo propusiste, bueno, solías decirme que aprendería a mirar por los ojos de Dios.

Y nuevamente el zumbido incontrolable de su risa de cometa la obligó a taparse la boca para que no se escuchara el estallido sardónico en la estrecha vivienda. Otra vez palpó los pies palmípedos de las muñecas y no pudo contener la estrepitosa carcajada; le susurró algo en el oído derecho a una de ellas, volvió a acariciarla, esta vez descaradamente lasciva, manoseando la parte interna de los muslos, siguió tocándola suave, colocando los dedos índice y corazón sobre el cuerpo, simulando las piernas y, como si caminara sobre ella, lo hizo muy lento, llegó hasta el abdomen de la muñeca y exclamó de nuevo, susurrando: “¡Dios!”. Su piel se erizó, se estremeció todo su cuerpo al palpar el vientre tibio y crecido, de inmediato comenzó a golpear sus blancas manos con el pequeño fajón dorado que ajustaba la cintura de las figurillas de trapo; primero lo hizo muy suavemente, luego más fuerte y diciendo a repetición:

-Niña mala, niña mala, eso no se hace, esas no son piernas de muñeca, niña mala, niña mala, esa es barriguita de muñecas, pam, pam, te doy pam pam, eso no se toca, eso no se hace, eres niña mala y cochina, tenga, pam, pam, pam.

“Te estás volviendo loca Juliana”, le increpó la abuela, que preparaba café negro en la cocina.

Juliana siguió acariciando sensualmente cada uno de los carretes de hilos que despedían un extraño calor húmedo; iba recitando los colores, como lo había hecho la abuela centenares de veces, y ella los repetía también desde cuando era una niña que apenas aprendía sus primeras palabras. Entonces se visualizó siempre pegadita a la anciana, aferrada a las faldas largas y anchas del encorvado cuerpo sibilante, donde tantas veces amainó dando gritos, llorando en sus ataques de pánico y sus terrores nocturnos. La anciana solía acariciar su cabeza y cantarle canciones de cuna hasta tranquilizarla; ella se quedaba dormida sentada, la nana juntaba sus pies descalzos, con las piernas entreabiertas haciendo un pequeño biombo con la tela gruesa y floreada de las amplias faldas, donde se acunaba la costurera ciega, ponía la cabeza en las rodilla de la abuela y acomodada en los huesudos pies se orinaba plácidamente. Entonces la anciana la llevaba cargada hasta una cama de lienzo, donde la niña volvía a orinarse en la madrugada; ese recuerdo entre triste y mágico la tranquilizó brevemente y con una sonrisa estática de muñeca de cera quedó como suspendida en el tiempo.

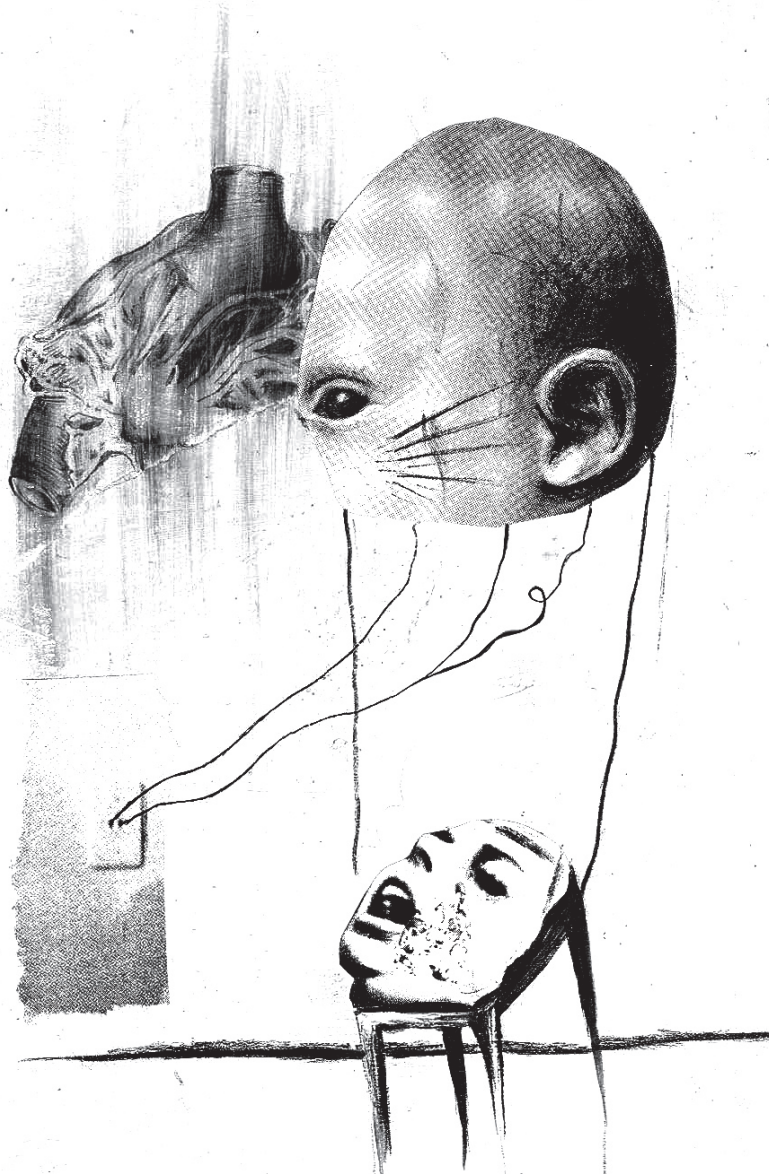
La anciana la miró con tristeza, y secándose las lágrimas la interrumpió en su ensimismamiento:

-¿Cómo haces eso mi niña hermosa?

La niña ciega se asustó al escuchar tan cerca la voz de la abuela, lanzó un grito agudo pero se tranquilizó rápidamente como era su costumbre, después de los sobresaltos afectivos y mostrando una pasmosa tranquilidad le respondió a la octogenaria:

-Ay abue, cada color tiene su temperatura, no es difícil reconocerlos.

Aunque no sintió más los pasos de la abuela, ni tampoco el rancio olor de su piel cuarteada, ni su respiración de fuelle desesperante de asmática, que ella también había heredado, siguió olfateando como un sabueso a su alrededor, para percatarse de que la anciana no estuviera cerca de ella y como aleteando extendía en constante movimiento los brazos haciéndolos girar como



un molinete para descartar la cercanía física de la abuela. De sobra sabía que ella la figoneaba. Desde niña sintió siempre los ojos y la mirada escrutadora de la vieja acechando la desnudez de su cuerpo como fiera en cacería, husmeando a una sumisa e indefensa presa, tanto, que Juliana llegó a pensar que nunca estuvo desnuda, que la mirada permanente de la abuela le tatuaba y cubría cada palmo de su piel, se sentía a veces vestida por sus ojos, para que así, nunca pudiera ser observada por nadie.

-Te estoy mirando Juliana, te estoy mirando, sentenciaba enfática la abuela. Entonces, sintiéndose sola, aunque siempre escrutada y experimentando esa maldita sensación de ser observada y que la



obligaba obsesivamente a sellar cada orificio de la casa de paredes de barro, por el temor de ser vista desde afuera y tratando de evitar que la abuela asmática le repitiera “te estoy mirando Juliana, te estoy mirando”. Sensación escalofriante y sucia que nunca la abandonó, lo mismo que esa espera delirante de lo catastrófico y de terribles presagios, la llevó otra vez a darle rienda suelta a su imaginación. Volvió a inquietarle, ahora de manera más angustiante, la idea de haber terminado las muñecas antes del mediodía y se preguntó molesta por qué las había hecho con las piernas torcidas y palmípedas, si eran muñecas que elaboraba desde niña, las construía casi de memoria y siempre con el compromiso de entregarlas por las tardes, antes de las seis, nunca en las mañanas y en el mismo día del encargo, pero nunca, nunca terminarlas así como hoy, antes del mediodía y eso sí que era, un mal y terrible presagio.

-Ummm, ¿qué otra barbaridad habré hecho?

Su cuerpo tembló cuando pensó en recorrer las piernas de las muñecas con sus larguísimos dedos. Sintió culpa por la forma como las había acariciado hacía un instante y por las fuertes sensaciones que experimentó en su cuerpo al hacerlo, su rostro se ruborizó y siguió luchando en su pensamiento con ese sentimiento de extrañeza, remordimiento y vergüenza que la angustiaba siempre que hacía - algo malo - y balbuceó de nuevo frases incoherentes, pero esta vez pinchándose la yema de los dedos de las manos con los ganchos de las agujas de tejer y pulsando repetidamente con ellas en su frágil piel. Recitaba “niña mala eso no se hace, eso es un cuerpo de muñeca, niña mala, eso no se hace, niña mala”.

Pero, ya se le hacía imposible dejar de tocarlas y ahora lo hizo abiertamente lasciva y casi violenta. Transpiraba profusamente. Imaginando lo peor

su rostro estaba congestionado por la sangre; la angustia era visible y no dejaba de pinchar las yemas de sus larguísimos dedos con diminutas agujas; se veía más desesperada, se quitó las sandalias de trabillas blancas entrecruzadas y pinchaba también los dedos de sus pies, que eran tan largos y delgados como los de sus manos y dramáticamente desiguales. Parecía que rezaba, rezaba y rezaba.

-¿Hasta cuándo esta maldita costumbre de que siempre le suceda a las muñecas lo que sueño o pienso? ¿Y si las deshago? ¡Por Diosssss!, gritó

Siguió gritando: - ¡Sí, ya las toqué, ya las manoseé grosero, ya las acaricié, ya eso no puede borrar aún si las deshago - y pinchando con más ímpetu las yemas de los dedos de las manos y los pies, golpeándose más fuerte con el dorado cordaje las delgadas y pálidas manos, hablaba en voz alta y decía decidida y visiblemente molesta:

-¿A quién mierda le interesa si las terminé antes o después de la puta hora a la que estoy desde niña acostumbrada a terminarlas? ¿A quién mierda le interesan sus patas palmípedas? Son mis muñecas, son mis muñecas, son mis muñecas, son mis muñecas, mis putas muñecas.

Pero la atemorizó la ráfaga de pensamientos que estrechaban su mente, se preguntaba una y otra vez que pasó y seguía pinchando con filosas agujas las yemas de sus dedos, que comenzaban a sangrar y volvía a susurrar desesperada:

-¡Dios mío, ni siquiera son ya mis muñecas, son un encargo!

Gritaba como enloquecida: - Si son mis muñecas, si son mis muñecas -, y silabeando repetía: “son mis putas muñecas, son mis putas muñecas”

gritando, tratando de justificar su error, aunque sabía de antemano que algo andaba mal desde que las terminó antes del mediodía.

Y como un trabalenguas repetía ‘son mis putas muñecas, son mis putas muñecas, son mis putas muñecas’ resonando chirriante su voz en la pequeña vivienda.

La abuela estaba muy asustada al verla tan movilizada afectivamente; la anciana asmática sacó fuerzas de donde no tenía ya su cansado cuerpo encorvado, intentó respirar profundo en lo que le permitía su ahogo crónico y le llevó una taza de café negro, caliente, recién hecho; le colocó la taza humeante frente a su cara y le movía el recipiente de un lado para otro frente a su rostro, al tiempo que le acercaba cuidadosamente a su graciosa nariz de ratoncita - como solía bromear con ella - el líquido humeante. Hasta que la costurera percibió el aroma del café muy cerca y como una araña atrapa su presa, extendió juntas sus grandes manos y sujetó la taza como precisión y destreza - la atrapé de nuevo abuela -, gritó. Era sorprendente cómo resistía el calor de la taza de cerámica que parecía arder sus manos; rio a carcajadas diciendo:

“De nuevo la atrapé abuelita y no me quemé, es el mismo calor de los hilos” y continuó oliendo el café hasta que se le hizo agua la boca, y sorbió tranquila la bebida caliente.

Pero la seguía invadiendo un miedo paralizante; primero las muñecas terminadas antes del mediodía, sumado al temor que desde niña vivió en carne propia noche tras noche; y la otra tormenta de su corazón que nunca se atrevió a decir a nadie, pero que estaba ahí en su pecho comiéndole el alma como un animal vivo, una serpiente constríctor que acicateaba el fuelle fatídico de su asma

heredada. No se atrevía a pensar en nada, porque además asoció mentalmente las palmípedas muñecas con la fatalidad ocurrida hace ya algunos años y revivió en su piel los terrores nocturnos que desde los seis años la atormentaban. Volvió a orinarse sin control sentada en el sofá, comenzó a verter el café hirviendo en sus piernas y de nuevo, como lo hacía cuando estaba angustiada y culposa, encendió una colilla de cigarros para quemarse la piel y la punta rojiza del coral encendido de sus pezones de perra en celo. Sollozó desconsolada. Y llorando repetía:

-Maldita sea, esa mala costumbre de que lo que pienso o sueño sucede y hoy soñé cosas feas.

Rodó bruscamente las muñecas hacia un lado y repetía mentalmente, balanceándose visiblemente angustiada:

-Que no vengan por las muñecas, que no vengan por las muñecas, que no vengan por las muñecas.

La angustia era mayor, sentía que el tiempo no avanzaba y la siguió invadiendo el horror, imaginaba aterrorizada las figurillas de trapo desangradas, degolladas y bailoteando frente a ella. No pudo más y gritando desesperada arrojó el costurero violentamente contra el piso de tierra, frío y compacto, palpó con la planta de los pies la superficie lisa y húmeda, desordenó los hilos moviendo desesperadamente los pies, pero esta vez, notó que sus movimientos eran torpes y vino a su mente la idea de los pies palmípedos de las muñecas que hacía poco había palpado lasciva recorriendo sus cuerpos con las manos. Entonces la angustia incontrolada se apoderó de ella, tocó el abdomen crecido de las muñecas y acaricio su propio cuerpo; pensó lo peor, exploró de arriba a abajo sus piernas delgadas y pensó en las pier-

nas torcidas de las muñecas; perdió el control, buscó las muñecas gateando en el piso, intentaba romperlas, destrozarlas a dentelladas y tijeretazos. Hasta que cayó bruscamente en el suelo, estrellando la taza de café humeante en el piso. Su cuerpo rebotó bruscamente en la superficie de barro; el líquido caliente empapaba el cuerpo de las muñecas, la abuela corrió desesperada hasta donde ella, la sujetó fuertemente por las manos y comenzó a cantarle canciones de cuna. La arrastró como pudo hasta el sofá intentando tranquilizarla y la abuela se sentó en el borde del mueble y la acomodó en sus temblorosas piernas acariciando la cabeza de su nieta ciega. El cuerpo de Juliana quedó extendido en el sofá; la anciana tocó el vientre crecido y palpitante, vio cómo su ropa se iba descosiendo, le apretó las manos firmemente, le secó las lágrimas que ahora brotaban sin parar, separó sus rodillas acariciando la parte interna de sus muslos, como Juliana lo había hecho con las muñecas pocos minutos atrás, estaban empapados en un líquido amarillento pegajoso y caliente, la oyó jadear, y gritando in crescendo parecía reventarse el fuelle sibilante de su asma crónica.

-Son mis muñecas son mis muñecas, gritaba sin parar.

-Claro, mi niña ciega, son tus muñecas, le susurró amorosa y tranquila la abuela.

La abuela cerró los ojos sollozando de felicidad y miedo, tranquilizándola le decía con la ronca y tierna voz de una anciana devastada por los años:

-Claro mi nena, son tus muñecas, tus lindas muñecas, son tus muñecas, mi niña ciega, nadie te las va a quitar.

La abuela tomó en sus manos temblorosas y huesudas dos muñecas; eran de piel de tela azul

rugosa y aún estaban tibias y húmedas, envueltas en una madeja de hilos multicolores que brotaron como pétalos vivos del cuerpo menudo de Juliana, la niña ciega. Eran dos hermosas muñecas de llanto unísono y altisonante como una canción destemplada y chirriante que hizo desparramar por el piso el resto de las cajas repletas de hilos. Y las muñecas, tiradas en el piso, se descosieron, como le había sucedido hace un instante a la ropa de Juliana. Estaban empapadas en café caliente y el amarillento y pegajoso líquido cubriendo sus pieles teñidas de azul; su llanto era el mismo estruendoso zumbido de cometa de la risa sardónica de la costurera ciega, que estaba jadeante, exhausta. Abrió los ojos que ahora eran los mismos ojos de su abuela fisgona y asmática observando todo al tiempo, que desnudaban y tatuaban a la vez su cuerpo; los vio impregnados de felicidad, miedo y llanto; fue como mirarse en el espejo del pasado, vestida por su mirada, desnuda por su mirada; la miró fijamente, la abrazo fuerte y fusionaron amorosas su llanto y su ahogo crónico; le sujetó suave y firme la alargada barbilla y le preguntó pícaramente:

-Abuela, ¿qué hora es?

La abuela sonrió:

- “Ya es casi medio día, Juliana”.

-¿Me darías permiso, abuela?

-¿Para qué Juliana, para qué?

-Para atrasar los relojes, abuela



Tony Palmera

Nacido en Barranquilla. Su nombre es Antonio Quintero Palmera. Psicólogo, poeta, escritor, compositor y productor musical. Ha publicado: *Poemas para leer de pie*, catalogado en la Biblioteca Casa de las Américas, Cuba; *Palabra Insepulta*, antología que recoge textos de sus libros *Poesía a tres Voces* y *Pétalos de un Beso*; *Perfiles Psicológicos en Cien Años de Soledad*, ensayo; *Fe de erratas*, poesía; *En Boca de terceros*, poesía; *Fe de Vida*, antología poética; *De Monjas, clarinetes y gatos*, cuentos; *El eco, eco*, cuento infantil. Ha publicado compuesto y producido también el disco *Macondo, un canto de niños*, cantos y rondas infantiles, versiones libres de pasajes de *Cien Años de Soledad*, Codiscos- Canticuentos, 2018; *Quieres que te cante un cuento*, Tributo Musical I a GGM, con diversos ritmos del Caribe.

Ciudad tomada

Martiniano Acosta

El sol no se cansa de entrar por la puerta del horizonte, así como Fidias, el sobrino de Felicidad, tampoco se cansa de entrar a las casas y de caminar, a veces sin sentido, por toda la ciudad de Bahía del Mar.

Fidias siempre tiene las manos ocupadas, trae las bolsas de plástico y debajo de la axila una imagen de yeso. Sus movimientos, por toda la avenida del mar, son torpes como los de un oso Panda; es tan particular su caminado de oso que la gente lo vapulea pero él no se enoja.

Llega a la casa de Felicidad con cara agría, y se acerca a la ventana y grita:

— ¡Tía, le conseguí éso pero no me mande más. La gente me molesta mucho!

Su frase queda vagando en el aire salitroso. Vuelve a tocar la puerta. Recurre a la ventana, dándole manotazos. A pesar de que un grupo de vecinos lo ve en esa actitud violenta ni siquiera se molestan para ayudarlo, pero sí le observan la palidez de muerto que refleja su rostro. Al desesperarse, le crecen raíces y enredan tanto a Fidias que se arranca el piercing de la oreja izquierda. Suda angustia. De repente, solo le queda la alternativa del rugido y estalla.

— ¡Nojodal, ¿qué pasa tía? ¡Por favor, ábremel!

Algunos del grupo se arriman solo por curiosidad. Otros miran desde lejos, igual que hienas hambrientas. O cual tigres en acecho. Los autos, las motos, los buses siguen circulando por la Avenida del Ferrocarril de Bahía del Mar, avenida alumbrada por nuevas luminarias, con adoquines recién puestos, bases piramidales con adornos de piedra en las que han plantado y crecido matas ornamentales. Su construcción es una muestra de la nueva administración. Fidias se sube a los barrotes de hierro de la ventana. Y brama.

— ¡Tía Felicidad! ¿Qué le pasó? ¿Por qué está en el piso? ¿Está muerta?

El grupo de vecinos husmea el olor a muerte. En cierta forma, ellos ansiaban este día. Y llega la fecha como llegan las espumas del mar a la playa. Fidias deja caer las bolsas que el viento de la tarde arrastra y la imagen de yeso se estrella contra el pavimento haciéndose pedazos.

Es una docena de rostros entusiasmados por la agonía de Felicidad, que olieron la noticia. Por eso, murmuran: “Felicidad será polvo, eternidad y recuerdos. Se le acaban los amaneceres y los atardeceres a esa gorda, a esa tacaña. Por fin, su colección de adornos y su casa serán nuestros.”

En aquel barrio, el hambre y la pobreza contrastan con los lujos, ornamentos y adornos de Felicidad. Su colección de prendas, vajillas, muñe-

cas, son una afrenta contra algunos vecinos. Ella dijo, alguna vez, que le habían costado un dineral, hoy, almacenadas en estantes, aparadores y vitrinas que se exponen en un suntuoso almacén en la Avenida Quinta.

Realidad chocante: ver a Felicidad nadar en medio de la arcilla, de la porcelana, del vidrio, del pedernal y, sobre todo, del dinero para darle gusto a su gusto femenino. La edificación es muy grande, de piedra, fortificada y cercada de rejas de hierro que sirven para defenderse de los ataques del enemigo. La casa sobresale entre las demás del barrio Centro y se levanta como un castillo con dos columnas inmensas, fruto de su salario y de ahorros a la fuerza. No hay noche en que los vecinos y otros sospechosos no sueñen con baúles de madera, cajas fuertes en los que ella guarda las hojas verdes del Banco de la República.

Felicidad no ha hecho otra cosa que echarle fuego al comportamiento de los vecinos delante de otras personas, tratándolos de baja ralea. De insensatos. De irrespetuosos. De conformar una banda de antisociales. Esa ralea no tuvo que mover ningún dedo para que su matrimonio fracasara. Siete años atrás, se desposó con un hombre de color blanco, pequeño de estatura, de actitud solapada que había llegado del interior del país y que se quejaba permanentemente de la inclemencia del calor de Bahía del Mar. Su relación matrimonial solo duró una noche.

Sólo Fideas es el puente de comunicación entre ella y los vecinos. Él entra y sale con bolsas llenas de gaseosas, panes y leche, bajo un riguroso mutismo. Y la tía le gratifica con propinas (manifestado por él en medio de sus borracheras perennes), las que gasta en botellas de ron o de cervezas.

Cuando Felicidad asomaba sus ojos tristes por los ventanales, la luz del sol le molestaba; el griterío fustigante de los vendedores la mortificaba; los perros que ladraban desde la otra cuadra le producían migraña; alguien que entonaba un vallenato de los Hermanos Zuleta la irritaba; los gritos de auxilio de una persona atracada y el chillido de las llantas de una moto, la alarmaban. Felicidad, aburrida e insegura, condenó las ventanas.

—Desde que el marido la abandonó, piensa que el mundo no la quiere y que nosotros la vamos a asaltar o secuestrar. —Comenta el grupo de vecinos y de personas aledañas.

Entonces, al vecino más alto, sin camisa y en su pecho el tatuaje de un cuervo, le basta un gesto de la mano para que todos empiecen abrir la reja de hierro a punta de martillazos y de graznidos, porque no hablan sino que graznan. Fideas nunca imagina que cada golpe que ellos dan contra la reja es la desgracia de su tía Felicidad. La reja, de tanto golpe, se rinde. Su sobrino corre a auxiliarla porque ella está tirada en el piso de baldosas, sin sentido, la piel caliente, una extraña espuma en la boca, sin transpirar y la visión perdida.

Ante la imprevista situación, Fideas, confundido, pequeño y encorvado, se mueve nerviosamente. Parece un pájaro enjaulado, buscando salida.

—Voy a buscar el servicio de taxi para llevar a mi tía a la clínica.

Fideas habla solo. Ninguno le indica qué debe hacer. A partir de ese instante, la casona queda a merced de los vecinos y de otros curiosos.

—Me le echan un ojito a todo. Hay mucho ladrón por ahí, merodeando.

Cuando el taxi amarillo dobla hacia la avenida, el grupo de gente extraña, como cuervos hambrientos manda al carajo aquellas recomendacio-



nes y solo piensa en la sala de velación, el ataúd rodeado de cirios encendidos, coronas de crisantemos, claveles y gladiolos.

Encubiertos, se lanzan al ataque. Todos quieren entrar de primero pero la bola humana se atasca a la entrada. El castillo amarillo de ventanales azules que mira al mar ha sido atacado. Las escaleras de caracol, la piscina al fondo, pierden privacidad.

Las noticias son como las desgracias, se divulgan rápido. Así pasó: llegan otros desplazados como vendaval, exigiendo o peleando lo que no es suyo: la caja fuerte, las vitrinas, las alacenas, el buffet, los armarios, los cuadros, los televisores y quién sabe cuántas cosas más.

Segundos después, es un ir y venir del primer piso al segundo, del segundo al patio, del patio a la cocina, de la cocina a la sala, de la sala al come-

dor, del comedor a los cuartos, de los cuartos a las rejas, de las rejas al techo y del techo a la calle. ¡Qué romería!

Muchos suben y otros bajan con objetos a manos llenas. A veces, un empujón para apartar a alguien, una zancadilla para robarle lo que trae. Un reguero de plumas que ensucian el aire. El estropicio de vajillas, vasos y copas rotas que embriaga los oídos. Ollas, utensilios y los famosos platos de Pan de cristal que bailan por el piso de ajedrez. Los jarrones de metal que enredan las patas. Los vidrios de los espejos, de los cristales y de piezas de cerámica flotan desperdigados por encima de los muebles. Algunos cargan sobre la espalda los antiguos armarios y, a empellones, salen a la claridad de la calle para seguir avenida arriba y esconderse entre las nuevas maquinarias del parque. A otros, las vitrinas los tambalean. Televiso-

res y licuadoras que corren por el nuevo parque y desaparecen en medio de árboles y columpios y máquinas de ejercicios.

La casa queda vacía como una tinaja sin agua. Sin voz. Llena de ausencia y de ecos. Hasta ahora, ni hermanos ni más sobrinos ni primos de Felicidad Rosales aparecen para reclamar.

Al día siguiente, se realiza el sepelio en Los Jardines de Paz. Escasos dolientes, entre ellos Fidias, acompañante del féretro, camina bajo el peso del luto y del sol. Los familiares no asisten porque alegan encontrarse ocupados en rebuscar en lo que pudieron dejar —entre los escombros— el grupo de vecinos o la banda de los cuervos.

El ataúd suelta al descender una musiquilla de acordes tétricos. No le lanzan puños de arena ni pañuelos ni rosas rojas. Fidias aprovecha semejante vacío para arrojarle un ángel de yeso que la acompañe en el más allá. Se hace pedacitos contra la madera del féretro y se mezcla con las palabras del sacerdote y con las paladas de tierra que dos hombres lanzan por turnos sin mirar a nadie y sin mirarse.

Los escasos asistentes levantan la mirada. En los árboles, en las azoteas y en el cielo de Bahía del Mar, los cuervos de la inseguridad se toman de nuevo la ciudad. Otros regresan cabizbajos y temerosos a sus barrios.



Martiniano Acosta

Nació en Baranoa, Atlántico, y vive en Santa Marta. Narrador, ensayista y docente. Licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad del Atlántico y Especialista en Metodología del Español y la Literatura. Máster en Creación Literaria de la Universidad Internacional de Valencia, España, 2019. Ha ganado varios premios nacionales e internacionales: Primer puesto en el Concurso Latinoamericano de cuento revista Koe' yu, Caracas, Venezuela. Finalista en el Concurso de cuentos "Jorge Zalamea", Medellín. Primer premio en el concurso de ensayo Manuel Clemente Zabala, Bolívar. Primer Premio libro de cuento Asociación de Escritores del Magdalena La Ciudad de las Ventanas, entre otros. Ha publicado: *De cara contra el suelo* (cuentos 1983); *Los ojos duros de la espera* (varios autores, 1987); *Los conejos dorados* (novela infantil, 1985); *Once galopes en el tiempo* (cuentos, 1995); *Uno entre dos* (varios autores, 2006); *Bolsa de Valores*, poemas, 2008. Ha aparecido en antologías del cuento como *El mundo de Nostromo*, antología del cuento Caribe; *Barco de Espumas*, antología del cuento infantil del Caribe; *Antología del cuento caribeño*, realizada por Jairo Mercado y Roberto Montes Mathieu; *Narradores del Magdalena, 2017*; *Felinos II*, selección de cuentos, Editorial Unimagdalena, 2019. También es autor de la novela infantil: *Marco y el Círculo verde* (2010); y de los libros *Danzarinas del Fuego*, 2011 e *Historias Perversas para contarte*, 2018.

Tres cuentos cortos

Bertha Cecilia Ramos



MUJER QUE LLEVA UNA HOGUERA ENTRE LAS PIERNAS

Mujer hubiera seguido siendo semejante a la Estatua de la Libertad, a la madre Teresa de Calcuta, o a un manojo de hierbabuena, pero un día tuvo conciencia de la hoguera que llevaba entre las piernas. Fue una feliz iniciación, en un otoño tedioso. Se había subido en el metro en uno de aquellos días en que una mujer se sabe desgraciada (o no se sabe mujer). Se había agarrado con fuerza de un soporte y se sentía como un jamón colgando en un cuarto trasero, cuando el metro se detuvo en la estación del barrio ruso. Un hombre, que nunca vio, se estrechó contra su espalda. Los puntos en que sus cuerpos coincidieron, le dijeron que se trataba de un hombre grande. Grandes sus manos, que entrelazaron las de ella. Grande su sombra que se cruzó con la de ella. Olía peligrosamente a hombre dispuesto, y a lo que huelen los vientos del Mar Báltico. Su cercanía y su geografía le revelaron que las guerras y la expansión del universo son idioteces. Mujer apretó las piernas, como lo hace una mujer cuando sabe que es cuestión de vida o muerte (aunque alcanzó a sospechar que es preferible soltarlas y morirse). El metro siguió su curso de Norte a Sur, de Sur

a Norte, de Norte a Sur, de Sur a Norte. Todo el día. Hombre agotó sus malos pensamientos, y sus reservas de testosterona. Mujer sus resistencias y su miedo a lo desconocido. En ambos ocurrieron mutaciones y pérdidas. Mujer supo que se hallaba en la antesala del infierno. Cerró los ojos, y dejó que se quemaran su abrigo rosa y su faldón acampanado, sus argollas de oro Golfi, sus botas de cabritilla y el libro de Buen Amor que había estado leyendo. Cerca de la medianoche se bajó en una estación. En cualquiera, nunca supo en cuál de ellas. Pudo ver desde la acera el cuerpo carbonizado de un hombre grande que colgaba de un soporte. Desde entonces, Mujer sabe que es mujer.



EL REVÓLVER

Con sólo pasar la mano sobre la cacha de nácar del revólver que heredó de su hermano, Pacífico Montalbán olvidó los argumentos con que defendía ardorosamente el cristianismo. Fue después de extender la yarda de terciopelo turquí que envolvía el artefacto y verlo arrogante, con idéntica disposición para la justicia o para la infamia, que comenzó a descreer de la legitimidad de su nombre; de su fe, que reposaba en la primera epístola del apóstol San Pablo a los Tesalonicenses, capítulo 5, versículos 15 al 24; de las faenas heroicas

que tanto glorificaba el Himno de la República, y de la efectividad de los trescientos ochenta artículos de la Constitución Nacional.

A Pacífico Montalbán desde entonces lo persigue el deseo de vaciar la munición sobre algún cuerpo. Al principio pensaba en ladronzuelos y estafadores, en políticos y directivos de la banca, en paramilitares y narcotraficantes, en voraces manejadores de la cultura y en contratistas del Estado. Pero las ganas de apretar un gatillo lo han ido acercando peligrosamente a las simplicidades de su mujer; al gesto dictatorial que proviene de su dedo índice, a sus palabras retroactivas, sus convergentes opiniones, y al magnífico manejo que les ha dado a sus implantes mamarios.

Pacífico Montalbán ahora está convencido de que un hombre con un revólver es una especie de clarividente. Que está obligado a dos cosas: a defender su honra y a descifrar las intenciones del arma y someterse a ellas. Espera su hora.



PERLA

Cuando Perla era una adolescente murió momentáneamente debido a una disfunción respiratoria. De lo sucedido le quedó la sensación de tener los oídos taponados con gasa quirúrgica, y un ligero recuerdo de que los mocos le sabían a jugo de tamarindo. Durante el vertiginoso tránsito circular alcanzó a comprender que la primera hora, la que separa días y noches, es la más oscura y la más equivocada; porque en justicia la primera hora de los hombres debería ser siempre la primera luz. Pudo también comprobar que eso que se dice de que nacimos para morir en una fecha precisa tiene mucho de lógico, pero poco de cierto. Morimos a cada rato; al final de todo acto

consciente, de todo roce de dicha, de cada asomo de envidia y de cada razonamiento. Después de aquella experiencia Perla dejó la propensión a reflexionar y decidió ser una mujer común y corriente. Una mujer de las que se casan con un tipo adinerado, alto, simpático y tonto. Mejor si es un congresista, un concejal o un diputado. Una mujer de las que prefieren hijos de aspecto nórdico y mirada paleolítica; de aquellas que no envejecen, ni les traquean las rodillas cuando trotan, ni se les caen las tetas gradualmente. Una mujer dispuesta a hacerle honor a su nombre en todo momento. Una Perlita.



Bertha Cecilia Ramos

Nacida en Barranquilla, Colombia. Escritora de relato breve, graduada en diseño gráfico en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Columnista semanal del periódico El Heraldillo de Barranquilla, desde enero de 2010 hasta la fecha. Primer puesto en el Concurso Nacional de Cuento Universidad Metropolitana 2001, Barranquilla; Mención en el Concurso Interamericano de Cuentos 2004, Buenos Aires, Argentina. Mención en el Concurso Interamericano de Cuentos 2007, Buenos Aires, Argentina. Tiene varios libros inéditos.



SOLAR BANG: ATONALIDAD JAZZEADA

Edgardo Solano

A propósito de lo que ha significado la convocatoria, construcción e inauguración de un monumento que le diera una nueva significación urbana a la Barranquilla contemporánea, como en efecto ha resultado ser el doble obelisco de la “Ventana al mundo”, he decidido unirme también a las múltiples reacciones que ha desencadenado este proyecto, por razones estrictamente ciudadanas y personales.

Quise hacerlo con música, que es la forma de expresión personal que prefiero cuando de estética se trata. Quise, también, enmarcar la composición como un experimento que expresara energía, sencillez y desenfado, pero con un alta dosis de técnica; es decir, queriendo mostrar la manera en cómo los caribes hacemos las cosas cuando del yunque martillar se trata.

Aprovechando que estoy en una etapa de estudio de la atonalidad, del uso de escalas distintas de los modos griegos (1); estudiando e intentando digerir los conceptos de Messiaens (2), referentes a los ritmos; estudiando e intentando comprender la inmensa obra de Slonimsky (6), con su recopilación de escalas y arpeggios y acordes derivados; decidí entonces escribir una obra atonal, en tiempo de Jazz, basada en la es-

cala que Slonimsky (6), identifica como 183 (pag. N°38 de la referencia (3)). El reto principal era que la obra resultara con los atributos que antes enumeré, y que debía ceñirse, en lo posible, dado el género escogido, a los preceptos de la atonalidad y ser también inteligible y potable al oído.

Se armó para el efecto un quinteto constituido por piano bajo y batería, además de un saxo tenor y un corno francés. Para el solo de piano se escogió el gran piano de concierto, que por sus sonoridades se presta mejor para el sentido dramático que se le quiso imprimir al solo.

La escogida es una escala simétrica, constituida por tres grupos de notas separadas por un semitono, seguidas por un tono para separar cada grupo, así: C C# D E F F# G# A A#

Esto deja por fuera los tonos B D# y G, los cuales constituyen una triada de quinta aumentada o sexta disminuida, simétrica, pues el mismo tipo de acorde se produce si se ordenan por terceras las tres notas. (4)

Para encuadrar dentro de los preceptos dodecafónicos, los tres tonos complementarios de cada modo de la escala fueron incluidos como adornos,

o como grupos propios; esto último se nota en la finalización del solo de tenor, en el cual se utilizan las tres triadas complementarias que generan tres de los modos que produce la escala escogida.

La melodía principal y los solos están soportados por los diversos arpeggios y acordes que generan los modos de la escala; pero el solo de piano se construyó basado en una serie dodecafónica y, para darle más pureza, se eliminó el acompañamiento de bajo dejando solo la batería como sección rítmica.

Cada instrumento se consideró autónomo, manejando sus propias secuencias de doce sonidos, tal como si se superpusieran series derivadas de una principal.

El título de la obra, “Solar Bang”, es un juego de palabras con el nombre de un vidrio bastante inteligente “Solarban (R)”, el cual es de baja emisión de (low e).

Notas:

(1) Estas son algunos ejercicios y estudios referentes al uso atonal de escalas diferentes de los modos griegos

<http://sigger.co/musica/caronte.mp3>

<http://sigger.co/musica/Slonimsky%20etude%20I.wav>

<http://sigger.co/musica/Slonimsky%20etude%20II.wav>

<http://sigger.co/musica/Sonnenuntergang%20in%20Nacht-fahrt.wav>

(2) <http://enriqueblanco.net/wp-content/uploads/2012/04/CuadernilloMessiaen.pdf>

(3) <https://es.scribd.com/doc/9664165/Guitar-Book-Nicolas-Slonimsky-Thesaurus-of-Scales-and-Melodic-Patterns>

(4) TABLA DE TRANSPOSICIONES DE LA ESCALA HHHT

H= medio tono T=Un tono

Complementos

C	C#	D	E	F	F#	G#	A	A#	G B D#
C#	D	D#	F	F#	G	A	A#	B	E G# C
D	D#	E	F#	G	G#	A#	B	C	F A C#
D#	E	F	G	G#	A	B	C	C#	D F# A#

(5) Algunos sitios de interés referentes al serialismo
<https://www.musictheory.net/calculators/matrix> este sitio tiene una aplicación para calcular y ejecutar la matriz dodecafónica obtenida a partir de cualquier serie

https://www.mta.ca/pc-set/pc-set_new/pages/introduction/toc.html sitio que explica la teoría de conjuntos y análisis de intervalos además tiene una página con recursos para composición.

<http://jan.ucc.nau.edu/~krr2/12tone/12tone1.html>
 Teoría dodecafónica

<http://www.artisiou.com/bibliotheque/serialisme/Serialismo>



Edgardo Solano Bárcenas

Nacido en Barranquilla. Ingeniero químico de profesión. Músico y melómano interesado en el jazz y en la música contemporánea. Estudió en el Instituto de Lenguas Modernas de Alberto Assa. Realizó estudios de postgrado en Planificación del Desarrollo Regional y fue director de Investigaciones de la Universidad del Norte. Estudió armonía y composición con Gunter Renz, guitarra clásica con Julio César Illera y saxofón de manera autodidacta. Fue fundador y miembro del Coro de Bellas Artes que dirigió el maestro Hans Federico Neuman y miembro de la Coral Santa Cecilia que dirigió el maestro Alberto Carbonell. “Solar Bang” hace parte de una serie de obras que ha estado trabajando en el lenguaje de la música contemporánea y experimental.

Solar Bang

Edgardo Solano

Saxophone 4/4

Pianosolos 4/4

10 Francés 4/4

1g Piano 4/4

Bass 4/4

Drums 4/4 3 3 3

Cymbal 4/4 3 3 3 3 3

3 codaCORO = 200

Sax.

B

D.

Cymb.

caisse clage

grosse caisse 1

charleston ferme

5

7

B

D.

Cymb.

10

B

D.

Cymb.

14

15

W. B. D. Cymb.

Detailed description: This system contains measures 14 and 15. Measure 14 features a piano introduction with a treble clef staff containing a half note chord of F#4 and A#4, and a bass clef staff with a half note chord of F#2 and A#2. Measure 15 begins with a bass clef staff for the bassoon (B.) playing a triplet of eighth notes (F#3, G#3, A#3) followed by a quarter note (B4), then a triplet of eighth notes (A#3, G#3, F#3) followed by a quarter note (E4). The double bass (D.) and cymbal (Cymb.) parts play a steady eighth-note pattern: F#2, G#2, A#2, B2 in measure 14, and F#2, G#2, A#2, B2 in measure 15.

16

17

W. B. D. Cymb.

Detailed description: This system contains measures 16 and 17. Measure 16 features a piano introduction with a treble clef staff containing a half note chord of F#4 and A#4, and a bass clef staff with a half note chord of F#2 and A#2. Measure 17 begins with a bass clef staff for the bassoon (B.) playing a quarter note (F#3), an eighth note (G#3), a quarter note (A#3), and a quarter note (B4). The double bass (D.) and cymbal (Cymb.) parts continue the eighth-note pattern: F#2, G#2, A#2, B2 in measure 16, and F#2, G#2, A#2, B2 in measure 17.

19

B

D.

Cymb.

24

Sax.

B

D.

Cymb.

tom moyen 1

tom grave 1

27

Sax. *mp* *sf* ***

B. *fp* *sf*

D.

Cymb.

32

Sax. ***

B. *mp*

D.

Cymb.

35

Sax.

B.

D.

Cymb.

38

Sax.

B.

D.

Cymb.

42

Francés

B

D.

Cymb.

47

Francés

B

D.

Cymb.

52

Francés

B

D.

Cymb.

57

ff *mf*

Francés

B

D.

Cymb.

62

D.

Cymb.

67

D.

Cymb.

72

D.

Cymb.

77

B

D.

ymb.

82

B

D.

ymb.

87

B

D.

Cymb.

92

B

D.

Cymb.

Tres relatos breves

Boris Oyola



I. MI VIEJO ABUELO ÁRBOL

Mi viejo abuelo árbol ha sobrevivido a mis abuelos humanos, hoy tendidos en el cementerio. Ha sobrevivido también al exterminio del antiguo bosque donde creció y cuya tala se prolongó hacia los confines de la ciudad, donde sus últimos compañeros robles fueron perseguidos por columnas de edificios engendrados por un mismo semental arquitectónico.

Mi viejo abuelo árbol sigue sosteniendo sus ramas en la orilla de una calle que un día apareció fluyendo frente a él como un río sin agua y siguió de largo. Nunca supe qué lo salvó de las hachas o sierras asesinas. Pudo ser la protesta de unos niños, que luego serían mis abuelos, la que evitó que les cortaran los amarraderos de sus columnas. Tal vez el reclamo de una abuela insobornable que logró que no la dejaran sin sombra para su lavadero.

Tengo la fortuna de verlo todos los días frente a mi casa, regalando la sombra de sus frondosos brazos de gigante que deben guardar memoria de alguna sigilosa fiera oculta entre el verdor, acechando a nerviosos venados transeúntes. No es raro que algún pájaro despistado le caiga de visita y se ponga a trinar a nadie su reclamo territorial.

Sé que el viento ha dispersado sus planeadoras semillas lejos de esta calle porque he visto sus hijos no reconocidos en parques y aceras distantes. Tal vez en siglos próximos, mucho después de que mi abuelo árbol haya caído, un ejército de nietos árboles recupere el territorio del antiguo bosque urbanizado. No creo que las sucesiones de “propietarios” de notaría puedan alargarse más en el tiempo que las generaciones de los árboles.



II. EL VELORIO DEL FUNCIONARIO

Su familia nunca lo entendió: si su joven ayudante, a los dos años en el empleo, pudo comprar automóvil, ¿por qué él, cuarenta años después, seguía llegando en bus a su oficina?

En el centro de una sala de velación, ahora él está rígido dentro una caja de madera barata. Más barata que una sola de las llantas del automóvil de su ex ayudante. Pero eso a él no le importaría. Él murió tranquilo porque dejó paga la caja. Lo mismo que las sillas, el café y la sala alquilada donde lo velan.

También pagaba a tiempo el seguro social, pero en la noche en que lo estremeció un infarto la fila de impacientes pacientes en la clínica era tan

larga que se murió con la cédula en la mano sin conocer al médico.

Tan conocido como era, ninguno de sus lloros familiares se hace ilusiones. En ninguna de sus gavetas está esperando la escritura ocultada de una hacienda. Nadie ha oído hablar de un apartamento a su nombre. Tampoco se sospecha la presencia en la sala de secretos testafierros disimulando su satisfacción por el deceso.

Pero eso a él no le importaría. Siempre durmió tranquilo porque su nombre nunca figuró en investigaciones disciplinarias o judiciales y ahora podrá brillar en su lápida. Lo devuelve limpio, como si sus padres acabaran de ponérselo. Aunque a él siempre le pareció que encargar una lápida era un despilfarro habiendo tantas facturas de servicios públicos por pagar.

Dado el consabido pésame frente al féretro -con las tintineantes llaves de su auto en las manos-, su antiguo ayudante se despide ceremoniosamente de sus familiares. Éstos saben que será la última vez que los visita y algo como entre rabia y nostalgia se los va ganando mientras lo ven alejarse en su lujoso vehículo.



III. DICEN QUE EL SEÑOR MAWAD ESTÁ LOCO

Mis vecinos han comenzado a decir que el señor Mawad está loco desde que lo oyeron quejarse hace unos días:

– Una de mis sillas de madera camina por las noches cuando está sola en la sala; siempre la encuentro por las mañanas en un rincón distinto.

El señor Mawad es viudo, vive solo y era muy respetado en el barrio, pero cuando los primeros

vecinos les contaron a otros vecinos lo dicho por él y estos a otros lejanos, todos comenzaron a reconsiderar su opinión.

- Por Dios, señor Mawad, una silla no es un ser vivo...

- Señor Mawad, una silla tiene patas, pero esas patas no son como las de los animales, no son para caminar...

- Señor Mawad, la semejanza entre patas de animales y patas de silla sólo es de nombre, son cosas distintas.

-Por favor, señor Mawad, use la razón. Busque otra explicación...

Pero el señor Mawad no ha usado la razón como ellos quieren. Y hasta se muestra altanero.

-¿Por qué no puede ser? Algún día tenía que ocurrir que una silla caminara por sí misma.

Les costó algo a los vecinos acostumbrarse a la idea, pero lo lograron: ahora el “loco Mawad” reemplazó al “señor Mawad”. Es que ser loco y respetado es difícil. Lo primero que pierde un loco es el respeto ajeno**.

Me preocupa que se vayan a llevar a mi amigo a alguno de esos establecimientos que yo conozco donde supuestamente los cuerdos hacen lo posible porque los locos dejen de serlo. Siempre he dudado de que el propósito final de esas instituciones de tratamiento sea que dejen de ser lo que son. El hecho de que se hayan inventado profesiones e instituciones para tratarlos, se inventen medicinas y se contrate personal para tratarlos, en fin, está indicando que para la economía del país es conveniente que los locos existan. No puedo

creer que siquiátras, enfermeros y médicos deseen sinceramente que no haya locos. Si de pronto, por una situación milagrosa, llegara el día en que no hubiera gente con problemas mentales y no tuvieran a quien atender, tendrían que cerrar sus centros de rehabilitación y quedaría mucha gente sin empleo. Sabemos que eso nunca va a pasar y que la situación se presenta a su favor, o sea, completamente opuesta porque año tras año aumentan las causas que vuelven loca a la gente y por eso hay clientela garantizada y en constante crecimiento. Hasta existen familias a las que les conviene que alguno de sus miembros sea loco para recibir subvenciones del estado.

¡Malditos cuerdos! Me están obligando a actuar ante el problema del señor Mawad. Si esa maldita silla es la culpable de la desgracia del señor Mawad, yo puedo hacer algo. Se me ocurre que si yo lograra entrar otra vez por la noche a la casa del señor Mawad y llevarme por fin la silla, desaparecería el objeto de la discordia y todo volvería a la normalidad.



Boris Oyola

Narrador nacido en Soledad (Atlántico). Cultor del cuento corto es considerado uno de los referentes colombianos de ese género. Relatos suyos han sido publicados en revistas y periódicos como El comején, Muestra, Luna y sol y en diarios locales del caribe colombiano. Sus textos aparecen recogidos en el volumen titulado *Habemus cuentos* (2017). En la actualidad trabaja como docente de literatura en la institución educativa Juan Domínguez Romero del corregimiento de Caracolí, Malambo, departamento del Atlántico.

El día del salto

Juan Miranda Marañón

Fue a las once de la mañana del primer sábado del año 2000. Ese día, después de seis años de intentar saltar y al final no saltar, contra viento y marea me vi en la obligación de hacerlo o hacerlo.

Desde diciembre del año 1994 trabajaba en Punta Verde cuidando una cabaña frente al mar, a pocos metros del borde del acantilado. Su dueño, es decir mi patrón, era el hombre más orgulloso y petulante del mundo: el pintor Augusto Gerónimo.

El día que me contrató, lo primero que hizo fue decirme sus reglas y mis deberes. Yo acepté todo lo que él dijo. Eso fue en su taller de pintura. Él estaba sentado en una mecedora de bambú de la India, frente a un enorme cuadro, en el que se observaba una bandada de pájaros rojos alzando el vuelo, y yo en un banquito de madera a siete metros de él. Esa era una de sus reglas, y fue la primera que me dijo: no podía acercarme a él a menos de esa distancia, excepto cuando me lo autorizara. Mientras hablaba no dejaba de mecerse. De pronto se detuvo y sacó una hoja de papel que tenía doblada en el bolsillo de su camisa, la abrió, me la mostró y me dijo:

—Es la carta de recomendación que le dio don Fabián. Veo en ella que usted se llama Augusto Pérez Lara.

—Sí señor— le contesté.

—Lo de Pérez Lara me parece perfecto, pero

lo de Augusto no— me miró fijo, se levantó, dio dos pasos a la derecha, giró sobre sus talones, se empinó y señalándose a sí mismo con los dedos índices, tal como un banderillero en plena faena, continuó—: Aquí el único Augusto soy yo. Si acepta el trabajo tendrá que llamarse de otra manera. ¿Cuál es su segundo nombre?

—Mario, soy Augusto Mario, señor.

—Que sea la última vez que diga aquí su nombre completo, señor Mario Pérez Lara.

La vecindad era poca en el sector, sólo había tres cabañas rodeadas por los campos de golf del Country Club. La de al lado pertenecía a unos ancianos tolimenses y la del extremo derecho era de una modelo que se la pasaba viajando por el mundo. Así que los amigos que conocí por ahí, choferes, jardineros, celadores, muchachas de servicio y otros que hacían trabajos eventuales, siempre me llamaron Mario. Y por medio de estos amigos pronto me enteré que a mi patrón, por su pequeña estatura y por su nariz en forma de pico, lo apodaban, detrás de bambalinas, Don Perico. Eso me pareció acertado y risible, y cuando Don Perico me hablaba, me tocaba hacer un gran esfuerzo para no soltar una risotada en su cara, pero esto lo fui superando con el paso del tiempo.

Me levantaba a las cinco de la mañana, hacía el café, me tomaba un pocillo, me bañaba y a cumplir con mi primer deber del día: el impecable aseo del

taller de pintura. Ahí me recreaba un poco viendo los pájaros que pintaba Don Perico, luego venía lo demás: sala, cocina, baño, jardín frontal, jardín del patio, piscina, quiosco y, por último, el huerto de ají del traspatio, destinado exclusivamente para que los pájaros vinieran a comer.

El Señor siempre llegaba entre ocho y nueve de la mañana. Hacía sonar el pito del carro, yo le abría el portón, él entraba lentamente, siempre sosteniendo el timón con las dos manos y la mirada fija en el frente, se bajaba y hacía un minucioso recorrido de inspección, desde el jardín frontal hasta el huerto de ají, mientras tomaba notas en una libreta. Luego me ordenaba las tareas del día, entraba en la casa, se encerraba en su taller de pintura y no lo veía más hasta la media tarde, cuando regresaba a su casa en la ciudad. A partir de ese momento comenzaban mis buenas horas.

Cruzaba la calzada y me sentaba en una banca de madera que estaba clavada entre un almendro y un trupillo, plantados a pocos pasos del acantilado. En ese lugar sombrío permanecía horas viendo y escuchando el mar, me maravillaba al observar cómo las grandes olas venían y se estrellaban contra la ensenada de rocas y hacían grandes remolinos, y las tormentosas aguas subían y bajaban y la superficie se blanqueaba de espuma. Pasaban bandadas de pelícanos, alcatraces, gaviotas, unos pajaritos color café que andaban en pareja y a los que jamás escuché cantar, y gavilanes en busca de ratas costeras, y lagartos, y los cangrejos que en cualquier momento salían de sus cuevas exhibiendo sus fuertes tenazas. A veces venía Blanca, la hija de los señores que cuidaban la casa de la modelo viajera, y se quedaba ahí hablando conmigo; otras veces yo tomaba una escalinata de piedras que descendía por la izquierda y conducía a una pequeña playa entre el pie del cerro y las enormes rocas que permanecían inmóviles ante el embate

del mar. Cuando había calma, me alejaba nadando de la orilla, rondaba las enormes rocas y nadaba en la ensenada, flotaba bocarriba y miraba al almendro y el trupillo, a más de veinte metros por encima, mi lugar preferido. De verdad era un momento maravilloso, como un plácido sueño entre el azul del mar y el verde de la montaña.

Pero a mitad de año el tiempo cambió y también cambiaron las cosas para mí. Se fueron las brisas y llegaron las lluvias, aunque después de los aguaceros el mar quedaba como dormido en una calma sobrecogedora y sus aguas se tornaban cristalinas. Un día de esos se presentó Larry, el gran nadador del pueblo; un osado que tenía fama porque se lanzó al mar desde la punta del muelle el día que pasó el huracán Lenny azotando el Caribe: era buzo, tablista, salvavidas, pescador, lanchero y su fuerte era clavarse al mar desde grandes alturas. Yo estaba sentado en la banca viendo caer la tarde, cuando de pronto llegó el hombre; me saludó, se quitó la camiseta y las sandalias, las colocó al lado de la banca y me dijo:

—Échameles un ojo.

Y con toda la calma del mundo caminó hasta el filo del acantilado; hizo ejercicios con los brazos, luego tensionó su musculatura, se persignó y se lanzó al vacío.

Sin salir del asombro ante aquel inesperado suceso, di unos pasos hasta el filo del acantilado. Él estaba allá abajo, nadando junto a las grandes rocas, para salir de la ensenada hacia la playita donde yo me bañaba. A los pocos minutos reapareció el nadador. Se veía dichoso. Se tiró dos veces más, subió por sus cosas, las recogió y se marchó.

Hasta ese momento yo no había sentido nada por la altura del acantilado, pero a partir de ese día

todo cambió. Sólo con imaginar que era posible saltar desde ahí, me producía un miedo frío que se me subía desde los tobillos y me hacía un apretado nudo en la garganta.

El Larry volvió por acá a mediados de marzo del año siguiente. Ese día el viento soplaba con fuerza y el mar estaba tormentoso. Me saludó, se sentó a mi lado y permaneció en silencio y con la mirada fija en el horizonte, como si observara algún mundo lejano. Después de un rato, se levantó y al momento de marcharse me dijo:

—Así como está el mar de aquí no se tira ni el campeón, y si se tira, de allá abajo no sale vivo.

A finales de agosto llegaron unos parientes de los ancianos tolimenses a pasar una temporada en la costa. Para gran sorpresa mía dos de los jóvenes se lanzaban del acantilado. Era un espectáculo maravilloso, había un sitio un poco más abajo en el que yo me acomodaba y los veía desde que se paraban a hacer ejercicios hasta que se tiraban al vacío y venían con los brazos abiertos, los pechos inflados, y un instante antes de romper el agua, juntaban los brazos y entraban como flechas en el mar. Por esos días reapareció el Larry, acompañado por una muchacha a quien llamaban la Chechi y que también era aficionada a tirarse al mar desde las alturas.

De esa manera, mi sitio favorito se convirtió en una especie de club de clavadistas y yo en un pasmado espectador que vivía entre el asombro y el miedo. Hasta que un día dije: voy a tirarme. Y comenzó mi dilema. Caminaba de la banca hasta el borde del acantilado, el mar se veía abajo, muy abajo, yo me llenaba de miedo, me iba poniendo frío, el miedo me subía hasta el pescuezo, me aprisionaba y no me dejaba tirar. Entonces retrocedía derrotado hacia la banca y me sentaba; al rato me

volvía a llenar de valor. Ahora sí, pensaba; me levantaba, tomaba aire, caminaba decidido hasta el filo del acantilado y unos instantes después regresaba derrotado a la banca. En ese son de ir al filo del acantilado y regresar a la banca entre el almendro y el trupillo pasé seis años. Así que entre el miedo y el valor sostuve una lucha tenaz contra mí mismo, pero siempre tuve presente que de toda gran batalla tiene que salir un vencedor.

* * *

El 20 de diciembre del año 1999, Don Perico me ordenó entrar a su taller en horas de pintura.

—Hoy haré una excepción y dejaré pasar por alto todas las reglas. Por tal licencia, puede moverse y hablar con absoluta libertad; así que siéntese donde quiera o quédese de pie.

—Gracias, don Augusto— le dije y me senté en el mismo banquito de madera de siempre.

—¿Qué le parece esa belleza?—me preguntó, al tiempo que señalaba un cuadro, en el que se apreciaba una espléndida cabaña.

—Muy bonita— le dije.

—Bien —continuó don Perico—. Esa bonita cabaña que usted ve ahí, es esta misma casa donde estamos, sólo que ahora le falta el segundo piso, y de eso es precisamente de lo que le voy a hablar. El próximo lunes vendrá un maestro con una cuadrilla de trabajadores a iniciar la remodelación. El arquitecto Torralbo se encargará de tratar con ellos lo referente a la obra y usted estará aquí todo el tiempo, pendiente de todo lo que pase: que no destruyan las plantas, que no se sienten en mi kiosco, que no usen mi cocina, que no se les vaya a ocurrir meterse en mi piscina.

Yo sacaré todo lo que pueda de aquí y el resto lo dejaré bajo llave en mi habitación; sólo vendré los sábados para ver cómo avanza la obra y soltarles dinero. ¿Entendido, señor Mario Pérez Lara?

—Sí, señor.

Ese mismo día vino el arquitecto Torralbo en un campero gris. Era un hombre joven con la cabeza rapada. Don Perico me presentó con él para ponerme a sus órdenes por medio de otro discurso disciplinario.

El lunes a las ocho de la mañana llegó la cuadrilla de trabajadores en una camioneta azul. El maestro y cuatro hombres más bajaron dos enormes cajas de herramientas, el conductor habló algo con el maestro y se marchó.

El maestro, de unos cincuenta y cinco años, era amonado y tenía un bigote parecido al de Clark Gable. Entre la cuadrilla se destacaba un negro corpulento que parecía medir más de dos metros. También había un flaco con un sombrero de fieltro marrón y dos que eran unos salgareños que yo conocía de vista.

Daba gusto verlos trabajar. Era una cuadrilla dinámica y se movían como una máquina perfectamente engranada por el maestro. Ese mismo día a las cuatro de la tarde ya habían bajado el techo, y las láminas y maderos quedaron recostadas en la pared del lindero con la cabaña de los tolimeses. A las cinco de la tarde pararon el trabajo. Al rato llegó la camioneta y se marcharon.

Todos parecían buenas personas y me fue fácil hacer amistad con ellos. El maestro se llamaba Alejandro. El gigante negro, Francisco, era el segundo maestro de la obra, y su atlética corpulencia se debía a que era un consagrado pesista.

El flaco con el sombrero de fieltro era Juan y los salgareños se llamaban Marcos y Víctor.

Los sábados por la tarde, cuando llegaba el señor a mirar cómo iba la obra, hacía cumplir la regla número uno establecida en sus dominios: nada de trabajadores a menos de siete metros de él; así que todo el personal, exceptuando al arquitecto Torralbo, tenía que salir de la cabaña para que pudiera entrar el Señor. Esa regla para la cuadrilla era motivo de burlas y cuentos, y cuando se enteraron de que el señor era apodado Don Perico se arrebataron de la risa. Juan cada vez que podía contaba el cuento español, “Las bodas del tío Perico”, y cantaban canciones alusivas al perico: “Quítate de la vía perico que ahí viene el tren”, “Cuidadito compae gallo que yo tengo mi periquita”, “Yo no me explico cómo el perico, teniendo un hueco debajo del pico, pueda comer”. Un día Francisco me preguntó qué era lo que pintaba Don Perico y cuando yo le dije que pájaros, el gigante negro se rió como un loco, y repetía entre carcajada y carcajada.

—Un perico que pinta pájaros.

Y terminó revolcándose en el suelo con los ojos llenos de lágrimas de tanto reír. El maestro, en cambio, fruncía el ceño, levantaba el bigote y decía que Don Perico no era más que un pelele untado de brillantina, que él había trabajado para eminentes personas y no se ponían en esas fanfarronadas.

La estaba pasando tan bien con la cuadrilla que se me había calmado la obsesión por tirarme del acantilado, y en vez de estar pensando en eso me dedicaba a lo que tenía que hacer. La verdad fue que con el paso del tiempo yo le había cogido afecto al trabajo y hacía las cosas con entusiasmo. Don Perico con su orgullo era una molestia sin

fin, pero la comida y el pago estaban bien, y eso para mí era importante. La cabaña estaba quedando estupenda y ahora, desde el segundo piso se contemplaba el mar al frente y por los lados, y por atrás se divisaban hermosos paisajes.

En los primeros días de enero la cabaña estaba casi lista; el piso, los barrotes, los pasamanos, el acabado del baño y la habitación se veían magníficos y todo parecía una reluciente obra de arte color madera.

El sábado llegó la cuadrilla con más entusiasmo que ningún otro día. Sólo les quedaba poner un par de maderos en el techo y por último asegurar las tejas que faltaban y listo. Eran las once de la mañana cuando llegó Don Perico con el arquitecto Torralbo. Este último se apresuró a entrar, mientras el Señor se quedó en la calzada, recostado al carro, a la espera de que todos saliéramos. Pasado un momento, todos estábamos afuera, menos Francisco que seguía en lo suyo en el segundo piso, subido en la escalera empernando los últimos maderos del techo. De pronto, Don Perico se apartó del carro y le gritó al gigante negro:

—¡Ajá y qué, hasta cuándo te voy a esperar!

En ese momento el viento sopló con tanta fuerza que sacudió a Don Perico, Francisco se lo quedó mirando y señalándolo soltó una risotada estruendosa.

—¿De qué te ríes? ¡Gorila infeliz!

Todo fue muy rápido. Francisco se tiró de la escalera, en un tranco llegó a la baranda de la cabaña, se apoyó en ella, saltó y cayó entre el jardín como una pantera furiosa y se abalanzó sobre el Señor que no tuvo tiempo de hacer nada, porque el gigante lo cogió, lo levantó como si fuera un muñeco y echó a correr con él hacía el filo del

acantilado, lo arrojó al vacío y le gritó:

—¡Gran cabrón, hijo de perra!

Francisco caminó hacia nosotros sacudiéndose las manos como si hubiese cogido algo sucio. Yo corrí hacia el borde del acantilado y vi al Señor allá abajo, que apenas flotaba sacudido por la turbulencia. En ese instante pensé que el Señor no resistiría la fuerza del mar y se ahogaría y no pintaría más pájaros verdes, ni rojos, ni azules, ni amarillos, ni habría más huerto de ají, y yo no vería más esos pájaros. El mar estaba embravecido y rugía, y así no se tiraba ni el campeón. Pero contra todas las advertencias, contra viento y marea, yo era capaz de salvarlo y no había más que pensar. Saltaba o saltaba y no me dio ni pizca de miedo y me lancé al vacío, con los brazos abiertos y el pecho inflado. Fue el momento más rápido de mi vida, junté las manos y ¡zas!, me clavé como una flecha en el mar. Por unos instantes todo quedó oscuro y frío, agité los brazos y las piernas, y en segundos salí a la superficie y todo volvió a ser muy claro. En ese momento de lucidez, mientras la turbulencia me subía y me bajaba, recordé la regla número uno del Señor, ese mandato que siempre había respetado y que ahora no podría violar.



Juan Miranda Marañón

Nació en Barranquilla en 1957 y vive en Puerto Colombia (Atlántico). Cuentista, cronista, animador de lectura y vendedor de lotería. Es autor de varios libros de literatura infantil como *Tres grandes fábulas para grandes niños* y *Fábulas Ávelas*, entre otros. También es autor del libro *La princesa del cabello encantado*, Santa Bárbara Editores. Hace parte del Taller José Félix Fuenmayor desde 2007 y dirige en Puerto Colombia el Taller Literario Caribe. En estos momentos trabaja en la preparación de un libro de crónicas y otro de cuentos. El cuento recogido en esta selección ganó el segundo premio del Concurso Nacional de Cuento de la Fundación La Cueva, en 2012

Colmillos

Henry Stein

Los numerosos desaciertos del primer párrafo del cuento breve que ha comenzado a escribir -y en particular ese redundante adjetivo de cajón, que le produce un malestar indefinible-, le hacen pensar al escritor que la mejor decisión que puede tomar es echarlo sin remordimiento al cesto de los papeles y olvidarse de ese embarazoso asunto. Pero a última hora se arrepiente y resuelve salvarlo para seguir trabajándolo.

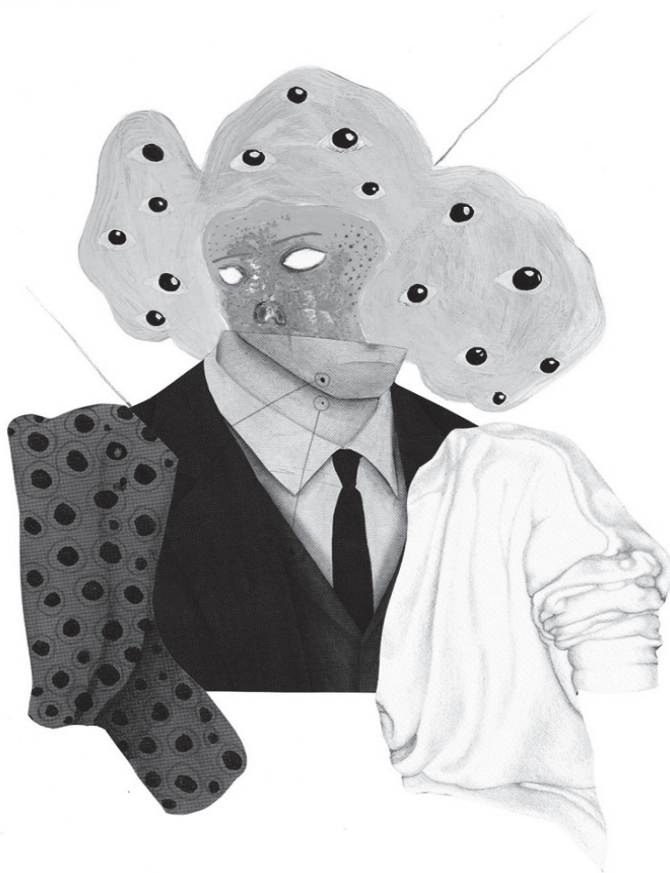
Reposa un poco lo escrito y luego lo retoma con renovado interés, dispuesto a terminar el texto de un tirón. Y con ese propósito emprende de inmediato la tarea de hacerle los ajustes necesarios a ese primer párrafo plagado de ripios e imprecisiones.

Al cabo de varias horas de arduo y agotador trabajo de desbrozo y de ensayar diversas fórmulas para mejorar el párrafo, desanimado reconoce que su empeño no solo resulta estéril sino además desesperante. Las soluciones que se le ocurren no le satisfacen en absoluto, todas le parecen fallidas y desafortunadas, incluso peores que las líneas que infructuosamente intenta corregir.

Contrariado, a punto de perder por completo la paciencia y abandonar definitivamente la escritura del texto, en un desesperado último intento decide hacerle drásticos cambios al párrafo y por último resuelve suprimir el adjetivo “temibles” y deja sola la palabra “colmillos”. ¿Para qué adicio-

narle -reflexiona- el lastre de un calificativo trillado e innecesario a una palabra como esta cuya sola mención infunde temor al recordar lo que designa y representa?

Lee de nuevo el párrafo reescrito, esta vez en voz alta, para poder apreciar con mayor facilidad si los cambios surtieron efecto:



En el ambiente se percibe algo cuya naturaleza resulta difícil determinar de modo preciso, algo parecido a la tensa calma que suele preceder a las tragedias. Ningún ruido perturba la quietud de la noche. Lejos de su hábitat, un voraz depredador hambriento merodea sigiloso por los alrededores del lugar. Los colmillos espejean en la oscuridad.

El resultado le parece aceptable y le reconforta, pues considera que en términos generales el párrafo mejoró considerablemente, sobre todo con la supresión de ese adjetivo superfluo, excusable en un principiante o en un escritor pero de ningún modo en un escritor experimentado. Recuerda las pertinentes palabras de Huidobro respecto a la importancia de adjetivar con propiedad y precisión: “El adjetivo, cuando no da vida, mata”. Advertencia que siempre tiene presente al escribir.

Mientras aclara las ideas para continuar desarrollando la historia, fija su atención en un póster en el que Sartre aparece fumando abstraído frente a una ventana, a través de la cual se logra ver un arbusto seco y un fragmento de cielo plomizo. Rememora con nostalgia la lejana tarde en que lo compró en una venta ambulante y lo colgó emocionado en ese rincón de su estudio, al lado de la biblioteca, donde aún permanece.

Luego de esa oportuna y provechosa pausa reanuda con más brío la escritura del texto, con la intención de terminarlo lo más pronto posible y de una sentada, como se lo propuso desde que concibió la idea de escribirlo, para finalmente pulirle los detalles.

El hombre revisa un documento en un escritorio en el que se observa una botella de brandy, la fotografía de una mujer sonriente y una exótica estatuilla cuya base tiene grabada una fecha y una expresión en latín que recuerda que el tiempo pasa rápidamente y no puede ser recuperado:

“Fugit irreparabile tempus”. Del otro lado de la puerta proviene el extraño ruido que escucha en este momento.

Relee lo que acaba de redactar. Aunque reconoce que no es un párrafo perfecto, decide no cambiarle nada. Escribe a continuación:

Temeroso e intrigado, el hombre interrumpe la lectura del documento. Sin hacer el menor ruido y sin apartar la vista de la puerta, mete la mano en la gaveta del escritorio y toma el revólver. Dispuesto a enfrentar lo que sea, aguarda expectante.

Justo cuando el escritor se dispone a rematar el texto escucha un ruido extraño que proviene de afuera, probablemente del jardín. Se pone los anteojos y se en camina hacia la puerta a ver de qué se trata. Ahora, frente a él, los temibles colmillos.



Henry Stein

Prosista colombiano nacido en Cali en 1957 y radicado en Barranquilla hace muchos años. Ha sido colaborador de revistas y suplementos literarios del país. Fundador de la revista Muestra y cofundador del plegable literario esto. Entre sus obras publicadas figuran *Dentro de poco sonará el despertador*; *En la cuerda floja* y *Carta a un vecino*.

Apenas un instante

Clarita Spitz

Domingo. Día de playa obligado. Que no falte la cervecita helada, los amigos, la mojarra frita. La arena caliente, el mar en calma, el sol, la brisa.

Ernesto no falta a la cita. Llega temprano. Como cada domingo ocupa el puesto de costumbre: la segunda choza a mano izquierda, ésa pintada de color azul, con su letrero torcido, el nombre escrito a mano, El Meneíto. Ése es su territorio.

Me siento en el paraíso - con esos bikinis, esas tanguitas, abbb, los hilos dentales que cada vez cubren menos. "No dejan nada a la imaginación", se quejan algunos. "Mientras menos ropa, mejor" pienso yo. ¡Esto sí que es vida!

El cigarrillo encendido en los labios entreabiertos, la mirada sensual, penetrante, que se adivina a través de las gafas de sol.

¡Esas patillas están como para comérselas!

Así piensa Ernesto, mientras se las imagina des-parramándose si faltara el breve, mínimo sostén que a duras penas las contiene.

Después da una ojeada a esa flaquita y puede sentir sus dedos acariciando esos pechos pequeños, firmes. Suculentos. Como mangos dulces y apetitosos.

Comenzó como cualquier día de playa. Todo perfecto. Los cuerpos perfectos. Los broncea-

dos espectaculares. ¿Qué más se puede pedir en esta vida?

Bueno, por lo menos eso pensaba yo hasta ayer.

Estaba deleitándome la pupila con tanta vieja buena cuando llegaron ellos. "¡Carajo, si es que lo han invadido todo!" pensé apenas los vi llegar. "¡Esto es lo único que me faltaba!"

Llegan en bloque. Ellos adelante, con bigotes negros y tupidos, y gafas oscuras. Ellas los siguen unos pasos más atrás, enfundadas en sus largas túnicas oscuras, cubiertas completamente de pies a cabeza excepto por las caras enmarcadas en aquellas pañoletas multicolores.

Ellos se desvisten, se meten al agua, mirando descaradamente y con aparente asco a las muchachas con sus diminutos bikinis. Sus mujeres permanecen (Ellas se quedan) atrás, con la mirada clavada en la arena, sin levantar los ojos, sin mirar alrededor, sin curiosar. Únicamente ayudan a los niños a ponerse los vestidos de baño, a cubrirse de protector solar.

A Ernesto se le ocurren todo tipo de pensamientos mala clase y racistas.

- No sé ni cómo pueden respirar. ¿Para qué se molestan esas mujeres en venir a la playa? Para quedarse vestidas mirando desde lejos mientras los demás se divierten. Para dañarle a uno el programa ¡no joda!

De manera casi imperceptible una de ellas se separa del grupo. Se aleja discretamente, muy poco, apenas unos pasos. Con la espalda vuelta hacia las demás mujeres levanta por primera vez la mirada, fijando en Ernesto sus enormes ojos, oscuros y muy delineados. Ernesto la mira y se sorprende al notar un rostro realmente hermoso.

Sin quitarle la vista de encima, ella levanta muy levemente su túnica, apenas unos centímetros de la arena. Saca un pie de la zapatilla. Luego el otro. Ernesto no pierde un detalle de este movimiento suave, sutil, voluptuoso... un pie blanco, perfecto, un tobillo torneado se asoman apenas, levemente, un instante nada más.

Ella se agacha lánguidamente, recoge las zapatillas, se incorpora, se da la vuelta. Tan lentamente como se acercó, se aleja.

Ernesto se ha quedado sin aliento. Está aturcido. No entiende el golpe que ha recibido. Su deseo se despierta y él no se explica el sudor repentino que lo baña de pies a cabeza. Como un balde de agua helada. Intenta en vano imaginar esa fruta prohibida, conjurar esos pechos debajo de su oscura prisión, percibir ese aliento que intuye almizclado, deslizar entre sus dedos las hebras de una cabellera, que sospecha negra, pero que no ha podido ver. Es inútil. Su imaginación lo traiciona.

Los días pasan. Ernesto está perdido.

El recuerdo de ese tobillo lo ha trastornado. Nutre sus más oscuras fantasías. No logra conciliar el sueño. Se despierta en mitad de la noche, intranquilo, jadeante, sofocado. Como adolescente en plena pubertad pasa el día en un estado de

agitación y excitación constantes, insaciables. Ha perdido el apetito.

Ha quedado a merced de una idea.

¿Qué se oculta debajo de esos ropajes negros? ¿Qué secretos placeres esconden los pliegues de esa túnica? La promesa de sabrá Dios qué delicias espera detrás de esos ojos negros.

La imagen fugaz de un pie blanco y perfecto lo enloquece. Estoy perdido... por el recuerdo de un tobillo he perdido totalmente la cabeza.



Clarita Spitz

Barranquillera nacida en México. Narradora, docente, bibliotecaria y animadora de lectura. Magister en Educación con énfasis en Estrategias Educativas para Biblioteca y Salón de Clases, Vermont College – Norwich University. Diplomada en Escritura para Niños y Adolescentes, The Institute of Children's Literature. Premio XVI Concurso Nacional de Cuento Infantil de Comfamiliar del Atlántico (2008). Mención en el XIX Concurso Nacional de Cuento Infantil de Comfamiliar del Atlántico (2010). Forma parte del equipo editorial de la revista virtual letrabana.com. Textos suyos, artículos y entrevistas han sido publicados en diferentes medios análogos y virtuales locales, nacionales e internacionales. Ha publicado: *Yo no soy Natalia, yo soy Camila*, Editorial Panamericana, Bogotá (2009); *Recuerdo Infantil*, *Sin Malas Palabras* y *¿Qué Esconde la Azotea?*, colección Vista al Cuento, Edición 1, 2008; *Los Cuentos de la Bobe Zoila*, versiones libres de cuentos de hadas, Editorial Libros y Libros, Bogotá, 2009; *De aventuras, travesuras y unas cuantas jugarretas*, versiones libres de cuentos de la infancia, Editorial Libros y Libros, Bogotá, 2009; *Enrique tiene cinco años*, Editorial Panamericana, Bogotá, 2013.

Dulce tormento que mata tu canto

Alcy Zambrano

“Al fin la tristeza es la muerte lenta / de las simples cosas. / Esas cosas simples que quedan / doliendo en el corazón.”

Las simples cosas.

Armando Tejada Gómez -Julio Cesar Isella.

Y allí estaba, frente al estante de los vinos y los fuertes licores, sintiendo que debía tomármelos de un solo sorbo mientras la voz de Concha Buika llegaba fuerte a mis oídos. Conduciéndome a donde la música se entremezcla con todos los elementos del mundo y nos lleva a un espacio de delirio donde los pensamientos se mezclan con la memoria.

Allí, luego de un encierro de siete meses sin poder escribir una línea; corrigiendo las más grandes barbaridades que mis ojos pudieran observar, y, aun así, intranquilo y desprotegido de la verdadera posibilidad de estar un instante en calma que me llevara a sentir que la única salida que tenía ante mis ojos fuera esa: la de regresar a la escritura de cuentos, sin más pretextos que decir cómo me sentía en aquel tiempo de desesperanza: rumiando y sintiendo la angustia de las palabras que no brotan claras y ligeras, y que desaparecen en el camino.

Escuchaba Culpa mía, y preguntaba a mi memoria si antes no existió un motivo que me hiciera retornar a la palabra; y encuentro que no, que

únicamente las palabras de esa mujer despertaban los sentimientos que necesitaba para regresar. Y regresé al tremendo laberinto de las sirenas. Sí, las voces me invadieron de un tajo y las manos no podían ya detenerse porque deseaba contar la historia y no sabía contener el ímpetu de aquel impulso que me llevaba sin saberlo por el entrelazado que en la mente tenemos para guarecer los recuerdos que con el paso del tiempo se convierten en hojarasca.

No terminé de disfrutar la canción, pues un estruendo logró desesperarme e inmediatamente me acerqué a la ventana para indagar sobre lo que sucedía. Era Alicia riñendo con Ismael sobre la conveniencia de soltar los perros amarrados en el patio de los limones, allá donde la sombra y los aromas nos dotan de una enorme quietud. La terquedad de Ismael de no permitir que Alicia sacara los perros había desatado la tormenta que retornaba a sus vidas.

Desde mi ventana —tal vez ejerciendo el papel del escritor, que escucha detenidamente las historias de las personas para luego hacerlas propias—, seguía los gritos de la discusión, pero no comprendía la manera cómo sucedía y únicamente la imaginación daba sentido a lo que ocurría en el apartamento de los Zamora. Los alterados gritos de la pareja eran un indicio de que las cosas entre ambos no funcionaban y, pensé, que tomaban como excusa a los canes.

A pesar de los gritos, trataba de seguir la fuerza que imponía en su ritmo Concha Buika, la humedad de su voz me estremecía al extremo, al punto que las lágrimas surgían como gotas de lluvia. Las acacias se ladeaban y el sol de las tres de la tarde lograba filtrarse en mi cuarto, los insultos y susurros entrelazaban una danza inquietante ante mis sentidos. Lograba detenerme, en instantes, en la perorata de Alicia y, otro tanto, en la voz de Buika, que en su desgarradura creaba la perfecta combinación entre armonía e insultos.

La verdad era que la presencia de Alicia parecía necesaria para que el día resplandeciera y las tediosas horas de la tarde de los domingos se hicieran soportables. Su belleza hacía creer que el mundo era un invento reciente, hacía amar profundamente la vida y agradecer la perfecta creación de la mujer.

Los domingos, Alicia acostumbraba a salir de paseo con la perrada; los colocaba amarrados a su cintura, haciendo del momento una fascinante obra. Observaba por la ventana y trataba de comprender quién paseaba a quién. Ella llevaba sus minifaldas y cuando uno de los canes regaba sus excrementos o hacían algo indebido, doblaba su torso y dialogaba con el infractor, dejando al descubierto sus glúteos de tez cobriza.

Ismael, entretanto, notaba cómo la mayoría de los hombres del edificio, incluido yo, salíamos a trotar a la hora en que su esposa paseaba a los animales. Aunque a veces yo me quedaba en el apartamento con mis dos niñas y Dubis, escuchando música y sintiéndome feliz, disfrutando de cada canto en compañía de una botella de whisky.

En la cervecería, los sábados en la noche, nos invadía una apasionada emoción, sintiendo que



nuestros corazones emitían grandes latidos, al punto de perder el equilibrio cada vez que alguien abría la conversación en derredor de lo que sucedería al día siguiente, haciendo del diálogo un conmovedor desequilibrio de los gustos. Sin tormentos ni recatos, todos los presentes nos estremecíamos al pensar en torno a la manera cómo Alicia, distraída e inocentemente, dejaría todo su trasero al desnudo, logrando que lo efímero desapareciera y la eternidad se congelara las palabras de esa mujer por develar sus bellas formas. La belleza, esa extraña conmoción que define los gustos, desplegaba sus velos sobre nosotros cada vez que la perrada salía a tomar el sol atada a su cadera. Y sí, la verdad es que era bella y valía todas las cervezas que consumíamos en su honor, aquellas noches de conmovida presencia de los goces, cuando comprendíamos que el mejor aliciente para llegar a estremecernos ante su erótica presencia se traducía en palabras.

Ahora, volvamos al asunto: (a) Saben que andaba angustiado por no saber cómo desasirme de aquel oficio que me tenía condenado a leer ensayos filosóficos sobre temas intrascendentales; (b) que solo la música de Buika lograba contener el desasosiego que sentía al no poder crear un poema o un cuento; y (c) estábame preguntándome por Alicia.

¡Santo cielo!, Alicia en este momento lanzaba al mundo insolencias y alaridos que mis oídos rechazaban, no paraba de ultrajar a Ismael y yo me atormentaba porque la Buika pronto comenzaría Volver, en la versión que cantó una tarde crepuscular en la sala Netzahualcóyotl, en Ciudad de México.

Deseaba sólo las alteraciones de Concha; sin embargo, los insultos irrumpían en la alcoba mientras Buika cantaba: "...sentiir que esss un

soplo la vida..." El cielo resplandece y, Maryory, escucha la música enjugando las lágrimas que le brotan de la comisura de sus ojos. He comprendido que en la vida nos devienen felicidades que el tiempo pule como el río a la piedra.

—Es la versión con más sentimiento que he escuchado —dice, Maryory, emocionada.

—También Chavela Vargas... —le arguyo.

—Pero Chavela es de tu tiempo..., y Buika del mío —sentencia.

—La música demarca la época en la que se escucha —digo, y sigo con mis dedos las notas finales del canto.

Media botella de Old Fitzgerald y la carga de emociones me invita a interrumpir la monserga, que no ha cesado desde que Alicia decidió desenlazar los perros.

Voy a casa de la pareja e insisto pertinentemente en su puerta. Los dos aparecen con una sonrisa como si sus insultos no se hubieran escuchado por todo el edificio; tras esto, me invaden unos pensamientos retorcidos: pienso que, en la vida marital, a veces hace falta un aliciente para impulsar la relación hacia nuevos ardores. Les saludo efusivamente y me ofrecen seguir adelante. Observo que los dos se muestran cariñosos y en sus ojos se reflejaba todavía la marcha nupcial. Siento pena de incomodarlos y trato de disculparme por la imprudencia. Insisten en que me quede a tomar una copa de vino, les comunico que tengo en mi apartamento una de ese whiskey de Kentucky que desespera por descender por mi garganta. Ríen y alegremente los apoyo. La belleza de Alicia resplandece. Ahora comprendo por qué los sábados nos afanamos en hablar de ella, pienso que sería un delito no hacerlo y agradezco, no sé a qué deidad, el poder deleitarme frente a este dulce tormento que mata el canto. Me tomo la

copa de vino e intento marcharme. Ismael insiste en que siga compartiendo con ellos. Me piden que traiga los discos compactos de la Buika. De repente, cargo un sentimiento desconocido por permitir que otras personas deleiten sus oídos con la “fiera voz” de Concha. Les pido que me excusen e insisto en que debo ir a cuidar a Eury, mi hija menor. No puedo persuadirlos. Dicen que debo quedarme. Los miro y noto que son angelicales. El amor brota de sus rostros. Un perro se acerca y comienza a olerme. Pocas veces permito ese gesto porque, a un amigo, un perro se lo meó luego de olfatearlo. Quisiera extender una pierna y, desapercibido, retirarlo. Pido otro vino. La pareja se aleja. Doy la patada y el perro me encara gruñendo desmedidamente. El perro resulta ser tan perseverante como sus amos. Le pongo cara de enojo y huye. Los perros, al igual que los humanos, saben leer perfectamente el carácter que expresamos en el rostro.

A las ocho, tomo mi último trago y me levanto.

Ya no insisten en que me quede. He bebido las cinco botellas que guardaban en su bodegón. Las miradas que entre ellos se cruzaban permitían percibir el desespero de Alicia por saciar sus deseos.

Este es el final, el fin de esta historia que venía atormentándome desde hacía siete meses. Lo que me llevó a comprender que todos los matrimonios funcionan, fundamentalmente, debido al ruido, a la jerigonza de las cosas que duelen en el corazón.



Alcy Zambrano

Poeta, ensayista y narrador barranquillero. Profesor de filosofía del Colegio Alemán de Barranquilla. Ha publicado los libros de poemas *Disquisiciones del vivir* y *Si en la lejana noche Euris*. Editorial Travesías publicó su libro de relatos breves titulado *Tratado de moral para perversos*. Es autor también de los libros *ExLibris* (cuentos breves), *La ronda del cervecero* (poemas) y del libro de cuentos *Triste verano de una dama feliz* (2018).

El tigre demócrata

Antonio Silvera Arenas

La larga noche en que la reina se fue de fiesta con sus amigas y regresó al alba transpirando un almizcle perturbador, León decidió tomarle el consejo al médico. Su melena había disminuido visiblemente y, a la siguiente medianoche, Tigre comprendió por qué había cambiado sus sofisticadas presentaciones en la televisión por el limitado medio de la radio. Incluso, se preguntaba Tigre, si esos rugidos tan vigorosos con que despertaba la selva cada día no serían un simulacro de sus mejores tiempos. La colección de cintas magnetofónicas de tapa amarillenta que halló en el despacho real, desparramadas en un rincón junto a pieles de bisontes, colmillos de elefantes e incontables bibelots que testimoniaban las correrías consuetudinarias del monarca, le habían sugerido esta inquietud.

Había llegado puntual y —cosa que no le significó precisamente esfuerzo— con todo el sigilo del caso. Seguía, en efecto, las indicaciones de los sapos acólitos, preguntándose, en medio de la profunda noche de la selva, el motivo de aquella entrevista extraordinaria.

Al contemplar la gama de posibilidades, que comprendían desde lo más encumbrado para él (como un nombramiento diplomático en la pampa argentina, donde saborearía churrascos de ternera entre vinos y mates), terminó por temer que el soberano se hubiese cansado al fin de sus des-

manes con los venados y cebras destinados a la exclusiva dieta real. Lo que nunca se imaginó fue aquella inesperada comisión, pues, aunque siempre soñó con ocupar el palacio, la mesa y, sobre todo, la cama regia—sin la reina, por supuesto—, jamás pensó que sería el propio León quien le ofrecería aquella apetecida oportunidad.

—Por la patria, hasta la vida, su majestad —expresó con un inesperado tono marcial que el rey atribuyó a la emoción del momento.

Todo ocurrió muy rápido y, de un día para otro, Tigre se convirtió en regente del reino más antiguo de la tierra.

La muy ponderada señora Tigre y sus dos simpáticos cachorros entraron solemnemente a la espléndida mansión regia, en un grandioso acto que significó el regreso de las intervenciones televisadas. Los súbditos, en especial las crías adolescentes, se molestaron con el cambio de la programación habitual, justo ese día y a la hora en que se disputaba el clásico del fútbol español, debido a la primera disposición del monarca advenedizo, que obligaba a todos los canales a suspender sus interminables telenovelas y los partidos futbolísticos de toda laya en aras del bien mayor de la patria.

Pero más que el extravagante decreto, la alocución del mandatario fue el verdadero zarpazo de

aquel día. En un documento de 59 folios, Tigre presentó ante el Congreso en Pleno de Hienas y Camaleones un detallado programa de gobierno centrado en la necesidad de pacificar el país.

Para nadie es un secreto que el reino de la selva es un hervidero de pasiones cruentas donde la única paz posible consiste en permitir que cada animal haga con su vida lo que mejor le parezca, siempre y cuando deje comer a los que puedan. Esta única norma inscrita en la constitución del reino milenario, suspendida por la disposición del nuevo gobernante, motivó justamente la formación de grupos al margen de la ley.

; Fueron los cocodrilos, en principio, aduciendo derechos registrados en los más vetustos fósiles de la prehistoria y armados hasta los dientes —lo que ya es mucho decir— los primeros en establecer alcabalas en los puertos ribereños para financiar su proyecto revolucionario, que, al cabo de tanto tiempo, devolvería sus derechos al oprimido pueblo silvano.

Pero, como a toda empresa próspera le sale su competencia, las serpientes de todas las especies, inusualmente unidas en una causa común, rebatieron punto por punto la proclama de los gigantes lagartos y, recordando su vieja hazaña en el paraíso terrenal, tomaron partido por la causa del regente.

La reacción del gobierno no se hizo esperar. Apropiándose una máxima practicada por los rebeldes, las medidas oficiales contemplaron todas las formas de lucha. De modo que, satisfaciendo primero los ideales de los pacifistas a ultranza, en cabeza de la paloma consabida, el líder pintado autorizó la intervención de representantes de todos los gremios de la sociedad civil para buscar un acuerdo con los violentos. Siguiendo, de otro

lado, la eficaz y probada táctica del dinero, también ofreció millonarias recompensas a quienes dieran sapiente y perruna información por la captura de los cabecillas de los dos grupos levantados en armas. Pero, lo que era más importante para su decidida cruzada, canalizó prácticamente todos los recursos del presupuesto nacional hacia el reforzamiento del pie de fuerza legítimo, tradicionalmente asumido por los gorilas y orangutanes.

La comunidad STZ (sapos, tortugas y zorros) conformaron sin saberlo al principio, pero, luego cada vez más conscientes de su deber histórico-patriótico, un frente civil que se convirtió en el principal aliado del orgulloso rayado. De vez en cuando, la prensa, conformada por patos de todos los plumajes, consciente también de su papel objetivo e informativo, registraba las reuniones que empezaron a realizarse clandestinamente en el otrora palacio infranqueable. Pero como las medidas mostraban una particular eficacia, aun al margen de víctimas inocentes, inevitables en una causa de este tipo, aducía Tigre en sus exaltadas alocuciones, la selva aplaudía la gestión. No obstante todo ello, la empresa entusiasta del primer mandatario, que los sapos y zorros seguían con sus saltos y elasticidad respectivos, avanzaba más bien —era inevitable— al ritmo de la tortuga.

Es de saber que después de tantos acontecimientos extraordinarios, el tiempo de la comisión, fijado en un protocolo solemne, estaba por cumplirse, pero Tigre, ya instalado a sus anchas en el cómodo espacio del poder, había preparado “un plan de salvación para los intereses nacionales que permitiría, por fin, navegar ante un horizonte despejado —nótese la particular figura marina, pero indudablemente eficaz para la situación— a las futuras generaciones”. Algunos indicios habrá notado el lector de cambios en la

cultura salvaje que, por demás, justifican el uso de semejante vocabulario en un medio donde el único oleaje permanente era el ocasionado por el masivo y creciente desplazamiento de la población marginal hacia los predios del palacio. Por ejemplo, contaminados por el respectivo léxico de la materia, hemos utilizado el término “primer mandatario”, cuestión que nos hace pensar en un principio más demócrata que monárquico, como sería de esperarse en un estado cuya máxima autoridad porta una corona, así sea prestada, en su espléndida cabeza.

Y, en efecto, la coyuntura había despertado en el regente una admiración por la democracia, que a su vez fue transmitida a todos los rincones de la patria y especialmente asimilada por el pueblo becerril y jabalí, a la larga el grueso de la población. Rousseau, Sièyes y Locke se pusieron de moda en el arcaico reino. De modo que, basándose en esas autoridades incuestionables, el soberano, después de despojarse él mismo de la corona, convocó un plebiscito para continuar su magna obra durante un periodo exactamente igual al contemplado en principio por la comisión real. Como era de esperarse, al saberlo, el legítimo soberano rugió desde su merecido reposo en algún lugar anónimo de las Antillas, pero aunque su clamor, revitalizado por las saludables propiedades del yodo y la sal, fue escuchado en todo el ámbito de la selva, ni siquiera las perdices se asustaron con el otrora gruñido temible. Además, la reina, satisfecha con el desenvolvimiento del destronado en su reino particular y esmerándose con zalameras lengüetadas en su, de nuevo, reluciente cabellera, lo convenció rápidamente de aprovechar la ocasión para prolongar su segunda y apasionada luna de miel.

Después de un acalorado debate en el que los micos y, sobre todo, los loros, representantes del minimizado poder judicial, dieron vía libre al ple-

biscito, que obtuvo un triunfo apabullante, el felino se posesionó por segunda vez, inaugurando con ello, háganme el favor, la democracia en la selva. No se puede negar que, a pesar del conocido adagio de que “nunca segundas partes fueron buenas”, el ahora Presidente de la República Silvina logró avances en su gestión. En especial, cosa nunca vista, consiguió un acuerdo con las serpientes rastreras tan acostumbradas a mudar de piel, que por primera vez mostraron sin reparos su tenebroso rostro al público.

Por demás, los fieros cocodrilos habían sufrido notables golpes y ahora se replegaban en las fronteras del reino, motivando la ira impotente del Presidente, cuyas garras y colmillos, cada vez más filudos, tendían a adquirir la forma sableasca de sus antepasados.

Entretanto, en palacio, también medraban los delfines, lógicamente cada vez más pintados, y la Primera Tigra de la Nación, un tanto desatendida en sus intereses más íntimos, como suele ocurrir en estos casos (para la muestra el botón de su ex majestad, la Leona), se dedicaba con resignación a las consabidas obras de caridad tan caras a las señoras de los poderosos.

Minados los ocasionales opositores con la rúbrica de la estigmatización cocodrilesca, la república de la selva cayó en un periodo de franca decadencia y los diversos animales, ahora elevados de súbditos a ciudadanos, empezaron a exigir las acostumbradas dádivas de pan y circo. Lo último fue rigurosamente cumplido por el señor Tigre de la República, cediendo la programación televisiva a una multinacional que volvió a transmitir las telenovelas interminables y los partidos futbolísticos de toda laya incluso cuando el mandatario se esmeraba en sus extensos y cuidados partes de guerra; pero, en esencia, los animales no habían

perdido sus característicos principios y, en cuanto al pan, cada uno siguió arreglándoselas como pudo. De ahí que cuando se cumplió el segundo periodo y Tigre decidió transformar, por segunda vez, la constitución para, ahora sí, culminar su obra, ya el pueblo silvano había perdido todo interés por las prácticas democráticas.

De su parte, León, más obeso y relajado, junto a su compañera sibarita, y con las arcas rebosantes a costa de una indemnización, autorizada por una corte internacional de justicia y puntualmente pagada del menguado tesoro de su viejo reino, optó por acogerse al nuevo plan de vacaciones vitalicias ofrecido por una pujante empresa de turismo en el Caribe.

Febrero de 2010



Antonio Silvera Arenas

(Barranquilla, Colombia, 1965). Poeta, narrador y ensayista. Cursó estudios superiores de literatura y es magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe. Autor de los poemarios: *Mi sombra no es para mí* (1990), *Edad de hierro / Mi sombra no es para mí* (1998), *Cuesta trabajo* (2006), *El fantasma de la alondra* (2011) y *Bocas de ceniza y otros poemas* (2016). Sus poemas han sido publicados en antologías de la poesía colombiana y en revistas de Colombia, México, Chile, España y Portugal. Ha obtenido menciones de honor en concursos de cuento como el “Luis Vidales” (2010) y La Cueva (2014). También fue distinguido con el premio Mejor Director de Taller de la Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa-RELATA en 2009, por su trabajo al frente del Taller Literario “José Félix Fuenmayor”, que fundó en 2006. En 2012, una selección de sus poemas fue traducida al portugués en la antología de poesía colombiana *Um país que sonha* y obtuvo una beca mediante la que realizó una lectura de su poesía en Lisboa (Portugal).

Marianita

Adriana Rosas Consuegra

- Marianita, ven acá, ¿dónde estás?

Yo soy Marianita, estoy escondida en una de las habitaciones mirando hacia la ventana. Detrás se ven unas ramas de ese árbol grande que no me acuerdo cómo se llama. Y más atrás, un azul divino que es el cielo. Yo quisiera llegar al cielo. Un día mi papá me dijo que no se podía atravesar, pero que cuando estuviera más grande podríamos ir en un globo y subir alto y llegar allá.

- Marianita, otra vez estás escondida, ¿dónde te metes?, no ves que tu papá ya llegó.

Esa es la forma que tiene ella para que yo salga de mi escondite: nombrarme a mi papá. Pero yo no soy tonta, ella cree que sí, pero no, no lo soy. Yo sé cuándo mi papá llega, lo sé antes que todo el mundo en la casa. Estamos conectados por los hilos del amor, así me lo dice él. Y yo siento como una inquietud, una desazón (diría mi mamá), y entonces, ya sé que está a punto de entrar por la puerta. Yo creo que es porque viene pensando en mí y por eso los hilos del amor se conectan. Me asomo por el balcón del segundo piso y lo veo aparecer, bello, por esa puerta grande de la entrada.

Llega con su paraguas en la mano, casi enseguida se lleva la mano a la cabeza y le entrega su sombrero blanco de cinta negra a Agripina. Ella

le hace una venia y se va a buscarle una limonada para refrescarle después de la caminata desde su oficina.

La primera vez que mi papá me llevó a su oficina yo me sentí importante, es que él me trató así.

- Mirta, le presento a mi bella hija, Mariana Varela Smith. Tenga el gusto de saludarla. Es una niña muy aplicada, muy linda y educada.

- Ay, doctor, esta es la niña Mariana de la que usted tanto me habla. Qué niña tan hermosa.

Tiene los ojos como su madre y el color de piel suyo.

- ¿Qué se le dice a Mirta? Mirta es mi secretaria.

- Buenas tardes, señora Mirta.

- Ella es un poco tímida al inicio, luego va des-puntando. Conmigo y con su madre es todo amor. Y es muy inteligente, siempre está preguntando por todo, y todo lo entiende.

Mi papá siempre me hace sentir importante, que valgo mucho. Él me ama un montón, y yo a él. Tan pronto llega, salgo a abrazarlo, a que me dé sus dos besos. Me alza, me abraza y me pregunta en el oído bien bajito: '¿quién es la niña de mi ojos?', y yo, yo muy feliz le contesto: 'yo, papi,

yo soy la niña de tus ojos'. Entonces, me da besos por la cara y me hace cosquillas, y mis gritos y sonrisas hacen que mi mamá aparezca y se den un beso y ella me abraza también, y así nos quedamos un rato, mientras ellos hablan un poco del día que han tenido. Hasta que llega la aguafiestas de Agripina y dice: 'a ver niña, hay que lavarle las manos para que vaya a almorzar'. Agripina no me gusta, tiene nombre de gripa, de pena. Entonces, me meto más en los brazos de mi papá, y le digo a la tal Agripina: 'no, no voy a lavarme las manos'. Y si mi papá me secunda, le dice: 'Agripina, déjela, ahorita nosotros le lavamos las manos', pero si mi papá se quiere quedar hablando a solas con mi mamá, me dice: 'Ve, mi amor, ve a lavarte las manos'.

Yo tengo más hermanitos, pero me siento la única de mi papá y mi mamá. Como si ellos dos sólo fueran para mí. A veces, acepto a mis otros hermanos. Para jugar, sí los tengo, pero para los pechiches quisiera ser la única.

Papi trabaja en una oficina desde donde puedo ver el mar y a lo lejos los barcos. A veces me concentro y miro y miro hasta que alcanzo a ver unos puntos largos negros en medio del azul, esos son los barcos que se esconden entre las brisas y las olas del mar.

El azul me gusta mucho. Mi abuela Bertha dice que yo soy una enamorada del mar porque soy piscis. Yo no entendía qué era eso. Entonces, me mostró un dibujo con dos pececitos, uno que va para la izquierda, y el otro, para la derecha. Los peces andan en el mar, y si yo soy como esos pececitos, entonces yo amo el mar. Eso dice mi abuelita Bertha: 'niña, tú eres piscis, por eso tú eres soñadora, por eso miras a lo lejos y no te cansas, porque tú navegas en el mar, por eso te tenemos que cuidar, por eso, porque las soñadoras

están aquí en la tierra y otra parte en el mar, por eso yo te consiento, porque eres una pechichona de cuidado', y cuando mi abuelita Bertha dice eso, viene y coge y me alza y me carga y me da montones de besos y yo me río, yo me río y mis gritos de felicidad la alegran todavía más y nos volvemos carcajadas. Yo amo mucho a mi abuelita Bertha. Y ella me ama mucho a mí también.

Eso era en esa casa grande de patio en la mitad. Después todo cambió. Después no hubo casa de dos pisos para ver a mi papá cuando llegara de la oficina. Para esconderme en los cuartos y ver a través de las ventanas la luz de afuera. Después todo cambió.

Cambió, y ellos se fueron y me dejaron. Se fueron de uno en uno.

Primero, mi mamá.

Muy rápido marcharon, uno detrás del otro.

Dicen que el amor llama entre los muertos, si se amó mucho, el otro no tarda en partir también.

Sin importarles los otros que dejan aquí.



Adriana Rosas Consuegra

Nació en Barranquilla. Poeta, narradora y ensayista. Ha publicado el libro de poesía *Travesías* (2018), ganador del Portafolio de estímulos de la Alcaldía de Barranquilla (2017). También, el libro de viajes *Brija de los deseos* (2016) y el de cuentos *Frente a un hombre desnudo* (2014), en Collage Editores. Ganó una beca de circulación internacional del Ministerio de Cultura (2015). Cuentos, crónicas y artículos suyos han aparecido en libros, revistas y antologías colombianas, en Italia, Dinamarca, México y España. Profesora de literatura en la Universidad del Norte. Doctora en Teoría de la literatura y literatura comparada, Universidad Autónoma de Barcelona-España. Realizó estudios de cine y un diplomado de especialización en escritura de guion en Buenos Aires.

Dos cuentos cortos

Carmen Amelia Pinto

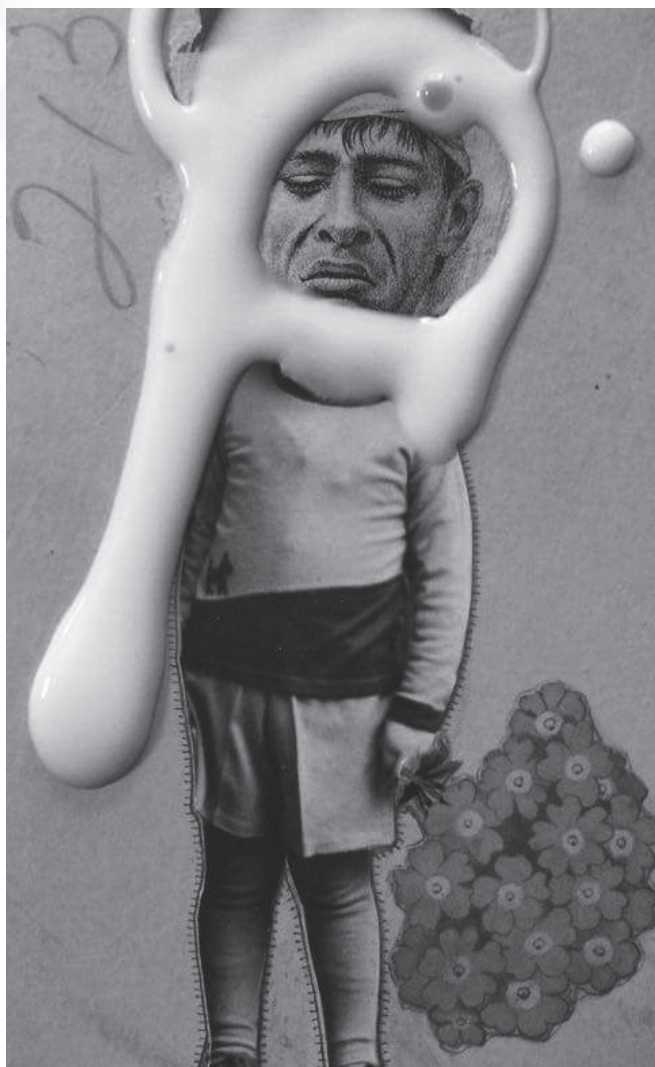


UN CUENTO CON FINAL FELIZ

El hombre vivía solo. Sólo lo acompañaba un gato. El hombre era viejo, escritor y millonario. El gato era negro, silencioso y de ojos diabólicos. Al hombre lo habían abandonado la esposa y los hijos porque era iracundo y solitario. Al gato lo tiraron los amos a la calle porque era brujo y entrometido. El hombre encontró al gato una noche lluviosa, recostado a la reja de su casa. El gato se fue a vivir con el hombre porque no soportaba el frío y el hambre.

El hombre odiaba al gato. El gato también odiaba al hombre. Vivían juntos por necesidad. El hombre se llamaba Salomón, porque era sabio, rico y lujurioso. El gato se llamaba Rasputín, porque era brujo, viejo y feo.

El hombre llegó una noche, furioso y cansado. El gato, también irritado y hambriento, lo esperaba en la sala. El hombre miró al gato. El gato miró al hombre. Los ojos rojos y enigmáticos del animal se clavaron en los ojos cansados y fríos del hombre. Salomón sintió un terror indescifrable que se le quedó en el estómago. Rasputín observó su miedo y se sintió vencedor.



El hombre se dispuso a terminar su novela, donde el protagonista, un viejo solitario, es asesinado por un gato negro.

El gato miró el libro y se abalanzó sobre él. Con dientes y garras rompió el final de la obra.

El hombre, preso de la ira, agarró al gato y, con un filoso cuchillo, le arrancó los ojos. El gato, cosa rara, no maulló, no expresó ningún dolor. Con las cuencas sangrando, se acurrucó debajo de la mesa.

El hombre se durmió en el sofá. El gato esperó. Cuando escuchó sus ronquidos se acercó con cuidado, y también le arrancó los ojos.

El hombre creyó que era una pesadilla. El dolor lo despertó y sintió el vacío en su cara. Con las manos empapadas de sangre tanteó al gato para matarlo. No lo halló. Pero sí vio, con sus manos (sí, las manos ven), dos ojos rojos, colocados como dos puntos suspensivos al final de su novela.

(Cuento ganador, concurso de cuento Generación, Diario El Colombiano, Medellín, 2013)



ÚLTIMA NOCHE DE INVIERNO

La noche era demasiado grande para estar solo. Por eso dejó que su sombra lo acompañara. Él era un viejo místico, un asceta entregado a la meditación y a la purificación del espíritu más allá del placer del cuerpo. Ahora vivía en ese caserón inmenso, de ventanas ausentes y techo a punto de desplomarse, desde aquella inacabada noche en que su esposa murió.

Ahora piensa y corrige: no murió. La mataron. Su memoria revive paso a paso lo que creía olvidado. Él de regreso, como siempre, de una jor-

nada de placer, licor y parranda. Mojados él, su caballo y su bastón de ciego, guiados por Lucero, su perro fiel y silencioso.

Ella esperando, en medio de una tormenta, les abrió la puerta de la estancia. Su bastón, en lo alto, desafiaba el vendaval y la penumbra. El caballo, asustado, relinchó... Y ya no recuerda más.

El carnaval del nuevo día lo sorprendió dormido en el vestíbulo, mojado y ausente, lejano y perdido en ese panal de gente que ahora se aglomeraba en su inmenso rancho, porque allí había ocurrido algo extraño.

Eusebia, su mujer, estaba tendida al lado de la puerta grande, muerta, con la huella de un solo golpe en la cabeza.

Desde entonces su memoria sin luz y sus ojos sin pasado decidieron desenredar los hilos del recuerdo: quería saber qué pasó esa noche.

Él, que hasta ese momento era un racional casi ateo, sintió ese día, al despertar, que algo, mucho, o todo, había cambiado. La razón no le descifraba el enigma del corazón. Debía entonces buscar la luz más allá de la última sombra, en el punto preciso donde nace el espíritu.

Así que se convirtió en un asceta místico, entregado solo a la meditación, al silencio, a la castidad y a la caridad.

En esa casa inmensa donde el viento y la lluvia jugaban con las puertas, las ventanas y los sufrimientos, él se guiaba por su sombra, lo único que distinguían sus ojos sin brújula, desde que perdió la visión en la alta montaña, a causa de un disparo certero, en un tiempo pasado y estancado, cuando era un soldado regular de esta guerra mentirosa y ajena.

Llegó la noche larga y lejana. El insomnio era un camino de hormigas que recorría su espalda y su pensamiento. El recuerdo del único hijo, ahogado con su propio llanto al momento de nacer, le llegaba como un canto triste y húmedo.

Ahora ya ni siquiera veía su sombra. Buscó refugio en la Biblia, que abrió al azar, para que le diera calma. La leyó con los dedos y supo que era el Eclesiastés. “Todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora”.

Sin aparente motivo tomó el bastón y lo sintió empapado de algo espeso y caliente. Olió. Era sangre recién derramada. Sólo entonces se encendió el reflector de su memoria. Exactamente un año después. La lluvia, igual que ahora, el caballo asustado, el perro aullando, su mujer abriendo la puerta de madera, él, borracho y alucinado, el bastón en lo alto de su mano derecha, un rayo de luz en sus ojos sin vida, una mirada de odio, el rostro de su mujer asustado y suplicante, su mano derecha agitando el bastón, y luego un golpe, sólo uno.

La noche ahora es más oscura, en sus ojos y en su ser. Su mujer, su hijo, su caballo, su perro y su bastón, todos han muerto. Afuera la lluvia sigue cayendo, lenta y empecinada. Adentro, en lo más oscuro de su ser, la lluvia es un mar incontenible. Un mar de olas enormes, que no ahogan, sino que aumentan su tragedia.



Carmen Amelia Pinto

Narradora, ensayista, cronista y gestora cultural, nacida en Cereté, en 1966. Miembro del Grupo Literario El Túnel, de Montería. Dirige talleres de lecto-escritura para niños y jóvenes víctimas de violencia, proyecto que ha obtenido dos premios del Ministerio de Cultura: 2012 y 2014. Ha ganado varios concursos a nivel nacional, entre ellos el de la Universidad de Córdoba; y el de la revista Generación, diario El Colombiano, de Medellín, 2013. Autora del libro *Cuentos para comenzar la noche*, editado por el Ministerio de Cultura, en la colección “Literaturas del Bicentenario” (2010). Sus cuentos y crónicas han sido publicados en El Tiempo, El Heraldo, El Colombiano, El Meridiano de Córdoba, y en el periódico cultural El Túnel.

Sueños averiados

Robinson Quintero

La mujer de mi padre se complacía en pasear totalmente desnuda por el pequeño apartamento cuando yo iba a visitarlos en cualquier fin de semana. Su nombre era Jenny, y era una mujer mucho menor que papá. Mi padre había cumplido 54 años el mes anterior, tenía el cabello totalmente lleno de canas y era un adicto a la cerveza y a la música de Herbie Hancock.

-Te ves demasiado demacrado para ser un chico de 25 años- me decía cada vez que estaba de visita en su pequeño apartamento en el centro de la ciudad.

Yo sabía que papá no pretendía ser cruel conmigo; sólo trataba de darse ánimos a sí mismo a través de las cosas que me decía. Era como hablarse mirando a un espejo. Al fin y al cabo, su vida entera había sido un total desorden. Las cosas entre papá y yo marchaban muy normales.

-¿Cuándo carajos te vas a comprometer en una relación seria?- me preguntaba justo cuando Jenny estaba reunida con nosotros en la sala.

-No sé, viejo, tal vez es mejor estar a solas cuando el bolsillo está tan estrecho- le contestaba, prestando más atención a la música de Hancock que sonaba en el equipo de sonido y mirando con el rabillo del ojo las hermosas piernas de Jenny quien siempre estaba sentada con unos

pantalones cortos donde se dibujaban muy bien sus grandes y provocativos atributos femeninos.

Yo en muchas ocasiones me había dado cuenta que ella también me escrutaba de arriba abajo. A veces solía fingir que estaba buscando algo extraviado debajo de los cojines del sofá principal donde yo me encontraba sentado leyendo alguna revista deportiva y se agachaba de manera sugestiva para que yo pudiera ver mucho mejor sus nalgas redondas enfundadas en una licra color azul.

-¿Jenny creerá que yo no tengo pelos en el corazón?- me preguntaba yo mismo en silencio, observando su cuerpo contonearse con todo el hambre que podían tener 20 perros callejeros.

-¿Qué buscas?- le preguntaba para no perder el control de una vez por todas.

-Nada de importancia, creo que lo dejé olvidado en mi trabajo- me decía con su voz que embriagaba la pequeña estancia de la sala del apartamento y luego se marchaba radiante a encerrarse en el cuarto con papá, porque sabía que poco a poco iba hundiendo la espina en mi corazón de piedra.

-Tranquilo,- me decía a mí mismo en voz alta- pronto llegará mi turno al bate y la voy a mandar fuera del estadio -, luego continuaba leyendo

algún artículo de la revista deportiva mientras la música de Hancock sonaba a un volumen moderado y hacía parte esencial del decorado del apartamento. Raras veces papá no estaba escuchando música de jazz cuando iba a visitarlo. La música para él era algo fundamental, de lo contrario estaba de muy mal humor cuando no escuchaba a todo el clan de mafiosos del jazz: Coltrane, Davis, Monk, Marsalis, Baker, Ellington y muchos más. Yo crecí arrullado por las melodías de estos dioses de la música que tenían todos sus sueños averiados. Tal vez, por esta razón mamá dejó a mi padre hace más de 15 años. Tal vez ella presentía que él nunca cambiaría su forma de vivir en un mundo como éste, que te exige que estés atento con tus obligaciones. Pero para papá la vida sólo giraba en torno a Jenny, las cervezas y el jazz.

La relación de papá con Jenny era una relación muy extraña. Papá la conoció en una noche de sábado en un lugar llamado “El paraíso del swing antillano”, donde ella trabajaba como bailarina nocturna. A mi padre nunca le ha gustado el baile. No sé qué diablos hacía en un lugar como ése. Ahora ellos estaban compartiendo este pequeño apartamento, pero según tenía entendido ni mi padre ni Jenny deseaban tener hijos. Jenny continuaba como bailarina nocturna, pero ahora trabajaba en un disco-bar llamado “El fénix dorado”, donde hacía shows de strip-tease cuatro veces a la semana. Papá nunca se molestaba con esta situación, pues ella era quien prácticamente llevaba todo el peso de las obligaciones. Papá sólo gastaba el tiempo leyendo revistas usadas de Playboy, tomando cerveza todo el día y oyendo jazz, especialmente la música de Hancock.

A veces me preguntaba si Jenny no sentía lástima por mi padre. Ella tenía 26 años de edad, pero parecía una chica de 18 años, a pesar de tanta mala vida que le había tocado llevar. Jenny tenía

un cuerpo bien ensamblado, unas caderas grandes y un culo prominente. Siempre usaba ropa interior muy sugestiva y de color negro. A ella le gustaba depilarse todo el vello de la zona del pubis. A Jenny le gustaba mucho verse insinuante frente a los hombres, no sé si papá se había dado cuenta de esto.

Mientras ellos continuaban encerrados en el cuarto, yo fui hasta la cocina y tomé una cerveza para calmar la sed. El silencio y el calor circulaban a raudales por la estrecha sala del apartamento. La ventana estaba completamente abierta, no había ni el más mínimo asomo de brisa. Esta situación me transformaba en una especie de fiera enjaulada, una fiera que deseaba por cualquier medio probar un delicioso bocado del cuerpo de Jenny

-Fresco, las cosas a la ligera nunca salen bien me decía mientras tomaba un sorbo de cerveza bien fría.

-Tarde que temprano la mosca se deja atrapar por la araña- dije y luego le subí un poco el volumen a la música de Hancock.

Esta estación de calor había sido la más prolongada en los últimos años. Tenía que hacer algo para matar el tiempo y poder distraer mi mente. Busqué otras revistas para leer y encontré una revista de Playboy, de las que coleccionaba papá. Pasé la mirada sobre algunas fotografías de las mujeres desnudas que aparecían en esta edición especial por el cumpleaños número 75 de su creador, el viejo Hugh Hefner. Había una chica morena muy bonita en el afiche central. Tenía una cara de picardía e inocencia a la vez, y un par de tetas grandes, lindas, muy provocativas. A pesar del bello paisaje de chicas desnudas, el calor y el tedio eran insoportables, llevaba varios días sin poder dormir bien. Hoy me había bañado dos veces y

aún no era de noche en la ciudad. Mientras estaba terminando de tomarme la cerveza, Jenny regresó a la sala y volvió a meterme conversación.

-¿Ajá y tú también eres un adicto a esa música?- me preguntó mirando la botella de cerveza que sostenía en la mano.

-Es música hecha por dioses- le contesté de manera cortante. Me molestaba la insolencia que habitaba sus lindos ojos marrones.

-Ya veo, eres la misma estampa de tu padre cuando habla sobre esa música tan rara- me dice, y luego suspiró como tomando fuerzas para un nuevo ataque.

-Sí- le dije.- La música de Hancock hace que el clima mejore, este calor es una vaina muy desesperante, ¿no crees?- dije mientras me dirigía a la cocina por otra cerveza. Jenny caminó tras de mí.

-¿Tienes cigarrillos?- me preguntó. Luego se produjo un largo silencio entre los dos.

-No, no tengo. Pero si quieres bajo y voy a comprarlos en la tienda de la esquina- le dije

-No, no te preocupes, creo que tengo un paquete comenzado en el bolso- me contestó y fue a buscarlos en el cuarto.

Me quedé observando su cuerpo mientras caminaba rumbo al dormitorio. La sala y la cocina quedaron impregnadas con su aroma sensual. Dentro de poco Jenny se alistará para su jornada de hoy en el bar. Estaba seguro que Jenny sabía cómo satisfacer los deseos y las pasiones de cualquier hombre sin importar su edad. Ella parecía tener cada uno de sus movimientos bien calculados. Jenny debía aparecer algún día, desnuda en

las páginas centrales de la revista Playboy, y ostentar el título de “Señorita calor agobiante”. Ella era la única razón que yo tenía para poder soportar el sopor producido por esta oleada de calor en toda la ciudad.

Papá no amaba a Jenny, podía estar seguro de eso. Él sólo quería darse ínfulas de poder tener a su lado a una chica joven y bonita, y aparte, una chica que le brindaba un gran respiro para su estrechez financiera. Yo en cambio amaba a Jenny de otra manera. Tal vez, mi única intención era salvarla de lo que le ocurrió a mamá 15 años atrás. Yo sólo quería que Jenny no se enterara sobre otras cosas más dolorosas que ocurrían en el mundo. Aunque debía reconocer que ella también producía en mí una fuerte atracción sexual, pues aquella manera suya de caminar frente a mis ojos me incitaban a morderla en uno de sus muslos y apretar su cuerpo desnudo. Pero también quería brindarle un lugar diferente al que le había dado papá. Quería llevarla a comer a buenos restaurantes, llevarla a comprar ropa en los grandes almacenes de moda de la ciudad; pero yo también tenía el alma y los sueños averiados como papá.

Me dejé caer sobre el sofá a la espera de Jenny, pero fue papá quien salió a la sala. Estaba sin camisa y se colocó frente al espejo y estudió su rostro bajo la luz hiriente de un sol rabioso que penetraba en todo el lugar.

-Me están saliendo bolsas debajo de los ojos- me dijo. Yo no le contesté una sola palabra.

-Tal vez estoy dándome una mala vida, ¿no crees?- dijo, mientras acercaba aún más su rostro al espejo.

-Yo no creo- dije con voz neutra para no alargar más el asunto



-Papá fue hasta el equipo de sonido y cambió el disco compacto de Hancock por uno de Sara Vaughan.

-Buena música, ¿no?- me dijo, con voz llena de orgullo.

-Sí, Sara es una buena cantante de jazz- dije.

-Pero Billie es una cantante fuera de este mundo- recalcó papá.

-Estoy totalmente de acuerdo- dije y la voz de Sara flotó en la sala como un pájaro extraño que viene desde algún lugar remoto.

-¿Por qué será que me gusta tanto la música jazz?- dijo papá, sin quitar la vista del espejo.

-Tal vez el jazz lo incite a uno a tener sexo con una buena chica- dije en tono burlón.

Papá no pronunció nada al respecto. Ahora fue él quien se dirigió hasta la cocina por un par de cervezas. No había un solo ruido en la calle. Hasta debajo de los árboles del parque de enfrente había un terrible sopor. Los pocos transeúntes caminaban desesperados de un lado para otro, buscando un poco de sombra para apaciguar el calor circundante mientras se secaban el sudor con sus raídos pañuelos impregnados con loción barata. Papá regresó con las dos cervezas y yo encontré junto a la ventana el paquete de cigarros del cual me había hablado hace un rato Jenny. Prendí uno y me senté a observar cómo rodaba la vida sobre aquella avenida principal. El humo que se desprendía del cigarrillo era un humo blanco y espeso. Tenía ganas de tomarme una taza de café, pero acompañado por Jenny. Sé que papá y ella tenían por costumbre tomar café cada tarde, a las 4:00, antes que Jenny se marchara para su trabajo

en el bar. La música de Sara Vaughan me llevaba a pensar en ella. Cerré los ojos e imaginé que estaba perdido sobre el cálido cuerpo de Jenny. Recorría su abdomen, su espalda, me aferraba a su desnudez con un hambre desenfrenada. Ella era una mujer en toda la extensión de la palabra. Su cuerpo era la medicina adecuada para un animal salvaje como yo.

-¿Hey, qué, andas muy elevado?- papá cortó mi inspiración.

-Ya te lo he dicho en muchas ocasiones, debes buscarte una chica con quien compartir tu vida- dijo y luego continuó tomándose la cerveza y oyendo las canciones de Sara. Yo me quedé callado y seguí observando las cosas allá afuera, a través de la ventana.

Papá terminó su cerveza y fue a buscar a Jenny para llevarla hasta el bar. Me quedé nuevamente a solas en medio de la sala, rodeado de botellas de cerveza vacías y la voz triste y melodiosa de Sara Vaughan. Volví a pensar en Jenny. Yo no deseaba hacerle el amor simplemente. Lo que yo quería era poder transmitirle a ella esa sensación de bienestar que papá no podía regalarle. Lo que yo quería era poder descansar mi cabeza entre sus senos, sus senos turgentes, unos senos maravillosamente llenos de un cuerpo tan hermoso como el de ella. Quería cerrar los ojos y darle vuelta al asunto, colocar mis labios contra sus senos y percibir el aroma sofocante del placer, escuchar su corazón latiendo apresurado porque ya no era papá quien recorría su cuerpo. Quería escuchar el flujo de su sangre, como el océano se podía percibir dentro de una concha de caracol. Pero yo sabía que ella tenía miedo de abandonar a papá. Quizás ella sabía que en el fondo él tenía un corazón de papel, que era un hombre débil y envejecido, no por los

años, sino por el miedo de hallarse sin rumbo fijo en un mundo como éste.

-Hey loco me esperas un rato, voy y regreso pronto- dijo papá, cortando mis pensamientos otra vez.

-Claro, nada malo puede ocurrir hoy en el mundo... Bueno, aparte de esta maldita calor- dije mientras Jenny se arreglaba el cabello y se daba los últimos retoques de maquillaje frente al espejo.

-Tranquilo John, dentro de veinte minutos te devuelvo a papá- dijo Jenny con el secreto veneno que me sacaba de quicio.

-No tienen por qué preocuparse. Tengo música y cervezas, ¿qué más puedo pedir?- dije mientras papá abría la puerta para marcharse a acompañar a Jenny.

El calor estaba trastornando a más de uno en esta puta ciudad. Volví a sentarme junto a la ventana, pero antes, coloqué nuevamente el compacto de Hancock. Su música cambió de inmediato la atmósfera dentro del pequeño apartamento. Comencé a llevar el ritmo con mi pie izquierdo. Realmente Herbie Hancock era un músico virtuoso. Comencé a improvisar un corto poema para Jenny; sé que le iba a gustar demasiado. Era bueno de vez en cuando dejarse embaucar por la música. Ya no pensaba tanto en el calor; sólo deseaba que Jenny se devolviese sola hasta el apartamento y apareciese frente a mí con su hermoso cuerpo enfundado en un blue jeans azul muy intenso y con una camiseta pegada al torso, y debajo de ella, su par de senos que me volvían loco de remate.

Esta música transformaba tanto aburrimiento y ansiedad en algo agradable y digerible. No lo dudé un solo momento, ahora era un hombre nuevo, dispuesto a pelear con papá por el amor de Jenny. Más allá, a través de la ventana, existía un cielo brillante sobre el marco del horizonte en atardecer; tal vez anunciando que la próxima temporada de lluvias estaba por caer sobre la ciudad dormida.

Del libro inédito de cuentos: *Una herida de jazz en el corazón*



Robinson Quintero

Nacido en Barranquilla, 1969. Poeta, narrador, docente, tallerista literario y gestor cultural. Tiene publicado un libro de prosa poética titulado *Tren de largo recorrido*. Vinculado estrechamente al proceso de la revista oral y escrita Labrapalabra, ha participado activamente en proyectos y programas culturales en la ciudad y en el país. Ganador de los concursos nacionales de poesía y cuento de la Universidad Metropolitana de Barranquilla. Tiene menciones honoríficas en los concursos de poesía Giro Mendía y de la Casa de Poesía Silva. Es autor también de la novela *El mejor de los venenos*; del libro de relatos *Deja que la vida te sorprenda*; y del poemario *Podemos traer de vuelta los viejos tiempos otra vez*.

Textos suyos han sido publicados en revistas y magazines literarios a nivel nacional e internacional.

El tigre y la mariposa

Joaquín Robles Zabala

Hay un misterio infinito en el tigre que duerme en las alas de la mariposa.

Anónimo

Cuando la puerta del garaje se abrió, un remolino de recuerdos estalló en su cabeza como las luces de los fuegos artificiales en una noche de verano. Aquel Mercedes Benz descapotado era quizá el único objeto que la unía a su padre.

Ahora estaba allí aparcado y el espejo retrovisor derecho colgaba de la puerta como el péndulo del viejo reloj de madera que adornaba un costado de la sala. Al parecer, se había desprendido aquella mañana fatídica en la que Mario fue al aeropuerto a esperar al tío Jorge que regresaba de Nueva York. No podía creerlo, pues él conducía más lento que la sísiter amargada que dirigía el colegio donde estudiaba.

Se deshizo de la cubierta de lona que protegía al auto y una nube de polvo se alzó por el aire y un olor a humedad golpeó su nariz. Acomodó el protector en un rincón y luego abrió la puerta del conductor, limpió con una mano el polvo de la superficie y se sentó frente al volante. La llave todavía estaba allí. “No se te olvide”, le había dicho su padre en aquella primera lección de manejo. “La metes así, la giras así y después, cuando el motor encienda, aceleras así”.

Después de tres meses de instrucciones, solían salir a la carretera y Mario le permitía sentarse al volante y conducir un par de kilómetros. Fueron los días más hermosos de su vida, sin duda. A veces iban hasta la entrada de la ciudad y en otras tomaban la vía que corría paralela al mar. A ella le gustaba que su padre subiera la capota porque le fascinaba sentir la brisa salada golpear su rostro. Ascendían la loma que llevaba al antiguo puerto y pasaban frente a la estación de policía, donde saludaba a los uniformados haciendo sonar el claxon.

Con un trozo de trapo limpió el parabrisas y el tablero. Limpió el volante y el espaldar del asiento del acompañante. Hizo girar la llave pero el motor no encendió. Salió y levantó el capó. Acomodó la manguera de la gasolina como le había enseñado su padre, observó el depósito del agua y con un golpecito ajustó el cable de la batería. Todo estaba en su lugar. Pero tres meses era mucho tiempo, incluso para una máquina. Volvió al asiento del volante e hizo girar nuevamente la llave. Esta vez escuchó el rugido del motor al encenderse y percibió el fuerte olor a gasolina quemada que invadió el lugar.

No tenía dudas de que su vida había sido un mar de felicidad hasta aquel sábado en que su padre pasó por su cuarto y metió por debajo de la puerta la carta correspondiente a su cumpleaños

número quince. Ella dormía aún. Los fines de semana solía levantarse tarde para equilibrar las madrugadas de los días escolares. Cuando bajó a la cocina, aún no había leído la carta, pero le escuchó decir a su madre que el tío Jorge llegaría esa misma tarde de Nueva York y que su papá pasaría al aeropuerto a recogerlo. Entonces agarró el plato donde reposaban las tostadas y el pocillo del chocolate y regresó a su cuarto.

La carta tenía fecha del 4 de septiembre y no venía de Nueva York sino de San Francisco, una ciudad de la costa Oeste, separada de la primera por cientos de kilómetros. La primera carta que recibió del tío Jorge fue pocos días antes de la celebración del cumpleaños número siete y, desde entonces, las había estado recibiendo puntualmente para la misma fecha. De él conocía muy poco. Más bien, casi nada. Y lo único que lo unía a aquel hombre del cual casi nunca se hablaba en casa eran esas cartas. Si resultaba cierto aquello de que la caligrafía era un reflejo de la personalidad, como había leído en una de las revistas rosa que sus amigas solían llevar al colegio, ocultas en los morrales, no le quedaban dudas de que el tío Jorge era un hombre amable y generoso.

Sus trazos, amplios y de curvas casi perfectas, parecían dibujados por alguien que llevaba casi toda su vida redactando cartas y comunicados a mano. Eran trazos clásicos como los que enseñaba sor María de la Cruz en sus clases de composición musical y que, según el artículo, denotaban un alto grado de coeficiente intelectual. Por un minuto, mientras leía, cayó en cuenta de que no había en toda la casa una sola fotografía del tío Jorge. Sin embargo, del tío Sergio, quien murió en un accidente cuando apenas contaba con seis años, podía verse un par de retratos en la sala-estudio de su padre, colgados a un costado de la ventana y protegidos con un cristal especial para

que el reflejo de la luz del sol no estropeará los colores. Así mismo, unas fotografías de la tía Sofía, la única hermana de su padre, adornaban el escritorio que él utilizaba cuando trabajaba en casa.

Pensó que aquello obedecía seguramente a una malformación en el rostro, por lo que le avergonzaba ser fotografiado. Nunca le preguntó a su padre las razones por las que en casa no se conservaba una sola imagen de su hermano menor, quien había abandonado el hogar cuando cumplió los 18 años y, desde entonces, muy pocas noticias se tenían de él. La tía Sofía, que los visitaba una vez por mes, tampoco le dio una explicación satisfactoria la tarde en que ella le preguntó al respecto.

--Seguramente es hijo del vecino --bromeó.

Su madre tampoco tenía mucha información sobre el tema, ya que cuando conoció a Mario, su futuro esposo, Jorge era un fantasma del que casi nadie hablaba. Se decían cosas sueltas, referentes al accidente de Sergio que involucraba a Jorge. Pero nada tan concreto como para sacar conclusiones. Por su parte, Mario tampoco se interesó en hacerle partícipe de aquel secreto y ella respetó su decisión, pensando quizá en el derecho que todos tenemos de comunicar o no aquellos acontecimientos dolorosos que nos han afectado.

Lo cierto del asunto fue que Sergio, el hijo menor de la familia, el benjamín que todos adoraban y cuyo cabello rizado era el orgullo de su madre, fue encontrado flotando una mañana en la piscina. Jorge era dos años mayor que su hermano, pero, al parecer, no pudo evitar el accidente. Mario estaba al otro lado de la casa, cortando la hierba que crecía alrededor del muro y que amenazaba con trepar, cuando escuchó el grito. En un principio pensó que era un juego, pero luego se hizo intenso. Dejó a un lado el trabajo y corrió hacia

el lugar en donde los niños jugaban. Sin pensarlo se lanzó a la piscina. En una esquina, sentado, vio a Jorge que observaba el cuerpo de su hermano que flotaba a dos metros en las suaves olas que hacían sus pies al sacudirlos.

Cuando lo interrogaron, no supo explicar lo ocurrido. Parecía no entender lo que le preguntaban y luego perdió el conocimiento y se desplomó. Duró tres días inconsciente en una clínica. Cuando abrió los ojos, el cadáver de su hermano tenía 48 horas de estar sepultado en el panteón familiar, ubicado en el ala norte de los Jardines del Sagrado Corazón, sobre un montículo desde donde podía verse el mar y la carretera serpentina que bajaba a la ciudad.

La noticia ocupó en su momento un espacio en los periódicos de la región y unos minutos en un noticiero nacional de televisión. Pero Sara no se enteró de esto sino dos meses después de la muerte de su padre. El tío Jorge llegó a casa el mismo día del sepelio, cuando el féretro descendía a la bóveda, ubicada al lado de la que ocupaba Sergio desde hacía 30 años. Ella lo vio por primera vez aquella mañana de agosto cuando él se inclinó y depositó una rosa sobre el ataúd. Estaba vestido de negro y protegía sus ojos con unos lentes ahumados de monturas metálicas.

--Ese es el tío Jorge --le señaló su madre cuando lo vieron venir hacia ellas.

Por un segundo, a Sara le pareció ver a su padre que se aproximaba. Tenía el cabello largo hasta los hombros y un arete de oro adornaba el lóbulo de su oreja izquierda. Su madre lo recibió con un abrazo y el tío depositó un beso en su mejilla. Se cruzaron algunas palabras que Sara percibió como susurros. Jorge giró 15 grados, sonrió y alzó los brazos. Sus manos eran suaves, grandes

y perfumadas. Sara pensó en el plumaje de aquel gorrión que un día entró por la ventana de la habitación y cayó en su cama. Tenía un ala herida. Él la abrazó con fuerza y, por un segundo, sus pies permanecieron en el aire.

--Eres más hermosa de lo que imaginé --dijo.

Lo volvió a ver la semana siguiente, un viernes después de que su madre fuera a recogerla al colegio. Ella había invitado a dos amigas a pasar el día en casa y estaban nadando en la piscina cuando él apareció y las saludó cariñosamente. Cruzó un par de palabras con Sara. Luego hizo lo mismo con las chicas y se alejó por el camino de grava. Las chicas quedaron encantadas y no disimularon cuando este les dio la espalda y sus miradas cayeron sobre su trasero y midieron con sus ojos la anchura de sus hombros. Hubo risas, algunos chistes y el asunto quedó olvidado minutos después.

Esa misma noche, Sara le escuchó decir a su madre durante la cena que el tío Jorge tenía la intención de irse a vivir con ellas. Él estaba hospedado en un hotel del puerto, a unos 15 kilómetros, y le parecía un desperdicio de dinero y tiempo que él estuviera solo habiendo en casa varios cuartos desocupados. A Sara le pareció normal que su tío ocupara una de las habitaciones en un momento de sus vidas en que la ausencia de su padre se sentía por todos lados.

--Por lo menos tendremos a alguien con quien hablar --respondió la chica, complacida.

Pero no solo resultó provechoso para charlar. Durante los días siguientes se hizo cargo de la limpieza del jardín, reparó unas goteras en el techo de la cocina y otras en la terraza. Limpió la parte oeste del patio que estaba invadida de vigas

de madera, maquinaria oxidada para la construcción y un viejo tractor que su padre nunca pudo poner a funcionar. Los sábados por la mañana, cuando los víveres escaseaban, él se apersonaba de la situación, tomaba el carro de su madre y hacía los 10 kilómetros hasta el supermercado. Cuando la ocasión lo permitía, Sara lo acompañaba. Al igual que su padre, el tío Jorge le daba la oportunidad de conducir hasta la entrada de la ciudad. En otras, le prestaba el volante de regreso y ella tomaba la carretera que corría paralela al mar, pasaban por la estación de policía y hacía sonar el claxon.

Los días que siguieron fueron muy parecidos a aquellos que vivió con su padre. Iban hasta el antiguo puerto y tiraban el cordel. A veces lograban agarrar algún pez; en otras, las horas transcurrían alrededor de unas largas charlas sobre la familia, los abuelos y sus años de ausencia. En una oportunidad, cuando ella le preguntó cuánto países conocía, él le respondió con un número exacto:

--Cincuenta.

Fue la primera y única vez que hablaron sobre sus viajes por el mundo. Luego, de regreso a casa, él le preguntó por la escuela y qué hacía para divertirse.

--A veces voy al cine con mamá. A veces con las chicas que conociste la otra tarde.

--¿Algún amigo en especial?

La arena estaba caliente bajo sus pies. El sol le quemaba la piel y la brisa se había quedado quieta entre las lanzas de las palmeras.

--Tengo un amigo, pero no es nada especial --aseguró.

--¿Y tiene nombre ese amigo?

--Dago.

Cuando la tía Sofía se enteró de la decisión de Jorge de quedarse a vivir en casa de su cuñada, la expresión de su rostro lo dijo todo. Un día que el tío cortaba la hierba que crecía entre los arbustos del jardín, Sara vio a través de la ventana a los hermanos que hablaban cerca del muro. La tía Sofía parecía irritada y sus manos se movían con tanta fuerza sobre el rostro de Jorge que pensó que lo abofetearía. Este solo la escuchaba y de cuando en cuando decía algo que parecía tener como objetivo meter en razón a su hermana. Pero no. Cada vez que hablaba la tía parecía mucho más furiosa. Luego vio que Sofía se alejaba y subía, apoyada del bastón, las escalinatas. La puerta se abrió y su rostro, que minutos antes parecía transfigurado por la ira, había recobrado la expresión de ternura que le caracterizaba.

--Por fin te levantaste, dormilona --le dijo mientras caminaba hacia ella para recibirla--. Estás preciosa y me parece que el cabello te creció un poco más durante la noche. Lo tienes brillante.

--No exageres, tía.

--Por Dios, cariño, no soy de las que va por ahí diciendo cosas para agradar a la gente.

Tomó el rostro de Sara entre sus manos.

--Incluso, te ves mucho más hermosa. Tu rostro... --lo detalló un segundo--. Sí, está radiante.

¿Tienes el periodo?

--No.

--¿Estás enamorada?

--No.

--Entonces, ¿quién es el chico que te llama por teléfono cada dos horas?

--Por Dios, tía, ¿me estás espiando?

--No. Sabes que jamás haría una cosa como esa. Solo sospecho que es un chico. ¿O me equivoco?

--¿Eres bruja?

--Todas las mamás lo somos, cariño. Todas --le echó un brazo sobre el hombro--. Pero hay algunas que pierden la escoba, como tu madre. Ahora voy a preparar mi maleta.

--¿Te vas?

--Te confieso que nunca me he llevado bien con tu tío. Y ya estoy demasiado vieja para practicar la diplomacia. Además, el pasado siempre está presente. No entiendo por qué tu madre permitió que se quedara.

Una hora después un taxi se detuvo en el jardín. Sara se despidió con un abrazo y la tía con un beso en la frente. Michelle, su madre, agitó una mano desde las escaleras.

--Cuídate mucho, mi vida.

--Y tú también, tía.

A través de la ventanilla, Sara le tomó una mano.

--¿Sales hoy mismo para el aeropuerto?

--No, amor, primero voy a visitar al padre Fernández. Tengo muchos años que no lo veo.

Luego pediré una reservación por un día en La puerta del sol --le gritó cuando el taxi se alejaba--. Llámame esta noche. Tengo cosas que contarte.

Sara vio cómo el carro descendía lentamente por el camino de piedras para luego torcer a la izquierda. Lo vio perderse por un instante detrás de una columna de árboles y aparecer después sobre la carretera asfaltada que llevaba a la ciudad.

Lo vio pasar cerca a la fuente donde mamá pata y sus patitos se zambullían para refrescarse. Lo siguió con la mirada hasta cuando se volvió solo un punto amarillo sobre la cinta negra de la autopista. Aun cuando ya había desaparecido, ella lo siguió proyectando en su cabeza. Lo vio cruzar frente a la estación de policía, donde varios agentes hacían guardia con los fusiles echados al hombro. Lo vio descender la loma y pasar frente al conjunto residencial donde vivían las amigas de su madre y donde ella misma había pasado largas horas en compañía de Dago, un chico que le gustaba y con quien había salido en dos ocasiones.

Esa tarde, después de realizar las labores escolares, Sara marcó el número del hotel donde se hospedaba Sofía y la recepcionista le dijo que acababa de salir pero que apenas llegara le entregaba el mensaje. Una hora después volvió a marcar y recibió la misma respuesta. Cuando bajó a cenar, se lo comunicó a su madre pero esta la tranquilizó contándole una anécdota: en su juventud, Sofía había tenido un affaire con el padre Fernández y seguramente, a esta hora, estaba pasándola bien, confesándole sus pecados.

--Claro que para esa época él todavía no era cura --dijo la mujer.

Ambas soltaron la risa. Cuando se levantó de la mesa, Sara se sintió aliviada y había dejado de pensar en su tía. Chateó un rato con algunas amigas y después se fue a la cama. A las diez sonó el teléfono. Ella estaba ya casi dormida. Alargó una mano y escuchó al otro lado de la línea la voz de su amigo. Estaba ebrio y le llamaba desde un bar que solía frecuentar. Quería verla esa noche, lo que significaba tener que abandonar la casa y darle a su madre una excusa increíble.

--Ya estoy en la cama --le aclaró ella.

--Puedo pasar por ti --insistió él.

--No puedes --dijo ella--: estás ebrio.

--Pero necesito verte, please --volvió a insistir el chico.

--Hagamos algo: llámame mañana y vamos a cine. ¿Te parece?

Hubo un silencio largo al otro lado y luego se oyó el sonido de la llamada al cortarse. Poco después, cuando el sueño empezaba a doblegar sus párpados, escuchó el *tas tas* de una rama del árbol en la ventana. Por un segundo pensó en los gatos correteando en el tejado. Lucy había entrado en celo en días anteriores y Bola de Nieve no era de los que perdía el tiempo. En los últimos dos años, Lucy había tenido ocho partos de cuatro cachorritos cada uno. Michelle había pensado esterilizarla pero desistió de su propósito cuando leyó en una revista de mascotas que ese tipo de medicamento podía producir cáncer en los felinos. Desde entonces tomó la decisión de regalarlos, a pesar de que una tienda de animales en el norte de la ciudad le había propuesto comprárselos, ya que los Ragdolls, según su propietario, eran sumamente caros por la dificultad que representaba

traerlos al país.

No había amanecido aún cuando el teléfono volvió a sonar. Sara lo dejó repicar y metió la cabeza debajo de la almohada hasta cuando el ruido cesó. Un minuto después escuchó que alguien tocaba a su puerta. “Hoy es sábado”, pensó. “Hoy no voy al colegio”.

--Sara, amor, ¿estás despierta?

Unos nudillos golpearon nuevamente la madera.

--Sara, abre la puerta, por favor.

--Hoy es sábado --dijo.

--Ya lo sé, amor, pero abre la puerta. Es sobre tu tía.

Entonces fue como si un rayo hubiera impactado su cama. Saltó y de dos zancadas alcanzó la perilla de la puerta. Su madre estaba ahí parada con el rostro atravesado por las lágrimas.

--Es sobre tu tía Sofía --dijo mientras la abrazaba--. Falleció en un accidente.

El cuerpo de Sofía fue encontrado a un costado de la carretera que llevaba a San Isidro, entre la iglesia del mismo nombre y el parque que se alzaba frente a la casa cural. Según los primeros datos de la policía, había sido arrollada la noche anterior por un carro fantasma. Su rostro estaba casi irreconocible y en su cuerpo eran visibles los múltiples hematomas. Como Michelle estaba inconsolable, al igual que Sara, el tío Jorge se encargó de realizar los trámites para la entrega del cadáver y su posterior sepultura. Viviane, la hija mayor de Sofía, llegó de Italia, donde residía, po-

cas horas antes del cortejo fúnebre y esa misma tarde tomó el avión que la llevaría de regreso a Europa.

El padre Alirio Fernández realizó la ceremonia litúrgica y durante una hora hizo llorar con un discurso conmovedor a todos los presentes. Al tío Jorge, quien había permanecido estoico durante la ceremonia, no se le volvió a ver durante el resto del día. Durante la tarde, la casa se llenó de amigos y vecinos que se acercaron a expresar su dolor por la partida inesperada de Sofía. No hubo descanso. Las señoras que se contrataron para preparar los alimentos y recibir las visitas no se fueron sino después de las nueve de la noche. Antes de la diez, cuando ya no quedaba nadie por atender, recibieron la visita de dos agentes de la policía judicial que interrogaron a Sara durante unos minutos. La razón: en la recepción del hotel se habían registrado varias llamadas que provenían de la casa. Sara les explicó los motivos y los agentes se marcharon con la promesa de regresar si tenían alguna otra inquietud.

Los días siguientes fueron de luto cerrado. Sara no regresó durante ese tiempo al colegio y se dedicó a recibir las visitas de sus amigas, que no la dejaron sola un instante desde la muerte de Sofía. Al tío Jorge lo vio muy pocas veces en el transcurso de esos días. Su madre se entregó de lleno al trabajo y solo la veía en la noche, cuando regresaba a cenar y a echarse en la cama.

Una tarde, mientras observaba una de las lámparas que adornaban el corredor que conducía a la antigua oficina de su padre, Sara descubrió, a través del cristal de telaraña, la figura de un objeto dibujado por la luz. Como no logró alcanzarlo al alargar el brazo y empujar los pies, buscó una escalera metálica, la puso debajo de la lámpara y luego metió la mano por entre la telaraña de cris-

tal. Lo que descubrió fue una par de llaves delgadas de bronce que alguien había guardado allí. Cuando le preguntó a su madre, esta no le dio razón alguna. La señora que les ayudaba en la casa, le dijo que era la primera vez que las veía.

Durante un día entero se dedicó a buscar la cerradura que podía conducirla al tesoro escondido. La buscó en el cuarto de su madre, en los estantes de libros de la sala, en los archivadores de la oficina que su progenitor había alquilado durante veinte años en el occidente de la ciudad. La busco debajo de la cama y encima de los closets. Una mañana temprano entró al despacho donde su padre se refugiaba cuando estaba en casa y descubrió que entre las gavetas del escritorio se hallaba una más pequeña que se diferenciaba de las otras no solo por el tamaño sino también por el color. Sin duda, había sido elaborada mucho tiempo después de la fabricación original del mueble. Buscó las llaves que guardaba en el bolsillo trasero del yin, introdujo una con cuidado en la ranura, la hizo girar hacia la izquierda y la puertecilla cedió.

La sensación que experimentó en ese momento solo podía ser comparada con el placer que invadía su cuerpo cuando se masturbaba sumergida en la bañera. Metió la mano, que a duras penas le cabía en el hueco de la gaveta y extrajo una carpeta. Esta contenía cartas familiares, recortes de periódicos y algunos documentos con el membrete de un psiquiatra de la capital de la República. Se tendió en el butacón rojo que su padre utilizaba para hacer la siesta y descorrió la cortina para que entrara el sol. Lo primero que leyó fue un recorte de prensa que tenía la fecha de 14 de septiembre de 1978. El titular, en letras grandes y negras, decía: "Se ahoga niño en extrañas circunstancias". Y narraba algunos detalles de la mañana fatídica en que el pequeño Sergio fue encontrado flotando sin vida en la piscina de la casa. Sara iba acomodar

la cabeza entre los almohadones cuando las últimas líneas de la nota la hicieron ponerse en pie de un salto, pues según la autopsia realizada 24 horas después del incidente, en los pulmones del niño no se encontró una sola gota de agua.

Sara sintió el golpe de la adrenalina sofocar su rostro. Sintió que las manos le sudaban y que las piernas habían empezado a temblarle. Al médico forense del Departamento de Salud Pública no le quedaban dudas de que el niño había sido asesinado. Mordida por la curiosidad, Sara se sentó en el piso y buscó entre los otros recortes. “Niño que asesinó a su hermano es recluido en un sanatorio”, leyó con voz entrecortada y temblorosa. El nombre del tío Jorge estaba allí, en letras de molde, acompañado por una fotografía de perfil que había sido tomada días después del suceso trágico.

En una carta, escrita por Sofía dos meses antes del accidente en el que Mario perdió la vida, esta le recordaba que no era prudente ni sensato autorizar la salida de Jorge del psiquiátrico aunque hubiera certificación médica de su mejoría. “No sabes en lo que te estás metiendo ni en lo que estás metiendo a tu familia. Piensa por lo menos en tu hija”.

En la noche, después de la cena, Sara le mostró a Michelle su descubrimiento y esta casi infarta de la impresión. No podía creerlo. Desde la muerte de Sergio, Jorge había pasado su vida entrando y saliendo de una clínica de reposo a otra. Según un dictamen de 1985, emitido por el pabellón de psiquiatría del Hospital Central de las Mercedes de la capital de la República, el paciente “número 22 padece de trastorno de identidad disociativo, un cuadro agudo de esquizofrenia que lo hace inestable para la interacción social”.

Durante las horas siguientes, Michelle no pudo dormir. Una avalancha de temores y conjeturas pasaron por su cabeza. Desde la muerte de Sofía, no tenía noticias de Jorge, quien, al parecer, había desaparecido sin dejar rastro. Temió por la integridad física de Sara y la suya misma. Pensó en denunciar el asunto ante la Fiscalía. Pensó que estaba haciendo una tormenta en un vaso de agua. Sin embargo, en las horas de la tarde llamó a unos amigos de la Policía Judicial y les solicitó, de manera particular, averiguar en las bases de datos de la entidad cualquier información referente a su cuñado.

Michelle se desempeñaba desde hacía casi 20 como juez penal y, aunque estaba acostumbrada a escuchar durante las audiencias relatos de crímenes horribles, nunca había experimentado la angustia que ahora sentía. Las primeras 24 horas, después de aquella llamada, transcurrieron sin novedad, pero luego recibió en su oficina una carpeta de informes en la que se detallaban varios hechos que involucraban a su cuñado. Uno de estos estaba relacionado con la muerte de un paciente en el Centro de Psiquiatría Regional, cuyo cuerpo fue hallado en el baño con una sábana hecha nudo alrededor del cuello. Jorge fue interrogado por su cercanía con el muerto, pero no hubo evidencia concreta que lo involucrara directamente con el hecho.

En 1989, los médicos que lo atendían lo remitaron, por orden de la familia, a un centro especializado en tratamientos de trastorno de identidad disociativo, ubicado a las afueras de la capital de la República, sobre un hermoso prado rodeado de montañas. Para el doctor Gálvez, quien lo trató durante todo un año, Jorge era un paciente modelo con el que se podía charlar durante horas sobre política, geografía, historia y temas de la vida cotidiana. El mismo médico redactó, a peti-

ción de la dirección de la clínica, un informe en el que, en uno de sus apartes, decía: “No hay dudas de que el paciente muestra signos de haber mejorado ostensiblemente. Los medicamentos que se le han suministrado parecen estar surtiendo los efectos esperados, y las pruebas practicadas dejan ver que su *intelligence quotient* es superior a la de un individuo promedio. No obstante, temo una posible recaída. Y peor aún: sospecho que me está engañando. Por lo que no puedo recomendar enviarlo aún de vuelta a casa”.

En el informe no se detallaba si Jorge había tenido acceso a las anotaciones del doctor, pero los investigadores que llevaron el caso pensaron que sí, que de alguna manera él había logrado leer el informe escrito para la dirección de la clínica, hecho que lo llevó a actuar. Tres días después de que el médico hiciera entrega oficial del documento, el carro que conducía quedó sin frenos y se deslizó por un barranco. El psiquiatra perdió la vida y el automóvil se transformó en un montón de chatarra calcinada.

Michelle saltó de la silla. Un presentimiento atravesó como un relámpago los nervios de su corazón. Pensó en su esposo. Era una terrible coincidencia que Mario hubiera muerto el mismo día del regreso de su hermano y que este, que viajaba a su lado, no hubiera sufrido un solo golpe. Según el reporte policial, Mario conducía por el camino que llevaba al antiguo puerto. Alguien que lo vio pasar dijo que no logró identificarlo porque la capota del carro iba abajo y la velocidad estaba por encima de los 120 kilómetros en un tramo donde la máxima era de 60. Jorge, por su parte, le contó a la policía que la culpa había sido suya porque, sin proponérselo, distrajo a su hermano con una conversación y este no se percató a tiempo de la pataca que atravesaba la carretera en compañía de sus paticos. Mario no llevaba el cinturón de se-

guridad. De manera que cuando frenó su cabeza se balanceó hacia atrás y de regreso golpeó con fuerza el volante. Sonrió por un segundo. Se llevó una mano al rostro y dijo: “Caramba, me rompí la frente”. Jorge diría después que su hermano no logró pronunciar una sola palabra más.

Por un instante, Michelle pensó en ir a la Fiscalía para interponer una denuncia, pero sabía por experiencia que aquellos informes eran solo pruebas circunstanciales que el fiscal desecharía. Además, durante su estadía, él jamás le había irrespetado. Todo lo contrario, se había portado como un caballero y le había proporcionado un poco de ayuda en el orden de la casa. Recordó la molestia de Sofía cuando supo que su hermano estaba viviendo bajo el mismo techo de su cuñada y, de repente, le pareció extraño que esta hubiera muerto horas después de aquel altercado.

Michelle estaba limpiando el césped de hojas secas cuando escuchó la voz de Sofía, airada, que le reclamaba a Jorge. Los sábados, para distraerse, ella solía dedicarse a la jardinería, un trabajo que su esposo se había adjudicado como suyo y que le gustaba realizar tanto como ir al fútbol. La voz de Sofía venía de la parte baja de las escalinatas. Caminaba apoyada en el bastón que le había acompañado desde el día en que se cayó de un caballo en marcha y se dislocó la cadera. Atravesó el sendero de piedras, se paró frente a su hermano y lo increpó. Fueron solo cinco minutos, pero a él debieron parecerles una eternidad. Intentó defenderse, decir algo a su favor, pero Sofía agitó el bastón frente a su cara y lo dejó sin argumentos.

--No te cansas de hacer sufrir tanto a la familia --le dijo, bajando la voz--. Te aconsejo que recojas tus cosas y te marches hoy mismo.

Michelle sintió que la piel se le erizaba. Guardó

los documentos en una carpeta, hizo un par de llamadas y se alistó para regresar a casa. Eran las 11:30 de la mañana. Antes de abandonar el despacho le dijo a su secretaria que no regresaría en las horas de la tarde.

Condujo hasta la iglesia de San Isidro, ubicada al costado de un condominio residencial entre la estatal oriental y el perímetro norte de la ciudad, muy cerca del lugar donde su cuñada había perdido la vida. El padre Fernández la recibió en la casa cural. Estaba un poco preocupado por la situación de Michelle.

--Eso que me contaste por teléfono me parece gravísimo --le dijo mientras caminaban en dirección a una pequeña sala de estar. El sol aún entraba por la ventana y un cúmulo de partículas de polvo revoloteaba entre las cuchilladas de luz.

Ella le mostró los documentos que había recibido y él los ojeó.

--¿Y qué puedes hacer con esto?

--Nada, padre. No se puede proceder contra alguien por simples sospechas.

--Pero me parece gravísimo. Además, tu vida y la de Sara podrían estar en peligro. ¿Crees de verdad que haya cometido esos crímenes?

--Hay muchas cosas por explicar que aún no están claras, padre.

Este se puso en pie y pasó una mano por sus cabellos cortos y grises. No parecía nervioso pero sí reflexivo.

--Creo que vas a necesitar la ayuda de un profesional.

--¿Un qué?

--Un guardaespaldas. Una persona que vele por tu seguridad y la seguridad de tu hija. Dame un minuto --dijo.

Subió la escalera que llevaba al segundo piso y cuando regresó trajo una pequeña caja de madera. Se la entregó a la mujer y dijo:

--Tómala. Es un regalo. Tiene un broche arriba que hay que presionar hacia abajo para que abra.

Michelle tomó la caja, la puso sobre sus piernas y presionó el broche. Era una pistola, brillante, con su respectiva munición y cargadores.

--No puedo aceptar esto, padre.

Él se sentó a su lado y cerró la caja. Luego le tomó una mano y la apretó entre las suyas.

--Ya que estamos confesando cosas, tengo que decirte que no siempre fui cura. Y si algo he aprendido de la vida es que a la familia hay que defenderla ante cualquier agresión como gato bocarriba. La experiencia siempre es una buena consejera.

Sara sintió el olor de la gasolina quemada que invadió el garaje. Sintió el motor vibrar en cada acelerada. Por un segundo le pareció ver la figura de su padre recostada al muro oriental del jardín, bajo la sombra del roble que él mismo había sembrado un año antes de que ella naciera. Acomodó las maletas en el asiento trasero, se puso unos lentes para el sol y aceleró. Bajó el sendero de grava y tomó el camino ancho que llevaba a la autopista norte. Pasó a un costado de la fuente donde la patica y sus crías nadaban y siguió de largo. Que-

ría borrar los últimos tres meses de su vida como quien borra un tablero. Pero aquello, reconocía, era casi imposible. De alguna manera había amado al tío Jorge. Le pareció un tipo atractivo desde la primera vez que lo vio bajo el sol, aquella mañana cuando le daban sepultura a su padre. Trató de pensar en él, en su sonrisa, en sus cabellos enortijados que le llegaban hasta los hombros, pero la imagen que le trajo la memoria fue otra.

Durante toda la tarde estuvo esperando a su madre en la recepción de la escuela. Le timbró varias veces a su móvil pero las llamadas se desviaban a buzón. Supuso que lo tenía apagado o que estaba en medio de una audiencia. Sor Marlenis, una monja delgada con carita de pájaro, y que en las tardes solía bajar a la ciudad a hacer diligencias, se comprometió a llevarla hasta la casa. A diferencia de sor María, a Marlenis parecía gustarle la velocidad. Dejó atrás a casi todos los carros que encontró en el camino. Sin duda parecía disfrutar el sobrepaso. Hacía sonar el claxon y enseguida aceleraba. “Conducen como ancianas”, les gritaba, sacando la cabeza por la ventanilla, y luego soltaba la risa.

Cuando alcanzaron la autopista norte, el cielo se nubló y un viento helado bajó de repente de los cerros. Olía a tierra mojada. Tomaron la vía al mar y poco después empezó la lluvia. Sor Marlenis bajó la velocidad y se orilló para darle paso a una ambulancia que iba con la sirena encendida. La monja volvió a acelerar. Cuando entraron a los predios de la casa, cinco minutos más tarde, vieron frente al jardín varios carros estacionados. El sol había caído por completo. Una patrulla de la policía se encontraba parqueada a un costado del muro con las luces encendidas. Más allá estaba la ambulancia que minutos antes le habían cedido el paso. Sara bajó del carro apenas se detuvo y subió las escalinatas. La monja salió disparada detrás.

Un policía que custodiaba la entrada, enfundado en un impermeable, intentó detenerla, pero esta se le escurrió como un pez resbaladizo entre las manos.

--Vivo aquí --dijo, con el corazón desbocado.

En la sala, vio a su madre. Estaba sentada en un butacón. Un agente de la policía tomaba fotografías con una de esas viejas cámaras de rollo. Otros escribían en sus libretas. Sara dejó caer el morral de los libros al piso y corrió hacia su madre que, al verla, se puso en pie y la abrazó. Por encima de su hombro alcanzó a ver, a pocos metros, un charco de sangre y un cuerpo cubierto con una sábana.

Diez años después, aquel hecho era solo un recuerdo. En medio de ese río dinámico de noticias que inunda a diario este país, la historia de una jueza que mató a tiros a su cuñado en defensa propia, había caído al olvido. Yo mismo la entrevisté una tarde cuando ella puso en venta su mansión. Sin duda, era una de las más bonitas del sector. Por aquel entonces trabajaba para una agencia de finca raíz, pero mi sueño era convertirme en periodista. Michelle Afuni me recibió una mañana en la enorme sala y me brindó una taza de café. Hablamos de todo. Me dijo que Sara, su hija, estaba viviendo en París. Al parecer se había graduado de abogada y se encontraba laborando para una agencia gubernamental francesa que velaba por los derechos humanos de los inmigrantes. Por eso había puesto en venta su casa, pues pensaba irse a vivir a Europa.

Cuando le pregunté en qué había quedado la investigación por los sucesos de hacía diez años, me miró algo sorprendida y se puso en pie. Fue a la ventana y recorrió la cortina.

--Es curioso que, en menos de una semana, sea

usted la segunda persona que me pregunta sobre ese tema.

Luego se volvió hacia mí y dijo:

--Hace tres días, un productor de cine me llamó para decirme que estaba interesado en convertir esa historia en una película. Le dije que yo no estaba interesada en revivir muertos. Que si quería llenarse los bolsillos con mi historia, tendría que esperar que muriera.

Le volví a marcar a su celular quince días después, pero las llamadas se desviaban a buzón. El fijo repicaba sin cesar. Pensé que estaba enferma o, peor aún, que había muerto. Siempre he creído que la soledad mata tan rápido como un infarto. Así que me aventuré nuevamente a visitarla con la esperanza de sugerirle un precio para un cliente interesado en su propiedad. Pero la casa estaba cerrada y las cortinas de las ventanas de cuerpo entero corridas. Timbré una y otra vez y, ante la falta de respuesta, atisé por una de las ventanas. Por el costado oriental de la terraza apareció un señor ya entrado en años. Llevaba un sombrero de paja y en sus manos, calzadas con guantes de obrero, unas tijeras de podar arbustos.

--La señora no está ---me dijo.

--¿Y cuándo regresa?

--No va a regresar.

--¿Cómo así?

--Ella salió del país. Yo estoy aquí por orden de su abogado.

El hombre se deshizo del guante derecho y hurgó en el bolsillo de la camisa. Luego alargó la mano y me hizo entrega de una tarjeta.

--Mire, puede llamar a este número. Allí también está la dirección de su oficina.

La noticia fue como un balde de agua fría. Primero, porque ya no podría cobrar mi comisión y, segundo, porque conservaba la secreta esperanza de que Michelle me contará algo que no le había dicho a los periodistas sobre la historia que ocupó, durante una semana, los titulares de los medios más importantes del país. Siempre sospeché que ella ocultaba algo, que a la historia que había repetido mil veces para las cámaras de televisión y los periódicos le faltaban varias piezas que, tarde o temprano, alguien encontraría y, por fin, completaría el rompecabezas de ese relato trágico, digno de una novela de Agatha Christie. Mientras bajaba por el sendero de piedras en busca de mi motocicleta que había estacionado a un costado del muro del jardín, me detuve a ver unos patos que nadaban en la fuente de aguas verdosas. Desde allí la casa se veía majestuosa, con los rayos de sol acariciándola de costado. Alcé la vista para observarla por última vez y no sabría decir si aquello fue solo un error óptico o la luz reflejada en el cristal de la ventana superior. Pero, en ese instante, me pareció ver una mano descender la cortina. Fue un segundo porque cuando me ajusté los lentes de sol y volví a mirar, la rama del roble, mecida por el viento, golpeaba el cristal, produciendo un suave y repetido *tas tas tas*.



Joaquín Robles Zabala

Cartagena, 1969. Narrador, ensayista, periodista y docente universitario. Profesional en lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena y Magister en Comunicación de la Universidad del Norte. Ha escrito para los diarios *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Universal* y *El Heraldo* y para las revistas *Contextos*, *Agüita*, *viacuarenta* y *Semana*. Es autor del libro de cuentos *Golpe de daga* (1994), de las novelas *Una pistola para alquilar* (1996), *Una chica Woodstock recorre la Costa Este* (inédita), y del libro *Los buenos muchachos del expresidente* (2015), periodismo de investigación.

Pasteles para llevar

María Angélica Pumarejo

Mi abuela hacía los mejores pasteles de cerdo que yo he comido. Eran mejores que los de mi otra abuela y los de mi madre porque guardaban un sabor casi prohibido para los niños: ají picante. El ají me incendiaba la boca, pero en realidad lo soportaba porque me hacía sentir grande.

Alguna vez fui a pasarme un día con ella y ese día hizo pasteles. Pude ver todo. Unió dos mesas largas en el patio porque la cocina no era suficiente para la labor. Sobre ella dispuso, con ayuda de mi prima Juana que era su hija de crianza, la masa de maíz blanca, el caldero con el cerdo guisado, una olla con unas papas crudas cortadas en cuadritos, una botella grande de vinagre criollo y las hojas de plátano ya cortadas y lavadas, además de una madeja de cabuya delgadita. También un frasco de aceite achotado.

Tenía las caderas grandes mi abuela y aún más los senos. Había dado de mamar a cinco varones y a dos mujeres. Siempre pensé que sus senos eran insuperables y que de allí podía salir todo el alimento que necesitaba el mundo. Tal vez solo eran insuperables como su humildad. Vivía en un silencio casi total, apenas algunos cuentos o algunas indicaciones a Juana, y nada más. Nunca la oí hablar de nadie, ni mal ni bien. Cuando cocinaba era muda. Ese día yo trataba de asomarme por detrás de ella para ver cada cosa que estaba en la mesa, pero el tamaño de mi abuela no me dejaba.

Entonces me di la vuelta por la cocina y salí por la sala, de ahí fui al patio y me puse de frente a ella para ver toda la tarea. El cerdo lo había hecho desde el día anterior, así que no supe cómo lo preparó, pero la carne estaba entre anaranjada y marrón. Estaba amasando y le echaba a la masa un poco de agua de la que tenían las papas, luego le echó un buen chorro de aceite achotado, otro de vinagre y por último una parte del guiso. La masa se volvió amarilla y brillante. Me dio un poquito y yo le dije que estaba picante; entonces me dijo que así era que estaba buena. Luego empezó a hacer bolas con la masa y les hacía un huequito en el medio donde ponía las presas de cerdo con más guiso y los cubitos de papa. Con la masa del contorno cerraba el hueco y luego envolvía el pastel en hojas dobles para después amarrarlo con la cabuya. Me encargaron de medir la pita y mi prima la cortaba. Hizo cincuenta y tres pasteles que se cocinaron en abundante agua en unas ollas enormes.

Yo tenía la ilusión de comer pastel al almuerzo, pero se debían cocinar a fuego lento y como eran tantos pues no estarían listos para el mediodía, eso me dijo Juana. Debí conformarme con arroz de fideos, plátano frito y carne molida, que también estaba picante y que me ayudó a acercarme a mi ilusión. Pasé el resto de la tarde jugando golosa en el patio, me di un baño en la alberca y papá me recogió cuando ya empezaba a oscure-

cer. Mi abuela me entregó una bolsa con seis pasteles de los pequeños porque en mi casa, así dijo, nadie comía mucho; solo había uno grande para papá. Yo me fui feliz. Cuando llegué a mi casa la novedad eran los pasteles, estaban calientes y se servirían para la comida. Mamá estaba dichosa porque odiaba pensar en la comida de la tarde. Nos comimos los pasteles con muchas ganas, sin embargo quedó uno completo porque, era cierto, no comíamos mucho.

Después de ese sábado vinieron otros normales, sin pasteles. Había vuelto a visitarla pero nada era igual a lo que fue ese día. La encontraba como siempre recostada en su asiento en la puerta que del comedor iba al patio. Apenas recibía mi saludo pero ya no hubo ninguna conversación cercana. Fumaba su tabaco y se limpiaba el sudor con un pañuelo que luego se metía entre los senos para guardarlo.

Los años pasaron y una y otra vez comí los pasteles de mi abuela. Siempre picantes. Luego me fui a estudiar a Bogotá y, en los frecuentes viajes de mi padre a la capital, más de una vez llevó pasteles. Nada pudo ser más grato que sentir ese sabor en medio del frío y recordarla a ella.

Ya había cursado unos cuantos semestres cuando una tarde, de vuelta en casa de mis padres por vacaciones de final de año, encontré un paquete de cartas atadas con una cinta roja. El remitente era mi padre y estaban dirigidas a mi madre. Eran cartas de amor y de recuerdos de los amantes que están lejos. Pero había una en particular que me estremeció desde el inicio y, sin contener su lectura, la repasé varias veces. Agarré las cartas como estaban y las guardé en mi closet; eran mi evidencia sobre mi abuelo, el esposo de mi abuela; un hombre del que no se pronunciaban más de dos palabras y del cual yo no tenía ningún recuerdo.

Yo sabía que mi abuela era una mujer separada por decisión propia. Toda una transgresión para la época. Era una mujer a la que no le había dado miedo hacerse cargo de sus siete hijos y tomar distancia hasta poner tierra de por medio entre ella y mi abuelo. Eso para mí nunca mereció ninguna pregunta, me gustaba saber que no le rendía cuentas a nadie y que comía y dormía a la hora que le daba la gana. Lo otro que sabía era que mi abuelo era un hombre rico pero borrachón y que por ese camino echó todo al traste. Supuse que con alguien así no se podía vivir y admiré siempre la valentía de mi abuela de ser sola con sus hijos, sola con tal de no dejarse arruinar la vida por ningún hombre. Sola sin resignarse a ser quien sostiene la máscara de un matrimonio desgraciado.

Me quedé con el gusanito de la carta en la cabeza y fui cualquier tarde donde mi abuela a ver si podía lograr que alguien me dijera lo que había leído. No se lo iba a preguntar a ella, ya he dicho que su silencio no era una cosa que podía interrumpirse fácilmente, además yo era una muchacha apenas, no habría podido preguntarle de manera adecuada y al mismo tiempo saber lidiar con las emociones que esa conversación hubiese podido desatar. Para mi gran suerte ese día estaba mi tía con ella y apenas la vi supe quién iba a contármelo todo.

Mi tía era una mujer sencilla y alegre, también de esa humildad que la mantuvo al margen de hacer cualquier daño a alguien durante toda su vida. Tenía la risa de un duende porque todo lo festejaba sin miramientos. Una de sus grandes cualidades consistía en decirles a las personas todo lo que ellas querían oír para ser felices. Así que a veces podía ser desmedida en piropos y bienaventuranzas, pero al final todo resultaba esperanzador.

La dejé que me preguntara todo lo que ella quería, después me leyó el pocillo de café para ver mi suerte. Según ella yo viviría lejísimo y con un gran marido. Todo me lo dijo riéndose. Yo no le creía nada, por supuesto, mucho menos eso de que yo iba a contar cuentos; aunque eso sí se lo creí porque me convenía. Al final de la lectura yo le hablé de frente.

- Tía ¿tú te acuerdas de cuando murió mi abuelo?
- No mucho hija, no estábamos con él ya. Nosotros acá con mamá y él allá con su vida.
- Ah...y ¿de qué murió?

Mi tía se quedó seria por primera vez. Se le fueron los ojos hondo y pude ver en ese gesto la confirmación de lo que había leído.

- No supe muy bien, dicen que papá era un profano; esa es la palabra.
- O sea que el no se murió de una muerte natural...
- La verdad es que él se murió cuando él quiso.

Pero cuando iba yo lanza en ristre a seguir con mi retahíla de preguntas me dijo que ya se iba, que iba a hacerles la comida a los muchachos porque ya era tarde. Yo me quedé bien frustrada y el gusano de la cabeza se convirtió en un mariposón negro.

Después de un rato con mi abuela sin hablar de nada, mamá me recogió y, como íbamos las dos solas, pues pensé que podía aprovecharme para preguntar. Seguro que si me indagaba por el origen de mi pregunta yo le iba a decir que había leído las cartas y eso no le iba a gustar nadita. Así que crucé los dedos para que eso no sucediera.

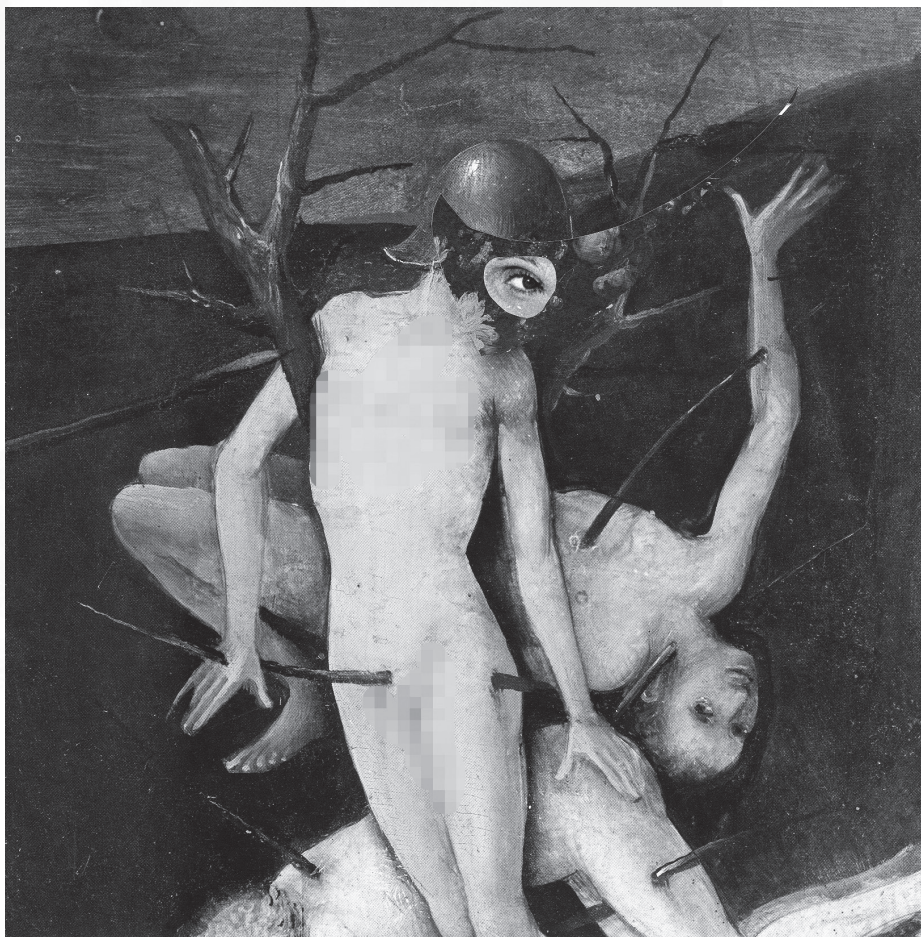
- Mamá ¿y mi abuela desde cuándo dejó al abuelo?
- Hija, eso fue hace años. Ella se vino a vivir acá y dejó a tu abuelo allá.
- ¿Lo dejó porque era borracho?
- Hija, yo no sé. Ella sabrá. Debiste preguntarle a ver que te iba a decir ella.
- Pero qué tanto misterio mamá. Siempre que uno pregunta por el abuelo parece que cayera un aguacero y todo el mundo se calla.
- Bueno porque ese era un hombre raro que hizo lo que le dio la gana y no le importó a nadie ni después de muerto.

Mamá me cambió la conversación de inmediato, se puso a hablarme de un cumpleaños; además cuando manejaba era mejor no distraerla porque siempre andaba nerviosa. Yo sabía qué había pasado, pero quería que alguien tuviera el coraje de decírmelo para saber de quién era nieta; total, era mi abuelo.

Regresé a Bogotá sin despejar el asunto del todo. Así que un día me puse a hablar con mi hermana menor, la que me seguía. Ella que era discreta seguramente se convertiría en cómplice para el tema. Tuve que confesarle que había leído las cartas de papá a mamá.

- ¡Ay, yo también las había leído ya!
- ¿Sí? ¿y cuándo?
- ¡Uff! hace rato, pero no dije nada, y claro, yo sí sé todo lo que pasó.
- Ajá, entonces dime.

Entonces nos enfrascamos en una conversación bastante larga y todas mis dudas quedaron despejadas. Resulta que el abuelo se había ahorcado cualquier mañana en su casa. Lo encontraron colgando cuando ya no había nada que hacer. No se sabe quién lo bajó de la cuerda, pero mi otro



abuelo fue quien hizo las diligencias para su misa y su posterior entierro. Con un personaje así las habladurías fueron pocas, nadie se atrevía. A mi abuela le dieron la noticia y viajó a acompañar el sepelio. Era la viuda legítima y pese a la separación le correspondía ocupar ese lugar. Lo hizo con tranquilidad, sin concederle ninguna importancia y así pasaban las horas sin que nadie la viera llorar. Como el decoro está por encima de todo y siempre alguien se encarga de las apariencias, una hermana de mi abuela le preguntó que ella por qué no lloraba a su esposo. Mi abuela descansó de su silencio y le dijo: ya eché todas las lágrimas a la masa de los pasteles que le serví.

He vivido con esa frase desde entonces. Mi abuela hacía pasteles con ají después de dejar a

mi abuelo porque el picante es como la vida resucitada. No es lo mismo servir picante que servir salado. Yo les cocino para que me quieran más y como mi abuela también les dejo de cocinar cuando los quiero menos. También han ido a parar mis lágrimas a alguna masa, pero en ese momento siempre sé que será la última; a fin de cuentas así como mi abuelo sé cuando hay que parar.



María Angélica Pumarejo

Nació en Valledupar. Narradora, editora y ensayista. Magistra en Literatura y Especialista en Edición de Libros. Durante algunos años se desempeñó como catedrática en varias universidades de Bogotá, especialmente para la carrera de arquitectura, en la que construyó, a través de sus clases, una teoría sobre ciudad y literatura publicada en varias revistas especializadas. Fundó y dirigió la revista Pre-Til de la Universidad Piloto, especializada en temas de la vida urbana. Fue directora del Instituto de Recreación y Deportes de Bogotá. Ha sido directora y presentadora de televisión y asesora de comunicaciones. La novela *Una Canción para Ethan* es su ópera prima. El cuento aquí recogido pertenece a un libro inédito.

La cárcel rusa

Beatriz E. Mendoza

A Elena Tamargo, in memoriam

La vi cuando salí al patio a fumarme un cigarrillo. Una vez más había fracasado en mi intento de dejarlo y sus ojos brillantes parecían reprocharme. Al principio no me di cuenta de que estaba ahí. Fue solo cuando las luces del jardín se apagaron automáticamente que descubrí su contorno sobre una rama. No era un animal cualquiera.

Tal vez era esa elegancia con que descansaba sobre sus garras la que me reveló que se trataba de la poeta muerta. Eso y el hecho de que su recuerdo llegó vívido a mi mente en el instante en que la descubrí. Su pelambre me hizo evocar esa foto que ella me mostró un día que fui a visitarla a su apartamento.

Es invierno en el retrato y ella lleva un abrigo de marta y un ushanka. Mira fijamente a la cámara como si pudiera ver el instante actual. Ese día cumplió 30 años, me explicó. Osvaldo le acababa de regalar una cámara alemana comprada con su salario de diplomático y después de cenar salieron a tomar fotos por la Plaza Roja. Ella se adelantó, en una esquina volteó para buscarlo y lo descubrió haciéndole fotos. Su mirada de reproche lo hizo presionar el obturador.

Era la misma que encendía sus ojillos ahora. Apagué el cigarrillo lentamente y expulsé la última bocanada. Sólo entonces miró hacia otro lado.

Era tarde, decidí acostarme y me olvidé de ella.

Pero somos seres de ritos y la noche siguiente tuve de nuevo el impulso de fumarme un cigarrillo antes de dormir. No acababa de encenderlo cuando la vi en el mismo lugar con la misma mirada. Ella nunca había fumado pero eso no le había importado a la enfermedad que se la había llevado a los 54 años. Inmediatamente me sentí culpable y apagué el cigarrillo. Sólo en ese instante dejó de mirarme. Decidí acercarme para verla de cerca. Era hermosa como ella. Le gustaba que la admiraran. Cuando leía sus poemas un aire místico y altivo la elevaban.

Para mi sorpresa, no se movió de su rama al acercarme. No parecía tener miedo de mí. Me miró de nuevo pero esta vez no había reproche en su mirada sino una infinita soledad idéntica a la que había en sus ojos desde la muerte de Osvaldo. En voz alta le dije que volvería a visitarla mañana y un bostezo suyo me dio a entender que era un trato. Luego empezó a bajar del árbol y se perdió en la noche.

Soñé con ella. Me decía que estaba bien. Había publicado un nuevo poemario y sus columnas sobre teatro habían sido sindicadas a varios diarios. Ya no tenía problemas económicos, como cuando vivía en México.

Todo el día tuve el sueño en el pensamiento. Se le veía saludable, no como la última vez que la vi, flaca, calva y delirante en una cama de hospital, sus amigos haciendo turnos para acompañarla en la agonía, sus muertos a su lado, conversando incesantemente con ella.

Cuando volvía del trabajo me llamó el hermano menor. Le conté de las visitas que estaba teniendo por las noches y me explicó que los indígenas creen que los muertos vuelven en cuerpos de animales para ayudarnos a procesar el luto.

Tal vez era eso. No tengo memoria de un sepelio. Creo que la cremaron en privado. Recuerdo que le presté mi preciado libro de Gómez Jattin para que pasara las horas de tedio en el hospital. Tras su muerte nunca hice un esfuerzo por recuperarlo. Esa noche salí a buscarla al patio pero sin cigarrillos. Ya me había acabado la última cajetilla y había decidido no comprar más, dejarlo definitivamente como una ofrenda a la poeta.

Esperé un largo rato pero no llegó a la cita. Me quedé inquieta e insomne. Eran las tres de la madrugada y estaba terminando de organizar la biblioteca cuando sentí un ruido en el patio. Salí sigilosa a ver si la encontraba. Vi su silueta oscura sobre la verja avanzando hacia el norte, para luego desaparecer tras una rama. Cuando entré a la casa me di cuenta que detrás de la biblioteca, junto a la pared, en el piso, había unos libros tirados. Los recogí. Eran “Días ya vacíos”, la antología póstuma de sus poemas; el ejemplar de “Réquiem”, de Anna Ajmátova, que leyó en el patio de Manny bajo el calor de los árboles; y el libro prestado.

No intenté comprender cómo logró devolverlo y lo abrí para oler su perfume tanto tiempo extrañado. Al cerrarlo una postal cayó al piso. Era la icónica foto del poeta fumando que decidí no

enviar a nadie después de comprarla en la Casa de Poesía Silva y que usaba como marcapáginas de mi libro favorito. Unos versos decoraban ahora el anverso, su hermosa caligrafía deformada por los temblores de la morfina.

“El poeta camina cargado de dolores
Suavemente murmura: no me olviden”.

Eran suyos. Los recordaba. ¿Dónde los había leído antes? Empecé a ojear sus poemas pensando cómo la presentación de ese libro había sido para mí como asistir a sus exequias. Ahí estaban, en “Poeta sin tumba”, ese hermoso poema que escribió tras la muerte de su amado.

Finalmente tomé el de Ajmátova, lleno de marcas. Me entretuve un buen rato leyendo el poema completo. Justo antes de cerrarlo repasé “En lugar de un prólogo”. “- ¿Y usted puede describir esto?/ Y yo dije: / – Puedo.”

Entonces algo como un hielo resbaló por mi mejilla, sentí el frío intenso de tu cárcel rusa: el maldito cáncer que te hizo madre y prisionera a la vez y destruyó aquello que alguna vez fue bello. Yo también puedo.



Beatriz E. Mendoza

Barranquilla 1973. Radicada en Estados Unidos. Poeta, narradora, periodista y productora. Estudió Comunicación Social en la Pontificia Universidad Javeriana y Tecnología en Producción de Cine en el Miami Dade College. Ha asistido a talleres de narrativa en el Story Seminar, de Robert McKee, en Los Angeles, USA. También a Clases Magistrales de Narrativa con Guillermo Arriaga, a un Taller de cuento con el escritor colombiano Jaime Cabrera, en la Miami Beach Public Library 2018, y a un taller de Lecto-Escritura Literaria con Andrés Neuman, en el Miami Writers Institute, 2019. Ha publicado los libros *Esa parte que se esconde* (Editorial Medialsa, 2011), *Rompiendo el silencio*, relatos de nuevas escritoras colombianas (Planeta, 2002), *20 narradores colombianos en USA* (Editorial Collage, 2017), *Aquí (Ellas) en Miami*, selección de poetas miamenses (Katakana Editores, 2018).

Estigmas de la promiscuidad

Rodolfo Lara

Hace casi una semana aparecieron los estigmas. Primero fueron dos pequeñas llagas en las manos, que me sorprendieron dolorosamente en la mañana al lavarme la cara. Tres días después, las marcas de Cristo aparecieron en mis pies. Esa noche había soñado que yo era un santón hindú que intentaba caminar sobre tizones incendiados. Hoy me ha despertado un fuerte dolor en la espalda. El espejo ha revelado siete surcos en la carne.

Hasta entonces no había creído posibles estas cosas. Al menos no para mí, que no me aproximo ni remotamente a la santidad, aunque haya dedicado gran parte de mi vida al estudio de ella: soy profesor de teología, pero también un mujeriego empedernido, un bebedor sin consuelo y un buscapleitos de primera. A pesar de mi vida disoluta, nunca me ha gustado lidiar con lo ajeno, lo cual incluye, por supuesto, a las mujeres de otros hombres. Si en esta ocasión me acosté con la mujer de mi hermano, ha sido por mero accidente, y



recae más la culpa sobre el parecido que tienen nuestras casas y mi embriaguez de esa noche, que sobre mí mismo.

Como hermano menor, Ramiro siempre ha querido imitarme. Si es profesor de teología y un apasionado por las antigüedades, es porque antes yo lo he sido; si se metió a vivir con una extranjera alta y de cabellos dorados, fue envidiándome la mía; si tiene una casa con amplios vanos y diseño minimalista justo enfrente de mi casa, ha sido por esa obsesión enfermiza de ser mi reflejo.

Días antes de la aparición de los estigmas llegué borracho a casa. El taxi me dejó justo a la entrada del jardín, pero opté por entrar por la puerta de atrás para no hacerme un lío con las llaves. Mi mujer dormía de lado, plácidamente. La sábana le dejaba al descubierto la dorada cabellera y una pierna hasta el inicio de las nalgas. La visión de su cuerpo desnudo me encendió. La besé desde los

pies hasta más allá de donde la sábana tapaba. En esa posición ladeada le hice el amor. Luego me quedé dormido. Me despertaron los puñetazos en la espalda y los gritos de Ramiro. Tardé algo en entender, hasta que vi el rostro de su mujer sorprendiéndose a mi lado. Traté de explicarle a mi hermano que había sido una confusión, que seguro el taxista había entrado por el lado opuesto de la calle y por eso me había equivocado de casa. Que todo era consecuencia de su maldita manía de copiarme hasta el cansancio. Cegado por el orgullo y la rabia volvió a golpearme y nos agarramos hasta que los vecinos llamaron a la policía. En la comisaría, a duras penas, conciliamos.

Cuando regresé a casa, mi mujer se había largado. Hallé el armario vacío y sobre la cama una carta en la que me felicitaba por lo lejos que había llegado con mi promiscuidad. Me enteré de que la mujer de Ramiro también lo había dejado, luego de reprocharle su deseo enfermizo de imitarme. Como buenos hermanos, solidarizamos en la desgracia y nos emborrachamos juntos. Después de la segunda borrachera aparecieron en mis manos los primeros estigmas. Ese día y los dos que siguieron me los pasé sin poder agarrar nada. Anteayer volvimos a beber. Cuando le mostré las heridas, Ramiro sonrió y me dijo que seguro eran un premio por mi santidad. Creí sentir un dejo de ironía en sus palabras, pero me confortó el hecho de que él mismo, ante la inutilidad de mis manos, me acercara el trago a los labios.

Ayer desperté con la sorpresa de los estigmas en los pies. Como las heridas de las manos aún no habían sanado, tuve que arreglármelas con esa nueva discapacidad. Debido a ello, anoche nos emborrachamos en mi casa, y hoy tras un sueño que, en lugar de aclarar las cosas, las confunde me he levantado con la espalda cruzada a latigazos.

En el sueño, Ramiro me reprochaba por el abandono de su mujer. Y aunque es cierto que no soy culpable de ello, tampoco soy inocente. Contrario a lo que pudiera pensarse, un santo puede ser capaz de los mayores males, del mismo modo en que el diablo puede, sin saberlo, llevar una aureola entre sus cuernos.

Simulando inocencia frente a los estigmas, le he mostrado esta noche los azotes. Al igual que él, también he fingido estar preocupado. Con la botella de whisky en las manos, me ha dicho que no hay nada que unos buenos tragos no puedan sanar. Me he dado a la tarea de servirlos yo para llevar cuenta clara de lo bebido. Hablamos de todo un poco: del rapto de Santa Teresa de Jesús y su visión del Infierno, de los estigmas de San Francisco de Asís, de la película de Rupert Wainwright, del martirio de San Esteban. Hacia la medianoche he fingido embriaguez. Simulo ahora estar dormido en un sillón. Por la ventana lo he visto cruzar la calle. Lo imagino en este instante buscando entre sus cosas, eligiendo entre sus antigüedades la punta de una lanza, cuidando de que la corona de espinas que me tiene preparada no le chuce los dedos.



Rodolfo Lara Mendoza

Cartagena, 1973. Poeta, periodista y narrador. Tiene publicados los libros de poemas: *Y pensar que aún nos falta esperar el invierno* (2011) y *Esquina de días contados* (2003). Textos suyos han sido incluidos en las siguientes antologías: *El corazón habitado: Últimos cuentos de amor en Colombia*, y *Sólo la herida: Veinte poetas jóvenes colombianos*. Ganador del Premio Distrital de Poesía de Cartagena en 2002 y del Premio Nacional de Poesía “Gustavo Ibarra Merlano”, de la Universidad Tecnológica de Bolívar, en 2005. Algunos de sus textos han sido publicados en las revistas Luna Nueva, Revista Letralia, revista Actual y en el Magazín Dominical de El Universal. Vive actualmente en Chile.

I'm gonna fly now

Carolina Durán Negrete

*"Trying hard now/It's so hard now/Trying hard now/Getting strong now/Won't be long now
Getting strong now/Gonna fly now/Flying high now/Gonna fly, fly, fly"*

Gonna Fly Now
(Theme from "Rocky")

El vuelo como muchas otras cosas de la vida, tiene su ciencia, si no tienes la posición correcta, la velocidad necesaria, ni el impulso adecuado, no podrás levantarte del suelo ni un centímetro. Eso lo sé porque he dedicado la mitad de mi vida a estudiar las técnicas de vuelo, trabajo que no ha sido fácil.

Todo comenzó con un libro que me regaló mi mamá cuando yo era pequeña, se llamaba *Por todos los dioses*, ella me lo leía antes de ir a dormir, y me explicaba todo lo que no entendí, el libro era de leyendas de antes de que existiera la Navidad.

Mi mamá me dijo que la Navidad comenzó cuando nació Jesús, porque antes no se podía hacer el pesebre, y antes de eso, estuvieron los Dioses griegos, que nunca se fueron para ningún lado, sino que se quedaron en Grecia, porque en el resto del mundo leyeron la Biblia, y a nadie le gusta seguir a dioses que no están ahí.

Ahí leí sobre Ícaro y su vuelo, y pensé en toda la gente que trataba de volar antes de existir la Navidad, y que si alguien hubiera estudiado bien el asunto, y la Navidad y el pesebre no se hubieran

puesto en el medio, ya estuviéramos volando solitos, sin aeropuertos, ni perros bravos revisando maletas arrancándole cabezas a barbies, ni hombres malvados botando champús con olor a manzanilla que mantiene el cabello brillante y mono.

Cuando fui más grande comencé mis investigaciones en la biblioteca, allí leí sobre el sabio de Córdoba, que se hizo un vestido de plumas y se lanzó de una torre, planeando por toda la ciudad hasta que se rompió la cadera por no saber aterrizar. Y como la cadera fue lo mismo que se rompió mi abuela cuando se cayó en el baño, pienso que no fue tanto el daño que sufrió, después de todo, si te la rompes, lo único que hacen es dejarte un rato en el hospital mientras te colocan una de metal como a Robocop.

Por la historia del sabio, fui a conocer el pueblo de mi mamá, con ganas de conocer la torre donde el sabio se lanzó, y ver si tenían por ahí el traje de plumas en un museo, pero resulta que las personas no son muy imaginativas al momento de ponerle nombre a los lugares, y debido a eso hay una cantidad de Córdobas regadas por el mundo, y la Córdoba donde está la torre que buscaba, se

encontraba a un océano de distancia, aunque mi mamá no me dijo qué océano era.

Después de eso, comencé a estudiar a Leonardo Da Vinci, un señor viejo que vivió hace mucho tiempo en Italia, que es el lugar en el mapa que parece una bota. Con mi papá hice varios de los modelos que Leonardo había dibujado. Yo se los mostraba en el libro, mi papá los hacía con papel y palitos; y luego los probábamos los fines de semana, tirando a mis muñecas de lo más alto de la muralla con las cometas de Leonardo. Nos encantaba verlas volar, aunque tuviéramos que ir a buscarlas después, lo cual nos cansaba bastante. Pero todo eso fue antes de que mi papá se fuera a trabajar a otro lado y yo tuviera un hermanito.

Yo creo que Leonardo se inspiró en los murciélagos, porque mirando los animales que vuelan, todos tienen plumas excepto los murciélagos, de eso me di cuenta un día que mi hermano y yo cogimos uno. Son medio feos y negros, pero el pelo de la cabeza es suave, y las alas son tan delicadas que parecen de papel, incluso se pueden traspasar con un lápiz, cosa que no pasa con las alas de las palomas, que son duras y para cortarlas necesitas un cuchillo, entonces pensé que para volar no se necesitan plumas, sino saber la técnica adecuada, y que seguramente los murciélagos la aprendieron de los pájaros, y la gente solo tenía que aprender a su vez de ellos.

Con ese descubrimiento entendí la importancia de la biología, aprendí a disecar sapos, palomas y gusanos en el laboratorio del colegio. A partir de ahí le decía a mi hermano que me trajera cualquier animal volador. Él los mataba con su resortera, yo los disecaba en el closet, y luego los guardaba debajo de la cama de la señora que hacía el aseo, para que no los vieran en la basura.

Varias señoras del aseo se fueron diciendo que en la casa estaban haciendo brujería, hasta que mi mamá se consiguió una muchacha para ayudarla en los asuntos domésticos, pero que también estudiaba en el colegio. Ella me descubrió a la semana de haber empezado a trabajar en la casa, y me hizo prometer que no lo haría más, me regaló un libro sobre aves un mes después como premio por mi buena conducta. En el libro veía lo que tenían los pájaros por dentro, lo cual fue más sencillo que andar desplumando pájaros por ahí.

A veces estudiar sobre el vuelo se me hace difícil, sobre todo en las épocas de exámenes, pero cada espacio libre lo dedico a observar, mejorar las técnicas, y lo pongo todo en un cuaderno que tengo celosamente guardado en un lugar donde nadie lo pueda encontrar. Ya tengo 3 cuadernos llenos con dibujos y todas las cometas del mundo colgadas del techo de mi cuarto, mi abuela me dice que nadie en este planeta tiene más cometas que yo, y ella debe saber porque es mucho más vieja que mi papá, y ha viajado a Italia.

Seguramente conoció a Leonardo, ella lo niega, pero yo creo que es lo mismo que le pasa con el señor Fanor, el dueño de la tienda de la esquina, que cuando lo ve en la calle me dice que no sabe quién es, pero cuando vamos a comprar cosas le sonríe mucho, le coge la mano, e incluso él le muestra la bodega de atrás, a donde no deja entrar a nadie más, mientras yo me como un helado, y los dulces que sólo me regala cuando voy con ella.

Una vez hablando con mi madre, mientras esperábamos un bus, vi una gaviota volando cerca del mar, y en un momento de pura felicidad, le confesé sobre las investigaciones que hacía en mi tiempo libre. Me miró muy duro y me dijo que era una soberana estupidez dedicarle tiempo a eso. Me tuve que contener para no llorar, me puse

muy seria con ella los días siguientes, hasta que ella me dijo que lo que pasaba era que consideraba que como de hecho ya se puede volar – porque para eso estaban los aviones- dedicarle un tiempo que podía ser utilizado para reforzar mis conocimientos en otras áreas era un desperdicio, sobre todo para alguien de mi inteligencia; que así como estaban las cosas, sería como descubrir el hilo negro; que además había hablado con la maestra y que no me estaba yendo tan bien en matemáticas, y que si no mejoraba mis notas, se lo diría a mi papa la próxima vez que volviera.

Yo la miré y le dije que no se preocupara, que no representaba ningún tipo de fijación, ni nada, solo que me llamaba la atención el tema, quitándole importancia al asunto y prometiéndole además que estudiaría más matemáticas. Pero la verdad es que yo he dedicado media vida al estudio de la técnica de vuelo, y no descansaré hasta encontrar la adecuada.

Debo confesar que he recibido una ayuda extra de mi propio cerebro, porque parte de la técnica que estoy probando la he visto en mis propios sueños, lo que hace que además del cuaderno de estudio de vuelo, tenga un diario de sueños, en donde registro las posiciones y diagramas que veo en los sueños y de esta manera he logrado progresar un poco en el estudio.

Al principio no le di importancia a los sueños, pero al ver que coincidían con las observaciones que tomaba sobre los pájaros y demás objetos voladores, comencé a tomar en serio lo que veía en ellos, e incluso llegue a aficionarme a las siestas a media tarde, buscando más pistas al interior de mi cabeza. De esas expediciones oníricas tengo los siguientes diagramas que me han permitido progresar en mis observaciones:

Cuando por fin llegué a una técnica con posibilidad de éxito, comenzaron las pruebas de campo. Al carecer de un espacio con mejores condiciones y también por algo de temor al ridículo, comencé a practicar en el patio de la casa que era lo suficientemente grande como para permitirme tomar un impulso de cuatro metros, sin embargo esto no resultó ser suficiente y no pude elevarme ni un centímetro. La técnica además resultaba muy difícil, después de dos o tres intentos quedaba tan cansada que me era imposible continuar el mismo día, viéndome forzada a hacer sólo dos intentos por día.

Sin embargo, el sueño vino nuevamente al rescate, y encontré que si probaba con cierta altura era posible que resultara, sin necesidad de tener más espacio en la pista improvisada que ya había comenzado a construir con algo de disimulo, disfrazándola de plataforma para un cultivo hidropónico a gran escala para la feria de ciencias del colegio.

Después de varios meses de intentos fallidos, llegué a la conclusión que era un problema físico, yo misma era demasiado grande para el poco espacio del que disponía, era muy pesada, lo había comprobado con tristeza en la báscula del baño, e incluso el vestido que había usado el año pasado para el cumpleaños de la abuela ya no me servía para este, a pesar de que sólo me lo había puesto en tres ocasiones.

Mi tristeza era inocultable, me parecía injusto que se me fuera revelado ese tipo de conocimiento, a mí, que no tenía la posibilidad de ponerlo en práctica; eso me hacía acordar de mi papá, que cuando me veía frustrada por alguna cosa, decía:

- ¿Qué quieres? La vida es injusta, solo es más justa que la muerte, pero por poco.

Dejé de comer, y me descuidé en los estudios, también en el orden estricto que me imponía desde hacía algún tiempo. Por eso quizás Mauro lo encontró, supongo que lo habrá ojeado un poco antes de traérmelo, para preguntarme de qué se trataba el asunto.

En este punto, debo admitir que sentí un poco de rabia al ver mi cuaderno de vuelo en sus manos, pero su interés me animó, y al final hablamos del tema como pocas veces lo habíamos hecho, después de todo al ser él tan pequeño, yo a veces lo que hacía era ignorarlo cuando me seguía por la casa; sin embargo se mostró interesado y dispuesto, y hasta tuvo apuntes interesantes que hicieron que a veces nos encontráramos solo para hablar de las técnicas de vuelo.

Tengo que admitir que la idea inicial fue de él, pero supongo que yo hubiera llegado sola a la misma conclusión, porque revisado el tema del peso y la estatura, él era apropiado para las prácticas, era muy ligero, tanto que yo podía levantarlo de los hombros sin mucho esfuerzo, también fue idea suya lo de la capa, cosa que a pesar de no considerar necesaria, pensé que tampoco iba a estorbar, y acepté.

Esperamos el mes de más brisas y decidimos hacer una pequeña plataforma con las tablas de la cama de la abuela, para darnos más espacio de maniobra. El lugar elegido fue la ventana de la habitación de mi tía, que daba a la calle. Pusimos música, que era la misma que la tía Rosa usaba para hacer los ejercicios en la mañana, y que ella decía le servía para sentirse en las nubes.

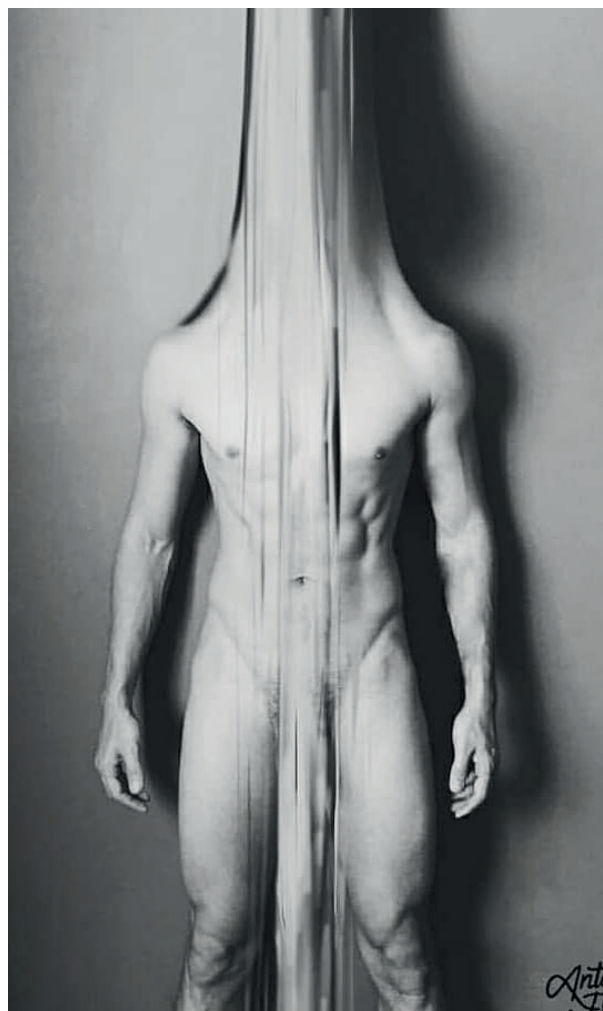
La canción era de una película que nos gustaba mucho a Mauro y a mí, era un boxeador al que le daban una tunda gigante, y al final gritaba “Adrián, Adrián!!!”, no entendíamos bien la letra

pero nos emocionaba siempre que la escuchábamos, porque en esa parte el boxeador subía corriendo una escalera grande, y al final alzaba los brazos.

A las cuatro en punto de la tarde del 2 de agosto de 1986, Mauro se subió a la ventana de mi tía Rosa, yo le puse la música, la capa, y le dije:

- Tranquilo sólo es cuestión de técnica.

Sólo necesitó un pequeño empujoncito. A las cuatro y un minuto, Mauro cayó en el jardín de flores que mi abuela tenía en la terraza, no voló



ni un segundo, y la capa al final sí estorbó. No se hizo mayor daño pero falló en la técnica.

En la casa se dieron cuenta porque, para volver a intentar el vuelo, tenía que entrar de nuevo, para lo que era necesario que le abrieran la puerta principal, y yo a pesar de ser la mayor, todavía no llegaba al cerrojo de arriba, así que me tocó pedirle el favor a Ruby, que era la muchacha que nos ayudaba en la cocina. Ella, cuando a vio a Mauro cubierto de tierra, hierba, flores, con la capa, el casco, y afuera de la casa, avisó a mis papás, quienes insistieron en llevarlo al hospital para revisar si no había ninguna fractura.

Al final me castigaron hasta mi cumpleaños, pero yo seguí teniendo sueños, y a estas alturas ya sé en qué nos equivocamos, así que cuando soplé las diez velas de mi pastel, le puse a Mauro crema en la nariz, y le susurré al oído:

- Ya lo descubrí, era problema de técnica, la próxima vez probamos desde el techo, creo que ya sé cómo subir.



Carolina Durán Negrete

Nacida en Cartagena, 1977. Abogada y cronista de viajes. Uno de sus cuentos fue escogido para la *Antología de Cuentos de Ciencia Ficción Colombiana*, Editorial Planeta, 2017 (Tomo I: “Relojes que no marcan la misma hora”). Una de sus crónicas hace parte de la antología *Nosotros no iniciamos el fuego* (crónicas sobre víctimas de la violencia en Colombia), Ministerio de Cultura, 2017. Terminó su primera novela, que todavía está inédita, y un libro de cuentos del que hace parte este relato. Trabaja actualmente para la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente vive en Bogotá.

Ojo por ojo

Alfredo Baldovino Barrios

Llegué sin sentido al hospital después de la pelea que tuve con Roberto. Cuando abrí los ojos olía intensamente a merthiolate y había un tipo con el rostro vendado en la cama aledaña a la mía. Entonces miré las sondas que tenía conectadas a mis muñecas, recordé por qué estaba allí y me puse a llorar de indignación.

—Doctor —dijo la enfermera— El paciente acaba de despertar.

El doctor dejó de conversar con el familiar de otro interno para preguntarme cómo me sentía, pero yo volví la cabeza hacia otro lado. Entonces hizo una pausa y prosiguió:

—Tuviste suerte. Perdiste bastante sangre y la herida casi compromete algunos órganos vitales —me bajó la sábana hasta la cintura y escrutó atentamente los puntos de la sutura.

Luego volvió a arroparme y agregó—: Todo está marchando bien. Bueno, supongo que quieres ver a tu mamá. Margarita, dile a la señora Luz Marina que pase. Ya sabes: procura no moverte demasiado para que no se te suelten los puntos.

Mi mamá me dio un beso en la frente y me agarró la mano.

—Gracias a Dios que ya estás bien —dijo.

—No estoy bien.

—Pero el doctor acabó de decirme que... Yo no podía parar de llorar.

—No voy a estar bien hasta que Roberto...

—No te pongas a pensar en eso en este momento. No vale la pena.

—Esto no se va a quedar así. Juro por lo más sagrado que esto no se va a quedar así.

Mi mamá sacó un pañuelo de su bolso para enjugarme las lágrimas y encendió el televisor que estaba empotrado en la pared. Me pasé el borde de la sábana por la cara y pregunté:

—Y Adriana. Dime dónde está Adriana.

Los dedos de mi mamá oprimieron los botones del control remoto. Aparecieron sucesivamente un video de reggaetón, una caricatura de Cartoon Network, un partido de fútbol, dos películas y un programa de cocina. Finalmente, extendió su brazo hacia adelante y la imagen del hombre con la rama de cebollín en la mano se recogió sobre sí misma y la pantalla quedó en negro. Después abrió la bolsa que tenía sobre su regazo y dijo:

—Te traje estos jugos y estas manzanas. Mira, este es de durazno.

—Contesta a mi pregunta: ¿dónde está Adriana?

Mi mamá caminó hasta la ventana y tamborileó con los dedos sobre el borde. Luego se dio la vuelta y me dijo:

-Se la llevó Roberto.

Al día siguiente me dieron de alta. Los vecinos vinieron a verme y a reconstruir, cada quien desde una perspectiva diferente, lo que había ocurrido el día de la pelea. El abogado de al lado me preguntó si yo quería presentar cargos por intento de homicidio, pero le dije que no.

—¿Estás seguro?

—Seguro —sonreí—. No quiero que le pase nada a Roberto —lo acompañé hasta la puerta con pasos vacilantes y le puse una amistosa mano en el hombro—. Tú sabes que este tipo de asuntos se resuelven en familia. De todos modos, muchas gracias.

Adriana y Roberto se habían casado dos años atrás, pero las peleas eran frecuentes y cada tanto la veíamos empujar una maleta con sus cosas por la puerta de nuestra casa lamentándose del trato que él le daba. Yo crispaba los puños al lado del cuerpo, temblando de rabia, y decía:

—Un día de estos voy a coger a Roberto y...

—Sí —decía Adriana con los ojos rojos de tanto llorar—. Él piensa que yo soy la hija de menos madre y que puede hacer conmigo lo que le dé la gana, pero yo me le he enfrentado, no creas, yo me le he enfrentado, y le he dicho «¿sabes qué, Roberto? Eres un hijueputa cobarde, te metes conmigo porque soy mujer, pero vas a ver, no

joda, vas a ver, un día de estos me voy a cansar de toda esta situación, y te voy a dejar».

Sin embargo, cualquier día sonaba el timbre de mi casa, y veíamos a Roberto sentado, con cara de yo no fui, en la mecedora de fique de la sala, la cabeza caída sobre el pecho, los dedos de ambas manos juntándose en las yemas, vestido como si fuera para una fiesta y pidiéndole a mi hermana que lo perdonara. El muy sinvergüenza.

Yo me lo comía con los ojos y mi hermana le decía que la esperara un momento, y me llevaba al cuarto de mi mamá, en el segundo piso de la casa, para pedirme que intentara ser amable con él.

—Estoy tratando de arreglar mi matrimonio —decía—. Entiéndeme.

—Pero si hace apenas unos días tú misma me estabas contando que...

—Sí, es verdad, lo reconozco, pero es que estaba muy ofuscada y no sabía lo que decía.

—O sea que ya se te olvidó la paliza que te dio la última vez.

—Todas las parejas discuten. Eso, por un lado: por el otro, me gusta exagerar y contar las cosas a mi acomodo, pero lo cierto es que yo misma me busco las cosas que él me hace. Me gusta provocarlo, perseguirlo por toda la casa gritándole de todo y él actúa como actuaría cualquier otro hombre en su lugar.

Luego se iba abrazada con Roberto calle abajo, volviendo la vista hacia atrás para decirnos adiós con la mano. Hasta el día en que regresó con un diente astillado y un pedazo de hielo envuelto en un pañuelo, aplicándoselo al ojo entrecerrado.

—Esta sí no se la perdono —dije, fuera de mí, abriendo la puerta de la calle.

Mi mamá me haló por la manga de la camisa y me dijo:

—Espérate ahí, Alfredito. Siéntate mejor y pensemos con calma qué es lo que vamos a hacer para no empeorar el asunto.

Roberto llegó borracho por la noche, llorando, y empezó a gritarle a Adriana que saliera. Se arrodilló, bebió lo que quedaba de la botella, la tiró al piso y dijo que no se iba a ir de allí hasta que ella no lo escuchara. El muy cínico.

Mi mamá salió al balcón y le gritó:

—¡Ella no quiere verte!
¡Lo mejor que puedes hacer es irte para tu casa y dejar a Adriana tranquila!

Roberto gritó a voz en cuello:

—¡Agriana, mi amog! ¡Peg-dóname!

—¡Ya oíste lo que te dije!
¡Vete de aquí si no quieres que llame a la policía!

—¡Tíenej que ejcuchagme,
Agriana, tíenej que ejcuchagme!

—¡Que te vayas, Roberto!

—¡Cállese, vieja hijueputa, que no estoy hablando con usted!

Fue allí cuando abrí la puerta y salté sobre Roberto. Le asesté una ráfaga de puños en la cara y lo dejé tirado sobre el piso, escupiendo sangre. Le



pegué tres patadas en los muslos y le vacié encima una bolsa llena de basura. Me sacudí las manos y le dije que no se le ocurriera aparecerse nuevamente por el barrio si no quería que le fuera peor. Caminaba de espaldas hacia mi casa cuando escuché el sonido de la botella reventándose contra la acera y el grito de la vecina de enfrente:

—¡Corre que te va a matar!

Pero era demasiado tarde para intentar defenderme. A la semana supe que Roberto había abandonado la casa en que vivía con mi hermana y que nadie sabía de su paradero. Con el paso de los días, llevado por el escozor, me quité las cascaritas que cubrían mis heridas, y vi aparecer en mi pecho una cicatriz en forma de ciempiés: Roberto me había marcado de por vida. El muy cabrón.

No volví al billar ni a las esquinas del barrio a comentar los partidos de la *Champion ligue*. Hacía efímeras salidas a la terraza, por las tardes, y movía la cabeza, de forma imperceptible, cuando los amigos de la cuadra me mostraban desde lejos un pulgar amistoso. Rabiaba de humillación al evocar el artero ataque de Roberto y soñaba inimaginables desquites.

A los dos meses, Adriana llamó a mi mamá llorando para decirle que estaba viviendo en la casa de una tía de Roberto en Cartagena, por los lados de Marbella. Él se emborrachaba todos los días con los dólares que le enviaba su mamá desde los Ángeles, y trataba a mi hermana de puta. Adriana tenía tres meses de embarazo y Roberto quería que se practicara un aborto. Adriana agregó por el altavoz del teléfono:

—Ahora sí que no, mami. Esta fue la gota que rebose la copa. Se acabó mi matrimonio con Roberto. No más. Si supieras cómo me duele no

haberle hecho caso a ustedes cuando me decían que dejara a Roberto a tiempo. Qué rabia. Es que una a veces es tan ciega.

—Tranquila —le dijo mi mamá—. Lo importante es que al fin has abierto los ojos.

—Sí, mami —dijo Adriana. Se sonó la nariz y continuó—: eso sí es verdad: he abierto los ojos. Tienen que venir por mí. No me mandes plata que Roberto no me deja a salir sola a ninguna parte. Vente con la policía o con quien sea, porque a tres casas de aquí vive un primo suyo que fue paramilitar. Así que no le vayas a decir nada Alfredito; por favor, no le vayas a decir nada a Alfredito, para evitarnos una desgracia.

—Para mí —le dije a mi mamá—, ese es un asunto olvidado.

—Eso espero —mi mamá estaba frente al espejo del tocador echándose polvo en las mejillas—. ¿Me queda bien este color de blusa?

—Sí —dije.

Asperjó un chorro de perfume por su cuello.

—Voy a ir a casa de Enrique Parias, ese amigo de tu papá que estuvo en el F2 para ver qué me aconseja —dijo.

Salimos del cuarto y caminamos hasta la puerta.

—Mira que he confiado en ti —agregó mi mamá blandiendo en el aire un índice admonitorio—. No me vayas a defraudar.

—Tranquila —dije—. Procura no demorarte. Llegué al terminal de transportes de Cartagena a las dos de la tarde y casi a las tres a la dirección que mi hermana le entregó a mi mamá. La casa

de la tía de Roberto se encontraba en toda la autopista que separaba el barrio de Marbella de la playa. Por las tardes, podrían sacar una mecedora al balcón y mirar el atardecer. Pero ahora todas las puertas estaban cerradas y yo miraba alternativamente al mar y a la casa de Roberto, desde una torre de salvavidas. No sabía exactamente cuál era el siguiente paso. Quizá mi mamá llegaba con la policía antes de que yo pudiera ver nuevamente a Roberto. O quizá Roberto se había enterado a tiempo de que estábamos al tanto de su paradero y ya se había trasladado con Adriana hacia otro lugar. En todo caso ya yo estaba allí y no tenía otra alternativa que esperar. Esperar al acecho y actuar con determinación si llegaba mi oportunidad.

Serían las seis menos cuarto cuando vi que Roberto y Adriana esperaban que los carros dejaran de pasar, desde el otro lado de la calzada, para cruzar la carretera.

Me encasqueté la gorra hasta las cejas, me puse las gafas oscuras y acaricié con pulso febril la cachucha del cuchillo que llevaba escondido en la pretina del pantalón. Bajé rápidamente de la torre y avancé hasta detrás de una franja de rocas que separaba esa playa de la siguiente, y en la que podía ocultarme sin ser visto. Apenas se veía en toda la playa a un hombre de rasgos orientales sentado al extremo del espolón en el que yo estaba escondido, con un gorro sin visera y una caña de pescar. La brisa traía un olor a sal y a cangrejos muertos.

Adriana y Roberto cruzaron la pequeña tapia que bordeaba la autopista y caminaron de frente a través de la playa tomados de la mano. Roberto llevaba una camisa de flores, abierta sobre el pecho velludo, una bermuda, chancletas, una neverita de icopor y una cerveza de lata en la mano. Adriana tenía un vestido amarillo, lentes oscu-

ros, y sandalias. Levantaron los ojos para señalar un pelícano rezagado de la bandada mientras la luz bermeja del crepúsculo se quebraba sobre el agua. Tenían un aire de postal de afiche que ponía en entredicho la veracidad del testimonio de mi hermana. Escuché un chasquido en el aire y vi al extremo del espolón el cuerpo plateado de un pez moviéndose a un lado y al otro en el extremo de la caña. Luego escuché a Adriana gritarle algo a Roberto.

—¡Eres una perra! —dijo este último cogiéndola por el cabello.

Adriana le dio una cachetada y se echó a correr hacia el lugar en el que yo me encontraba.

—Ven acá, zorra. No corras o te irá peor —dijo Roberto a sus espaldas después de colocar la neverita de icopor en la arena.

Adriana tropezó y cayó al suelo, y yo salté el espolón y me puse delante de ella.

—Por qué no me pegas a mí, mariquita —dije— Ven, pégame a mí.

Roberto frunció el ceño, retrocediendo. No se explicaba cómo era que había hecho yo para dar con su paradero. Por fin sus ojos encontraron la repuesta tras dar un giro completo a través de sus órbitas. Señaló a mi hermana y le dijo:

—¡Claro! Fuiste tú ¿cierto? Tú le has dicho dónde era que estábamos. ¿Por qué no le cuentas también que fuiste tú la que corrió detrás de mí cuando supiste que pensaba mudarme a la casa de mi tía? ¡Díselo!

—¡Hijueputa! —grité. Lo perseguí un corto trecho y lo tumbé, sujetándolo por las piernas.

Dimos un par de rollos tumbados en la arena, y quedamos encharcados por el reflujo de una ola. Lo golpeé varias veces en la cara y las costillas, y luego lo arrastré por el cuello de la camisa mar adentro apuntándolo con el cuchillo. Me detuve cuando el agua me llegaba por la cintura. Miré hacia un lado y vi que el hombre de rasgos orientales le sacaba las agallas al pescado para echárselas a una gaviota, y luego lo dejaba caer en un balde. Seguidamente, enrolló el nylon en el carruzo y se enjuagó las manos en un potecito.

—¡Hey, aguanta, aguanta! —dijo Roberto, mirando al hombre de reajo— Qué es lo que quieres hacer conmigo. Lo del otro día no fue nada personal. Estaba borracho, broder, y no sabía lo que hacía. Y si es por tu hermana, no la creas tan inocente de todo. Tú has tenido mujer, y sabes que de vez en cuando toca darles duro para que no te la quieran seguir montando.

—¡Maricón!

Hundí su cabeza hasta el fondo con las dos manos, y luego lo dejé salir a la superficie, chorreando agua por toda la cara.

—Me estoy ahogando, broder —dijo—. En serio, me estoy....

Atenacé su cuello con fuerza y lo llevé por segunda vez hasta el fondo. Mi cuerpo se estremecía levemente con el vaivén de las olas que venían a morir a la orilla de la playa. Esta vez Roberto me apretó los huevos con fuerza y yo me eché hacia atrás retorciéndome de dolor. Trató de ganar la orilla impulsándose con el tronco, pero yo rodeé su garganta con mi antebrazo y tragué un buche de agua salada al forcejear con él debajo del mar. Finalmente salimos a la superficie y le puse el cuchillo debajo del mentón. El agua nos daba por

los tobillos. El pescador había desaparecido del otro lado del espolón y Adriana no paraba de gritar. Justo en ese momento frenó un carro frente a la casa de la tía de Roberto.

—Ponte de rodillas —dije.

Roberto se estaba haciendo el difícil. Mi pecho se estremeció tumultuosamente. No podía controlar el temblor de mis manos, y la punta del cuchillo hizo borbolar un delgado hilo de sangre de su cuello. Entonces sí se arrodilló, sollozando como un niño.

—No me vayas a matar, broder. No me vayas a matar.

Llegué al paroxismo de la rabia. Luego, inexplicablemente, el mundo empezó a moverse en cámara lenta y me quedé completamente en blanco, sin saber quién era yo ni qué estaba haciendo allí. Después, todo volvió a la normalidad. Volteé hacia la orilla de la playa y vi que Adriana corría de un lado a otro.

—No lo hagas, broder —suplicó Roberto llorando a lágrima viva—. Por lo que más quieras, no lo hagas.

Traté de darme ánimos, de acabar con todo de una buena vez, pero no fui capaz. Permanecí inmóvil, respirando con dificultad. Tiré el cuchillo lejos y le di un rodillazo en la barbilla que lo dejó inconsciente. Por unos cuantos segundos disfruté de la calma que siguió a ese momento. Los pelícanos volaban en formación y un yate surcaba el horizonte bajo la luz moribunda del crepúsculo. Sentí a mis espaldas el sollozo entrecortado de Adriana, pero ya no había nada de qué preocuparse. De manera que giré sobre mis talones y abrí los brazos para decírselo, pero el ataque fue

demasiado rápido y me faltaron las fuerzas para levantarme del suelo. Adriana dejó caer la roca al agua, para besar el cuerpo insensible de Roberto, mientras las olas proseguían su continuo, interminable viaje.



Alfredo Baldovino Barrios

Copey, Cesar, 1978. Narrador, dramaturgo y músico. Licenciado en Español y Literatura de la Universidad del Atlántico. Ganador del Concurso Departamental de Cuento Corto, Biblioteca Pública Rafael Carrillo Lúquez, Valledupar, 2009. Ganador del Concurso Nacional de Cuento Metropolitano, 2011. Segundo lugar en el Concurso Nacional de Crónicas “Juan Rulfo”, Grupo El Túnel de Montería, 2012. Finalista en el Concurso Internacional de Cuento Bonaventuriano (2012). Ganador del Portafolio de Estímulos de la Secretaría de Cultura, Patrimonio y Turismo de Barranquilla, Artes Escénicas, 2011, con el proyecto *Don Quijote al teatro de calle*. Dramaturgo y director escénico del concierto didáctico *Sinfonía en clave de río* y del concierto didáctico *El viaje del carnaval*. Con su libro de cuentos *La vida de los otros* ganó otro premio de la Secretaría de Cultura y Turismo de Barranquilla, de autores con trayectoria, 2018. Sus textos han sido publicados en medios como *Latitud* de El Heraldó, *Arcadia*, *viacuarenta*, *El Malpensante* y *Global*, de República Dominicana, entre otros.

La risa de la calavera

Viviana Vanegas

Mis recuerdos de infancia no son de los más placenteros; no son de esos que uno acostumbra a compartir con los amigos, mientras se disfrutaban unas cervezas nostálgicas. No, todo lo que puedo recordar es muerte; un horrible adefesio monstruoso, una maldita alimaña que viene por mí todos los días para robarse mi cordura. Se trata de una noche perpetua; de una noche que jamás se ha borrado de mi mente. Eso es como morir un montón de veces, resucitar y salir caminando del ataúd, para luego volver a entrar a él.

Yo estaba muy pequeño, pero si cierro los ojos y me concentro, puedo volver a ese momento y es como si regresaran los olores de la palma seca ardiendo, el humo asfixiante y las hamacas incendiadas. Los gritos de mi vieja, de mi abuela y los de mi papá, que muy poco me importaban. La gente corriendo espantada y los animales convertidos en una turba frenética en medio de la huida. Todos corrían con sus enseres al hombro como si la tragedia fuera menos tragedia cuando se logra salvar un mecedor o una cama. El suelo cubierto de mochilas, ropa, muñecas tiradas, caballitos de madera, animales y gente muerta. Si, gente quemada, tostada, con la ropa pegada a la carne; como esos cerdos gordos que asan en las festividades.

De nuevo ese apocalipsis, pero tropical, como decía el padre Libardo. Él siempre hacía las inter-

pretaciones de lo bíblico a lo caribeño, a nuestro lenguaje; pero eso no le quitaba lo perturbador. La muerte es igual de horrible, con camisa de seda o con guayabera. Todos fueron devorados por el pánico y por la candela que fue arrasando con todo. Tengo fragmentos, imágenes borrosas de una esfera grande e incandescente. El fogaje que dejaba a su paso, el fuerte olor a chamuscado del pasto, de la piel de la gente que tuvo la desgracia de topársela. Solo quedaban las ruinas, pedazos de vidas regados por todas partes.

Al otro día, cuando desperté, estábamos en un puesto de salud. Habían vendado mis manos porque el fuego había tratado de robármelas, como le dijo mi mamá al médico. Tengo unas marcas profundas, surcos donde reposa buena parte de mi memoria. Todavía me duele ese día; esas lágrimas de mi madre haciéndose camino entre el hollín de sus mejillas, mientras sostenía el cuerpo inerte de mama Gloria en los brazos. Después de tanto correr, todo ese humo de muertos se le metió a mi abuela en las entrañas, llevándosela muy lejos de nosotros sin que pudieran hacer nada en el puesto de salud. Mi madre prefirió callar y no volver a hablar de aquella noche de diciembre. Después del funeral y de todos los homenajes que al alcalde se le ocurrió hacerles a nuestros muertos, no me aguanté más y le pregunté por esa noche, por esa gran bola de fuego y era como si no escuchara mis palabras; era como hablarle a una berenjena

y esperar que te responda. Y me constestó el silencio y esa mirada triste que se le quedó para siempre.

Según el informe policial, el pueblo se quemó porque los borrachos de las fiestas de la Inmaculada Concepción se prendieron, literalmente. A eso se redujo la tragedia y nadie en el pueblo pudo refutarlos con alguna otra explicación porque, al parecer, una peste de amnesia nos cayó a todos como un maleficio y nunca hubo respuestas convincentes que resolvieran todos los interrogantes que quedaron entre las cenizas. Yo me sentía más niño cuando los veía afligidos, sin respuestas, cuando pasaban de largo sin preguntarme qué sentía o qué recordaba.

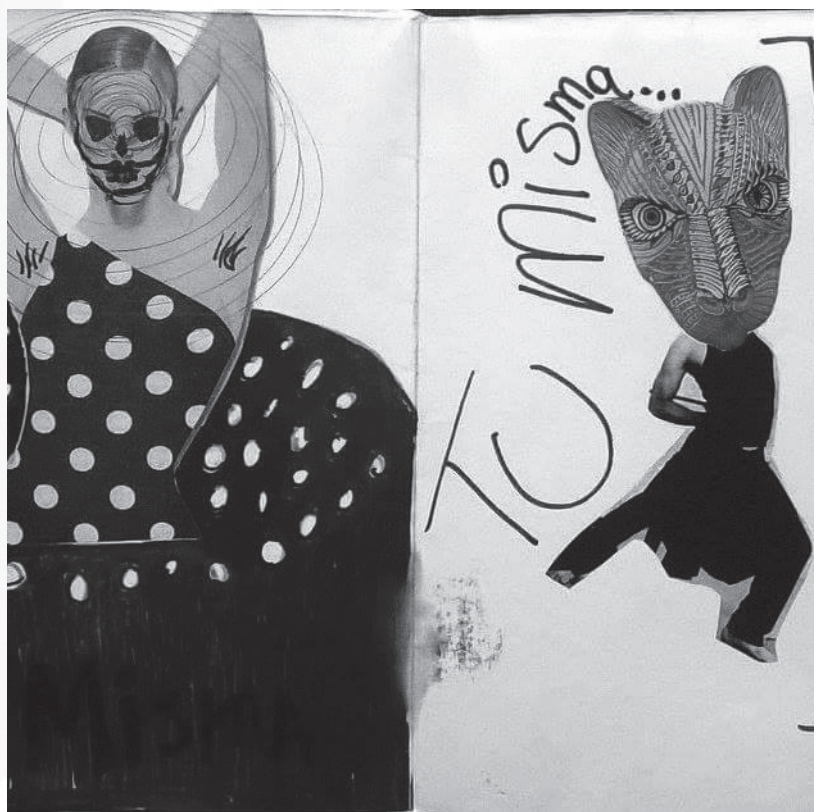
Después del incendio nos mudamos del pueblo. Nos fuimos a comenzar de nuevo pero con todo lo viejo que uno lleva adentro. Fuimos a ponerle la cara al mundo que aparece una vez te bajas del bus en una tierra extraña, donde siempre aparece una tía desconocida que termina ayudando a su parentela lejana que ha caído en desgracia. Esa noche, en casa nueva, lejos de todo lo que era mío, vi por primera vez esa bola roja, ardiente e incandescente. Se me metió en el sueño de pronto. Quise espantarla a punta de rezos, de rosarios incompletos que no lograban persuadirla. Luego la vi prendida sobre mi cabeza; parecía querer comunicarse conmigo la muy maldita. La quise evadir por muchas noches hasta que noté que ya no solo estaba en mis sueños, sino que iba a estar conmigo todos los días de mi vida.

Por esos días me divertía pensar

que la gente común paseaba con su perro, y hasta con una iguana; pero yo en cambio andaba con una bola 'e candela, que solo yo veía.

Tantos años después de la tragedia y mi mamá nunca terminó de reponerse. Decía que todo le olía a quemado y por eso, a cada rato, se llevaba a la nariz algodones empapados con ron compuesto. Me contaba que mama Gloria se le aparecía en las noches, que le preguntaba por mí, que le hablaba de cosas del pueblo, como si aún viviéramos ahí. Conversaban sobre la gente que había muerto. Que unos se fueron para el infierno y otros aún penaban en la tierra. Se sabía los chismes del cielo y le daba adelantos sobre sucesos que iban a ocurrir en el futuro. Mamá decía que la veía muy bien y que la muerte le había convenido porque la artritis ya no la jodía.

Cada tanto me daban espasmos mientras dor-



mía. Gemía, lloraba, sentía una presión en el pecho que no me dejaba despertar y así era como volvía a ese lugar entre mis sueños. Estaba obligado a asistir a la proyección de una película que había visto más de 200 veces, con los mismos cadáveres, casas humeantes y gallinazos felices. Después de unos años tenía esas visiones en todas partes y nada podía hacer para quitármelas de encima. Era un hombre que trataba de ser normal con una pesadilla ambulante y una bola e' candela encima. En un día cualquiera, las visiones venían a mí de la manera más espontánea; podía ver como se quemaba la ascensorista del edificio donde trabajaba, mientras me hablaba y comentaba fascinada la película que se había visto el fin de semana. Podía ver cómo le salía humo por los cachetes y sus cabellos encendidos caían en el suelo hasta volverse cenizas. Luego me quedaba con ese olor a pelo quemado metido en mi nariz durante todo el día.

Con una bola e 'candela a mi lado sabía que tenía algo que resolver, eso estaba claro. Le pregunté muchas veces ¿Por qué estaba conmigo? ¿Qué era lo que buscaba?

No tenía a quién recurrir para resolver mi problema. La única persona a la que podía confiar mis tribulaciones, era a mi mamá y ya ella no podía ayudarme; se había perdido entre sus recuerdos, en esas cicatrices horribles que dejan las tragedias, que son como escaras invisibles que se agrupan en el alma para desmigajarse lentamente. A ella no le preocupaba si yo dormía o no por las noches, si experimentaba viajes en el tiempo, si mis pesadillas eran tan reales como mis miedos o si mi estado era un indicio irrefutable de mi locura.

Una noche estuve más angustiado que de costumbre. Un calor insoportable que venía de aden-

tro, unas ganas incontenibles de gritar y correr hacía alguna parte. Me dormí pensando que debía escoger entre resignarme o colgarme de una viga. Entonces volví a entrar adrede a ese lugar, pero sin tratar de huir. Tenía que enfrentar esa verdad que siempre había estado quemándome. Entré en ese trance extraño y era como estar metido en una maraca llena de imágenes que rebotaban sobre mi cuerpo. El pueblo, la fiesta, la misa del padre Libardo. Mi mamá en la batea lavando ropa, mi abuela Gloria cansada de no encontrar sus lentes, mi padre borracho escupiéndole insultos a toda la humanidad. Comencé a ver cosas que no recordaba; nunca había llegado tan atrás en mis visiones, como si me lo hubiera prohibido, como si todos esos recuerdos estuvieran refundidos en el escaparate más apartado de mi mente.

Pude escuchar los equipos de sonido a todo volumen, los salmos cantados de la misa. Todo revuelto como en un sancocho y ese niño que era yo, jugando en el suelo sin camisa. Los insultos de él, sus gritos, sus puños en el aire cada vez más cercanos al rostro de mi mamá. Los ojos rojos y saltones de mi padre. Mamá contestándole a sabiendas que lo seguro era que le iban a dar duro por verraquita, por contestona. Estaba viviendo todo eso otra vez. Esas imágenes que ya no recordaba. Todo ocurriendo al frente mío y el desespero, el apretar de los puños y el pecho hinchado, soplado por el aliento de la rabia. Mama Gloria asustada, dando vueltas en la cocina con su andar chueco y la ira creciendo en mi pecho como un hongo venenoso y mis manos palpitando de dolor. Fue ahí que lo entendí todo; miré mis manos, repasé mis dedos asustado, y por fin recordé lo que había ocurrido.

¡Cálmate!, me decía mi mamá con su boca hinchada y un hilito de sangre asomándosele por la boca. "Tú sabes lo que pasa cuando te pones así,

mijo”, recuerdo que lo dijo con ese tono dulce que no le volví a escuchar, nunca más. Pude ver muy claro a la abuela que llegó y trató de agarrarme, pero la tiré al piso sin querer. Me dolió como me dolió esa vez; de nuevo verla en el piso por mi culpa, y volví a sentir la misma frustración. Volví a ver a mi papá con los nudillos llenos de sangre abalanzándose sobre mí. Volví a sentir esas manos fuertes apretando mi cuello. Volví a sentir la asfixia, el dolor, la cercanía de la muerte... Volví a ver a mi madre tratando de quitarme a mi papá de encima, volví a escuchar ese golpe seco que recibió en el vientre y que la tiró al piso. Luego el calor enrarecido, el rojo intenso trepando por las paredes, culebreando por el piso, caminando por el techo de paja. Los gritos de mamá y de la abuela Gloria que exclamaban asustadas pidiendo que me calmara y el zumbido interno creciendo como una bestia de monte, mis manos calientes como brasas y las llamas creciendo sin control.

Fue imposible controlar el fuego, que se esparció en los brazos y luego en el resto del cuerpo de mi padre, mientras se escuchaban las explosiones de los cohetes y las matasuegras en la plaza. La mejor parte de la fiesta. La pólvora, el humo, como si fuera una nube llena de canciones y felicidad. Esos fuegos hermosos repletos de colores, mientras otros aún bailaban y yo sentía otra vez ese olor, ese fogaje que empezaba a brotar de mi casa. Mi papá se veía como uno de esos faroles nocturnos que todos llevan orgullosos en la procesión. Pude ver cómo era la risa de la calavera; brillaba en la oscuridad y sus movimientos cada vez más lentos se fusionaban con la papayera que aún sonaba donde los vecinos.

La fiesta dejó de ser fiesta; la música y los gritos eran una mezcla infernal. Los tres corríamos alejándonos del fuego que se devoraba a la gente, que nos devoraba por dentro. Entendí porque le

temía al recuerdo, porque mi madre me apaciguaba, sobándome el corazón lleno de preguntas con una de sus frases solemnes... *La rabia en el corazón produce un fuego incontrolable.*



Viviana Vanegas

Barranquilla, 1978. Pintora y narradora. Cofundadora del colectivo artístico “Brurráfalos”, del que hace parte desde 2010. Fue ganadora del tercer puesto del Concurso Nacional de Cuento Bueno y Breve, que organiza el grupo El Túnel y la Cámara de Comercio de Montería, en 2016. Hace parte del Taller Literario José Félix Fuenmayor, de la Red Relata del Ministerio de Cultura y ha asistido al Taller Literario “Las armas secretas”, dirigido por el poeta y narrador Luis Mallarino. Ha participado además en talleres virtuales y cursos de escritura creativa para cuentos y crónica periodística con escritores como Oscar Pantoja, Eliana Díaz, Leonardo Escobar, John Galindo, Jairo Andrade, Cristian Valencia, Paul Brito y Carlos Polo. Con el cuento titulado “Amores dementes” recibió mención Honorífica en el Concurso Nacional de Cuentos de la Fundación La Cueva, 2019.

Puerto Chimo

Efraín Villanueva

“Por estos días una alegría comenzó a visitarnos: era una alegría mañanera.”

Roberto Burgos Cantor
Lo Amador

Es la primera vez que Andrés oye las palabras ‘puerto’ y ‘chimo’ en la misma oración. De hecho, no conocía la palabra ‘chimo’: Puerto Chimo, Chimo, Chimo, Chimo, chimo, chimo, repite en su cabeza. Chimo, chimo, cha, che, chi, cho, chu, sílabas invasoras e insoportables, cha, che, chi, cho, chomo, mocho, mocho, los muñones del mocho que cuida autos afuera del supermercado, cha, che, chi, cho, chu, corroncho, puerto chimo, corroncho, puerto chimo corroncho, puertochimocorroncho, corroncho, palabra inevitablemente corroncha, puertochimocorroncho, playa fea y desolada.

Pero su padre, como a todo aquello a lo que la amargura infantil de Andrés le muestra una mala cara, describe Puerto Chimo como una de las maravillas no proclamadas del mundo. El padre de Andrés les sugiere, a él y a su hermana Fernanda, que es una playa mucho más divertida que las que han visitado porque no está atiborrada de turistas. Es, asegura con seriedad inapelable, un sitio subestimado, pero icónico de la ciudad que todo local debería visitar.

—¿Por qué? —pregunta Fernanda.

Fernanda tiene cinco años y lo pregunta todo. Sin propósito, pero a diario, Andrés la monitorea en silencio: pregunta número uno. No es que le fastidie su preguntadera, más bien le entristece. Andrés solo tiene diez años, pero conoce y entiende la curiosidad inquisitiva propia de la edad de su hermana. Pero también tiene la certeza de que preguntar es someterse y creer durante años las respuestas fantasiosas de su padre. Luego descubres que las caricaturas de la televisión no viven en un país protegido por la Liga de Naciones al que solo se puede entrar con un permiso especial, sino que son dibujos que cobran vida si se los dibuja en sucesiones que simulan movimiento. O que Laika no fue entrenada por los rusos para navegar su cápsula espacial de regreso a la Tierra, sino que murió en ella cuando se le acabó el combustible, y su cuerpo seguirá dándole vueltas al planeta por siempre, sin descomponerse.

—Es un lugar mágico, el único en el mundo en el que encuentras tres tipos de agua a pocos metros de distancia.

Como es usual, la previa del paseo no es silenciosa ni puntual. Solo después de que la madre insistió a gritos, los hermanos se apresuraron a las duchas. Es domingo con pinta de día de es-

rral! En cambio, su rostro, preocupado, dejó ver que se sentía igual de culpable por el descuido: Tranquilo, yo me encargo; alguna historia invento si tu mamá pregunta.

Veinte minutos después, el gemelo del primer bus se detiene en la esquina. Sus asientos también están ocupados, y hay muy poco espacio para viajar de pie. El bus se retira. El padre aprovecha el ruido del motor y el humo del mofle que los envuelve para cubrir y desdibujar su malestar en una advertencia al aire, como si fuera para todos, pero que la familia sabe dirigida solo a la madre:

—Habrá que tomar el siguiente bus, así venga a reventar. Si seguimos esperando, llegaremos demasiado tarde.

En el tercer bus, la familia viaja de pie, excepto Fernanda. Una señora se ofreció a llevarla en sus piernas. Andrés rechazó el mismo ofrecimiento de una segunda señora sentada al fondo del bus: está muy grande para mimos y atenciones.

—¿Cuánto es, por qué tan caro y en cuánto lo dejas? —pregunta el padre al ayudante del conductor cuando lo ve acercarse—. Somos cuatro: mi señora —la madre desvía la mirada cuando el padre la señala—, el mayorcito y yo de pie, la niña sentada en piernas cándidas, pero ajenas.

El ayudante lo mira con cara inexpresiva, no hay día en el que no lidie con pasajeros similares. Piensa por un par de segundos y, cuando está ya a punto de cobrarle solo nueve de los doce pesos totales, el padre lo interrumpe:

—Me da pena con la señora. Le van a quedar las piernas marcadas; le deberías devolver parte de su ticket para compensar su bondad.

—Deme ocho pesos, señor. Usted arregla con la buena samaritana cómo indemnizarla.

El padre le sonríe a Andrés, descansa su mano izquierda sobre la cabeza de su hijo, y con la palma derecha le pega a la primera. A Andrés no le duele; es un juego, un coscoplano de cariño. Su padre le da de esos con frecuencia; cree que lo divierten y, aunque no es así, Andrés se dice que bien puede ceder y ofrecerle una sonrisa de medio milisegundo.

A Andrés no le sorprende no encontrar magia al llegar a Puerto Chimo. La playa es como cualquiera de las tantas que han visitado antes. Decenas de chozas de techos de palma disecadas dispuestas a la orilla del mar. La brisa obligando a las olas a acercarse y alejarse con el desgano de estar sometidas a un proceso inevitable sobre el que no tienen ningún control. La arena implacable asentándose en los párpados, adhiriéndose a las bolsas plásticas, inmiscuyéndose en cualquier sinuosidad o superficie desprotegida. Un perro callejero esculcando espigas de pescado que alguien olvidó recoger. El mismo azul del mismo cielo con las mismas nubes que puede ver desde casa o cualquier parte de la ciudad. Si hay magia, piensa Andrés, debe de estar bien oculta.

La madre acomoda los motetes de la familia en una de las chozas. En una esquina, los juguetes de la hermana; la bolsa de la comida y los cubiertos, sobre la mesa de madera carcomida por el salitre, y el morral con ropa y accesorios de playa, sobre una silla blanca plástica. Arregla aquí y allá, como si estuviera en casa, y es inmune a la conversación que se inicia:

—¿Por qué nuestro mar no es azul, como el de la televisión?—. Fiel a su monitoreo diario, An-

drés continúa la cuenta de preguntas de su hermana: pregunta dos.

—Pregunta sencilla, respuesta sencilla — responde el padre con entusiasmo—. Nuestra ciudad es refugio del noventa y tres punto treinta y tres por ciento de las brisas de este océano. Aquí viven durante la mayor parte del año, y solo en invierno viajan al norte, en donde se convierten en tormentas tropicales y huracanes. Lo cual no es bueno para las islas del norte, pero sí para nosotros. Pero, aunque serenos, nuestros vientos son fuertes y crean olas grandes y energéticas que caen con potencia sobre la arena y la revuelven y oscurecen el agua.

Andrés mira a su alrededor: no hay viento fuerte ni olas y, sin embargo, el mar no es azul como el que muestran en la televisión.

A continuación, el padre señala la ciénaga: un laberinto de troncos resquebrajados y grises que sostienen hojas curtidas de arena, sembrados sobre un agua negra y tan tranquila que parece muerta. Incluso el rosado de los flamencos se tiñe de una luminosidad opaca en medio de esta escenografía. La madre les advierte a sus hijos que esa es agua estancada, que no pueden meterse allí; seguro está llena de sarapicos. Sarapicos, anima-

litos cuya procedencia biológica siempre ha sido un misterio para los hermanos: microgusanitos acuáticos (para Andrés), fetos de renacuajo (para Fernanda). La única certeza de ambos es que acercarse demasiado a un estanque infestado de sarapicos es arriesgarse a que te salten en la cara y te entren por la nariz, por la boca o por los ojos. A ninguno de los dos le ha ocurrido, a ninguno de

sus amigos tampoco, nunca han conocido a alguien a quien le haya pasado, pero su padre insiste en que es una posibilidad.

Los hermanos se desvisten y ajustan sus vestidos de baño. Antes de entrar al mar su padre les pide acompañarlo al río. Nadie invita a la madre, los cuatro dan por sentado que es ella la encargada de permanecer en la choza cuidando sus enseres.

El trío camina por la orilla del mar. Andrés, temporalmente despojado de la máscara que suele vestir, patear las olas con fuerza y salpica a Fernanda, al principio sin intención, luego a propósito y con más arrebato. Ella devuelve el ataque, aunque sus olas apenas alcanzan a Andrés. El padre recoge conchitas y juega con ellas en las manos antes de arrojarlas con fuerza al mar. Fernanda se le une, lo imita. Finalmente llegan a la falda de una loma que el padre los anima a subir con precaución.



Andrés había asumido que el río estaría al otro lado de la loma y que, tal vez, podrían meterse un rato. Pero, aglomeradas en la otra ladera, encuentran cientos de rocas grandísimas. No hay una orilla a la cual llegar sin peligro de caer y raspase. El río tampoco es azul, sino café con leche, tan inmenso como el mar mismo, y un barco gigantesco, como de diez pisos de altura, ingresa a la ciudad, estampada en el fogaje que es el horizonte. Desde el otro lado del río vibra una selva frondosa que Andrés imagina llena de leones y culebras. La piel se le eriza.

—Estamos es un malecón transitable —explica el padre—; separa al río del mar.

—¿Qué es un malecón?—. Pregunta tres, piensa Andrés.

—Este lugar en el que estamos, este camino de izquierda a derecha es un malecón.

—¿Qué quiere decir transitable? —pregunta Andrés con desinterés disimulado y se dice que es lo que Fernanda hubiese preguntado, así que adiciona la pregunta a su cuenta: pregunta cuatro.

—¿Ven eso? Son rieles, por ahí pasa el tren. Es un malecón transitable porque se puede transitar sobre él.

—¿Viene un tren?—. Pregunta cinco, y recoge piedritas blancas escondidas entre los rieles. Toma impulso y las arroja al río, pero ninguna alcanza el agua; todas aterrizan sobre las rocas.

—De pronto sí. Pero es un tren chiquito, solo lleva gente que quiere conocer Punta Mojada.

—¿Qué es eso?—. Pregunta seis.

—Miren hacia allá —el padre, brazo e índice extendidos, señala el final del malecón—. Aquella punta es Punta Mojada. Ahí es donde el río acaba.

—¿Cómo así que se acaba el río? ¿Se seca?—. Pregunta siete.

—No. El río nace en otro lugar, en una montaña mágica...

—La magia no existe. Para ti todo es mágico —interrumpe Andrés.

—Si yo lo digo es así. Deberías creerme, mi vida: todo es mágico. ¿Por qué lo diría si no fuese cierto? Escuchen bien: lejos de aquí, a millones de kilómetros, hay una montaña mágica de la que nace un chorrito chiquito, chiquititico, como el de una llave de baño mal cerrada, que baja por la montaña y aumenta de tamaño poco a poco, como agua saliendo de una manguera, y luego más grande, como el agua que cae al ducharse, y luego más grande y fuerte, como la fuente de agua de colores del parque de diversiones, y crece y crece y sigue creciendo hasta convertirse en río y nada a lo largo de ciudades y atraviesa el país hasta llegar a Puerto Chimo.

—¿Y hacia dónde sigue el agua cuando llega aquí?—. Pregunta ocho.

—¡Hacia el mar! El agua del río se vierte en el mar.

—¿Y entonces por qué el agua del río no se acaba?—. Pregunta nueve.

—Pregunta sencilla, respuesta sencilla: ahí está la otra parte de la magia. El río llega al mar de a poquitos, pero con mucha fuerza. Pero como el agua del mar es salada y la del río es dulce, el mar

ataca al río, y el río escapa nadando. Si se sumergieran en el mar en un submarino de cristal verían el río, a kilómetros y kilómetros de profundidad, huyendo del mar, transformado en una gigantesca y dorada serpiente de agua, recorriendo uno, dos, tres y cuatro mares, bajando por un abismo acuático, entrando a una cueva secreta, recorriendo túneles, dando la vuelta al mundo y regresando al interior de la montaña mágica para salir, de nuevo, por el huequito chiquito del que se asomó antes. Es un ciclo que empezó hace millones de años y continuará por otros tantos. No digan que no es magia.

—¿Qué es un ciclo?—. Pregunta diez.

El resto de la mañana transcurre.

El padre y sus hijos juegan a esquivar olas. Se alinean, uno al lado del otro, dándole la cara al mar, y saltan cada vez que llega una ola. Pierde puntos quien se deje alcanzar por una.

Los hermanos practican sus dotes arquitectónicos. Prueban diferentes mezclas de agua y arena. Ya veras, le asegura Andrés con confianza infinita a su hermana, uno de estos días lograremos la combinación perfecta para que el castillo no se derrumbe y dure hasta que se vaya el sol.

Fernanda se aventura hasta que el mar le cubre los talones y se arroja agua en la cara y grita y sonríe y mira a sus padres para asegurarse de que ven que no le tiene miedo al mar.

Andrés juega solo, es un soldado que se sumerge y sale lentamente, con precaución, cargando una pistola invisible con la que les dispara a enemigos igual de invisibles. Ellos no anticiparon su cautelosa incursión, él ha sido entrenado para misiones

de este tipo. Ellos no. Bien por él, mal por ellos.

La madre mantiene su guardia. Solo cuando los hermanos juegan cerca a la choza, se atreve a alejarse solitaria, en caminatas de solo unos cuantos metros. Nunca se mete al mar. Solo una vez, décadas después de este episodio, Andrés la verá hacerlo, cuando la lleve a una de las islas del norte de las que su padre tanto habla, pero que nunca llegará a conocer, una en la que el mar sí es azul, como el que muestran en la televisión.

En todo momento, el padre no deja de advertirles:

—¡Enlaorillitaenlaorillitaenlaorillitaenlaorillita...! No se vayan tan lejos que es peligroso.

Nadie en la familia sabe nadar. Dos años atrás, el mismo año en el que Andrés perdió los colores, sus padres decidieron que era justo y necesario que todos aprendieran a nadar. Por restricciones presupuestarias, así las llamó el padre, él y Andrés serían los primeros en tomar un curso en la piscina pública. Durante diez sábados, a las diez de la mañana, los hombres de la casa aprenderían a moverse como delfines en el agua. Las primeras lecciones le resultaron, a Andrés, decepcionantes: no anticipó dedicarse solo a patalear sentado en la orilla de la piscina. El día de la prueba final, Andrés alternó su mirada entre su padre recorriendo la piscina de un extremo a otro y el instructor examinando su progreso. Tú preocúpate solo por nadar, tranquilo, le contestó su padre cuando le preguntó cómo lo estaba haciendo. A pesar de un desliz en el que tragó agua y lo obligó a reiniciar, Andrés sintió que no podría haberlo hecho mejor. Salió de la piscina, se plantó frente al instructor, removió su gorro de baño y extendió la mano, palma hacia arriba, esperando su evaluación escrita. Leyó el papelito que el instructor le

entregó, una sola palabra escrita en él, lo empuñó y se alejó sin despedirse, caminando enérgico y apresurado, sin preocuparse porque el piso estaba resbaladizo, molesto sin saber exactamente por qué. Unos minutos antes, mientras nadaba y pateaba en la piscina, imaginó que, desde la superficie, el instructor lo observaba maravillado porque nunca había presenciado semejante destreza en un niño de su edad. No había entendido el significado de la palabra “Reprobado”, que leyó en el papelito, pero supuso que, si el profesor no lo felicitó, como tampoco felicitó a su padre, ninguno de los dos había pasado el examen. Luego de que su padre también fallara su prueba, no se volvió a hablar de lecciones de natación para las mujeres de la familia.

Al mediodía, la madre sirve el almuerzo y come en silencio. Los hermanos usan los cubiertos con manos arrugadas como uvas pasas y las primeras cucharadas del arroz con pollo, el favorito de Andrés, le saben a sal aguada. Los hermanos quieren regresar al mar en cuanto terminan, pero su madre no lo permite; tienen que reposarse primero, o, de lo contrario, el estómago se les revolverá con las olas y vomitarán. Al pie de la carpa, mientras esperan el final de la digestión, Andrés cava un hueco que llena de agua, y Fernanda entierra a su padre en la arena:

—No te preocupes, papá —enfatisa con seriedad—; dejaré tu cabeza por fuera de la arena para que puedas respirar.

Por un segundo, Andrés centra su atención en su hermana. Su pelo amarillento y desordenado apenas tocado por el viento, sus cachetes rojizos, sus uñas y el espacio entre los dedos de sus pies llenos de arena, sucia toda ella. Cuando su hermana nació, la casa se llenó de vecinos, de tíos y tías, de abuelos y abuelas, de compañeros de la

oficina de su padre, de amigas de su madre, un tumulto de adultos que saturaban la sala, la cocina, el patio, los pasillos y tropezaban con él, le pedían disculpas rápidas con una palmada en la cabeza y lo izaban del piso y quitaban del medio como quien mueve un mueble mal ubicado. Tanto lo cambiaron de lugar que terminó en la habitación de su hermana, un cuarto que hasta ese momento su madre solo usaba para planchar la ropa. Ahora era un espacio inmaculadamente blanco: cortinas blancas, paredes blancas (antes verdes), un móvil colgado del techo, blanco, con angelitos blancos girando sobre una cuna blanca y, sobre las sábanas blancas una bebé blanquísima, vestida de blanco. Inclínadas sobre la cuna, un par de mujeres admiraban a la recién nacida con sonrisas enloquecidas, la saludaban con movimientos temblorosos de sus dedos. La madre de Andrés descansaba, vestida con una bata blanca, sobre una mecedora. Andrés agarró dos barras de la cuna y observó a su hermana por primera vez. Una de sus tías le preguntó si había venido a darle la bienvenida a su hermanita, pero no se molestó en replicar. Lo primero que le llamó la atención fue que su hermana parecía responder con sus ojos a los sonidos de la habitación y a los llamados de las visitantes que la rodeaban, pero sin mirarlos en realidad. Supuso que, dentro de la barriga de su madre, su hermana mantuvo los ojos cerrados todo el tiempo y todavía no sabía bien cómo usarlos. Luego se fijó en sus enormes cachetes, tan grandes como los de él cuando terminaba de comer mango y jugaba con la pepa en su boca. Sonrió. Míralo, tan bonito, está encantado viendo a su hermana, dijo su madre. A Andrés le molestó la intromisión en sus pensamientos y la aseveración basada en una mera observación. Pero, sobre todo, le disgustó que un gesto tan simple como una sonrisa lo hubiese delatado tan fácilmente. Sí, parte de su sonrisa pertenecía al recuerdo de la pepa de mango en su boca, pero también a la idea de que, una vez

su hermana aprendiese a hablar y tuviese dientes, le enseñaría a jugar con las pepas de mango en su boca y le contaría que la idea se le había ocurrido años antes, el día en que la trajeron del hospital a la casa. Le disgustó que los inofensivos gestos de su rostro pudiesen delatar los pensamientos de su cabeza y los sentimientos de su cuerpo.

Al final de la tarde, los padres empaacan, y las carpas vecinas los imitan. Los hermanos ruegan por los cinco minuticos extra de cada visita a la playa: una última zambullida, una última guerra de patadas con olas y se visten. La familia camina hacia los buses, el cielo oscurece, la brisa se encoheriza y el aire se enfría.

—Va a llover. Se viene duro, menos mal que ya nos vamos —dice el padre—. ¿Quieren echarle una última mirada al río?

La madre continúa su camino mientras el resto de la familia escala la lomita hacia el malecón. Las olas del río suenan con furia al tropezar entre ellas y los salpican a ellos y a las rocas.

—Tu mamá nos llama; vamos —dice el padre mientras baja la loma.

Fernanda recoge piedritas y las arroja sin éxito en dirección al río. La brisa le provoca escalofríos a Andrés. El padre se aleja sin percatarse de que no lo siguen. Andrés toma a Fernanda de la mano, pero esta le pide que le permita arrojar las últimas piedras. La brisa arrecia, y Andrés se pregunta si acaso su padre se equivocó con aquello de que los huracanes solo ocurren en las islas del norte. Para contrarrestar la fuerza del viento, Fernanda se acucilla. Le queda solo un par de piedras en la mano. A lo lejos, el padre los llama. Andrés voltea y responde con señas que Fernanda está a punto de terminar su juego. Andrés le llama la atención

a su hermana, quien se pone de pie para arrojar la última piedra, arquea su cuerpo y su bracito hacia atrás y lo catapulta con fuerza hacia adelante, en el mismo instante en el que el viento arrebatado golpea a la pareja de hermanos por la espalda. Andrés ve el cuerpecito de Fernanda caer por la ladera, su cabeza perdiendo la batalla contra las rocas y bañándolas con sangre que salpica al río, su cuerpo indolente, en una pose solo posible por la presencia de huesos rotos, mirándolo desde abajo con ojos inertes, su hermana en un ataúd negro, vestida de negro, en una habitación en la que todo es negro y llena de gente vestida de negro, nunca le enseñó a jugar con una pepa de mango en su boca ni le contó la historia de la cuna, estuvo muy mal de su parte llevar la cuenta de sus preguntas diarias, su hermana a su lado, en el malecón, Andrés la sujeta por la blusa, justo cuando una ventolera la empuja por la espalda, la hala hacia él, ve la última piedrita lanzada por ella, la única que sí llegó al río, nadar hasta Punta Mojada, batallar contra el mar, dar la vuelta al mundo, entrar a la montaña mágica, salir por el nacimiento del río y navegar miles de kilómetros hasta regresar a Puerto Chimo.



Efraín Villanueva

Escritor colombiano nacido en Barranquilla. Estuvo algunos años radicado en Alemania y hoy vive y trabaja en la ciudad de Bucaramanga. Es MFA en Escritura Creativa de la Universidad de Iowa y tiene un título en Creación Narrativa de la Universidad Central de Bogotá. En 2016 formó parte del International Exchange Program de la Universidad de Dortmund, en donde realizó estudios enfocados en literatura norteamericana. Su primera novela, *Tomacorrientes inalámbricos* (Collage, 2018) fue ganadora del Premio de Novela Distrito de Barranquilla en 2017. Finalista Concurso Narrativas y Creación de la Universidad Central de Bogotá por el cuento T (2013). Finalista del VII Premio Nacional de Cuento de la Fundación La Cueva por el cuento “Cinco cuerdas a la redonda” (2018). En 2018 resultó ganador del XIV Concurso Nacional de Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander (UIS). El relato aquí publicado hace parte de *Guía para buscar lo que no has perdido* (Ediciones UIS, 2019).

La enfermedad

Fadir Delgado Acosta

Abre la boca y mueve la lengua de un lado a otro. Frunce los labios cuando tocan la puerta.

—Ya es hora. Tienes que irte.

Ella da vueltas en la cama y grita. Se queja de un dolor de estómago, se retuerce y encoge el cuerpo. La madre entra a la habitación y se sienta a su costado izquierdo. Rafaela estira la mano y le toca la mejilla. Pide con la mirada que haga algo por ella.

Rafaela no va a la escuela los jueves. Siempre encuentra la manera de ausentarse, de dar la explicación precisa, la enfermedad acertada. Esta vez el turno es para el dolor de estómago. Su madre le dice que la ve mal; que es mejor que se quede en casa. Ella recoge las piernas y se voltea de lado. Cuando escucha la puerta cerrarse, comienza a saltar y se tapa la boca con las manos. Que no me vayan a descubrir. Una enferma no debe gritar, dice.

Por la ventana entra el ruido de los carros. Se escucha el sonido de una ambulancia. Rafaela corre a asomarse. Siempre le ha gustado verlas, sobre todo en las noches cuando las luces titilan en los vidrios de la ventana. Pero esta vez es de día. La luz de la sirena es consumida por los rayos del sol. Le agrada ver a la gente, contar a los carros, ver el perro de en frente que corre detrás de las motos que pasan, y les ladra, hasta que desaparecen al doblar la esquina. Su madre no le dijo que se

quitara el uniforme del colegio, pero debe hacerlo. Qué extraño, piensa. Eso es lo primero que le ordena cuando se enferma los jueves.

Va hacia el armario que se encuentra en un rincón de la habitación. Abre las dos puertas y por un largo tiempo mueve la ropa con sus manos: de derecha a izquierda; de izquierda a derecha. Cierra los ojos y escoge al azar un vestido. Así le gusta vestirse, al azar. A veces se pone combinaciones extrañas y no adecuadas para determinadas ocasiones. Una vez eligió una blusa amarilla con una falda verde fosforescente. Cuando bajó la escalera de la casa para ir al cumpleaños de una prima, la madre la tomó del brazo y la llevó a la habitación. Puso sobre la cama la ropa que debía usar.

Rafaela prefería esa imposición, antes que ponerse ella a pensar sobre las vestimentas adecuadas. A veces el azar se salía con la suya: lograba unas combinaciones precisas que su madre aplaudía y le celebraba con una torta de zanahoria, para recompensarle el esfuerzo por haber seleccionado bien la ropa. Ella se comía la torta en honor al azar.

Escoge del armario un vestido que tiene un tigre pintado en el centro. Perfecto para mi dolor de estómago, dice. Se ve en el espejo, y se finge a ella misma el dolor: arruga la frente y rechina los dientes. Luego regresa a la ventana. Desea que jamás amanezca. Piensa en la escuela, en sus puertas altas, en la pérgola del patio. Antes de ser

un colegio, fue un convento y una cárcel. Ella guarda el artículo de un periódico viejo que habla sobre eso. No es que le moleste la escuela; solo le gustan los jueves en casa. Ese día, aunque llueva, aunque haga sol, siempre irradia una luz que tiñe las paredes.

Regresa a la cama. Escucha los pasos de su madre en el corredor. Siente cómo limpia los adornos y cómo mueve las sillas. Quizás barre, dice. Quizá lame las paredes para cerciorarse de la limpieza de la casa.

—Una casa que enferme tu lengua, lo enfermará todo —le recalca siempre a Rafaela.

Este jueves finge un dolor de cabeza. Se pega muy fuerte con las manos para sentir dolor. Se va a la cama y se aprieta la cabeza con la almohada mientras estruja los dientes. Su madre entra a la habitación. Rafaela la mira con esa mirada brillante que solo puede hacer los jueves.

— ¡Por Dios niña! ¿qué tienes?

Ve en los ojos de la madre lo que parece ser una telaraña. Estira las manos para tocárselos.

—Es la catarata; solo la catarata —responde.

Cuando pronuncia esa palabra, Rafaela escucha el sonido del agua. Es un bonito nombre para una enfermedad. Una vez pensó que podría fingirla, y se echó en los ojos la nata del café con leche del desayuno. Comenzó a frotárselos para que la nata se dispersara en los ojos, pero lo único que consiguió fue irritárselos. No veía nada. Al moverse, tumbó la lámpara de piso de la sala. Se tropezó con el mueble rojo del corredor de la casa. Corrió

hacia el baño y se frotó agua en la cara. Cuando cayó la primera gota, sintió que la respiración volvía. Vio el baño más luminoso que nunca y no se asustó con las muñecas de trapo colgadas de las paredes.

Nunca ha entendido por qué su madre ha convertido el baño en una especie de repisa para muñecas. Les tiene miedo. Por eso se baña con los ojos cerrados. Cuando entra a él, nunca los abre. Pero esta vez lo hizo, y sintió que ella era quien asustaba a las muñecas con sus ojos irritados y natosos. Su madre, al verla, creyó que tenía conjuntivitis. Le ordenó que se quedara en casa. Era jueves. No pudo fingir la catarata, pero el azar le regaló una enfermedad nueva.

Aún mira a su madre con los mismos ojos húmedos que tiene los jueves.

—Es raro, mamá

— ¿Que te enfermes todos los jueves?

— No. Eso que tienes en los ojos. Debe ser raro mirar así.

— Es la catarata. Solo eso.

Y con esa palabra, Rafaela cierra los ojos y duerme.

A la media hora se levanta y se dirige a la ventana. Los carros están detenidos, los conductores pitan y se desesperan. Dicen palabras que le han prohibido pronunciar. Las copia en una libreta de tapa dura, de color gris. Escribe esas palabras y también los diálogos sueltos que escucha. Escribe todo. Hasta cuenta el tiempo en el que se tardan las ambulancias para vencer las filas de los carros embotellados en la calle.



Su madre entreabre la puerta y dice desde afuera:

—¿Cómo sigues?

El lunes siguiente realiza un examen de la escuela que debió hacer el jueves pasado. Está sola en el salón de clases. Es raro ser la única estudiante sentada en uno de los pupitres de color marrón. Son viejos. Los pintan cada año antes de entrar a clase. Tienen un olor a pino mojado. En el piso se ven las sombras de tres ventiladores con sus aspas encurtidas que hacen un ruido exactamente cada cinco minutos.

—¿Sabe cada cuánto los abanicos hacen ruido? —le pregunta a su profesora mientras hace el examen.

La profesora Judith es de esas mujeres que se agarran los senos para correr y huelen a talco de bebé. Ella le dice que se concentre; que si en el examen no está esa pregunta, no le importa la respuesta.

Rafaela alza los ojos hacia los ventiladores, encoge los hombros y continúa la evaluación. Eso de hacer sola los exámenes tiene su encanto para ella. Cuando los realiza con sus compañeros no soporta las miradas sobre su espalda, los cuchicheos y el correr de los papeles sobre los pupitres. Esos pequeños sonidos sí que dan dolor de cabeza. Una de las ventajas de no ir los jueves a clases es tener el privilegio de hacer las evaluaciones sin compañía.

Se viste y arregla los cuadernos en su mochila. Sale de su cuarto y camina como si llevara bultos de cementos amarrados a los tobillos. Es el momento de fingir calambres en las piernas. Cuando está en la cúspide de la escalera, se agarra del retrato de su abuelo muerto que cuelga del lado izquierdo y se tambalea. Antes de seguir se persigna. Su madre la observa desde la sala. Sube a ayudarla y la lleva a la cama.

—Tu día definitivamente no es el jueves. Llamaré al colegio.

Besa su frente y la cubre con sus manos. Luego va hacia la ventana y mira por un momento la calle. Rafaela la observa desde la cama. Nota que entreabre los ojos para mirar.

—¿Ves bien, madre? ¿Ves los carros?

—Es la catarata.

Cierra los ojos y se duerme con el sonido de aquella palabra. Al levantarse, corre hacia la ventana y ve una pareja debajo del semáforo de la esquina. El hombre le toma las manos a la mujer, y ella se las suelta de manera violenta. Toma su libreta para escribir todo lo que dicen, pero el ruido de los carros no la deja escuchar. Entonces, comienza a inventarles un diálogo. Al rato, se cansa de escribir. El hombre y la mujer aún discuten. Cierra la libreta y se concentra esta vez en el señor de la correspondencia que llega a la casa ubicada en frente de la suya.

Nadie le abre. El señor introduce los sobres por debajo de la puerta. La casa tiene un árbol en su terraza. Sus hojas pueden curar muchas enfermedades. Eso se lo escuchó a su madre, cuando regresó una tarde con un manojito de esas hojas para curarse la catarata. En las noches las hierve

en agua y empapa unos algodones y se los pone sobre los ojos.

El árbol tiene un tronco muy delgado, pero la frondosidad es tan copiosa que da sombra a la terraza. Es tan vasta, que una vez ella vio cómo unos ladrones que eran perseguidos por la policía se treparon en él y se escondieron allí. Lo vio todo desde la ventana. Uno de los policías que se cansó de buscar, decidió descansar bajo la sombra del árbol, cuando de repente un reloj cayó de arriba. Él alzó la vista e hizo un gesto en señal de incompreensión.

Recogió el reloj. Como si hubiera recordado la razón de su presencia en el lugar, gritó: Aquí están. Aquí están. El policía con otros tres compañeros les lanzaron piedras, y los vecinos se sumaron, hasta que los ladrones cayeron del árbol.

Pensó en correr y avisarle a su madre, contarle que ella lo había visto todo antes que los policías, pero recordó que ese jueves se había inventado una fiebre. Eso sí que le había costado, pues aquella vez, en plena madrugada, caminó en puntilla hacia la cocina. Permaneció unas dos horas exponiendo sus brazos y su cara al fuego de la estufa. Luego volvió a la cama. Su madre la encontró cubierta hasta el cuello, arropada con una montaña de sábanas. Le tocó la cara caliente, y ella misma, sacó los brazos para que se cerciorara más de su estado de salud.

—Por Dios, niña, estás que hierves. Te voy a traer una infusión con las hojas del árbol para ver si te curas...y tendré que llamar de nuevo al colegio.

Rafaela recuerda aquello, mientras ve al mensajero de rodillas para introducir los sobres por debajo de la puerta.

No debo hablar de enfermedades de otros días, piensa, pues luego terminaré confundíendome.

Igual que esa vez cuando su madre le preguntó cómo seguía, y ella le dijo:

—Bien. Ya no tengo tantas ganas de vomitar

—¿Cómo así, estás vomitando? ¿Y el dolor de oído que tenías?

Hoy es la fecha de los calambres en las piernas. Eso no lo debo olvidar, escribe.

Llegan unas tías a quedarse una temporada en la casa. Convierten el lugar en una cueva de ruidos. Se ríen, tocan como locas el piano, o más bien le dan golpes. Eso dice Rafaela. Corren por los pasillos y hablan de los adornos; de lo bonito que es ese; de lo bonito que es el otro; que dónde lo compraste; que yo tengo uno mejor.

Una de ellas baja las muñecas que están colgadas en las paredes del baño para limpiarlas. Ese día su madre se enoja tanto, que la estadía para ellas ya no fue tan cómoda y toman la decisión de marcharse.

Rafaela se queda inquieta y preocupada, pero no por lo del baño. Para ella mejor que bajaran esas muñecas. Está intranquila porque los ruidos de la visita no le permitieron pensar en la enfermedad del próximo jueves.

—Deja de caminar de un lado para otro. ¿No tienes tareas qué hacer? —le dice su mamá al verla inquieta rondando la casa.

Golpea las paredes. Se sienta en el mueble rojo y se agarra la cara. Durante la comida no dice una

sola palabra. Solo mueve los pies debajo de la mesa tan fuerte que su madre la obliga a detenerse con una mirada directa.

Llega el jueves. No tiene ningún pretexto para no ir a la escuela. No pudo resolver nada al respecto. Había pensado en repetir la excusa de la fiebre; pero hacerlo, es una opción muy peligrosa, muy susceptible de ser descubierta. Esa enfermedad nunca le ha dado mucha confianza. Además, tiene que levantarse casi en la madrugada para poder simularla.

Entonces se le ocurre fingir la muerte. La muerte nunca la había ensayado. Se puede fingir la enfermedad, ¿pero la muerte?

Rafaela sale a las siete de la mañana de la casa. Afuera los carros se enfilan esperando el cambio de luz del semáforo. Cruza la calle y se dirige al árbol de la casa del frente. La gente va de prisa, algunos se acomodan sus trajes, otros no le quitan los ojos al semáforo mientras pasan la calle. Un señor viene en sentido contrario con un montón de hojas. Cree que debió tomarlas del árbol. Alguien debe tener cataratas en su casa, murmura.

Ella saca del bolsillo de su falda un pañuelo y se limpia la cara. Son las siete de la mañana, y ya el sol se hunde fuerte sobre la ciudad. Piensa que el día será bien caluroso. Alguien le toca el hombro derecho y le dice: Salúdame a tu madre.

Al llegar a la casa del frente, alza los ojos hacia la frondosidad del árbol, respira profundo y comienza a treparlo. Se siente como los ladrones que vio aquella vez. Avanza. Las ramas le rasgan las piernas y una hormiga dorada le muerde el brazo izquierdo. Al intentar quitársela, se resbala un poco. Del árbol, comienzan a caer unas cuantas hojas. Rafaela se detiene un momento para verlas chocarse con el suelo. Continúa. Tre-

pa. La cara se le humedece por el calor. Siente un cosquilleo cuando las gotas de sudor le recorren las mejillas. Llega por fin arriba. Se oculta entre las ramas. Mira hacia abajo y ve al perro de siempre correr detrás de una moto. El animal regresa, rasga el tronco del árbol y le ladra. Rafaela vuelve a respirar hondo. Seca el sudor de la frente con la palma de su mano. Abre los brazos y sonríe. Cierra los ojos y se lanza desde lo alto.

Su madre desde la ventana la ve caer con los ojos entreabiertos. Ve el cuerpo borroso de la hija como una hoja cuando se desprende del árbol. Había subido muy temprano a la habitación de Rafaela para decirle que no podría ir a la escuela, que debía acompañarla al hospital porque la operarían de la catarata. Baja deprisa las escaleras. Cruza el semáforo en verde y franquea los carros de la calle. El perro que ladra a las motos, lame la cara de su hija. Lo espanta.

Ve a Rafaela tendida sobre el cemento, con su uniforme de cuello azul, camisa blanca y falda de cuadros.

—Tendré que llamar al colegio —dice— como todos los jueves.



Fadir Delgado Acosta

Nacida en Barranquilla, 1984. Poeta y narradora. Autora de los libros *La Casa de Hierro* y *El último gesto del pez*. Comunicadora social y Magister en Creación literaria de la Universidad Central de Bogotá. Sus textos han sido traducidos al inglés, al árabe, al francés, al italiano y portugués. Premio en Poesía del Concurso Internacional de literatura de la Universidad de Buenaventura (Colombia), 2014. Ganadora de la Residencia Artística en Montreal por parte del Ministerio de Cultura de Colombia y el Consejo de Artes y Letras de Quebec, en el área de literatura, 2013. Su libro *El Último gesto del pez* fue traducido y publicado al francés por la editorial Encre Vive de París en el 2015. Ganó el Premio Distrital de Cuentos Ciudad de Barranquilla (2018) con su libro *No es el agua que hierve*. En la actualidad se encuentra radicada en San José de Costa Rica..

El hombre en su jaula

Annabell Manjarrés Freyle

A la memoria de Marcos Molina Vengobchea

—¿Ya murió?

—Parece que no.

—Míralo, ¿te estará viendo a ti o a mí?

—Me está viendo a mí.

—Te equivocas, es a mí a quien mira. Siempre le he parecido la más bonita.

—Eres gorda y pancha de nalgas, amargada y solterona. Tampoco pasaste la escuela. No tienes razones para parecerle bonita a nadie. En cambio yo...

—Gorda y pancha de nalgas también, con un estudio técnico que no terminaste, un matrimonio fracasado y un amante que te oculta. Eres una bonita sin suerte, ya nadie te mira, ni los muertos.

—A las dos las estoy viendo, urracas. Ambas se ven igual de miserables.

—Papá, no has comido nada. Beatriz Marta volvió a hacer puré de papa. Sabemos cuánto te gusta.

—Lo aborrezco. Llévense su mierda de comida. Déjenme morir tranquilo.

—¿Cuándo morirás, papá?

—Sí, ¿cuándo?

—Saben cuál es mi condición para morirme.

—Hace unos días nos dijiste que morirías a más tardar hoy, pero aún no cumples tu palabra.

—Yo digo lo que a mí me dé la gana y me muevo cuando a mí me dé la gana.

—No puedes estar diciendo que morirás en cierta fecha y seguir aquí como si nada. Tienes que tomar una decisión pronto.

—Suelten a los pájaros. Ya que me trajeron a la finca de Orihueca para no dejarme ver a nadie, ni a mis amigos, ni a ella, sólo les pido que suelten a los pájaros. Déjenlos volar.

—¿Qué has hecho con los pájaros, Beatriz Marta?

—Los vendí a un coleccionista extranjero... ¿Por qué me miran así? Necesitábamos dinero para arreglar el funeral.

—¡Que yo no me he muerto, carajo! ¿Y cómo es eso de que los vendieron? ¿Saben qué harán con ellos? Los enjaularán otra vez. Ese no era el trato. ¿Dejaron volar a mi toche? No lo escucho hace una semana.

—Se lo comió el gato.

—¿Qué gato? ¿Desde cuándo tenemos un gato? Ustedes saben que no gusto de ellos. No pudo haberse comido a mi toche, es seguro que sólo se haya divertido con él hasta dejarlo moribundo, expuesto al hambre de las hormigas... Devorado diminutamente... seco como un cuero viejo.

—Tampoco sabemos dónde está el gato, papá. Probablemente también murió. Los animales no ponen condiciones: sólo se mueren y ya.

—¡Mi toche, Jesús de la Misericordia, mi pobre toche! Yo lo soñaba volando, lejos de ustedes y, aunque me cueste admitirlo, muy feliz lejos de mí.

—Tuviste toda una vida para dejarlo ir, papá. Pero ya no llores, recuerda que tu misa de difunto será en unos días en la Catedral de Santa Marta. Ya se te olvidarán tus pájaros y ese toche viejo y bobo. Tenemos que arreglarte para que luzcas muy elegante en tu funeral.

—No me quiero morir sin verla a ella.

—Mamá te estará esperando en la Catedral para tu misa. De ninguna manera permitiremos que mueras en este mugroso pueblo.

—Me da lo mismo si tu madre me espera o no. No deseo que sea ella quien cierre mis ojos. Quiero ver a Paula, déjenla venir.

—¿Has escuchado algo, Beatriz Marta?

—Absolutamente nada, Aida Isabel.

—Seguro se quedó dormido. Dejémoslo descansar. Le espera un largo viaje al cielo.

—Tengo dos meses sin pegar un ojo.

—¿Alguien habló?

—Díganle a Paula que venga o me levanto y les doy la paliza que tanto merecieron.

—Descansa en paz, papá.

Esta madrugada soñé contigo, gordo. Te vi tan vivo, tan natural. Me traías a casa una ponchera llena de jureles, estaban frescos y las escamas brillaban como brilla el mar cuando la luz del sol baja. Yo te sentía todo el tiempo detrás de mí, escuchaba tu voz vibrando en las ventanas, me hablabas de las cosas de Pacho, de El Chichi, de los chismorreos en los pasillos de la empresa vendedora de seguros donde eras socio. En el sueño, eras el mismo de siempre. Bromeabas por todo y te burlabas de lo flaca que era cuando nos conocimos y lo grande que soy ahora. Encendiste en la sala la radio para escuchar el programa de La Sonora Matancera que tanto alegraba nuestros fines de semana y cantamos esa de Bienvenido Granda que dice: “angustiaaa, de no teneerte a tiii, tormeentooo de no tener tu amoor, angustiaaa de no besaaarte máaas, nostalgia de no escuchar tu voooz”. Luego te sentaste en la sala y dejé de sentirte.

¿De ahora en adelante será así? Me compraré un diccionario de los sueños para comprender tus mensajes. Averiguaré qué significan esos pes-



cados, qué significa la música cuando se escucha desde la radio y qué significado tiene soñar con los difuntos.

Una vez, recuerdo, tus hijas no estaban y tú me llevaste a conocer esa jaula gigante ubicada en la terraza de tu casa en el barrio El Prado. Te gustaba presumir de las más bellas especies: canarios, cotorros, cacatúas, toches, calandrias, copetones, petirrojos... escucharte hablar de cómo las habías atrapado o cómo las habías comprado, me hizo recordar esas telenovelas donde El Capo transa a las personas por dinero. La comparación no es buena, pero sólo buscaba pensar en otra cosa para que no creyeras que no me gustaba la sorpresa. El caso es que no me aguanté y te dije: son muy bonitos, mi amor, pero deben estar muy tristes, muy aburridos, muy confundidos.

Me miraste algo incrédulo.

Pertenecen al cielo —te insistí—. Déjalos ir.
Me abrazaste y me dijiste que yo era muy sen-

sible y que dijera lo que dijera no te convencería de echar a volar esa gran inversión de dinero y tiempo.

—¿Qué haces aquí, zorra?

—Mi gordo, aquí está tu amor. No te imaginas por todo lo que he pasado para poder verte. No, no hables, no te esfuerces. Estarás mejor y volveremos a ser felices. Todos en casa te esperamos.

—Él no está muriendo por ti. Está muriendo de pena porque a mi hermano, el abogado, le dieron 30 años de cárcel por defraudar al Estado.

—Aida Isabel, no seas idiota. No le des explicaciones a esta intrusa. Y tú... ¿cómo llegaste aquí?

—El tío Chichi la trajo. Está afuera con Anselmo, el capataz, tomando tinto.

—¡Desheredado!

—¡Entrometido!

—¡Traidor!

—¡De la herencia de papá no tendrá un peso! ¿Quién se cree?

—¡Mira! ¡Mira! ¡Papá está muriendo! ¡Agoniza!

—¡Se va!, ¡se va!

—Llamen al doctor, a la enfermera... ¡Regresemos a Santa Marta! ¡Anselmo! ¡Anselmo!

—No, mejor no llames a nadie. Dejemos que se cumpla la voluntad de Dios.

—O la suya.

—Su padre... ha muerto. Ha muerto ya... Regresa al cielo, a donde pertenecemos, amor.

—No. Imposible. ¡Él no puede morir así!

—Dioos, ¡por quéee!, ¡por quéee! ¿Por qué lo permitiste, Señor? ¡Este dolor, esta vergüenza! ¡Qué horror! ¡Papá morir en Orihueca!



Annabell Manjarrés Freyle (Gaira, 1985)

Nacida en Gaira, Magdalena, 1985. Poeta, narradora y periodista. Autora del libro *Vía alterna, 2+3 años de periodismo cultural* (2019). Premio Nacional de Cuento Bueno y Breve, de la revista El Túnel de Montería, con el texto “El hombre en su jaula”. Entre el 2010 y 2019 ha sido invitada al Festival Internacional de Poesía PoeMaRío, de Barranquilla; al Festival Internacional de Poesía de Medellín; al Festival Internacional de Poesía Nazim Hikmet, en Turquía; y al Festival Internacional “Mihai Eminescu”, Rumania. Autora de los poemarios: *Espejo Lunar Blanco*, *Óleo de mujer acosada por el tiempo*, *Una ciudad como Saturna* y *Animales invertebrados*. Poemas suyos han sido traducidos al inglés, catalán, francés, italiano, turco, rumano y albanés, y figuran en diversas antologías nacionales e internacionales. Premio Internacional de poesía Voces Nuevas, de Ediciones Torremozas, Madrid, 2018.

El color del amanecer

O r i a n a R u s s o

Son las cuatro y media. El frío de la madrugada me taladra los ojos. Martín duerme a mi lado. Cuando uno duerme, se pierde del color del amanecer. El color del amanecer es rojo. Rojo sangre. Como el color del pargo. El pargo es un pescado. Las moscas se la pasan revoloteando a los pescados. Las de las moscas son de las únicas almas que quedan en la Ciénaga. Ciénaga con olor a mar. Pescados con olor a sangre. Sangre a lado y lado de la calle. Calle repleta de arena. Y en la arena están las flores.

Son las seis. Seis, como las cicutas que arranqué. Seis, como los años de Martín. Martín se baña, se seca y se cambia. En su pecho lleva al Atlético Nacional, y en los ojos a Alberto. Me parece sentir su voz. Pero no es Alberto, sino un motor. El motor de una chalupa. La saliva me pasa como una piedra por la garganta.

“Buenas”.

El uniformado entra como perro por su casa. Se sienta en una silla. Escupe.

“Vengo a recordarle nuestro asunto, Doña Adela...”.

“Mire, yo no tengo a dónde ir...”

“Eso no es problema nuestro”.

“También se nos dañó la chalupa...”

“¿Es que es sorda o qué es la vaina? Tiene que irse. Así sea nadando”.

“Mi amá no sabe nadar”, dice Martín.

“Bueno, o aprende o agarra el colchón de lancha”.

La sangre me palpita en la cabeza. En la Ciénaga hay silencio, pero el ruido en mi cabeza hace que haga mala cara. Me siento con una cara distinta. Con un alma distinta.

“¿Un tinto?”, pregunto.

“Bueno”, responde el uniformado.

Camino hasta la estufa. La estufa está helada. Siento que puedo encender la llama con solo el fuego que tengo en el cuerpo. Un hijo es fruto del cuerpo. Mi cuerpo y mi hijo es Martín. Martín mira al uniformado. Lo mira con los ojos de Alberto. Alberto, que era su padre. En el nombre del padre, de hijo y del espíritu santo. Santo es el señor, mi Dios, digno de alabanza. Alabanzas se dicen en las iglesias. La iglesia del Morro es color crema. Y el color del amanecer es rojo. Rojo sangre. La sangre me hierve en las muñecas mientras sirvo el tinto. El tinto, a veces, es

como color sangre. Como la sangre de Alberto esa mañana. Mañana mezclada con arena. Arena escupida. Escupían. Cómo escupían. Y reían. Y nosotros llorábamos. Después del llanto, el tronar de los motores, y finalmente el ruido del silencio. Silencio, silencio, silencio. El rosario me sudaba en las manos. Sudor. Las lágrimas del cuerpo, las únicas lágrimas que me quedan. Agarro a la chalupa. Remo a casa. La casa me recibe con un golpe. Adiós chalupa, adiós remos. Uno de los remos me hace tropezar. Caigo de boca. Me arrastro y entonces lo veo todo. Todo agujereado. Agujereado, como mi alma. Mi alma es mi niño. Martín. El de los ojos de Alberto. Alberto quedó sentado, con la cabeza mirando hacia abajo. De lejos se le veía como dormido. Martín sí estaba dormido. Gracias a Dios. Lo abracé. Y lloré. Cómo lloré. Y mis lágrimas caían sobre el Atlético Nacional. Las lágrimas son agua salada. La sal es como una arena. Una arena blanca. Blanca, como la cicuta. Miro la cicuta. Machaco la cicuta. Miro el tinto. Yo soy como el tinto. El tinto es como yo. Como yo y como la Ciénaga. Hervideros de agua endulzada.

“Doña Adela. Hágalo por las buenas. ¿Sí me entiende?” dice el uniformado llevándose el pocillo con el tinto a la boca.

“Lo entiendo”.

Y después silencio. Silencio, como el de la Ciénaga durante toda esa madrugada. Madrugada color sangre. Como el color del amanecer, que a las seis desaparece. ¿A dónde va uno cuando desaparece el alma? Qué vaina. Qué vaina con este mundo. Este puto mundo, que gira y gira y no se detiene. No se detiene lo que tiene vida. Y uno también va girando, va viviendo. Lo malo es que uno sigue viviendo. Aunque... ¿vida? No. No tengo vida. No tengo nada. Y ellos lo tienen todo.

Unos ganan, otros pierden. Dicen que el último sentido que se pierde al morir es el del oído, pero nadie le dice a uno que el primero es el sentido de la vida. A uno no le alcanza la muerte para despedirse de la vida. La vida, a la mierda. La mierda, como la vida misma. Ah, la misma vaina de siempre. Siempre lloro con los finales felices. ¿Pero es éste un final feliz?

“Tienen que irse mañana o mañana. No hay más plazo”.

“Mañana nos iremos. No se preocupe”.

El uniformado suspira. Suspirar es como respirar. Antes yo podía respirar con tranquilidad luego de que esa chalupa se iba, pero hoy no. No. Dos letras. Letras tienen las palabras. La cicuta es una palabra. La cicuta machacada ahí en el mesón está como burlándose de mí. Son las siete. La mañana termina de colorearse de azul y ya no hay rastro del color del amanecer. Martín está viendo cómo desaparece la chalupa en el horizonte. Lo llamo. Ya es tiempo de que se tome el café. Café con leche. La leche es blanca. Blanca, como la cicuta. La cicuta ya no se burla. Y yo me tomo el tinto.



Oriana Russo Manjarrés

Oriana Russo Manjarrés

(Santa Marta, 1990). Diseñadora gráfica, historietista y narradora. Hace parte del taller de escritura creativa Cronistas del Tairona, de Santa Marta. Ha publicado en la revista La Brújula de la Universidad Jorge Tadeo Lozano, sede Cartagena y en la Antología RELATA, 2013. Obtuvo el tercer puesto en el Concurso Cuento Joven del Magdalena, 2013, organizado por la Oficina de Cultura y Turismo de la Gobernación de Magdalena. Con el cuento “El color del amanecer” quedó finalista en el Concurso Nacional de Cuentos La Cueva en 2017. Prepara una novela infantil.

A la espera de Martina

Yesid Torres R.

Bastó asomarme por la ventana de la cocina para darme cuenta de que la ciudad estaba destrozada. Durante toda la noche escuchamos explosiones momentáneas, bramidos de pólvora quemándose en ráfagas de humo que se difuminaban luego de impactos sólidos y constantes.

Las alarmas se habían encendido la semana pasada. Ya estaban dispuestos los refugios antiaéreos a las afueras de la ciudad. La noticia había llegado por la radio: debíamos abandonar la casa y dejar atrás la costa. La primera explosión ocurrió ayer por la tarde, en el lado Este de la ciudad. El plan era sencillo: subirnos al carro e irnos lo más lejos posible. Tomar a Noche —nuestra gata—, armar una maleta y largarnos.

La última velada en mi hogar decidí pasarla bebiendo cerveza y haciéndole el amor a Martina, quizás invocando con nostalgia los años que habíamos pasado juntos en este lugar. Desperté al día siguiente con un guayabo de dos pisos y la verga como un trozo aplastado de carne. Nuestra partida tendría que esperar otro rato. Del encuentro amoroso no hay mucho que decir, excepto que Martina me llamó por otro nombre cuando estábamos a punto de terminar.

La ventana del cuarto seguía concentrando esa quietud que reposa en las cosas fijas. Con sus cor-

tinas mal cerradas dejaba pasar la furia del sol de las once de la mañana. Crucé el reguero de botellas que había por toda la habitación. Entonces se me dio por observar hacia la calle y vi aquella estela de humo que se alzaba con furia de torbellino en dirección al mar. Aparte de eso, no pasaba nada raro en el bulevar. Salvo que mi viejo Fiat era el único automóvil aparcado en la calle.

Bajé a la primera planta, tomé una cerveza de la nevera y me di cuenta de que Martina se había marchado. Dejó una nota pegada a la puerta de la nevera: «Conocí a otro hombre. Lo siento». No le di importancia al asunto, pues sabía que terminaría por volver. Me preocupaba que no lo hiciera antes de que tuviera que marcharme.

Traté de prender el televisor para ver el noticiero de mediodía y recordé que habían quitado el servicio eléctrico. Así es que opté por recostarme en el sillón y leer una revista dominical que encontré en la mesa de la sala.

Las letras me daban vueltas, eran como remolinos espumosos de cerveza deslizándose por mis ojos. Pronto decidí abandonar la lectura. Entonces escuché gritos. Me asomé para ver de quién se trataba y vi que era mi vecino Carlos, quien al verme gritó con voz agitada:

—¿Qué haces aquí?

—Espero a Martina.

—Solo será cuestión de tiempo para que lleguen— sentenció antes de acelerar la moto y perderse en el horizonte del bulevar.

Toda la tarde me la pasé dando vueltas por la casa, dejando que el tedio me sembrara una desbordante angustia que crecía con cada paso que daba. Incluso, cuando comenzaron a sumarse las horas, no tenía dudas de que Martina iba a regresar. Lo que me angustiaba era el hecho de no tener nada que hacer mientras esperaba.

De vez en cuando se escuchaba el rugido de un carro pasando a toda marcha, huyendo, como era apenas natural, de aquel acto brutal. En el fondo sabía que debía marcharme, pero ¿qué sentido tenía partir sin ella?

Ya se había hecho de noche cuando sentí la explosión. Esta vez mucho más cerca que la de ayer. El techo de la casa tembló, desempolvando las láminas. Entonces entendí la gravedad del acontecimiento. Comencé a buscar a Noche y descubrí que también se había marchado.

A la luz de una vela, guardé ropa en la maleta, luego me puse a buscar las llaves del carro. ¡No encontraba las malditas llaves! —¡Donde están, mierda! ¿Dónde?— Busqué por todas partes. Recordé que habían caído debajo de la cama ayer, cuando estaba con Martina. Me asomé, y sí: estaban junto a los zapatos.

Cuando me monté en el carro, pude ver la luz amarilla que iluminaba toda la costa. Esta vez podía ver las llamas que se esparcían como hojarascas incendiadas por el cielo. Abrí la puerta

del auto, giré la llave: nada. Volví a intentarlo y ocurrió lo mismo. Bajé desesperado, levanté el capó y vi que la batería estaba desconectada. Volví a montarme y al primer intento pude arrancar. Estaban cerca, escuchaba el estropicio llegar calle abajo.

Justo cuando había salido en reversa del pórtico, escuché mi celular. Provenía del interior de la casa. Me bajé del carro y volví a entrar. Era un número desconocido, abrí la llamada y el celular se quedó sin batería. Cerré la puerta y me senté nuevamente sobre el sillón, ahora mucho más calmado que antes, pues de seguro era la condenada de Martina, llamándome para decirme que estaba por llegar.



Yesid Torres R.

Barranquilla, 1991. Administrador público de la ESAP. Su trabajo ha sido publicado en las revistas Actual, Huellas de la Universidad del Norte, la revista Latitud del Herald, Página Salmon (México), El Espectador, entre otros medios de comunicación. Ganador del portafolio Estímulos de Barranquilla en la modalidad de cuento en el año 2015. En el año 2017 fue invitado por la fundación La Cueva a participar en el programa narrativo La Cueva por Colombia.

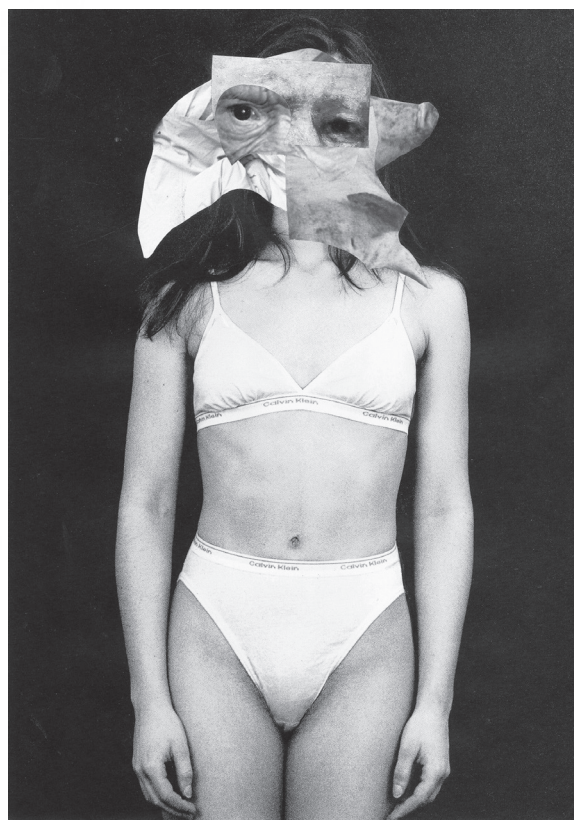
El agobio terrenal

Luis Felipe Nuñez

Aunque el festival iniciara en abril, el viernes después de la primera lluvia, las mandamases de las casas se anticipaban a la celebración dos y tres días, involucrando a toda su parentela en una gama de labores que variaban del desplumamiento de las gallinas o la pela de frutas y verduras, al zarandear incansable de las cucharas en los calderos donde el agua bullía y se espesaba en la danza del comino, las pimentas, los guineos, los costillares trifásicos y el vasto repertorio de tubérculos.

Sin falta, cada año, las cocineras se empoderaban tanto de la consumación del banquete perfecto, como de la necesidad de transmitirles a sus hijas menores las mismas recetas que sabían heredadas de sus madres y que sus madres creían haber obtenido de sus abuelas, en una cadena de conocimientos —y mentiras— que sincretizaban el don de mando con la hechicería, la culinaria y otras prácticas arcanas que procuraban preservar meticulosamente aquella creencia demagógica: «¡De puertas para dentro mandamos nosotras, y solo nosotras!» Tan así era el nervio de ciertas señoras por saberse dueñas de sus casas, que nunca faltaron los accidentes en los que, por ejemplo, los niños se dormían blandiendo el palo de las cucharas y estas terminaban nadando bocabajo en las cazuelas hirvientes.

Pero más allá del escozor, pocos son los casos que puedan darle talla al de la señora Bodner, casada con el hijo de un potentado por cincuenta y cuatro años; durante los cuales el matrimonio vio nacer sus veintidós hijos: todos varones, trabajadores y proclives a elevar en potencia las riquezas familiares, integradas por las dos agropecuarias,



las dos bodegas que daban a la feria y el criadero de pavorreales finos. Todos los hijos corrieron con la bendición de ser hombres prósperos, y los que se quedaron en la costa contaron con la doble fortuna de casarse con mujeres de armas tomar.

Y es que la vieja, convencida hasta el fin de que su devoción sería recompensada con traer al mundo una mujer que se ocupara de la casa en carnaval, tuvo las pantaletas de seducir a su marido en el lecho de muerte, trepándose sobre él agonizante a medio vestir y exprimiéndolo contra su vientre arrugado por las múltiples cesáreas; luego habría de iniciar un balanceo descoordinado, más motivado por la respiración de ambos que por las ansias reproductivas, y envuelta en un gemido gastado, clamaría un par de veces, con la atención clavada en la mesa de noche, donde un vaso de vidrio hacía de altar y mausoleo a una figurita de San Antonio puesta de cabeza:

—¡Concédeme lo que te pido! ¡Concédeme lo que te pido!

Claro que fue un milagro, el viejo murió a las pocas horas del orgasmo y su mujer tuvo que aplacar la tristeza de la pérdida ante el nuevo augurio: «Entonces Dios se ha esperado a que me hiciera la niña para llevárselo», pensó. Pero no hubo estatua ni conjuro que revirtiera las siguientes consecuencias: San Antonio no se apareció ni en la borra de los tintos, en cambio, mató a la india en el parto, quitándonos a los morbosos las ganas de verla contemplar a su criatura, que salió del vientre pesando seiscientos gramos y sin cabeza.

Valledupar, 2016.



Luis Felipe Nuñez

Valledupar 1992. Poeta, cuentista y novelista. En 2014 ganó el III Premio Nacional de Cuento de la Fundación La Cueva con el texto “Abrakadáber”, y en 2018 el Concurso Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá con “Frutas de duelo”. Sus relatos han sido incluidos en distintas antologías nacionales e internacionales. Ha colaborado con la revista El Malpensante. Actualmente prepara la publicación de su primer libro de cuentos.

La cultura se transforma en Barranquilla



- Más de **25 mil beneficiarios** en Casas Distritales de Cultura
- **2.500 egresados** de la Escuela Distrital de Arte y Tradiciones Populares, EDA.
- **1.179 proyectos** participantes y **250 ganadores** en el Portafolio de Estímulos 2017 y 2018.
- Nuevo corredor cultural en Barrio Abajo para la **Economía Naranja**. Más ferias y más congresos nos convierten en **Capital de Eventos y Negocios**.



ALCALDÍA DE
BARRANQUILLA



SECRETARÍA DISTRITAL
DE CULTURA, PATRIMONIO
Y TURISMO

Calle 30 # 46 - 10 / Barranquilla - Colombia

Síguenos en nuestras redes



YouTube | Barranquillacpt